R. 8504

GUIA DE PECADORES,

EN LA CUAL SE CONTIENE

UNA LARGA Y COPIOSA

EXHORTACION Á LA VIRTUD

Y GUARDA DE LOS

MANDAMIENTOS DIVINOS.

por el

V. P. M. Fr. Luis de Granada,

del Orden de Santo Domingo.

BIBLIOTECA Granada ANDALUCIA

TOMO I.

Con aprobacion del Ordinario.

BARCELONA:

LIBRERÍA RELIGIOSA,

IMPRENTA DE D. PABLO RIERA;

Agosto de 1851.

PRÓLOGO.

Dicite iusto quoniam bene [1]. *Quiere decir: Decid al justo que bien. Esta es una embajada que envió Dios con el profeta Isaías á todos los justos, la mas breve en palabras, y la mas larga en mercedes, que se pudiera enviar. Los hombres suelen ser muy largos en prometer, y muy cortos en cumplir; mas Dios por el contrario es largo y tan magnífico en el cumplir, que todo lo que suenan las palabras de sus promesas, queda muy bajo en comparacion de sus obras. Porque ¿qué cosa se pudiera decir mas breve que la sentencia susodicha: Decid al justo que bien? Mas ¡cuánto es lo que está encerrado debajo de esta palabra* bien! *La cual pienso que por eso se dejó así sin ninguna extension, ni distinccion, para que entendiesen los hombres que ni esto se podia estender como ello era, ni era necesario hacer distinccion destos, ni de aquellos bienes, sino que todas las suertes y maneras de bienes que se comprehenden debajo de esta palabra* bien, *se encerraban aquí*

[1] Isai. 3.

sin alguna limitacion. Por donde así como preguntando Moysen á Dios por el nombre que tenia, respondió que se llamaba [1]*: El que es, sin añadir mas palabra, para dar á entender que su sér no era limitado é finito, sino universal (el cual comprehendia en sí todo género de sér y toda perfeccion que sin imperfeccion pertenesce al mismo sér); así tambien puso aquí esta tan breve palabra* bien, *sin añadirle otra alguna especificacion, para dar á entender que toda la universidad de bienes que el corazon humano puede bien desear, se hallaban juntos en este bien, el cual promete Dios al justo en premio de su virtud.*

Pues este es el principal argumento que con el favor de nuestro Señor pretendo tratar en este libro, ayuntando á esto los avisos é reglas que debe el hombre seguir para ser virtuoso. Y segun esto se repartirá este libro en dos partes principales. En la primera se declararán las obligaciones grandes que tenemos á la virtud, é los fructos é bienes inestimables que se siguen della; y en la segunda tratarémos de la vida virtuosa, y de los avisos y documentos que para ella se requieren. Porque dos cosas son ne-

[1] Exod. 3

cesarias para hacer á un hombre virtuoso: la una, que quiera de verdad serlo, y la otra, que sepa de la manera que lo ha de ser: para la primera de las cuales servirá el primer libro, y para la otra el segundo. Porque (como dice muy bien Plutarco) los que convidan á la virtud, y no dan avisos para alcanzarla, son como los que atizan un candil, y no le echan aceite para que arda.

Mas con ser esta segunda parte tan necesaria, todavía lo es mucho mas la primera; porque para conocer lo bueno y lo malo, la misma lumbre y la ley natural, que con nosotros nace, nos ayuda; mas para amar lo uno, é aborrescer lo otro, hay grandes contradicciones y impedimentos (que nacieron del pecado), así dentro como fuera del hombre. Porque como él sea compuesto de espíritu y carne, y cada cosa destas naturalmente apetezca su semejante, la carne quiere cosas carnales (donde reinan los vicios), y el espíritu cosas espirituales (donde reinan las virtudes), y desta manera padesce el espíritu grandes contradicciones de su propria carne, la cual no tiene cuenta sino con lo que deleita. Cuyos deseos y apetitos, despues del pecado original, son vehementísimos, pues

por él se perdió el freno de la justicia original con que estaban enfrenados. Y no solo contradice al espíritu la carne, sino tambien el mundo, que (como dice Sant Juan) está todo armado sobre vicios; y contradice tambien el demonio, enemigo capital de la virtud, y contradice otrosí el mal hábito, y la mala costumbre (que es otra segunda naturaleza), á lo ménos en aquellos que están de mucho tiempo mal habituados. Por lo cual romper por todas estas contradicciones é dificultades, é á pesar de la carne, y de todos sus aliados, desear de veras y de todo corazon la virtud, no se puede negar sino que es cosa de grande dificultad, y que ha menester socorro.

Pues por acudir en alguna manera á esta parte, se ordenó el primero de estos tratados, en el cual trabajé con todas mis fuerzas por juntar todas las razones que la cualidad de esta escriptura sufria en favor de la virtud, poniendo ante los ojos los grandes provechos que andan en su compañía, así en esta vida como en la otra, y asimesmo las grandes obligaciones que á ella tenemos, por mandarla Dios, á quien estamos tan obligados, así por lo que él es en sí, como por lo que es para nosotros.

Movíme á tratar este argumento por ver que la mayor parte de los hombres, aunque alaban la virtud, siguen el vicio; é parecióme que entre otras muchas causas deste mal, una dellas era no entender los tales la condicion é naturaleza de la virtud, teniéndola por áspera, estéril é triste: por lo cual amancebados con los vicios (por parecerles mas sabrosos) andan descasados de la virtud, teniéndola por desabrida. Por tanto, condoliéndome deste engaño, quise tomar este trabajo en declarar aquí cuán grandes sean las riquezas, los deleites, los tesoros, la dignidad y la hermosura desta esposa celestial, é cuán mal conocida sea de los hombres; porque esto los ayudase á desengañarse, é enamorarse de una cosa tan preciosa. Porque si es verdad que una de las cosas mas excelentes que hay en el cielo y en la tierra, y mas digna de ser amada y estimada, es ella, gran lástima es ver á los hombres tan agenos deste conocimiento, y tan alejados deste bien. Por lo cual gran servicio hace á la vida comun quien quiera que trabaja por restituir su honra á esta señora, y asentarla en su trono real; pues ella es reina y señora de todas las cosas.

§ I.

Mas primero que esto comience, declararé por un ejemplo el intento con que esta escriptura se ha de leer. Escriben los gentiles de aquel su famoso Hércules, que como llegase á los primeros años de su mocedad (que es el tiempo en que los hombres suelen escoger el estado y manera de vida que han de seguir), se fué á un lugar solitario á pensar este negocio con grande atencion, y que allí se le representaron dos caminos de vida, el uno de la virtud, y el otro de los deleites; y que despues de haber pensado muy profundamente lo que habia en la una parte y en la otra, finalmente se determinó seguir el de la virtud, y dejar el de los deleites. Por cierto, si cosa hay en el mundo merecedora de consejo y determinacion, esta es. Porque si tantas veces tratamos de las cosas que pertenecen al uso de nuestra vida, ¿cuánto mas será razon tratar de la misma vida, especialmente habiendo en el mundo tantos nortes y maneras de vivir?

Pues esto es, hermano mio, lo que al presente querria yo que hicieses, y á lo que aquí

te convido: conviene saber, que dejados por este breve espacio todos los cuidados y negocios del mundo, entrases agora en esta soledad espiritual, y te pusieses á considerar atentamente el camino y manera de vida que te conviene seguir.

Acuérdate que entre todas las cosas humanas, ninguna hay que con mayor acuerdo se deba tratar, ninguna sobre que mas tiempo convenga velar, que es sobre la eleccion de vida que debemos seguir. Porque si en este punto se acierta, todo lo demás es acertado; y por el contrario, si se yerra, cuasi todo lo demás irá errado. De manera que todos los otros acertamientos y yerros son particulares; mas este solo es general, que los comprehende todos. Si no, dime: ¿qué se puede bien edificar sobre mal cimiento? ¿Qué aprovechan todos los otros buenos sucesos y acertamientos, si la vida va desconcertada? Y ¿qué pueden dañar todas las adversidades y yerros, si la vida es bien regida? ¿Qué aprovecha al hombre (dice el Salvador) que sea señor del mundo, si despues viene á perderse, ó á padescer detrimento en sí mismo? De manera que debajo del cielo no se puede tratar negocio mayor que este, ni mas

proprio del hombre, ni en que mas le vaya; pues aquí no va hacienda ni honra, sino la vida del alma, y la gloria perdurable. No leas pues esto de corrida (como sueles otras cosas, pasando muchas hojas y deseando ver el fin de la escriptura), sino asiéntate como juez en el tribunal de tu corazon, y oye callando y con sosiego estas palabras. No es este negocio de priesa, sino de espacio, pues en él se trata del gobierno de toda la vida, y de lo que despues della depende. Mira cuán cernidos quieres que vayan los negocios del mundo, pues no te contentas en ellos con una sola sentencia, sino quieres que haya vista y revista de muchas salas y jueces, porque por ventura no se yerren. Y pues en este negocio no se trata de tierra, sino de cielo, ni de tus cosas, sino de tí mismo, mira que no se debe considerar esto durmiendo, ni bostezando, sino con mucha atencion. Si hasta aquí has errado, haz cuenta que naces agora de nuevo, y entremos aquí en juicio, y cortemos el hilo de nuestros yerros, y comencemos á devanar esta madeja por otro camino. ¿Quién me diese agora que me creyeses, y que con oidos atentos me escuchases, y que como buen juez (segun lo alegado y probado) sentencia-

ses? ¡Oh qué dichoso acertamiento! ¡oh qué bien empleado trabajo! Bien sé que deseo mucho, y que no es bastante ninguna escriptura para esto; mas por eso suplico yo agora en el principio desta á aquel que es virtud, y sabiduría del Padre (el cual tiene las llaves de David para abrir y cerrar á quien él quisiere [1]), que se halle aquí presente, y se envuelva en estas palabras, y les dé espíritu y vida para mover á quien las leyere. Mas con todo eso, si otro fructo no sacare deste trabajo mas que haber dado á mi deseo este contentamiento, que es hartarme una vez de alabar una cosa tan digna de ser alabada, como es la virtud (que es cosa que muchos tiempos he deseado), solo esto tendré por suficiente premio de mi trabajo. Procuré en esta escriptura (como en todas las otras) de acomodarme á toda suerte de personas espirituales, y no espirituales, para que pues la causa y la necesidad era comun, tambien lo fuese la escriptura. Porque los buenos leyendo esto se confirmarán mas en el amor de la virtud, y echarán mas hondas raices en ella; é los que no lo fueren, por ventura por aquí podrán entender lo que pierden por no serlo. En esta

[1] Apoc. 3; Isai. 22.

escriptura podrán criar los buenos padres á sus hijos cuando chiquitos; porque dende estos primeros años se habitúen á tener grande veneracion é respecto á la virtud, é á ser muy devotos della: pues uno de los grandes contentamientos que un buen padre puede tener, es ver virtud en el hijo que ama.

Y señaladamente aprovechará esta doctrina á los que tienen por oficio en la Iglesia enseñar al pueblo, y persuadir la virtud; porque aquí se ponen por su órden los principales títulos y razones que á ello nos obligan, á los cuales se puede reducir (como á lugares comunes) cuasi todo cuanto desta materia está escripto. Y porque aquí se trata de los bienes de gracia que de presente se prometen á la virtud (donde se ponen doce singulares privilegios que ella tiene), y sea verdad que todas estas riquezas y bienes nos vinieron por Cristo, de aquí es que aprovecha tambien mucho esta doctrina para entender mejor aquellos libros de la Escriptura divina que señaladamente tratan del misterio de Cristo, y del beneficio inestimable de nuestra redempcion: de que muy en particular tratan el profeta Isaías, y Salomon en el libro de los Cantares, y otros semejantes.

ARGUMENTO

DESTE PRIMERO LIBRO.

Este primero libro, cristiano lector, contiene una larga exhortacion á la virtud, que es á la guarda y obediencia de los mandamientos de Dios, en la cual consiste la verdadera virtud. Va repartida en tres partes principales. La primera persuade la virtud, alegando para esto todas las razones mas comunes que en esta materia suelen traer los sanctos, que son las obligaciones grandes que tenemos á Dios nuestro Señor, así por lo que él es en sí, como por lo que es para nosotros por razon de sus inestimables beneficios; y juntamente con esto, por lo que nos importa la misma virtud, lo cual bas-

tantemente se prueba por las cuatro postrimerías del hombre, que son muerte, juicio, paraiso y infierno, de que en esta primera parte se trata.

En la segunda se persuade esto mismo, alegando otras nuevas razones, que son los bienes de gracia que de presente en esta vida se prometen á la virtud. Donde se ponen doce singulares privilegios que ella tiene, y se trata de cada uno en particular. Los cuales privilegios, aunque algunas veces tocan brevemente los sanctos, declarando la paz, y la luz, y la verdadera libertad y alegría de la buena consciencia, y las consolaciones del Espíritu Sancto (de que gozan los justos), que consigo trae comunmente la virtud; pero hasta agora no he visto yo quién de propósito tratase esta materia extendidamente y por su órden. Y por esto fué necesario un poco de mas trabjo, para entresacar y recoger todas estas cosas de diversos lugares de las sanctas Escripturas, y llamarlas por sus nombres, y ponerlas en órden, y explicar y acompañar cada una de ellas con diversos testimonios de sus mismas escripturas, y dichos de sanctos. La cual diligencia fué muy necesaria para que los que no se mueven al amor

de la virtud con la esperanza de los bienes advenideros, por parecerles que están muy léjos, se moviesen siquiera con la utilidad inestimable de los que de presente andan en su compañía.

Mas porque no basta alegar todas las razones que hay para justificar una causa, si no se deshacen las de la parte contraria, para esto sirve la tercera parte deste libro, en la cual se responde á todas las excusas que los hombres viciosos suelen alegar para dar de mano á la virtud.

Y porque no se confunda el cristiano lector, sepa que este primer libro responde al primero de nuestro Memorial de la Vida Cristiana, el cual tambien contiene una exhortacion á la virtud; pero allí muy breve, como convenia á Memorial; mas aquí muy copiosa, donde se trata muy de propósito este tan necesario y noble argumento, al cual sirve todo lo bueno que en el mundo está escripto. Mas el segundo libro responde á la regla que allí escribimos brevemente de Vida Cristiana, la cual aquí va mucho mas extendida y acrecentada. Y porque la materia destos dos libros es la virtud, advierta el lector que por este vocablo no solo enten-

demos el hábito de la virtud, sino tambien los actos y oficios della, á los cuales este noble hábito se ordena; porque muy conocida figura es significar el efecto por el nombre de la causa, y el de la causa por su efecto.

BIBLIOTECA · Granada · DE ANDALUCIA

COMIENZA EL PRIMER LIBRO

DE

LA GUIA DE PECADORES,

EL CUAL CONTIENE

UNA LARGA Y COPIOSA EXHORTACION Á LA VIRTUD,

Y GUARDA DE LOS MANDAMIENTOS DIVINOS.

CAPÍTULO PRIMERO.

Del primero título que nos obliga á la virtud y servicio de Dios, que es ser él quien es; donde se trata de la excelencia de las perfecciones divinas.

Dos cosas señaladamente suelen mover las voluntades de los hombres, cristiano lector, á cualquier honesto trabajo. Una es la obligacion que por título de justicia tienen á él, y otra el fructo y provecho que se sigue dél. Y así es comun sentencia de todos los sabios, que estas dos cosas, conviene á saber, honestidad y utilidad, son las dos principales espuelas de nuestra voluntad, las cuales la mueven á todo lo que

ha de hacer. Entre las cuales aunque la utilidad es comunmente mas deseada, pero la honestidad y justicia de suyo es mas poderosa. Porque ningun provecho hay en este mundo tan grande, que se iguale con la excelencia de la virtud: así como ninguna pérdida hay tan grande que el varon sabio no deba ántes escoger, que caer en un vicio, como Aristóteles enseña. Por lo cual siendo nuestro propósito en este libro convidar y aficionar los hombres á la hermosura de la virtud, será bien comenzar por esta parte mas principal, declarándoles la obligacion que tenemos á ella, por la que tenemos á Dios; el cual como sea la mesma bondad, ninguna otra cosa quiere, ni manda, ni estima, ni pide mas en este mundo que la virtud. Veamos pues agora con todo estudio y diligencia los títulos que este Señor tiene para pedirnos este tan debido tributo.

Mas como estos sean innumerables, solamente tocarémos aquí seis de los mas principales, por cada uno de los cuales le debe de derecho el hombre todo lo que puede y es, sin ninguna excepcion. Entre los cua-

les el primero y el mayor, y el que ménos se puede declarar, es ser él quien es; donde entra la grandeza de su majestad y de todas sus perfecciones: esto es, la inmensidad incomprehensible de su bondad, de su misericordia, de su justicia, de su sabiduría, de su omnipotencia, de su nobleza, de su hermosura, de su fidelidad, de su verdad, de su benignidad, de su felicidad, de su majestad, y de otras infinitas riquezas y perfecciones que hay en él. Las cuales son tantas y tan grandes, que (como dice un doctor) si todo el mundo se hinchese de libros, y todas las criaturas dél fuesen escriptores, y toda el agua de la mar tinta, ántes se hinchiria el mundo de libros, y se cansarian los escriptores, y se agotaria la mar que se acabase de explicar una sola destas perfecciones, como ella es. Y añade mas este doctor, diciendo: Que si criase Dios un nuevo hombre, con un corazon que tuviese la grandeza y capacidad de todos los corazones del mundo, y este llegase á entender una destas perfecciones con alguna grande y desacostumbrada luz, corria gran peligro no desfalleciese del todo

ó reventase con la grandeza de la suavidad y alegría que en él redundaria, si no fuese para esto especialmente confortado de Dios.

Esta es pues la primera y la mas principal razon por la cual estamos obligados á amar, servir y obedescer á este Señor. Lo cual es en tanto grado verdad, que hasta los mesmos filósofos epicúreos, destruidores de toda la filosofia (pues niegan la divina Providencia y la inmortalidad del ánima), no por eso niegan la religion, que es el culto y veneracion de Dios. Porque á lo ménos, disputando uno dellos, en los libros que Tulio escribió de la naturaleza de los dioses, confiesa y prueba eficacísimamente que hay Dios, y confiesa tambien la alteza y soberanía de sus perfecciones admirables, por las cuales dice que meresce ser adorado y venerado; porque esto se debe á la alteza y excelencia de aquella nobilísima substancia por solo este título, aunque mas no haya. Porque si acatamos y reverenciamos un rey aunque esté fuera de su reino, donde ningun beneficio recebimos dél, por sola la dignidad real de su per-

sona, ¿cuánto mas se deberá esto á aquel Señor, que como dice Sant Juan [1], trae broslado en su vestidura y en su muslo, Rey de los reyes, y Señor de los señores? Él es el que tiene colgada de tres dedos la redondez de la tierra; el cual dispone las causas, mueve los cielos, muda los tiempos, altera los elementos, reparte las aguas, produce los vientos, engendra las cosas, influye en los planetas, y como Rey y Señor universal da de comer á todas las criaturas. Y lo que mas es, que este reino y señorío no es por succesion, ni por eleccion, ni por herencia, sino por naturaleza. Porque así como el hombre naturalmente es mayor que una hormiga, así aquella nobilísima substancia sobrepuja tanto todas las otras substancias criadas, que todas ellas y todo este mundo tan grande, apénas es una hormiga delante dél. Pues si esta verdad reconoció y confesó un tan bárbaro y tan mal filósofo, ¿qué será razon que confiese la filosofía cristiana? Esta pues nos enseña, que aunque hay innumerables títulos por donde estamos obligados á Dios, este

[1] Apoc. 19. Isai. 40.

es el mayor de todos, y el que solo, aunque mas no hubiera, merecia todo el amor y servicio del hombre, aunque él tuviera infinitos corazones y cuerpos que emplear en él. Lo cual procuraron siempre cumplir todos los sanctos, cuyo amor era tan puro y tan desinteresado, que dice dél Sant Bernardo [1]: El verdadero y perfecto amor, ni toma fuerzas con la confianza, ni siente los daños de la desconfianza. Queriendo decir: que ni se esfuerza á servir á Dios por lo que espera que le han de dar, ni desmayaria aunque supiese que nada le habian de dar; porque no se mueve á esto por interese, sino por puro amor debido á aquella infinita bondad.

Mas con ser este título el mas obligatorio, es el que ménos mueve á los ménos perfectos. Lo uno, porque tanto mas los mueve su interese, cuanto mas parte en ellos tiene el amor proprio; y lo otro, porque como aun rudos é ignorantes, no alcanzan á entender la dignidad y hermosura de aquella soberana bondad. Porque si desto tuviesen mas entera noticia, solo es-

[1] Sup. Cant. serm. 83.

te resplandor de tal manera robaria sus corazones, que contentos con solo él, no buscarian mas que á él. Por lo cual no será fuera de propósito darles aquí un poco de luz para que puedan conoscer algo mas de la grandeza y dignidad deste Señor. Esta es tomada de aquel sumo teólogo Sant Dionisio, el cual en su mística teología, ninguna otra cosa mas pretende, que darnos á entender la diferencia del Sér divino á todo otro sér criado: enseñándonos (si queremos conoscer á Dios) á desviar los ojos de las perfecciones de todas las criaturas, para que no nos engañemos queriendo medir y sacar á Dios por ellas; sino que dejándolas todas acá bajo, nos levantemos á contemplar un sér sobre todo sér, una substancia sobre toda substancia, una luz sobre toda luz, ante la cual toda luz es tinieblas, y una hermosura sobre toda hermosura, en cuya comparacion es fealdad toda hermosura. Esto nos significa aquella escuridad en que entró Moysen á hablar con Dios [1], la cual le cubria la vista de todo lo que no era Dios, para que así pudiese mejor co-

[1] Exod. 24.

noscer á Dios [1]. Y esto mesmo nos declara aquel cubrirse Elías los ojos con su palio, cuando vió pasar delante de sí la gloria de Dios; porque á todo lo de acá ha de cerrar el hombre los ojos (como á cosa tan baja y desproporcionada), cuando quisiere contemplar la gloria de Dios.

Esto se verá mas claro, si consideramos la diferencia grandísima que hay de aquel sér no criado á todo otro sér criado, que es del Criador á sus criaturas; porque todas ellas vemos que tuvieron principio, y pueden tener fin: mas él ni tiene principio ni puede tener fin. Todas ellas reconocen superior, y dependen de otro: él ni reconoce superior ni depende de nadie. Todas ellas son variables y subjetas á mudanzas: en él no cabe mudanza ni variedad. Todas ellas son compuestas cada cual de su manera: mas en él no hay composicion por su suma simplicidad; porque si fuera compuesto de partes, tuviera componedor que fuera primero que él, lo cual es imposible. Todas ellas pueden ser mas de lo que son, y tener mas de lo que tienen, y saber mas de

[1] III Reg. 19.

lo que saben: mas él ni puede ser mas de lo que es, porque en él está todo el sér, ni tener mas de lo que tiene, porque él es el abismo de todas las riquezas, ni saber mas de lo que sabe, por la infinidad de su saber, y por la excelencia de su eternidad, á la cual todo está presente. Por la cual causa lo llama Aristóteles acto puro, que quiere decir, última y suma perfeccion, tal que no sufre añadidura, porque no es posible ser mas de lo que es, ni imaginarse cosa que le falte. Todas las criaturas militan debajo la bandera del movimiento, para que como pobres y necesitadas se puedan mover á buscar lo que les falta; mas él no tiene para que moverse, pues ninguna cosa le falta, y porque en todo lugar está presente. En todas las otras cosas, así como hay diversas partes, así se distinguen las unas de las otras: mas en él no puede haber distincion de partes diversas por suma simplicidad. De manera que su sér es su esencia, y su esencia es su poder, y su poder es su querer, y su querer es su voluntad, y su voluntad es su entendimiento, y su entendimiento es su entender, y su en-

tender es su sér, y su sér es su sabiduría, y su sabiduría es su bondad, y su bondad es su justicia, y su justicia es su misericordia, la cual aunque tiene contrarios efectos que la justicia (cuales son perdonar y castigar), mas realmente en él son tan una cosa, que su mesma justicia es su misericordia, y su misericordia es su justicia. Y así en él caben obras y perfecciones al parecer contrarias y admirables, como dice Sant Augustin [1]. Porque él es secretísimo y presentísimo, hermosísimo y fortísimo, estable é incomprehensible, sin lugar y en todo lugar, invisible y que todo lo ve, inmutable y que todo lo muda, el que siempre obra y siempre está quieto, el que todo lo hinche sin estar encerrado, y todo lo provee sin quedar distraido, el que es grande sin cuantidad, y por eso inmenso, y bueno sin cualidad, y por eso verdadera y sumamente bueno; ántes ninguno es bueno, sino solo él [2]. Finalmente por abreviar, todas las cosas criadas, así como tienen limitada esencia que las comprehende, así tienen limitado poder á que se estienden, y li-

[1] Lib. Medit. cap 19. — [2] Matth. 19.

mitadas obras en que se ejercitan, y limitados lugares adonde moran, y limitados nombres con que se significan, y particulares difiniciones con que se declaran, y señalados predicamentos, ó géneros donde se encierran. Mas aquella soberana substancia, así como es infinita en el sér, así tambien lo es en el poder, y en todo lo demás; y así ni tiene difinicion que la declare, ni género que la encierre, ni lugar que la determine, ni nombre que la signifique por su propio concepto. Antes, como dice Sant Dionisio, con no tener nombre, tiene todos los nombres; porque en sí contiene todas las perfecciones significadas por esos nombres. De donde se infiere que todas las criaturas, como son limitadas, así son comprehensibles; mas solo aquel sér divino, así como es infinito, así es incomprehensible á todo entendimiento criado. Porque como dice Aristóteles, lo que es infinito, como no tiene cabo, así con ningun entendimiento puede ser comprehendido ni abarcado, sino es con solo aquel que todo lo comprehende. ¿Qué otra cosa nos significan aquellos dos

serafines que vió Isaías [1] puestos al lado de la majestad de Dios, que estaban sentados en un trono muy alto, cada uno con seis alas, con las dos de las cuales cubrian el rostro de Dios, y con las otras dos los piés del mismo Dios (segun declara un intérprete), sino dar á entender, que ni aun aquellos espíritus soberanos que tienen el mas alto lugar en el cielo, y están mas vecinos á Dios, pueden comprehender todo cuanto hay en Dios, ni llegar de cabo á cabo á conocerle, puesto caso que claramente le vean en su mesma esencia y hermosura? Porque como el que está á la orilla de la mar, realmente ve la mar en sí misma, mas no llega á ver, ni la profundidad, ni la largura della, así aquellos espíritus soberanos, con todos los otros escogidos que moran en el cielo, realmente ven á Dios, mas no pueden comprehender ni el abismo de su grandeza, ni la longura de su eternidad. Y por esto mesmo se dice que está Dios sentado sobre los querubines [2] (en quien están encerrados los teso-

[1] Isai. 6.—[2] Daniel 3. Ps. 103.

ros de la sabiduría divina) mas con todo eso está sobre ellos, porque no le pueden ellos alcanzar ni comprehender.

Estas son aquellas tinieblas que el profeta David dice que puso Dios al derredor de su tabernáculo [1], para dar á entender lo que el Apóstol significó mas claramente cuando dijo [2]: Que Dios moraba en una luz inaccesible adonde nadie podia llegar; lo cual el profeta llama tinieblas, que impiden la vista y comprehension de Dios. Porque, segun dijo muy bien un filósofo, así como niguna cosa hay mas clara, ni mas visible que el sol, pero con todo esto ninguna hay que ménos se vea por la excelencia de su claridad y por la flaqueza de nuestra vista, así ninguna hay que de suyo sea mas inteligible que Dios, y ninguna que ménos en esta vida se entienda, por esta mesma razon.

Por donde el que en alguna manera le quisiere conocer, despues que haya llegado á lo último de las perfecciones que él pudiere entender, conozca que aun le queda infinito camino que andar; porque es in-

[1] Ps. 17. — [2] I Tim. 6.

finito mayor de lo que él ha podido comprehender: y cuanto mas entendiere esta incomprehensibilidad, tanto mas habrá entendido dél. Por donde Sant Gregorio, sobre aquellas palabras de Job [1]: El que hace cosas grandes é incomprehensibles sin número, dice así: Entónces hablamos con mayor elocuencia las obras de la omnipotencia divina, cuando quedando maravillados y atónitos, las callamos: y entónces el hombre alaba convenientemente callando, lo que no puede convenientemente significar hablando. Y así nos aconseja Sant Dionisio que honremos el secreto de aquella soberana deidad, que trasciende todos los entendimientos, con sagrada veneracion del ánima, y con un inefable y casto silencio. En las cuales palabras parece que alude á aquellas del profeta David [2], segun la translacion de Sant Hierónimo, que dicen: A tí calla el alabanza, Dios en Sion. Dando á entender que la mas perfecta alabanza de Dios es la que se hace callando; que es con este casto é inefable silencio, entendiendo nuestro no entender, y confesando la in-

[1] Job. 5.—[2] Ps. 64.

comprehensibilidad y soberanía de aquella inefable substancia, cuyo sér es sobre todo sér, cuyo poder es sobre todo poder, cuya grandeza es sobre toda grandeza, y cuya substancia sobrepuja infinitamente, y se diferencia de toda otra substancia, así visible como invísible. Conforme á lo cual dice Sant Augustin [1]: Cuando yo busco á mi Dios, no busco forma de cuerpo, ni hermosura de tiempo, ni blancura de luz, ni melodia de canto, ni olores de flores, ni ungüentos aromáticos, ni miel, ni maná deleitable al gusto, ni otra cosa que pueda ser tocada y abrazada con las manos: nada desto busco cuando busco á mi Dios. Mas con todo esto busco una luz sobre toda luz, que no ven los ojos; y una voz sobre toda voz, que no perciben los oídos; y un olor sobre todo olor, que no sienten las narices; y una dulzura sobre toda dulzura, que no conoce el gusto, y un abrazo sobre todo abrazo, que no siente el tacto: porque esta luz resplandesce donde no hay lugar, y esta voz suena donde el aire no la lleva, y este olor se siente donde el viento no le

[1] Lib. 10, Confessionum, cap. 6, et in Soliloq., cap. 31.

derrama, y este sabor deleita donde no hay paladar que guste, y este abrazo se recibe donde nunca jamás se aparta.

§ I.

Y si quieres por un pequeño ejemplo barruntar algo desta incomprehensible grandeza, pon los ojos en la fábrica deste mundo [1], que es obra de las manos de Dios [2], para que por la condicion del efecto, entiendas algo de la nobleza de la causa. Presuponiendo primero lo que dice Sant Dionisio, que en todas las cosas hay ser, poder y obrar, las cuales están de tal manera proporcionadas entre sí, que cual es el sér de las cosas, tal es su poder, y cual el poder, tal el obrar. Presupuesto este principio, mira luego cuán hermoso, cuán bien ordenado, y cuán grande es este mundo, pues hay algunas estrellas en el cielo, que segun dicen los astrólogos, son ochenta veces mayores que toda la tierra y agua juntas. Mira otrosí cuán poblado está de infinita variedad de cosas que moran en la tierra, y en el agua, y en el aire, y en todo

[1] Ps. 18. — [2] Rom. 1.

lo demás: las cuales están fabricadas con tan grande perfeccion, que (sacados los monstruos á parte) en ninguna hasta hoy se halló, ni cosa que sobrase, ni que le faltase para el cumplimiento de su sér [1]. Pues esta tan grande y tan admirable máquina del mundo (segun el parecer de Sant Augustin) crió Dios en un momento, y sacó de no ser á ser: y esto sin tener materiales de que la hiciese, ni oficiales de que se ayudase, ni herramienta de que se sirviese, ni modelos ó debujos exteriores en que la trazase, ni espacio de tiempo en que prosiguiendo la acabase, sino con sola una simple muestra de su voluntad, salió á luz esta grande universidad y ejército de todas las cosas. Y mira mas que con la misma facilidad que crió este mundo, pudiera criar si quisiera, millares de cuentos de mundos, muy mas grandes, y mas hermosos, y mas poblados que este; y acabándolos de hacer, con la misma facilidad los pudiera aniquilar y deshacer, sin niguna resistencia.

Pues dime agora, si como se presupuso

[1] Clemente Alejandrino. Fúndase en aquello Eccl. 18: *Ille autem qui vivit in æternum creavit omnia simul.*

de la doctrina de Sant Dionisio, por los efectos y obras de las cosas conocemos el poder de las cosas, y por el poder el sér, ¿cuál será el poder de donde esta obra procedió? Y si tal y tan incomprehensible es este poder, ¿cuál será el sér que se conosce por tal poder? Esto sin duda sobrepuja todo encarecimiento, y entendimiento. Donde hay aun mas que pensar, que estas obras tan grandes, así las que son, como las que pueden ser, no igualan con la grandeza deste divino poder, ántes quedan infinitamente mas bajas, porque infinitamente mas es á lo que se estiende este infinito poder. Pues, ¿quién no queda atónito y pasmado, considerando la grandeza de tal sér y tal poder? Al cual aunque no vea con los ojos, á lo menos no puede dejar de barruntar por esta razon, cuán grande sea, y cuán incomprehensible.

Esta inmensidad infinita de Dios declara Sancto Tomás en el compendio de la Teología, por este ejemplo. Vemos (dice él) que entre las cosas corporales, cuanto una es mas excelente, tanto es mayor en cuantidad. Y así vemos ser mayor el agua que

la tierra, y mayor el aire que el agua, y mayor el fuego que el aire, y mayor el primer cielo que el elemento del fuego, y mayor el segundo cielo que el primero, y mayor el tercero que el segundo: y así subiendo hasta la décima esfera, y hasta el cielo empirio, que es de inestimable é incomparable grandeza. Lo cual se ve claro por cuán pequeña es la redondez de la tierra y del agua, en comparacion de los cielos; pues los astrólogos dicen que es un punto á respecto del cielo. Lo cual demuestran claramente, porque estando el cerco del cielo repartido en doce signos, por do anda el sol, de cualquier parte de la tierra se ven los seis perfectamente; porque la altura y eminencia de la tierra, no ocupa mas de lo que ocuparia una hoja de papel, ó una tabla que estuviese en medio del mundo, de donde sin impedimento se veria la mitad del cielo. Pues siendo el cielo empirio, que es el primero y el mas noble cuerpo del mundo, de tan inestimable grandeza sobre todos los otros cuerpos, por aquí se entiende (dice Sancto Tomás) cómo Dios que sin ninguna limitacion es el primero,

y el mayor, y el mejor de todas las cosas, así espirituales como corporales, y el hacedor dellas, ha de sobrepujar á todas ellas con infinita grandeza; no en cuantidad (porque no es cuerpo) sino en la excelencia y nobleza de su perfectísimo sér.

Pues descendiendo agora á nuestro propósito, por aquí podrás en alguna manera entender cuáles sean las perfecciones y grandezas deste Señor; porque tales es necesario que sean, cual es su mesmo sér. Así lo confiesa el Eclesiástico [1] de su misericordia, diciendo: Cuan grande es el sér de Dios, tan grande es la misericordia de Dios; y no ménos lo son todas las otras perfecciones suyas: de manera que tal es su bondad, su benignidad, su majestad, su mansedumbre, su sabiduría, su dulzura, su nobleza, su hermosura, su omnipotencia, y tal tambien su justicia. Y así es infinitamente bueno, infinitamente suave, infinitamente amoroso, é infinitamente amable, é infinitamente digno de ser obedescido, temido, acatado, y reverenciado. De suerte que si en el corazon humano pudie-

[1] Eccles. 2.

se caber amor y temor infinito, y obediencia y reverencia infinita, todo esto era debido en ley de justicia á la dignidad y excelencia deste Señor. Porque si cuanto una persona es mas excelente y mas alta, tanto se le debe mayor reverencia, necesariamente se sigue, que siendo la excelencia de Dios infinita, se le debe reverencia infinita. De donde se infiere que todo lo que falta á nuestro amor y reverencia para llegar á esta medida, falta para lo que se debe á la dignidad desta grandeza.

Pues siendo esto así ¿qué tan grande es la obligacion que nos pide solo este título (aunque mas no hubiera) al amor y obediencia deste Señor? ¿Qué ama quien á esta bondad no ama? ¿Qué teme quien á esta Majestad no teme? ¿A quién sirve quien á este Señor no sirve? ¿Para qué se hizo la voluntad, sino para abrazar y amar al bien? Pues si este es el sumo bien, ¿cómo no lo abraza nuestra voluntad sobre todos los bienes? Y si tan grande mal es no amarlo y reverenciarlo sobre todas las cosas, ¿qué será tenerlo en ménos que todas ellas? ¿Quién pudiera creer que hasta aquí pudie-

se llegar la maldad del hombre? Pues realmente hasta aquí llegan los que por un deleite bestial, ó por un pundonor de honra, ó por dos maravedis de interese, desprecian y ofenden á esta bondad. Y aun mas adelante pasan los que pecan de balde, que es por sola maldad y costumbre, sin haber por eso algun interese. ¿A tanto ha llegado el desalmamiento del mundo? ¡Oh ceguedad incomparable! ¡Oh insensibilidad mas que de bestias! ¡Oh atrevimiento digno de los demonios! ¿Qué merece quien esto hace? ¿Con qué se castigará dignamente el desprecio de tan grande Majestad? Claro está que con ninguna pena menor que con la que está á los tales aparejada, que es arder para siempre en los fuegos del infierno, y con todo esto no se castiga dignamente.

Este es pues el primer título por donde estamos obligados al amor y servicio deste Señor; la cual obligacion es tan grande, que todas cuantas obligaciones podemos tener en el mundo á diversos géneros de personas por razon de sus excelencias y perfecciones, no se pueden llamar obligacio-

nes, comparadas con esta. Porque así como todas las otras perfecciones criadas, comparadas con las divinas, no son perfecciones, así todas las obligaciones que nascen destas mismas excelencias y perfecciones, no se llaman obligaciones en presencia desta; como tampoco todas las ofensas hechas á puras criaturas se llaman ofensas, comparadas con la que se hace al Criador. Por lo cual dijo David en el salmo de la penitencia [1]: Que contra solo Dios habia pecado; como quiera que tambien habia pecado contra Urías á quien mató, y contra su mujer á quien deshonró, y contra todo su reino á quien escandalizó. Mas con todo esto dice que habia pecado contra solo Dios, porque sabia él muy bien que todas estas ofensas y deformidades eran nada en comparacion de la fealdad que este pecado tenia, por ser contra lo que Dios mandó. Y así la consideracion desta deformidad lo afligia tanto, que no hacia caso de todas las otras en comparacion desta, porque así como Dios es infinitamente mayor que toda otra criatura, así es infinita-

[1] Ps. 50.

mente mayor en su manera la obligacion que le tenemos, y la ofensa que le hacemos; y de finito á infinito no puede haber proporcion.

CAPÍTULO II.

Del segundo título que nos obliga á la virtud y servicio de nuestro Señor, por razon del beneficio de la creacion [1].

No solo estamos obligados á la virtud y obediencia de los mandamientos divinos, por lo que Dios es en sí, sino tambien por lo que es para nosotros: que es por razon de sus innumerables beneficios. De los cuales aunque habemos tratado en otros lugares para otros propósitos, pero aquí trataremos dellos, para que por ellos veamos las grandes obligaciones que tenemos al servicio del dador.

Entre estos beneficios el primero es el de la creacion: del cual por ser tan conocido, solamente diré que por este beneficio está

[1] De los beneficios divinos se trata en el libro de la Oracion, 1 p. en la consideracion del domingo en la noche; y en la 2 p. del Mem. y en las Addi.

el hombre obligado á emplearse todo en el servicio del Señor que le crió, porque segun toda ley, es el hombre deudor de todo lo que ha recebido. Y pues por este beneficio recibió el sér que tiene (que es el cuerpo con todos sus sentidos, y el ánima con todas sus potencias) síguese que todo esto está obligado á emplear en su manera en el servicio del Hacedor, so pena de ser ladron y desconocido á quien tanto bien le hizo. Porque si un hombre hace una casa, ¿á quién ha de servir esta casa, sino al dueño que la hizo? Y si planta una viña, ¿cuyo ha de ser el fructo della, sino del que la plantó? Y si un padre tiene un hijo, ¿á cuyo servicio está mas obligado, que al del padre que le engendró? Y por esta causa dicen las leyes que es inestimable el poder del padre sobre sus hijos: el cual se estiende á tanto, que por derecho los puede vender estando en necesidad; porque por haberles dado el sér que tienen, queda hecho tan señor dellos, que puede disponer dellos en esta forma. Pues si tan grande es el señorío que el padre tiene sobre su hijo, ¿cuál será el que tiene aquel

de quien se deriva todo el sér de padres en el cielo y en la tierra [1]? Y si, como dice Séneca, los que recibieron beneficios, son obligados á imitar las tierras fértiles, las cuales dan mucho mas de lo que recibieron, ¿cómo responderémos á Dios con esta manera de agradescimiento? pues no le podemos dar mas de lo que dél recebimos, por mucho que le démos. Y si no guarda esta ley el que no da mas de lo que recibió, ¿qué dirémos del que aun no da lo que recibió? Y si, como dice Aristóteles, á los dioses y á los padres no se puede pagar enteramente la deuda que se les debe, ¿qué se podrá pagar á Dios que tanto mas nos tiene dado que todos los padres del mundo? Y si tan grande mal es ser un hijo rebelde y desobediente á su padre, ¿qué será serlo á Dios, que por tantos títulos es padre, en cuya comparacion ninguno merece título de padre? Por esto, con mucha razon se queja él de los tales por un profeta, diciendo [2]: Si yo soy vuestro Padre, ¿dónde está la honra que me debeis? Y si soy vuestro Señor, ¿qué es del temor que me te-

[1] Ephes. 3. — [2] Malach. 1.

neis? Y contra estos mismos se indigna otro profeta con palabras mas encendidas, diciendo [1]: Generacion mala y adúltera, pueblo loco y necio, ¿esta es la paga de tantos beneficios que das á tu Señor? ¿Por ventura no es él tu Padre, que te hizo y te crió? Estos son los que ni levantan los ojos al cielo, ni los vuelven á sí mesmos acordándose de sí [2]: porque si esto hiciesen, preguntarian á sí por sí, y procurarian saber su primer orígen y principio: que es, quien los hizo, y para qué los hizo, y por aquí entenderian lo que debian hacer. Mas porque esto no hacen viven como si ellos mesmos se hubieran hecho: como vivia aquel malaventurado rey de Egipto, á quien amenaza Dios por un profeta, diciendo [3]: Contigo lo habré yo, dragon grande, que estás tendido en medio de tus rios, y dices: mios son los rios, yo me hice á mí mesmo. Las cuales palabras, á lo ménos por la práctica, dicen todos aquellos que así viven descuidados de su Criador, como si ellos mesmos se hubieran hecho, y no reconocieran hacedor. Mejor lo hacia el bienaventurado

[1] Deut. 32.—[2] Ps. 16.—[3] Ezech. 23.

Sant Augustin [1], el cual por este conocimiento de su principio, vino en conocimiento de su Criador. Y así dice él en un soliloquio: Volví á mí, y entré en mí, y preguntéme: tú ¿quién eres? Y respondíme: hombre racional y mortal. Y comencé á inquirir lo que esto era, y dije: ¿de dónde tuvo principio, Dios mio, este animal? ¿De dónde sino de tí? Tú eres el que me heciste, y no yo. Tú eres por quien yo vivo, y por quien todas las cosas son y viven. Porque ¿por ventura puede ser alguno artífice de sí mesmo? ¿Por ventura hay otro de quien se derive el ser y el vivir, sino de tí? ¿Por ventura no eres tú el sumo Sér de quien mana todo ser? ¿No eres fuente de vida de quien procede toda vida? Tú pues, Señor, me heciste, sin el cual nada se hace. Tú eres hacedor mio, y yo obra tuya. Gracias pues sean dadas á tí, Señor, por quien yo vivo, y todas las cosas viven. Gracias á tí, formador mio, porque tus manos me formaron é hicieron [2]. Gracias á tí, luz mia, porque con tu luz hallé á tí, y hallé tambien á mí.

[1] Lib. 10 Confess., c. 6, et in Soliloq., c. 31. — [2] b 10.

Este es pues el primero de los beneficios divinos, y el fundamento de todos los otros. Porque todos ellos presuponen ser, el cual por este beneficio se nos da; y así se comparan todos con él, como accidentes con la substancia donde se subjectan: para que por aquí veas cuán grande sea este beneficio, y cuán digno de ser agradecido. Pues si tanto cuidado tiene Dios de pedir agradescimiento por sus beneficios (aunque esto no por su provecho, sino por el nuestro) ¿qué pedirá por este, que es el fundamento de todos los otros? Mayormente siendo esta la condicion de Dios, que así como es liberalísimo en hacer mercedes, así es estrechísimo (si así se puede llamar) en pedir agradescimiento; no por razon de su provecho, sino por la obligacion de nuestro oficio. Y así leemos en el Testamento Viejo, que apénas acababa de hacer á su pueblo un beneficio, cuando luego daba órden cómo hubiese perpetua memoria y agradecimiento dél. Y así en sacando su pueblo de Egipto, luego á la hora, ántes aun de la salida, mandó que se hiciese una fiesta solemnísima cada año en memoria

dél [1]. Mató tambien para este fin todos los primogénitos de los egipcios, y luego mandó que todos los primogénitos del pueblo, que de ahí adelante naciesen, se le ofreciesen en memoria deste beneficio [2]. Proveyóles luego de manná cuarenta años en el desierto, y en comenzándolo á enviar, mandó que se cogiese cierta cuantidad dél en un vaso, y se guardase en el sanctuario [3]; para que todas las generaciones advenideras tuviesen memoria de aquel beneficio [4]. De ahí á poco dióles una victoria muy señalada contra Amalec: y acabada la victoria, dijo luego á Moysen [5]: Escribe esta victoria en un libro para perpetua memoria della, y entrégalo á Josué. Pues si tan especial cuidado tuvo este Señor de proveer cómo hubiese en la memoria de su pueblo eterno agradescimiento de beneficios temporales, ¿qué pedirá por este beneficio inmortal, pues el ánima que él nos dió es inmortal? De aquí procedia el cuidado que los sanctos patriarcas tenian de edificar altares [6], y hacer memorias cada vez que re-

[1] Exod. 12. — [2] Exod. 13. — [3] Exod. 16. — [4] Exod. 16. — [5] Exod. 17. — [6] Gen. 12, 13 et 22.

cebian algun particular beneficio de Dios [1]: de tal manera, que aun en los nombres de los mesmos hijos que les daba, escribian la memoria de los beneficios que recebian, para nunca jamás olvidarse dellos. Por donde concluye un sancto [2], que no habia el hombre de respirar tantas veces, cuantas se habia de acordar de Dios. Porque así como siempre es, así siempre habia de estar dando gracias por el ser inmortal què dél recibió.

Es tan grande el vínculo desta obligacion, que hasta los mesmos filósofos deste mundo dan voces á los hombres que no sean ingratos á Dios. Y así Epicteto, noble filósofo entre los estoicos, dice así: O hombre, no seas ingrato á aquella soberana potestad, sino por el sentido del ver y del oir, y mucho mas por la vida que te dió, y por las cosas con que ella se sustenta, por los fructos maduros, por el vino, y por el aceite, y por todo lo demás le da gracias; y mucho mas porque te dió razon para que supieses usar de todas esas cosas, y cono-

[1] Gen. 41.—[2] Aug. in Soliloq., c. 28 et in Man. c. 29, et in Medit., c. 6.

cer el valor dellas. Pues si este agradescimiento nos pide un filósofo gentil por estos comunes beneficios, ¿qué será razon que sienta un cristiano que tanto mayor lumbre tiene de fe, y tanto mas recibió?

Mas por ventura dirás: Esos comunes beneficios mas parecen obras de naturaleza que beneficios de Dios. ¿Qué debo yo pues particularmente por la órden y disposicion de las cosas, que se van siempre por su curso? No es esta voz de cristiano, sino de gentil; ni aun de gentil, sino de bestia. Y porque mas claramente lo veas, mira cómo la reprehende este mesmo filósofo, diciendo así: Dirás por ventura que la naturaleza te hace estos beneficios. ¡Oh desconocido! ¿No entiendes cuando esto dices que mudas el nombre á Dios? ¿Qué otra cosa es la naturaleza sino Dios, que es principal naturaleza? Así que, hombre desagradecido, no te excusas con decir que esta deuda la debes á la naturaleza, y no á Dios; pues no hay naturaleza sin Dios. Si hubieses recebido prestado algo de Lucio Séneca, y dijeses que quedabas obligado á Lucio, y no á Séneca, no por esto se

mudaba el acreedor, sino solo el nombre dél.

§ II.

De otra razon por donde estamos obligados al servicio de nuestro Señor, por ser él nuestro Criador.

Mas no solo esta obligacion de justicia, sino tambien nuestra mesma necesidad y pobreza nos obliga á tener esta cuenta con nuestro Criador, si queremos despues de criados alcanzar nuestra mesma felicidad y perfeccion. Para lo cual es de saber que, generalmente hablando, todas las cosas que nascen, no nascen luego con toda su perfeccion. Algo tienen, y algo les falta que despues se haya de acabar; y el cumplimiento de lo que falta ha de dar el que comienza la obra: de manera que á la mesma causa pertenece dar el cumplimiento del sér, que dió principio dél. Y por esto todos los efectos generalmente se vuelven á sus causas, para recebir dellas su última perfeccion. Las plantas trabajan por buscar el sol y arraigarse todo cuanto pueden en la tierra que las produjo: los peces no quieren sa-

lir fuera del agua que los engendró. El pollico que nasce, luego se pone debajo las alas de la gallina, y la sigue por do quiera que vaya; y lo mesmo hace el corderico, que luego se junta con los ijares de su madre, y entre mil madres que sean de una mesma color la reconoce, y siempre anda cosido con ella, como quien dice: Aquí me dieron lo que tengo, aquí me darán lo que me falta. Esto acaesce universalmente en las cosas naturales, y lo mesmo acaeceria en las artificiales, si tuviesen algun sentido ó movimiento. Si un pintor acabando de pintar una imágen dejase por acabar los ojos, y aquella imágen sintiese lo que le falta, ¿qué haria? ¿adónde iria? No iria cierto á casas de reyes ni príncipes, porque esos (en cuanto tales) no pueden satisfacer á su deseo, sino irse ía á la casa de su maestro, y suplicarle ía la acabase de perfeccionar. Pues, ó criatura racional, ¿qué otra causa es la tuya sino esta? No estás aun acabada de hacer. Mucho es lo que te falta para llegar al cumplimiento de tu perfeccion. Apénas está acabado el dibujo. Todo el lustre y hermosura de la obra queda

por dar. Lo cual claramente muestra el apetito continuo de la mesma naturaleza, que como quien se siente necesitada, no reposa, sino siempre está piando y sospirando por mas. Quiso Dios tomarte por hambre, y que las mesmas necesidades te metiesen por sus puertas y te llevasen á él. Por eso no te quiso acabar dende el principio; por eso no te enriqueció dende luego: no por escaso, sino por amoroso: no porque fueses pobre, sino porque fueses humilde: no porque fueses necesitado, sino por tenerte siempre consigo. Pues si eres pobre, y ciego, y menesteroso, ¿por qué no te vas al padre que te crió, y al pintor que te comenzó, para que él acabe lo que te falta? Mira como lo hacia así el profeta David [1]: Tus manos (dice él) me hicieron y me criaron: dame entendimiento para que aprenda tus mandamientos. Como si mas claramente dijera: Tus manos, Señor, hicieron todo lo que hay en mí; mas no está aun acabada esta obra: los ojos de mi ánima, entre otras partes, quedan por acabar: no tengo lumbre para saber lo que me conviene: ¿pues

[1] Ps. 118.

á quién pediré lo que me falta, sino á quien me ha dado lo que tengo? Pues dame, Señor, esta lumbre; clarifica los ojos deste ciego dende su nacimiento [1], para que con ellos te conozca, y así acaba lo que comenzaste en mí.

Pues así como á este Señor pertenece dar su última perfeccion al entendimiento, así tambien le pertenece darla á la voluntad, y á todas las otras potencias del ánima, para que así quede acabada la obra por el mesmo que la comenzó. Este pues solo, harta sin defecto, engrandece sin estruendo, enriquece sin aparato, y da descanso cumplido sin la posesion de muchas cosas. Con él está la criatura pobre y contenta, rica y desnuda, sola y bienaventurada, desposeida de todas las cosas y señora de todas ellas. Por lo cual con mucha razon dijo el sabio [2]: Hay un hombre que vive como rico, no teniendo nada; y hay otro que vive como pobre teniendo muchas riquezas. Porque muy rico es el pobre que tiene á Dios, como lo era Sant Francisco; y muy pobre á quien falta Dios, aunque sea señor

[1] Ioan. 9. — [2] Prov. 13.

del mundo. Porque ¿qué le aprovechan al rico y poderoso todas sus riquezas, si con todo esto vive con mil maneras de cuidados y apetitos, que no puede cumplir con cuanto tiene? Y ¿qué parte es la vestidura preciosa, y la mesa delicada, y el arca llena, para quitar la congoja que está en el ánima? En la cama blanda da el rico muchos vuelcos en la noche larga, los cuales no puede excusar su rica bolsa. Resulta pues de todo lo dicho, cuán obligados estamos todos al servicio de nuestro Señor, no solo por la deuda deste beneficio, sino tambien por lo que toca al cumplimiento de nuestra felicidad y remedio.

CAPÍTULO III.

Del tercero titulo por que estamos obligados á Dios, que es el beneficio de la conservacion y gobernacion.

No solo está obligado el hombre á Dios por el beneficio de la creacion, sino tambien por el de la conservacion; porque él es el que te hizo, y el que te conserva despues de hecho. De manera que tan colgado estás agora de la mano de Dios, y tan

poca parte eres para vivir sin él, como lo fuiste para ser sin él. No es menor beneficio este que el pasado; sino que aquel se hizo una vez; mas este siempre, porque siempre te está criando, pues siempre está conservando lo que crió: y no es menester menor poder ni menor amor para lo uno que para lo otro. Pues si tanto le debes porque en un punto te crió ¿cuánto le deberás porque en tantos te conserva? No das un paso que no te mueve él para eso: no abres ni cierras los ojos, que no ponga él ahí su mano. Porque si tú no crees que Dios mueve tus miembros cuando tú los mueves, no eres cristiano; y si crees que él te hace esa merced, y con todo eso le ofendes, no acertaré á decir lo que eres. Dime agora, si estuviese un hombre en una torre altísima, y tuviese fuera de las almenas otro hombre colgado de un pequeño cordel, ¿osaría por ventura este que así estuviese desmandarse en palabras contra aquel que lo sostiene? Pues si tú estás colgado como de un hilico de la voluntad sola de Dios, de tal manera que si él te soltase, en un punto te volverias en nada, ¿cómo tienes atrevi-

miento para provocar á ira los ojos desa tan alta Majestad que te sostiene aun en ese mesmo tiempo que le ofendes? Porque como dice Sant Dionisio: Es tan excelente la virtud del sumo bien, que aun cuando las criaturas le contradicen, de su inmensa virtud reciben el sér y el poder con que le contradicen. Pues siendo esto así, ¿cómo osas con todos esos miembros y sentidos ofender al mesmo Señor que los conserva? ¡Oh rebeldía y ceguedad increible! ¿Quién nunca vió tal conjuracion, que los miembros se levanten contra su cabeza, siendo cosa tan natural ponerse á morir por ella? Dia vendrá que se deshaga este agravio, y que sean oidas á justicia las querellas de la honra divina [1]. ¿Conjurastes contra Dios? Justo es que conjure toda la universidad del mundo contra vosotros, y arme Dios todas sus criaturas para vengar sus injurias, y pelee toda la redondez de la tierra contra los desconocidos; porque justo es que los que no quisieron abrir los ojos, convidados con tanta muchedumbre de beneficios, cuando tuvieron tiempo, los vengan

[1] Sap. 5.

á abrir con la muchedumbre de los azotes, cuando no tengan remedio.

¿Pues qué será juntar con esto toda esta mesa tan rica y tan abundosa del mundo, que crió este Señor para tu servicio? Todo cuanto hay debajo del cielo, ó es para el hombre, ó para cosas de que se ha de servir el hombre. Porque si él no come el mosquito que vuela por el aire, cómelo el pájaro de que él se mantiene; y si él no pace la yerba del campo, pácela el ganado de que él tiene necesidad. Tiende los ojos por todo ese mundo, y verás cuán anchos y espaciosos son los términos de tu hacienda, y cuán rica y abundosa tu heredad. Lo que anda sobre la tierra, y lo que nada en las aguas, y lo que vuela por el aire, y lo que resplandece en el cielo tuyo es [1]. Ca todas esas cosas son beneficios de Dios, obras de su providencia, muestras de su hermosura, testimonios de su misericordia, centellas de su caridad, y predicadores de su largueza. Mira cuantos predicadores te invía Dios para que le conozcas. Todas cuantas cosas hay (dice Sant Augustin) en el

[1] Ps. 68.

cielo y en la tierra me dicen, Señor, que te ame, y no cesan de decirlo á todos, porque nadie se pueda escusar.

Si tuvieses oidos para entender las voces de las criaturas, sin duda verias como todas ellas á una te dicen que ames á Dios, porque todas ellas callando dicen que fueron criadas para tu servicio, porque tú amases y sirvieses por tí y por ellas al comun Señor. El cielo dice: yo te alumbro de dia y de noche con mis estrellas, porque no andes á escuras, y te invio diversas influencias para criar las cosas, porque no mueras de hambre. El aire dice: yo te doy aliento de vida y te refresco, y templo el calor de las entrañas, para que no te consuma, y tengo en mi muchas diferencias de aves, para que deleiten tus ojos con su hermosura, y tus oidos con su canto, y tu paladar con su sabor. El agua dice: yo te sirvo con las lluvias tempranas y tardías á sus tiempos, y con los rios y fuentes, para que te refresquen, y te crio infinitas diferencias de peces para que comas; riego tus sembrados y arboledas con que te sustentes, y doite camino breve y compendioso por los ma-

res, para que te puedas servir de todo el mundo, y juntar las riquezas agenas con las tuyas. Pues la tierra ¿qué dirá, que es la comun madre de todas las cosas, y como una general oficina de todas las causas naturales? Esa pues tambien con mucha razon dirá: yo como madre te traigo acuestas, yo te crio los mantenimientos, y te sustento con los fructos de mis entrañas; yo tengo tratos y comunicacion con todos los elementos y con todos los cielos, y de todos recibo influencias y beneficios para tu servicio; yo finalmente, como buena madre, ni en vida ni en muerte te desamparo; porque en vida te traigo acuestas y te sustento, y en la muerte te doy lugar de reposo, y te recibo en mi regazo. Finalmente todo el mundo á muy grandes voces te está diciendo: mira cuánto es lo que te amó mi Señor y Hacedor, que por tí crió á mí, y por él quiere que sirva á tí, porque tú sirvas y ames á aquel que crió á mí por tí, y á tí por sí.

Estas son, cristiano, las voces de todas las criaturas; mira que no puede ser mayor sordedad, que estar á tales voces sordo

y á tales beneficios ingrato. Si recibes el beneficio, paga la deuda del agradescimiento, porque no pases por la pena del ingrato. Ca toda criatura, segun dice un doctor [1], da estas tres voces al hombre: *Accipe, Redde, Cave. Hoc est: Accipe beneficium; Redde debitum; Cave (nisi reddideris) supplicium.* Que quiere decir: recibe, paga, y teme. Esto es: recibe el beneficio, paga la deuda del agradescimiento, y teme (si no la pagares) el castigo.

Y para que mas aun te maravilles, mira como esta mesma teología llegó á alcanzar Epicteto, filósofo (de quien arriba hecimos mencion), el cual quiere que en todas las cosas criadas oyamos y veamos al Criador, diciendo así: cuando el cuervo da voces, y con ellas te da á entender alguna mudanza del aire, no es el cuervo el que te avisa, sino Dios. Y si por las voces y palabras humanas eres avisado de algo, ¿no es tambien Dios el que crió ese hombre, y le dió esa facultad para poderte avisar, para que supieses que aquel divino poder usa de unos y otros medios para lo que quiere?

[1] Ricardus de S. Victore.

Porque cuando las cosas de que nos quiere avisar son grandes, estas invia él á decir por mas altos y nobles mensajeros. Y al cabo añade, diciendo: finalmente, cuando acabares de leer estos mis consejos, di entre tí mesmo: estas cosas no me las ha dicho Epicteto el filósofo, sino Dios; porque ¿de dónde tenia él facultad para decillas? pues no es él, sino Dios el que me las dijo por él. Hasta aquí son palabras de Epicteto. Pues ¿cuál cristiano no se afrentará de no llegar adonde un filósofo gentil llegó? Gran vergüenza es por cierto que los ojos esclarescidos con lumbre de fe, no vean lo que veian los que estaban asentados en las tinieblas de la razon.

§ I.

Colige de lo dicho, cuán indigna cosa sea no servir á nuestro Señor.

Pues siendo esto así, ¿qué linaje de desconocimiento es andar nadando entre tantos beneficios de Dios, y no acordarse de quien los da? Dice Sant Pablo [1] que el que

[1] Rom. 12.

hace buenas obras á su enemigo, le echa carbones de fuego sobre la cabeza, para encenderlo en su amor. Pues si todas cuantas criaturas hay en este mundo son beneficios de Dios, ¿qué será todo este mundo, sino un fuego de tanta leña, cuantas criaturas hay en él? Pues ¿cuál es el corazon que andando en medio de un tan grande fuego, no solamente no se quema, mas aun no siente calor? ¿Cómo recibiendo á la continua tantos beneficios, no alzarás alguna vez los ojos al cielo á ver quien es ese que te hace tanto bien? Dime, ¿si andando tu camino, y asentándote al pié de una torre cansado y muerto de hambre, estuviese uno desde lo alto proveyéndote benignamente de todo lo necesario, ¿cómo te podrias contener, que no levantases alguna vez los ojos á ver quien es ese que así te provee? Pues ¿qué otra cosa hace Dios contigo dende lo alto, sino estar lloviendo siempre beneficios sobre tí? Dame una sola cosa de cuantas hay en el mundo, que no venga por especial providencia del cielo. Pues ¿cómo no levantarás alguna vez los ojos para conocer y amar á tan liberal y tan continuo bien-

hechor? ¿Qué es esto, sino haber perdido ya los hombres su mesma naturaleza, y héchose mas insensibles que bestias? Gran vergüenza es decir á quien somos en esto semejantes; mas tambien es razon que oiga el hombre su merecido. Somos semejantes en esto á los animales brutos que están debajo la encina, los cuales cuando les está su dueño dende lo alto vareando la bellota, ocupados ellos en comer y gruñir unos con otros sobre la comida, no miran á quien se la da, ni saben qué cosa es levantar los ojos para ver por cuya mano se les hace este beneficio. ¡Oh bestial ingratitud de los hijos de Adam, que teniendo demas de la razon la figura de vuestro cuerpo derecha, y los mesmos ojos enderezados al cielo, no quereis que los del ánima tiren tras ellos para ver á quien os hace tanto bien!

Y aun pluguiese á Dios que no nos hiciesen ventaja las bestias en esta parte. Porque es tan general la ley del agradescimiento, y es Dios en tanta manera amigo dél, que aun en las mesmas fieras imprimió esta tan noble inclinacion, como parece por mu-

chos ejemplos que hallamos escriptos en esta materia. Porque ¿qué cosa mas fiera que el leon? Pues deste escribe Apion, autor griego, que porque un hombre que estaba escondido en una cueva le sacó una espina que traia hincada en un pié, el leon partia con él cada dia la carne que cazaba; y despues de muchos dias, siendo este hombre por sus maleficios echado á este mesmo leon en la plaza de Roma, el leon se puso á mirarlo, y le reconoció, y se llegó á él amorosamente, haciéndole los mesmos halagos que hace un perro á su señor cuando viene de fuera. Y después desto se andaba tras él, sin hacer mal á nadie, por las calles de Roma. De otro leon tambien leemos que por el mesmo beneficio que habia recebido de un hombre que desembarcó en África, el leon le traia cada dia de la carne que cazaba, con que él y sus compañeros se mantenian, hasta que se tornaron á embarcar. Y no es de menor admiracion lo que se escribe de otro leon, que estando peleando con una sierpe (la cual lo tenia muy apretado y puesto en peligro de muerte), un caballero que por aquel lugar an-

daba monteando, socorrió al leon, matando la sierpe: por el cual beneficio el leon lo siguió siempre, y andando á caza le servia de lebrel; y embarcándose una vez el caballero, dejando el leon en tierra, él se echó á nado empos de su bienhechor, y sin poder ser socorrido se ahogó. Pues ¿qué diré de la lealtad y agradescimiento de los caballos? Plinio [1] escribe de algunos, que despues de muertos sus señores sintieron tanto sus muertes, que vinieron á derramar lágrimas por ellos; y de otros dice que se dejaron morir de hambre por esta causa: y de otros, que tomaron venganza de los matadores de sus señores despeñándolos ó despedazándolos á bocados. Pues ¿que diré del agradescimiento de los perros, de quien el mesmo autor cuenta cosas extrañas? De un perro escribe [2] que muerto su señor por unos ladrones, despues de haber por él peleado fuertemente contra ellos, se juntó con el cuerpo muerto, guardándolo y ojeando las aves y las bestias porque no lo comiesen. De otro escribe que viendo muerto á Jason Lucio su

1 Lib. 8, c. 40, — 2 Ibid.

señor, nunca mas quiso comer, y así se dejó morir de hambre. Y en su tiempo escribe haber acaecido en Roma otra cosa mas memorable: porque habiendo sido condenado un hombre á muerte, un perro que tenia, ni en la cárcel se apartó jamás dél, ni despues de muerto le desamparó, ántes se estaba siempre á par dél dando tristes aullidos: y (lo que mas es) arrojándole un pedazo de pan, lo tomó en la boca, y lo llevó á la de su señor, y echado el cuerpo en el Tibre, el perro se arrojó tras él, y se ponia debajo dél para sustentarlo, porque no se fuese á fondo. ¿Qué cosa mas admirable, ni de mayor agradescimiento que esta? Pues si las bestias que no tienen razon, sino una sola centella de instincto natural con que reconocen el beneficio, así lo agradecen, y así lo sirven, y acompañan á sus bienhechores, el hombre que tiene tanta mayor lumbre para conocer el bien que recibe, ¿cómo vive tan olvidado de quien tanto bien le hace? ¿Cómo se deja vencer de las bestias en ley de humanidad, de lealtad y de agradescimiento? Especialmente siendo tanto mas lo que el

hombre recibe de Dios, que cuanto pueden recebir las bestias de los hombres, y siendo tanto mas excelente la persona que lo da, y el amor con que lo da, y la intencion con que lo da, que no es por interese, sino por sola gracia y amor. Cosa es esta cierto de grande admiracion, y que manifiestamente declara haber demonios que cieguen á nuestros entendimientos y endurezcan nuestras voluntades, y estraguen nuestras memorias para no acordarse de tal bienhechor.

Y si tan grande mal es olvidarse de este Señor, ¿cuánto mayor será ofenderle, y ofenderle con sus mesmos beneficios? El primer grado de ingratitud, dice Séneca, que es no responder al bienhechor con beneficios; el segundo olvidarlos de corazon; el tercero es hacer mal á quien te hizo bien, y este parece el mayor. Pues ¿qué será hacer mal y ofender al bienhechor con los mesmos bienes que él te dió? No sé si ha habido hombre en el mundo que haya hecho con otro hombre lo que los hombres hacen con Dios. ¿Qué hombre habria (por inhumano que fuese) que acabando de re-

cebir de un príncipe grandes mercedes, fuese luego á emplear todas aquellas mercedes en hacer gente contra él? Y tú, malaventurado, con esos mesmos bienes que Dios te dió, nunca cesas de hacer guerra contra él. Pues ¿qué cosa mas abominable [1]? ¿Cuál seria la traicion de una mujer casada, si las joyas que su marido le inviase para honrarla y provocarla mas á su amor, las diese ella á un adúltero para ganarle la voluntad y tener mas segura su aficion? Si alguna cosa fea se pudiese en el mundo pintar, esta parece que lo sería, y aquí la injuria no es mas que de hombre á hombre, que es de un igual á otro igual. Pues ¿cuánto mayor mal es, cuando esta mesma injuria se hace contra Dios? Pues ¿qué otra cosa hacen los hombres, cuando las fuerzas, y la salud, y los bienes que Dios les dió emplean en malas obras? Con las fuerzas se hacen mas soberbios, con la hermosura mas vanos, con la salud mas olvidados de Dios, con la hacienda mas poderosos para tragarse los flacos y competir con los mayores, y para regalar su carne,

[1] Ezech. 16.

y comprar la castidad de la inocente doncella, y hacer que ella venda como otro Júdas [1] el precio de la sangre de Cristo, y ellos la compren por dinero, como hicieron los judíos. Pues ¿qué diré del abuso de todos los otros beneficios? De la mar se sirven para sus gulas, de la hermosura de las criaturas para sus lujurias, de los fructos y bienes de la tierra para sus avaricias, de las habilidades y gracias naturales para sus soberbias. Con las prosperidades se enloquecen, con las adversidades desmayan. De la noche se sirven para encubrir sus hurtos, y del dia para tender sus redes, como se escribe en Job [2]. Finalmente todo lo que Dios crió en este mundo para gloria suya, han ellos ofrecido á los antojos de su locura.

Pues ¿qué diré de sus aguas de olores, de sus perfumes, de sus vestidos, de sus labrados, de sus potajes y diferencias de guisados, de que están por nuestros pecados, no solamente escriptos, sino tambien impresos libros? Tanto ha crecido la desvergüenza y el regalo. De todas estas co-

[1] Matth. 26. — [2] Iob. 24.

sas tan preciosas, por quien habian de dar á Dios alabanzas, usan para cebo de sus lujurias; pervertiendo todas las criaturas de Dios, y haciendo instrumentos de vanidad lo que habia de ser instrumento de virtud. Finalmente, todas las cosas del mundo tienen dedicadas para regalo de su carne, y ninguna para el prójimo, por Dios tan encomendado. Para solo este son pobres, para solo este se les acuerda que tienen deudas, para todo lo demas ni deben ni les falta.

No aguardes pues, hermano, á que á la hora de la muerte se te haga este cargo tan peligroso, que cuanto es mayor, tanto será mas estrecha la cuenta que se te pidiere. Linaje de juicio es dar mucho á quien lo agradece poco; y señal de reprobacion es darlo á quien siempre usa mal dello. Tengamos por último linaje de afrenta que las bestias nos hagan ventaja en esta virtud; pues ellas son agradecidas á sus bienhechores, y nosotros no. Porque si los varones de Nínive [1] se levantaran en juicio, y condenaran á los judíos porque no hicie-

[1] Matth. 12.

ron penitencia con la predicacion de Cristo, miremos no nos condene este mesmo Señor con ejemplo de las bestias; pues ellas amaron á sus bienhechores y nosotros no.

CAPÍTULO IV.

Del cuarto título por donde estamos obligados á la virtud, que es el beneficio inestimable de nuestra redempcion.

Vengamos al beneficio inestimable de nuestra redempcion. Para hablar deste misterio, verdaderamente yo me hallo tan indigno, tan corto, y tan atajado, que ni sé por do comience, ni dónde acabe, ni qué deje, ni qué tome para decir. Si no tuviera la torpeza del hombre necesidad destos estímulos para bien vivir, mejor fuera adorar en silencio la alteza deste misterio, que borrallo con la rudeza de nuestra lengua. Cuentan de un famoso pintor, que habiendo pintado en una tabla la muerte de una doncella hija de un rey, y debujado en torno della los deudos con rostros en gran manera tristes, y á la madre mucho mas tris-

te, cuando vino á querer debujar el rostro del padre, cubriólo de industria con una sombra: para dar á entender que allí ya faltaba el arte para exprimir cosa de tan gran dolor. Pues si todo lo que sabemos no basta para explicar solo el beneficio de la creacion, ¿qué elocuencia bastará para engrandecer el de la redempcion? Con una simple muestra de su voluntad crió Dios todas las cosas del mundo, y quedáronle las arcas llenas, y el brazo sano acabándolo de criar; mas para haberlo de redemir, sudó treinta y tres años y derramó toda su sangre, y no quedó en él miembro ni sentido que no padeciese su dolor. Menoscabo parece de tan grandes misterios ser con lengua de carne manifestados. Pues ¿qué haré? ¿Callaré, ó hablaré? Ni debo callar, ni puedo hablar. ¿Cómo callaré tan grandes misericordias? y cómo hablaré misterios tan inefables? Callar es desagradecimiento, y hablar parece temeridad. Por esto suplico yo agora, Dios mio, á vuestra infinita piedad, que entretanto que yo estuviere apocando vuestra gloria con mi rudeza, por no saber mas, deseando engrandecella y

declaralla, estén allá en el cielo glorificándoos los que os saben alabar, y ellos compongan lo que yo descompongo, y doren ellos lo que el hombre desdora con su poco saber.

Despues de criado el hombre, y puesto por mano de Dios en aquel lugar de deleites en tan grande dignidad y gloria [1], estando tan obligado al servicio de su Criador cuanto mas dél habia recebido, alzóse con todo, y de donde habia de tomar mayores motivos para mas amarle, de ahí los tomó para hacerle traicion. Por esta causa fue lanzado del paraíso en el destierro deste mundo, y sobre esto condenado á las penas del infierno; para que, pues habia sido compañero del demonio en la culpa, tambien lo fuese en la sentencia. Dijo el profeta á su criado Giezi, despues que tomó los dones de Naaman leproso [2]: ¿Tomaste la hacienda de Naaman? Pues la lepra de Naaman se pegará á tí, y á todos tus descendientes eternalmente. Este fué el juicio de Dios contra el hombre: que pues él quiso la riqueza de Lucifer, que fué la

[1] Genes. 2 et 3. — [2] IV Reg. 5.

culpa de su soberbia, tambien se le pegase la lepra de Lucifer, que fué la pena della. Pues cata aquí al hombre comparado con el demonio, imitador de su culpa y compañero de su pena.

Estando pues el hombre tan caido en los ojos de Dios, y en tanta desgracia suya, tuvo por bien aquel Señor (no ménos grande en la misericordia que en la majestad) de mirar, no á la injuria de su bondad soberana, sino á la desventura de nuestra miseria: y teniendo mas lástima de nuestra culpa, que ira por su deshonra, determinó remediar al hombre por medio de su Unigénito Hijo, y reconciliarle consigo. Mas ¿cómo le reconcilió? ¿Cómo lo podrá eso hablar lengua mortal? Hizo tan grandes amistades entre Dios y el hombre, que vino á acabar, no solo que Dios perdonase al hombre, y le restituyese en su gracia, y se hiciese una cosa con él por amor, sino (lo que excede todo encarecimiento), llegó á hacerle tan una cosa consigo, que en todo lo que tiene criado no hay cosa mas una que son ya los dos; porque no solamente son uno en amor y gracia, sino tambien

en persona. ¿Quién nunca jamás pensara que así se habia de soldar esta quiebra? ¿Quién imaginara que estas dos cosas, entre quien la naturaleza y la culpa habian puesto tan grande distancia, habian de venir á juntarse, no en una casa, ni en una mesa, ni en una gracia, sino en una persona? ¿Qué cosa mas distante que Dios y el pecador? ¿Qué cosa agora mas junta que Dios y el hombre? Ninguna cosa hay, dice Sant Bernardo [1], mas alta que Dios, y ninguna mas baja que el cieno de que el hombre fué formado. Mas con tanta humildad descendió Dios al cieno, y con tanta dignidad subió el cieno á Dios, que todo lo que hizo Dios, se diga que lo hizo el cieno; y todo lo que sufrió el cieno, se diga que lo padesció Dios.

¿Quién dijera al hombre cuando tan desnudo y tan enemistado se sintió con Dios, que andaba buscando los rincones del paraiso terrenal para esconderse, que tiempo vendria en que se juntase aquella tan baja substancia en una persona con él? Fué tan estrecha esta junta y tan fiel, que cuando

[1] Vit. Ber. super Cantica hom. 59, et homil. 64.

hubo de quebrar, que fué al tiempo de la pasion, ántes quebró que despegó; porque no faltó por la juntura, sino por lo sano: ca pudo la muerte apartar el ánima del cuerpo, que era junta de naturaleza; mas no pudo apartar á Dios, ni del ánima, ni del cuerpo, que era junta de la persona divina; porque lo que una vez por nuestro amor tomó, nunca jamás lo dejó.

Estas son las paces, y este el remedio que nos vino por manos de nuestro Salvador y medianero. Y aunque le seamos tan deudores por este remedio cuanto ninguna lengua criada puede explicar, no ménos lo somos por la manera del remediarnos, que por el mesmo remedio. Mucho os debo, Dios mio, porque me librastes del infierno, y me reconciliastes con vos, mas mucho mas os debo por la manera en que me librastes, que por la libertad que me distes. Todas vuestras obras en todo son maravillosas, y cuando le parece al hombre que no le queda espíritu para mirar sola una, deshácese esta maravilla cuando alza los ojos y mira otra. No es deshonra, Señor, de vuestras grandezas que se deshagan las

unas con las otras, sino muestra de vuestra gloria.

Pues ¿qué medio tomastes, Señor, para remediarme? Infinitos medios habia con que pudiérades darme cumplida salud sin trabajo, y sin costa vuestra; pero fue tan grande y tan espantosa vuestra largueza, que por mostrarme mas claro la grandeza de vuestra bondad y amor, quisiste remediarme con tan grandes dolores, que solo pensarlos bastó para haceros sudar sangre [1], y el padecerlos, para hacer despedazar á las piedras de dolor. Alábenos, Señor, los cielos, y los ángeles prediquen siempre vuestras maravillas. ¿Qué necesidad teníades vos de nuestros bienes? ¿ni qué perjuicio os venia de nuestros males? Si pecares, dice Job [2], ¿qué mal le harás? Y si se multiplicaren tus maldades, ¿en qué le dañarás? Y si bien hicieres, ¿qué le darás? ¿ó qué podrá él recebir de tus manos? Pues aquel Dios tan rico y tan exempto de males, aquel cuyas riquezas, cuyo poder, cuya sabiduría ni puede crescer, ni ser mas de lo que es; aquel que ni antes de la crea-

[1] Luc. 22. Matth. 27. — [2] Iob. 35.

cion del mundo, ni agora despues de criado, es mayor ni menor de lo que era: ni porque todos los ángeles y hombres se salven y le alaben, es en sí mas honrado: ni porque todos se condenen y le blasfemen, ménos glorioso. Este tan gran Señor, no por necesidad, sino por caridad, siendo nosotros sus enemigos y traidores, tuvo por bien de inclinar los cielos de su grandeza [1], y descender á este lugar de destierro, y vestirse de nuestra mortalidad, y tomar sobre sí todas nuestras deudas, y padescer por ellas los mayores tormentos que jamás se padescieron ni padescerán. Por mí, Señor, naciste en un establo [2], por mí fuiste reclinado en un pesebre, por mí circuncidado al octavo dia, por mí desterrado en Egipto; y por mí finalmente perseguido y maltratado con infinitas maneras de injurias [3]. Por mí ayunaste, velaste, caminaste, sudaste, lloraste, y probaste por experiencia todos los males que habia merecido mi culpa, no siendo tú el culpado, sino el ofendido [4]. Por mí finalmente fuiste preso,

[1] Ephes. 2. Colos. 2. Rom. 5. — [2] Luc. 2. — [3] Matth. 2. — [4] Marc. 1.

desamparado, vendido, negado, presentado ante unos y otros tribunales y jueces; y ante ellos acusado, abofeteado, infamado, escupido, escarnescido, azotado, blasfemado, muerto y sepultado [1]. Finalmente remediástesme muriendo en una cruz, y acabando la vida en presencia de vuestra Santísima Madre [2], con tan grande pobreza que no tuvistes una sola gota de agua en la hora de vuestra muerte [3]; y con tan gran desamparo de todas las cosas, que de vuestro mesmo Padre fuistes desamparado. Pues ¿qué cosa de mayor espanto que venir un Dios de tan grande majestad á acabar así la vida en un madero con título de malhechor?

Cuando un hombre, por bajo que sea, viene por su culpa á parar en este lugar, si por caso le conocias ántes, y te llegas á él de cara para mejor verle, apénas acabas de maravillarte, considerando á cuán baja suerte le trajo su miseria, que así viniese á acabar. Pues si es cosa de admiracion ver un hombre bajo en tal lugar, ¿qué

[1] Matth. 26 et 27. — [2] Joann. 19. — [3] Psal. 21 et 68. Matth. 27.

será ver en el mesmo al Señor de todo lo criado? ¿qué será ver á Dios en tal lugar, que para un malhechor es abatido? Y si cuanto la persona justiciada es mas alta y mas conocida, tanto mayor espanto nos pone su caida, vosotros, ángeles bienaventurados, que tan bien conoceis la alteza deste Señor, ¿qué sentistes, cuando allí lo vistes? Mirando se están uno á otro los querubines, que mandó Dios poner á los dos lados del arca del Testamento [1], vueltos los rostros al propiciatorio, con semblante de maravillados, para dar á entender cuán espantados están aquellos espíritus soberanos, considerando esta obra de tanta piedad, que es mirando á Dios hecho propiciatorio del mundo en aquel sancto madero. Como atónita queda la mesma naturaleza, suspensas están todas las criaturas, espántanse los principados y potestades del cielo de tan inestimable bondad como por aquí conocen en Dios. Pues ¿quién no cae debajo de la ola de tan grandes maravillas? ¿Quién no se ahoga en este piélago de tanta piedad? ¿Quién no sale fue-

[1] Exod. 25.

ra de sí, como hizo Moysen en el monte, cuando mostrándole Dios la figura deste misterio, daba voces y decia [1]: Misericordioso, piadoso, sufridor, Dios de gran misericordia: sin saber decir otra cosa mas que proclamar á gritos aquella gran misericordia que Dios allí le habia representado? ¿Quién no cubre aquí sus ojos como Elías [2] cuando ve pasar á Dios, no con pasos de majestad, sino de humildad; no trastornando los montes, y quebrantando las piedras con su omnipotencia, sino derribado ante los malos, y haciendo despedazar á las piedras de compasion? Pues ¿quién no cerrará aquí los ojos de su entendimiento, y abrirá los senos de su voluntad, para que ella sienta la grandeza deste amor y beneficio, y ame cuanto pudiere, sin tasa y sin medida? ¡Oh alteza de caridad! ¡Oh bajeza de humildad! ¡Oh grandeza de misericordia! ¡Oh abismo de incomprehensible bondad!

Pues si tanto, Señor, os debo porque me redemistes, ¿cuánto os deberé por esta manera de remedio? Redemístesme con in-

[1] Exod. 34. — [2] III Reg. 19.

estimables dolores y deshonras, y con venir á ser oprobrio de los hombres, y desecho del mundo [1]: con estas deshonras me honrastes, con estas acusaciones me defendistes, con esta sangre me lavastes, con esta muerte me resuscitastes, y con esas lágrimas vuestras me librastes de aquel perpetuo llanto y crujir de dientes. ¡Oh buen padre que así amais á vuestros hijos! ¡Oh buen pastor que así os dais en pasto y mantenimiento á vuestro ganado! ¡Oh fiel guardador que así os entregais á la muerte por los que os encargastes de guardar! Pues ¿con qué dádivas responderé á esta dádiva? ¿Con qué lágrimas á esas lágrimas? ¿Con qué vida pagaré esa vida? ¿Qué va de vida de hombre á vida de Dios, y de lágrimas de criatura á lágrimas de Criador?

Y si por ventura te paresce, hombre, que no le debes tanto porque no padesció por tí solo, sino tambien por todos los otros, no te engañes: porque realmente de tal manera padesció por todos, que tambien padesció por cada uno. Porque con su sabiduría infinita él tuvo todos aquellos por quien pa-

[1] Ps. 21.

desció tan presentes ante sus ojos, como si fueran uno solo, y con su caridad inmensa abrazó á todos y á cada uno, y derramó su sangre por él como por todos. Finalmente tan grande fué su caridad, que (como dicen los sanctos) si uno solo entre todos los hombres fuera culpado, por él solo padesciera lo que padesciera por todos. Mira pues agora cuánto debes á este Señor, que tanto hizo por tí; y que tanto mas hiciera de lo que hizo, si te fuera necesario.

§ I.

Colige de lo dicho cuán gran mal sea ofender á nuestro Señor.

Pues díganme agora todas las criaturas si puede ser beneficio mayor, ni obligacion mayor, ni gracia mayor. Digan todos los coros de los ángeles, si ha hecho Dios otro tanto por ellos. Pues ¿quién no se ofrecerá del todo al servicio de tal Señor? Tres veces (dice Sant Anselmo) te debo, Señor, todo lo que soy: porque me criaste, te debo todo lo que hay en mí; y porque despues me redemiste, te debo aun con mas

justo título la mesma deuda; y porque despues de todo esto te me prometes en galardon, tambien me debo todo. Pues ¿cómo no me entregaré yo una vez á quien por tantos títulos me debo? ¡Oh ingratitud y dureza de corazon humano, si con tales beneficios no se vence! No hay cosa tan dura que por algun artificio no se pueda ablandar. Los metales se regalan con el fuego, el hierro se ablanda en la fragua, la dureza del diamante se doma y labra con sangre de animales. Mas ¡oh corazon mas que de piedra, mas que de hierro, mas que de diamante, á quien ni ablanda el fuego del infierno, ni el regalo de padre tan piadoso, ni la sangre del Cordero sin mancilla, derramada por tí!

Pues habiendo vos, Señor, descubierto á los hombres tal bondad y misericordia, ¿es cosa tolerable que haya quien no os ame? que haya quien deste beneficio se olvide? que haya quien con todo esto os ofenda? ¿A quién ama quien á vos no ama? ¿Qué beneficios agradesce quien los vuestros no agradesce? ¿Cómo no serviré yo á quien así me amó, así me buscó, así me

remedió? Si yo, dice el Salvador [1], fuere levantado de la tierra, todas las cosas traeré á mí. ¿Con qué fuerzas? ¿con qué cadenas? Con fuerzas de amor, y con cadenas de beneficios. Con las cuerdas de Adan lo traeré á mí, dice el Señor [2], y con ataduras de amor. Pues ¿quién no será llevado por estas cuerdas? ¿Quién no se dejará prender destas cadenas? ¿Quién no será vencido con tales beneficios?

Y si tan grande culpa es no amar este Señor, ¿qué será ofenderle y quebrar sus mandamientos? ¿Cómo puedes tener manos para ofender aquellas manos que tan liberales fuéron para contigo, hasta ponerse en una cruz? Cuando aquella mala mujer solicitaba al sancto patriarca Josef para que hiciese traicion á su Señor, defendióse el sancto mozo con estas palabras [3]: Mira que todas cuantas cosas tiene mi señor, ha puesto en mis manos, sacando á tí sola, que eres su mujer: pues ¿cómo podré yo cometer tan gran maldad contra él, y pecar contra Dios? Como si dijera: Si mi Señor ha sido tan bueno y tan largo para con-

[1] Ioann. 12. — [2] Oseæ, 11. — [3] Gen. 39.

migo, si todo cuanto tiene ha puesto en mis manos, si así me ha honrado y fiado de mí todas las cosas, ¿cómo podré yo (estando preso con tantas cadenas de beneficios) tener manos para ofender á tan buen Señor? Y es de notar que no se contentó con decir: no debo, ó no es razon ofenderle; sino, ¿cómo podré ofenderle? Dando á entender que la grandeza de los beneficios, no solo debe quitar la voluntad, sino tambien en su manera las fuerzas, y la facultad para ofender al bienhechor. Pues si esta manera de agradescimiento merecian aquellos beneficios, ¿qué merecerán los de Dios? Aquel hombre puso en las manos de Josef cuanto tenia: Dios ha puesto en tus manos cuasi todo cuanto tiene. Mira pues cuánto es mas lo que Dios tiene, que lo que aquel tenia; porque tanto mas es lo que tú tienes recebido, que lo que aquel recibió. Si no, dime: ¿qué hacienda tiene Dios que no la haya puesto en tus manos? El cielo, la tierra, el sol, la luna, las estrellas, los rios, los mares, las aves, los peces, los árboles, los animales, y finalmente, todo cuanto hay debajo del cielo, en tus manos está

puesto [1]. Y no solo cuanto hay debajo del cielo, sino tambien cuanto hay sobre el cielo: que es la gloria de allá, y las riquezas y bienes de allá. Todas las cosas, dice el apóstol [2], son vuestras: sea Paulo, sea Apolo, sea Pedro, sea el mundo, sea la vida, sea la muerte, sea lo presente, sea lo venidero: todo es vuestro; porque todo ayuda á vuestra salvacion. Y no solo lo que está sobre los cielos, sino tambien el mesmo Señor de los cielos se nos ha dado en mil maneras, en padre, en tutor, en salvador, en maestro, en médico, en precio, en ejemplo, en mantenimiento, en remedio, y en galardon. Finalmente, el Padre nos dió á su Hijo, el Hijo nos mereció al Espíritu Sancto, y el Espíritu Sancto nos hace merecer al mesmo Padre, é Hijo de quien manan todos los bienes.

Pues si es verdad que cuanto Dios tiene lo ha puesto en tus manos, ¿cómo tienes tú manos para ofender tan larguísimo y piadosísimo bienhechor? Extremo mal parece no agradescer tan grandes bienes: pues ¿qué será añadir al desagradecimiento me-

[1] Ps. 8. — [2] 1 Cor. 3.

nosprecio y ofensas del bienhechor? Si aquel mancebo se hallaba tan captivo [1] y tan impotente para ofender á quien le habia puesto en las manos toda su casa: ¿cómo tienes tú fuerzas para ofender á quien el cielo y la tierra y á sí mesmo puso en tus manos? ¡Oh mas ingrato que los brutos animales, mas fiero que las fieras, y mas insensible que todas las cosas insensibles, si no sientes este mal! Porque, ¿qué fiera, qué leon, qué tigre se desmandó en hacer mal á quien bien le hace? De un perro escribe Sant Ambrosio [2] que estuvo toda una noche llorando y aullando á su señor, porque se lo habia muerto un su contrario; y como otro dia por la mañana se llegase mucha gente á ver el muerto, y tambien entre ellos el matador, arremetió luego contra él, y á bocados y ladridos dió á entender la culpa secreta del malhechor. Pues si los perros por un pedazo de pan, tal amor y fe tienen con sus señores, ¿cómo serás tú tan ingrato, que en ley de agradescimiento y humanidad te dejes vencer de un perro? Y si aquel animal tanto se indignaba contra

[1] Gen. 39. — [2] Idem dicit Plin., lib. 8, c. 4.

quien le mató á su señor, ¿cómo no te indignarás tú contra los que mataron al tuyo? Y ¿quién son (si piensas) los que le mataron, sino tus pecados? Estos fuéron los que le prendieron, estos los que le ataron, azotaron y pusieron en cruz: tus pecados digo fuéron la causa. Porque no fueran los verdugos poderosos para esto, si tus pecados no lo fueran. Pues ¿por qué no te embravecerás contra estos tan crueles homicidas que quitaron la vida á tu Señor? ¿Por qué viéndole muerto ante tí y por tí, no crecerá mas en tí el amor para con él, y el aborrescimiento contra el pecado que le mató?

Especialmente sabiendo que todo lo que él en este mundo hizo, dijo y padeció, fué por causar en nuestros corazones aborrescimiento dél. Por matar el pecado murió: y por echarle clavos en piés y manos se dejó él enclavar en los suyos. Pues ¿por qué quieres tú hacer para tí vanos todos los trabajos y sudores de Cristo, pues te quieres quedar en aquella mesma servidumbre de que él con su sangre te libró? ¿Cómo no temblarás de solo el nombre del pecado, pues ves á Dios hacer tan extrañas cosas

para destruirlo? ¿Qué mas habia que hacer para retraer á los hombres de pecar, que ponérseles el mesmo Dios delante atravesado en un madero? ¿Quién osaria ofender á Dios, si viese el paraiso y el infierno abierto delante de sí? Pues sin duda mayor cosa es ver á Dios puesto en la cruz, que todo esto. Por donde á quien no mueve esta hazaña tan grande, no sé que otra cosa le puede mover.

CAPÍTULO V.

Del quinto título por do estamos obligados á la virtud, que es el beneficio de nuestra justificacion.

Mas ¿qué nos aprovechará el beneficio de la redempcion si no se siguiera el de la justificacion, mediante la cual se nos aplica la virtud deste soberano beneficio? Porque así como no aprovechan las medicinas cuando no se aplican á las dolencias; así no aprovechara esta celestial medicina, si por medio deste beneficio no se nos aplicara. El cual oficio señaladamente pertenesce al Espíritu Sancto, á quien se atribuye la sanctificacion del hombre; porque él es

el que previene al pecador con su misericordia, y prevenido le llama, y llamado le justifica, y justificado le guia derechamente por las sendas de la justicia; y así le lleva hasta el cabo con el don de la perseverancia, y despues le da la corona de la gloria: porque todos estos beneficios comprehende este tan grande beneficio.

§ I.

Entre los cuales el primero es el de la vocacion y justificacion: que es cuando por virtud deste Espíritu divino, quebradas las cadenas y lazos de nuestros pecados, sale el hombre de la tiranía y subjeccion del demonio, y resuscita de muerte á vida, y de pecador se hace justo, y de hijo de maldicion hijo de Dios. Lo cual en ninguna manera se puede hacer sin especial socorro y favor divino, como claramente lo testificó el Salvador, diciendo [1]: Nadie puede venir á mí, si mi Padre no le trae. Dando á entender que ni el libre albedrío del hombre, ni todo el caudal de la naturaleza humana

[1] Ioann. 6.

basta por sí solo para levantar un hombre del pecado á la gracia, si no entreviniere aquí el brazo de la potencia divina. Sobre las cuales palabras dice Sancto Tomás, que así como la piedra de su propria naturaleza se mueve á lo bajo, y no puede subir por sí á lo alto, si no hay alguna cosa de fuera que la levante, así tambien el hombre por la corrupcion del pecado (cuanto es de su cosecha) siempre tira para bajo, que es al amor y deseo de las cosas terrenas: mas si se ha de levantar á lo alto, que es al amor y deseo sobrenatural de las cosas del cielo, es necesaria la mano y socorro del cielo. La cual sentencia es mucho para notar, y aun para llorar; para que por ella conozca el hombre á sí mesmo, y entienda la corrupcion de su naturaleza, y la necesidad que tiene de pedir continuamente el socorro y favor divino.

Pues tornando al propósito: por esta causa no puede por sí el hombre levantarse del pecado á la gracia, si la omnipotente mano de Dios no le levanta. Mas ¿quién podrá explicar cuántos beneficios encierra en sí este beneficio? Porque como sea verdad que por

este medio es desterrado el pecado del ánima, y el pecado cause innumerables males en ella, ¿qué tan grande será aquel bien que todos estos males echa fuera? Y porque la consideracion deste beneficio incita mucho al agradescimiento dél y al deseo de la virtud, declararé aquí en pocas palabras los grandes bienes que trae consigo este bien.

Porque primeramente por él es el hombre reconciliado con Dios, y restituido en su amistad. Porque el primero y el mayor de todos los males que el pecado mortal hace en un ánima, es hacer á Dios enemigo della: el cual como sea infinita bondad, conforme á esto tiene el aborrescimiento á la maldad. Y así dice el profeta [1]: Aborresciste á todos los que obran maldad, y destruirás á los que hablan mentira; y al varon derramador de sangre y engañoso abominarlo ha el Señor. Este es el mayor de todos los males del mundo, y el causador de todos ellos; así como por el contrario el amarnos Dios es el mayor de todos los bienes, y la causa dellos. Pues deste mal tan

[1] Ps. 5.

grande somos librados por el beneficio de la justificacion, por el cual somos reconciliados con Dios, y de enemigos hechos amigos; y no en cualquier grado de amistad, sino en uno de los mayores que puede haber, que es amor de padre á hijos. Lo cual con mucha razon encaresce el amado evangelista Sant Juan, diciendo [1]: Mirad que tan grande es el amor que Dios nos tiene, pues nos levantó á tanta honra, que nos llamemos hijos de Dios y lo seamos. No se contentó con decir que nos llamásemos, sino añadió tambien que lo fuésemos, para que clara y distinctamente conociese la bajeza y desconfianza humana la largueza de la gracia divina, y que no solo era esta honra de nombre y de título, sino tambien de obras y de hecho. Pues si tan grande mal es estar en odio de Dios, ¿qué tan grande bien será estar en gracia con Dios? pues como dicen los filósofos, tanto una cosa es mas buena, cuanto mas mala es su contraria: por donde aquella será sumamente buena, que contradice á la sumamente mala, cual es el ser el hombre aborrescido de

[1] I Ioann. 3.

Dios. Y si acá en el mundo se tiene en tanto estar en gracia el hombre con su señor, con su padre, con su príncipe, con su prelado, y con su rey, ¿qué será estar en gracia con aquel sumo príncipe, y soberano padre, y altísimo señor, con quien comparadas todas las dignidades y principados de la tierra, así son como si no fuesen? La cual gracia tanto es mayor, cuanto mas graciosamente se da: pues es cierto que así como ántes del beneficio de la creacion no pudo el hombre hacer cosa por donde mereciese el sér (pues entónces no era), así despues de caido en pecado, no pudo hacer cosa merecedora deste tan grande bien: no porque no era, sino porque era malo y desagradable á Dios.

Otro beneficio es despues deste, librar al hombre de la condenacion de las penas eternas, á que por el pecado estaba obligado. Porque así como el pecado hace al hombre aborrescible á Dios (segun dijimos), y nadie pueda ser aborrescido dél sin grandísimo daño suyo, de aquí es que porque los malos pecando se apartan de Dios y le desprecian, merecen por esto ser ellos

despreciados y desechados de la vista, y de la compañía, y de la casa hermosísima de Dios. Y porque apartándose de Dios, amaron desordenadamente las criaturas, es justo sean atormentados por todas ellas, y condenados á penas eternas, con las cuales comparadas todas las desta vida, mas parecen pintadas que verdaderas. Y con estos males se juntará aquel gusano inmortal [1] que siempre roerá y despedazará las entrañas y consciencias de los malos. Pues ¿qué diré de la compañía de todos aquellos perversos espíritus, y de todos los condenados, y de aquella tristísima y escurísima region llena de tinieblas y confusion [2], donde ningun órden hay, ninguna alegría, ningun reposo, ninguna paz, ningun descanso, ninguna satisfaccion, ninguna esperanza, sino eterno llanto, eterno crujir de dientes, eterna rabia, y eternas blasfemias y maldiciones? Pues de todos estos males tan grandes libra Dios á los que justifica, los cuales despues de reconciliados con él, y admitidos á su gracia, están libres desta ira, y del castigo desta venganza.

[1] Isai. 66. Marc. 9. Eccles. 7. — [2] Iob. 10.

Otro beneficio mas espiritual es la renovacion y reformacion del hombre interior, que por el pecado quedó estragado y deformado. Porque el pecado primeramente despoja al ánima, no solamente de Dios, sino tambien de todas las fuerzas sobrenaturales, y de todas las riquezas y dones del Espíritu Sancto, con los cuales estaba ella hermoseada, armada y enriquecida; y siendo privada destos bienes de gracia, es luego herida y lisiada en las habilidades y dotes de naturaleza. Porque como el hombre sea criatura racional, y el pecado sea obra contra razon, y sea cosa tan natural destruir un contrario á otro contrario, de aquí es que cuanto mas se multiplican los pecados, tanto mas se estragan las potencias del ánima, no en sí mesmas, sino en las habilidades que tienen para obrar. Y así los pecados hacen al ánima miserable [1], enferma, tardía, é instable para todo lo bueno, é inclinada á todo lo malo; flaca para resistir á las tentaciones, y pesada para andar por el camino de los mandamientos divinos. Privanla tambien de la verdadera li-

[1] Ioann. 8. v. 34.

bertad y señorío del espíritu, y hácenla captiva del demonio, del mundo, y de la carne, y de sus proprios apetitos; y así vive en un muy mas duro y miserable captiverio que fué el de Babilonia y de Egipto [1]. Y juntamente con esto entorpecen y hacen botos todos los sentidos espirituales de las ánimas, de tal manera que ni oyen las voces é inspiraciones de Dios, ni ven los grandes males que les estan aparejados, ni perciben el olor suavísimo de las virtudes y ejemplos de los sanctos, ni gustan cuán suave es el Señor, ni sienten los azotes ni los beneficios con que son provocados á su amor; y sobre todo esto, quitan la paz y alegría de la consciencia, apagan el fervor del espíritu y dejan al hombre sucio, feo y abominable en el acatamiento de Dios y de sus sanctos.

Pues de todos estos males nos libra este beneficio; porque no se contenta aquel abismo de misericordia con perdonar los pecados, y recebirnos en su gracia, si no destierra tambien todos estos males que consigo acarreó la culpa, reformando y renovando

[1] Ps. 9, à vers. 26 Vulgatæ.

nuestro hombre interior. Y así cura nuestras llagas, lava nuestras inmundicias, rompe las ataduras de los pecados, sacude el yugo de los malos deseos, líbranos de la servidumbre y captiverio del demonio, mitiga el furor de nuestras malas inclinaciones, restitúyenos la verdadera libertad y hermosura del ánima, vuélvenos la paz y alegría de la buena consciencia, aviva los sentidos interiores, hácenos lijeros para el bien, tardíos y pesados para el mal, fuertes y constantes para resistir las tentaciones, y con esto nos enriquece de buenas obras. Finalmente de tal manera repara nuestro hombre interior con todas sus potencias [1], que llama el apóstol á los que así estan justificados, renovados, y nuevas criaturas. La cual renovacion es tan grande, que cuando se hace por el baptismo se llama regeneracion, y cuando por la penitencia, resurreccion [2]: no solo porque resucita al ánima de la muerte del pecado á la vida de gracia, sino porque tambien imita en su manera la hermosura de la resurreccion advenidera. Lo cual es en tanto gra-

[1] Galat. 6. — [2] Ad. tit. 3.

do verdad, que ninguna lengua basta para declarar la hermosura de un ánima justificada, sino solo aquel espíritu divino que la hermosea, y hace templo y morada suya. Por donde si quisiéremos comparar todas las riquezas de la tierra, todas las honras del mundo, todas las gracias naturales, y todas las virtudes acquisitas con la hermosura y riqueza desta ánima, todas parecerán escurísimas y vilísimas en presencia della. Porque la ventaja que hace el cielo á la tierra, y el espíritu al cuerpo, y la eternidad al tiempo, esa hace la vida de gracia á la vida de naturaleza, y la hermosura del ánima á la hermosura del cuerpo, y las riquezas interiores á las exteriores, y la fortaleza espiritual á la natural. Ca todas estas cosas son limitadas y temporales, y hermosas á solos los ojos corporales, para las cuales basta el concurso general de Dios: mas para estotra es menester concurso especial y sobrenatural, y no se pueden llamar temporales, pues nos llevan á la eternidad, ni tampoco del todo finitas, pues son merecedoras de Dios, en cuyos ojos

son tan preciosas y de tanto valor, que lo enamoran de su hermosura.

Y pudiendo Dios obrar todas estas cosas con sola su asistencia y voluntad, no quiso sino adornar el ánima con todas las virtudes infusas y siete dones del Espíritu Sancto, con las cuales no sola la esencia del ánima, pero todas sus potencias quedan vestidas y ataviadas con todos estos hábitos celestiales.

Y sobre todos estos beneficios añade otro aquella infinita bondad y largueza, que es la presencia y asistencia del Espíritu Sancto, y de toda la Sanctísima Trinidad [1], que deciende á morar en el ánima del justificado, para enseñarle á usar de toda esta hacienda, como hace el buen padre, que no contento con dar su hacienda á su hijo, dále tambien un tutor y gobernador para que le sepa administrar. De manera que así como en el ánima del que está en pecado, moran vívoras, dragones y serpientes, que es la muchedumbre de los espíritus malignos que en ella hacen su habitacion, como di-

[1] Ioann. 14.

ce el Salvador por Sant Mateo [1], así por el contrario, en el ánima del justificado entra el Espíritu Sancto, y toda la Sanctísima Trinidad, y desterrados todos estos monstruos y fieras infernales, hace allí su templo y su habitacion, como expresamente lo testificó el Salvador diciendo [2]: Si alguno me ama, guardará mis mandamientos, y mi Padre le amará, y á él vendrémos, y en él harémos nuestra morada. Por virtud de las cuales palabras confiesan todos los doctores sanctos, juntamente con los escolásticos, que el Espíritu Sancto por una especial manera mora en el ánima del justificado, haciendo distinccion entre el Espíritu Sancto, y sus dones; y confesando que no solo se dan á los tales dones del Espíritu Sancto, sino tambien el mesmo Espíritu Sancto, el cual entrando en la tal ánima, la hace templo y morada suya; y para esto él mesmo la limpia y sanctifica, y adorna con sus dones, para que sea morada digna de tal huésped.

A todos estos beneficios se añade otro maravilloso, que es hacerse todos los jus-

[1] Matth. 12. Luc. 11. — Ioann. 11.

tificados miembros vivos de Cristo: los cuales ántes eran miembros muertos que no recebian sus influencias. De donde nascen otras grandes y nuevas prerogativas y excelencias: porque de aquí procede que el mesmo Hijo de Dios los ama como á sus miembros, y mira por ellos como por sus miembros, y tiene solícito cuidado dellos como de sus proprios miembros, é influye en ellos continuamente su virtud como cabeza en sus miembros, y finalmente el Padre Eterno los mira con amorosos ojos, porque los mira como miembros vivos de su Unigénito Hijo, unidos é incorporados con él por la participacion de su espíritu; y así sus obras le son agradables y meritorias, por ser obras de miembros vivos de su Hijo, el cual obra en ellos todo lo bueno. De la cual dignidad procede, que cuando los tales piden mercedes á Dios, las piden con muy grande confianza: porque entienden que no piden tanto para sí, cuanto para el mesmo Hijo de Dios, que en ellos y con ellos es honrado. Porque como sea verdad que el bien que se hace á los miembros se hace á la cabeza, teniendo ellos á Cristo

por cabeza, entienden que pidiendo para sí piden para ella. Porque si es verdad, como el apóstol dice [1], que los que pecan contra los miembros de Cristo, pecan contra el mesmo Cristo, y el mesmo Cristo se tiene por perseguido, cuando por él son sus miembros perseguidos, como él lo dijo al mesmo apóstol, cuando perseguia la Iglesia [2], ¿qué maravilla es, que siendo esos miembros honrados, sea el mesmo Cristo honrado en ellos? Y siendo esto así, ¿qué confianza llevará el justo en la oracion, cuando considera que, pidiendo para sí, pide en su manera mercedes al Padre Eterno para su amantísimo Hijo? Pues nos consta que cuando se hacen mercedes á uno por amor de otro, á aquel principalmente se hacen por cuyo amor se hacen: como vemos que el que sirve al pobre por amor de Dios, no sirve tanto al pobre cuanto á Dios.

A todos estos beneficios se añade el postrero á quien los otros se ordenan, que es título y derecho que se da á los justificados de la vida eterna. Porque nuestro inmenso Dios (en quien tanto resplandesce

[1] 1 Cor. 6. — [2] Act. 9.

la justicia juntamente con la misericordia) así como obliga á todos los pecadores impenitentes á los tormentos eternos, así accepta á todos los verdaderos penitentes á la vida perdurable: y pudiendo él perdonar los pecados, y admitir los hombres á su amistad y gracia, sin levantarnos á la participacion de su gloria, no lo quiso hacer así [1]; sino á los que misericordiosamente perdonó, justificó, y á los que justificó, hizo hijos, y á los que hizo hijos, hizo tambien herederos y particioneros en su mesma heredad y hacienda con su Unigénito Hijo. Y de aquí nasce la esperanza viva que los alegra en todas sus tribulaciones con la prenda deste incomparable tesoro; porque aunque se vean cercados de todas las angustias, enfermedades y miserias desta vida, saben cierto que no igualan las pasiones deste siglo con la gloria advenidera que en ellos será revelada [2]. Antes las tribulaciones momentáneas [3] y livianas que padescen, les son causa de un inestimable peso de gloria sobre todo lo que se puede encarecer.

[1] Rom. 8. — [2] Ibid. — [3] II Cor. 4.

Estos pues son los beneficios que comprehende en sí este inestimable beneficio y obra de la justificacion: la cual Sant Augustin [1] con mucha razon tiene en mas que la creacion del mundo, pues con una palabra crió Dios el mundo; mas para sanctificar al hombre derramó su sangre, y padesció tantos y tan grandes tormentos. Pues si tanto debemos á este Señor por el beneficio de la creacion, ¿cuánto mas le deberémos por el de la justificacion, que cuanto mas le costó, tanto mas con él nos obligó?

Y aunque nadie pueda saber con evidencia si está justificado, pero puede tener desto grandes conjeturas: entre las cuales no es la ménos principal la mudanza de la vida, cuando el que en un tiempo cometia con gran facilidad mil mortales pecados, agora por todo el mundo no cometerá uno. Vea pues el que así se halla, cuán obligado está al servicio de su sanctificador, que de tantos males le libró, y tantos bienes le hizo, cuantos aquí se han declarado. Mas si por ventura se halla en mal estado, no

[1] Tract. 72, in Ioann., t. 9, et D. Thom. 1, 2, q. 113, art. 9.

sé con qué lo pueda mas mover á salir dél, que con la representacion de tan grandes males como aquí ha visto que consigo trae el pecado, y con el tesoro de tan grandes bienes como consigo acarrea este incomparable beneficio.

§ II.

De los otros efectos que el Espíritu Sancto obra en el ánima del justificado, y del Sacramento de la Eucaristía.

Mas no paran aquí los beneficios y obras del Espíritu Sancto. Porque no se contenta este Divino espíritu con ayudarnos á entrar por la puerta de la justicia; mas ayúdanos tambien despues de entrados á andar por los caminos della, hasta llevarnos salvos y seguros por todas las ondas deste mar tempestuoso al puerto de la salud. Porque entrando mediante el beneficio susodicho en el ánima del justificado, no está allí ocioso; porque no se contenta con honrar la tal ánima con su presencia, sino tambien la sanctifica con su virtud, obrando en ella y con ella todo lo que conviene pa-

ra su salud. Y así está allí como padre de familia en su casa, gobernándola; y como maestro en su escuela, enseñándola; y como hortelano en su huerta, cultivándola; y como rey en su proprio reino, rigiéndola; y como el sol en este mundo, alumbrándola; y finalmente como el ánima en su cuerpo dándole vida, sentido y movimiento: aunque no como forma en materia, sino como padre de familia en su casa. Pues ¿qué cosa mas rica, ni mas para desear que tener dentro dé sí tal huésped, tal gobernador, tal guia, tal compañía, tal tutor y ayudador? El cual como sea todas las cosas, todo lo obra en las ánimas donde mora. Porque él primeramente como fuego alumbra nuestro entendimiento, inflama nuestra voluntad, y nos levanta de la tierra al cielo. Él otrosí como paloma nos hace sencillos, mansos, tratables y amigos unos de otros. Él tambien como nube nos defiende de los ardores de nuestra carne, y templa el fervor de nuestras pasiones, y él finalmente como viento vehementísimo mueve é inclina nuestra voluntad á todo lo bueno, y apártala y desaficiónala de

todo lo malo. De donde vienen los justificados á aborrescer tanto los vicios que ántes amaban, y á amar tanto las virtudes que ántes aborrescian, como claramente lo representa en su persona el sancto rey David [1], el cual en una parte dice que aborrescia y abominaba toda maldad, y en otra dice [2] que amaba y se deleitaba en la ley de Dios, como en todas las riquezas del mundo. Y la causa desto era, porque el Espíritu Sancto (como buena madre) le habia puesto acíbar en los pechos del mundo, y miel suavísima en los mandamientos de Dios.

En lo cual parece claro como todos nuestros bienes, y todo nuestro aprovechamiento se deben á este espíritu divino: de tal manera que si nos apartamos del mal, por él nos apartamos, y si hacemos bien, por él le hacemos, y si perseveramos en él, por él perseveramos, y si nos dan galardon por este bien, el mesmo es el que lo da. Por donde se ve claro lo que dice Sant Augustin [3], que cuando Dios paga nuestros servicios, galardona sus beneficios, y así por

[1] Ps. 118. — [2] Ibid. — [3] Lib. 1. Confess., c. 20.

una gracia nos da otra gracia, y por una merced otra merced. El sancto patriarca Josef [1] no se contentó con dar á sus hermanos el trigo que venian á comprar en Egipto, pero mandó tambien que á la boca de los costales en que lo llevaban, les pusiesen el dinero que traian para comprarlo; y lo mesmo hace en su manera con los suyos este Señor, porque él les da la vida eterna, y tambien la gracia, y la buena vida con que se compra. Conforme á lo cual dice muy bien Eusebio Emisseno: *Qui ideo colitur, ut misereatur, iam misertus est, ut coleretur.* Quiere decir: el que es servido y venerado porque use con nosotros de su misericordia, ya usó de misericordia, cuando nos dió que así le sirviésemos y venerásemos.

Ponga pues el hombre los ojos en su vida, y mire, como dice este mesmo doctor, cuántos bienes ha hecho, y de cuántos males, de cuántos engaños, de cuántos adulterios, de cuántos robos, de cuántos sacrilegios el Señor le ha librado; y por aquí verá cuánto le debe por todo esto. Porque,

[1] Gen. 42.

como dice Sant Augustin [1], no es menor misericordia haber prevenido él estos males para que no los hiciese, que perdonárselos despues de hechos, sino mucho mayor. Y así dice él escribiendo á una vírgen: todos los pecados ha de hacer cuenta el hombre que le perdonó el que le dió gracia para que no los cometiese, y por tanto no quieras amar poco, como si te perdonaran poco; mas ántes ama mucho, porque te fué dado mucho. Ca si ama mucho aquel á quien fué concedido que no pagase, ¿cuánto mas debe amar aquel á quien fué dado que poseyese? Porque quien quiera que dende el principio de su vida perseveró casto, por él es regido; y quien de deshonesto se hizo honesto, por él es corregido; y quien hasta el fin permanesce deshonesto, por él es justamente desamparado. Pues siendo esto así, ¿qué resta, sino que con el profeta digamos [2]: Sea llena, Señor, mi boca de alabanza, para que cante tu gloria todo el dia. Sobre las cuales palabras dice el mesmo Sant Augustin: ¿qué cosa es todo el dia? Perpetuamente y sin

[1] Lib. 2. Confess., c. 7. — [2] Ps. 70.

cesar. En las prosperidades os alabaré, Señor, porque me consolais; y en las adversidades, porque me castigais. Antes que fuese, porque me hecistes; y despues que soy, porque me distes sér. Cuando pequé, porque me perdonastes; cuando me volví á vos, porque me ayudastes; y cuando perseveré hasta el fin de la vida, porque me coronastes. Por esto será mi boca llena de alabanza, y cantaré vuestra gloria todo el dia.

Aquí se ofrecia materia para tratar del beneficio de los Sacramentos (que son los instrumentos de nuestra justificacion) y señaladamente del Sancto Baptismo, y de la lumbre de fe y gracia que con él se nos dió. Mas porque desta materia tratamos en otros lugares [1], al presente no diré mas: aunque no se puede callar aquella gracia de gracias, y Sacramento de Sacramentos, por el cual quiso Dios morar en la tierra con los hombres, y dárseles cada dia en mantenimiento y en remedio. Una vez fué ofrescido en sacrificio por nosotros en la cruz: mas aquí cada dia se ofresce en el altar por

[1] 2. p. del Mem.

nuestros pecados. Cada vez (dice él) que esto hiciéredes [1], hacedlo en memoria de mí. ¡Oh memorial de salud! ¡Oh sacrificio singular, hostia agradable, pan de vida, mantenimiento suave, manjar de reyes, y manná que en sí contiene toda suavidad! ¿Quién te podrá cumplidamente alabar [2]? ¿Quién dignamente recibir? ¿Quién con debido acatamiento venerar? Desfallece mi ánima pensando en tí [3], no puede mi lengua hablar de tí, ni puedo cuanto deseo engrandecer tus maravillas.

Y si este beneficio concediera el Señor á solos innocentes y limpios, aun fuera dádiva inestimable; mas ¿qué diré, que por el mesmo caso que se quiso comunicar á estos, se obligó á pasar por las manos de muchos malos ministros, cuyas ánimas son moradas de Satanás, cuyos cuerpos son vasos de corrupcion, cuya vida se gasta en torpezas y vicios? Y con todo esto por visitar y consolar á sus amigos, consiente ser tratado destos, y tratado con sus manos sucias, y recebido en sus bocas sacrílegas, y sepultado en sus cuerpos hediondos. Una

[1] Luc. 22. I Cor 11. — [2] Sap. 16. — [3] Ps. 118.

sola vez fué vendido su cuerpo, mas millares de veces lo es en este Sacramento; una vez fué escarnecido y menospreciado en su pasion, mas mil veces lo es de los malos en la mesa del altar; una vez se vió puesto entre dos ladrones, y mil veces se ve aquí envuelto en manos de pecadores.

Pues ¿con qué podrémos servir á un Señor que por tantas vias y maneras pretende nuestro bien? ¿Qué le darémos por este tan admirable mantenimiento? Si los criados sirven á sus amos porque les den de comer; si los hombres de guerra se meten por hierro y por fuego por esta mesma causa, ¿qué deberémos al Señor por este pasto celestial? Y si tanto agradescimiento pedia Dios en la ley por aquel manná que envió de lo alto [1], que era manjar corruptible, ¿qué pedirá por este manjar que no solo es incorruptible, sino que tambien hace incorruptibles á los que dignamente lo reciben [2]? Y si el mesmo Hijo de Dios da gracias en el Evangelio á su Padre por una comida de pan de cebada, ¿qué gracias deben los hombres dar por este pan de vida?

[1] Exod. 16. — [2] Ioann. 6.

Si tanto debemos por el mantenimiento con que se sustenta el sér, ¿cuánto mas por aquel con que se conserva el buen sér? Porque no alabamos el caballo por caballo, sino por buen caballo; ni al vino por vino, sino por excelente vino; ni al hombre por hombre, sino por buen hombre. Pues si tanto debes al que te hizo hombre, ¿cuánto le deberás porque te hizo buen hombre? Si tanto por los bienes del cuerpo, ¿cuánto por los bienes del ánima? Si tanto por los bienes de naturaleza, ¿cuánto por los bienes de gracia? Finalmente, si tanto le debes porque te hizo hijo de Adam [1], ¿cuánto mas le deberás porque te hizo hijo de Dios? Pues es cierto (como dice Eusebio Emisseno) que mucho mejor es el dia en que nacemos para la eternidad, que aquel en que nacemos para los peligros del mundo.

Cata aquí pues, hermano, otro nuevo título, que es otra nueva cadena; la cual juntamente con las pasadas prende tu corazon, y te obliga mas á la virtud y al servicio deste Señor.

[1] Ioann. 1.

CAPÍTULO VI.

Del sexto título por donde estamos obligados á la virtud, que es el beneficio inestimable de la divina predestinacion.

A todos estos beneficios se añade el de la eleccion, que es de solos aquellos que Dios ab eterno escogió para la vida perdurable. Por el cual beneficio el apóstol da gracias en nombre suyo y de todos los escogidos, escribiendo á los de Efeso por estas palabras [1]: Bendito sea Dios, Padre de nuestro Señor Jesucristo, el cual nos bendijo con todo género de bendiciones espirituales por Cristo: así como por él nos escogió ántes de la creacion del mundo para que fuésemos santos y limpios en sus ojos divinos: y nos predestinó por hijos suyos adoptivos por Jesucristo su Hijo. Este mesmo beneficio engrandesce el profeta real cuando dice [2]: Bienaventurado, Señor, aquel que tú escogiste y tomaste para tí; porque este tal morará con tus escogidos en tu casa. Este pues con mucha razon se puede llamar be-

[1] Ephes. 1. — [2] Ps. 64.

neficio de beneficios, y gracia de gracias. Es gracia de gracias, porque se da ante todo merescimiento por sola la infinita bondad y largueza de Dios; el cual no haciendo injuria á nadie, ántes dando á cada uno suficiente ayuda para su salvacion, estiende para con otros la inmensidad de su misericordia, como liberalísimo y absoluto Señor de su hacienda.

Es otrosí beneficio de beneficios, no solo porque es el mayor de los beneficios, sino porque es el causador de todos los otros. Porque despues de escogido el hombre para la gloria por medio deste beneficio, luego le provee el Señor de todos los otros beneficios y medios que se requieren para conseguirla; como él mesmo lo testificó por un profeta, diciendo [1]: Yo te amé con perpetua caridad, y por eso te traje á mí: conviene saber, llamándote á mi gracia, para que por ella alcanzases mi gloria. Pero mas claramente significó esto el apóstol, cuando dijo [2]: Los que el Señor predestinó para que fuesen conformes á la imágen de su Hijo (el cual es primogénito entre muchos

[1] Hierem. 31. — [2] Rom. 8.

hermanos) á estos llamó: y á los que llamó, justificó: y á los que justificó, finalmente glorificó. La razon desto es, porque como Dios disponga todas las cosas ordenada y suavemente, despues que tiene por bien escoger á uno para su gloria, por esta gracia le hace otras muchas gracias: porque por esto le provee de todo lo que para conseguir esta primera gracia se requiere. De manera que así como el padre que cria un hijo para clérigo, ó letrado, dende niño le comienza á ocupar en cosas de Iglesia, ó en ejercicios de letras, y todos los pasos de su vida endereza á este fin; así tambien despues que aquel Eterno Padre escoge un hombre para su gloria (á la cual nos lleva el camino de la justicia) siempre procura guiarlo por este camino, para que así alcance el fin determinado.

Pues por este tan grande y tan antiguo beneficio deben dar gracias al Señor los que en sí reconocieren señales dél. Porque dado caso que esté este secreto encubierto á los ojos de los hombres, todavía como hay señales de la justificacion, las hay tambien de la divina eleccion. Y así como en-

tre aquellas la principal es la emienda de la vida, así entre estas lo es la perseverancia en la buena vida. Porque el que ha muchos años que vive en temor de Dios, y con solícito cuidado de huir todo pecado mortal, piadosamente puede creer que, como dice el apóstol [1], le guardará Dios hasta el fin sin pecado para el dia de su venida, y acabará en él lo que comenzó.

Verdad es que no por esto se debe nadie tener por seguro; pues vemos que aquel tan gran sábio Salomon [2], despues de haber tanto tiempo bien vivido, al fin de la vida fué engañado. Pero estas son excepciones particulares de la costumbre general, que es la que el apóstol dice [3], y la que el mesmo Salomon en sus Proverbios enseñó, diciendo [4]: Proverbio es, que el mancebo no desamparará en la vejez el camino que siguió en la mocedad. De manera que si fué virtuoso siendo mozo, tambien lo será cuando viejo. Pues con estas y con otras semejantes conjecturas que los sanctos escriben, puede uno humilmente presumir de la infinita bondad de Dios que

[1] I Cor. 1. — [2] III Reg. 11. — [3] I Cor. 1. — [4] Prov. 22.

le tendrá puesto en el número de sus escogidos. Y así como espera en la misericordia deste Señor que se ha de salvar; así puede humilmente presumir que es del número de los que se han de salvar, pues lo uno presupone lo otro.

Siendo esto así, ¡cuán obligado estará el hombre á servir á Dios por un tan grande beneficio como es estar escripto en aquel libro de que el Señor dijo á sus apóstoles [1]: No os alegreis porque los espíritus malos os obedecen; sino alegráos porque vuestros nombres estan escriptos en los cielos! Pues que tan grande beneficio es ser amado y escogido ab eterno, dende que Dios es Dios, y estar aposentado en su pecho amoroso dende los años de la eternidad, y ser escogido por hijo adoptivo de Dios, cuando fué engendrado el hijo natural de Dios entre los resplandores de los sanctos, que en el entendimiento divino estaban presentes [2].

Mira pues atentamente todas las circunstancias desta eleccion, y verás como cada una dellas por sí es un grande beneficio, y

[1] Luc. 10. — [2] Ps. 109.

una nueva obligacion. Mira cuán digno es el elector que te escogió, que es el mesmo Dios infinitamente rico, y bienaventurado, y que ni de tí ni de nadie tenia necesidad. Mira cuán indigno por sí era el electo, que es una criatura miserable y mortal, subjecta á todas las pobrezas, enfermedades y miserias de esta vida, y obligada á las penas eternas de la otra por su culpa. Mira cuán alta es la eleccion, pues fuiste elegido para un fin tan soberano, que no puede ser otro mayor, que es para ser hijo de Dios, heredero de su reino, y particionero de su gloria. Mira tambien cuán graciosa fue esta eleccion, pues fué (como dijimos) ante todo merescimiento, por solo el beneplácito de la divina voluntad, y, como el apóstol dice [1], para gloria y alabanza de la inmensa liberalidad de Dios y de su gracia; porque cuanto es el beneficio mas gracioso, tanto deja al hombre mas obligado. Mira otrosí la antigüedad desta eleccion: pues no comenzó con el mundo, ántes es mas antigua que el mundo, pues corre á la pareja con Dios, el cual así como es ab eterno,

[1] Ephes. 1.

así ab eterno amó sus escogidos, y dende entonces los tuvo y tiene delante, y los mira con ojos paternales y amorosos, estando siempre determinado de hacerles un tan grande bien. Mira otrosí la singularidad desta merced, pues entre tanta infinidad de bárbaras naciones, y de condenados, quiso el que te cupiese á tí esta suerte tan dichosa en el número de los escogidos: y así te apartó y entresacó de aquella masa dañada del género humano por el pecado, é hizo pan de ángeles lo que era levadura de corrupcion. En esta circunstancia hay poco que se deba escrebir, pero mucho que se pueda sentir y considerar, para saber agradescer al Señor la singularidad deste beneficio, tanto mayor, cuanto es menor el número de los escogidos, y mayor el de los perdidos, que, como dice Salomon, es infinito [1]. Y si nada desto te moviere, muévate á lo ménos la grandeza de las expensas que este soberano elector determinó hacer en esta demanda, que fué gastar en ella la vida y sangre de su Unigénito Hijo, el cual ab eterno determinó enviar al mundo

[1] Eccles. 1.

para que fuese el ejecutor desta divina determinacion.

Pues siendo esto así, ¿qué tiempo bastará para pensar tantas misericordias? ¿qué lengua para manifestarlas? ¿qué corazon para sentirlas? ¿qué servicios para pagarlas? ¿Con qué amor responderá el hombre á este amor eterno de Dios? ¿Quién aguardará á amar en la vejez á aquel que lo amó dende la eternidad? ?Quién trocará este amigo por otro cualquier amigo? Porque si en la Escriptura divina es tan preciado el amigo antiguo [1]; ¿cuánto mas lo será el eterno? Y si por ningun amigo nuevo se debe trocar el viejo, ¿quién trocará la posesion y gracia deste amador tan antiguo por todos los amigos del mundo? Y si la posesion del tiempo inmemorial da derecho á quien no lo tiene, ¿qué hará la de la eternidad á quien nos tiene poseidos por título desta amistad, para que así nos tengamos por suyos?

Pues segun esto, ¿qué bienes hay en el mundo que se deban trocar por este bien? Y ¿qué males que no se deban padescer ale-

[1] Eccli. 9, et Prov. 27.

gremente por él? ¿Qué hombre habria tan desalmado, que si supiese por revelacion de Dios de un pobre mendigo que pasa por la calle, que estaba así predestinado, que no besase la tierra que él hollase? que no fuese en pos dél, y puesto de rodillas no le diese mil bendiciones, y le dijese: ¡Oh dichoso tú! ¡Oh bienaventurado tú! ¿Es posible que tú seas de aquel felicísimo número de los escogidos? ¿Es posible que tú hayas de ver á Dios en su mesma hermosura? ¿Tú has de ser compañero y hermano de todos los escogidos? ¿Tú has de estar entre los coros de los ángeles? ¿Tú has de gozar de aquella música celestial? ¿Tú has de reinar en los siglos de los siglos? ¿Tú has de ver la cara resplandeciente de Cristo, y de su Sanctísima Madre? ¡Oh bienaventurado el dia en que naciste, y mucho mas aquel en que morirás, pues entonces para siempre vivirás! ¡Bienaventurado el pan que comes, y la tierra que huellas, pues tiene sobre sí un incomparable tesoro, y mucho mas bienaventurados los trabajos que padesces, y las menguas que sufres, pues esas te abren camino para el descanso

de la eternidad! Porque ¿qué nublado habrá tan triste, qué tribulacion tan grave, que no se deshaga con las prendas desta esperanza?

Con estos ojos pues mirariamos un predestinado, si conociésemos que lo es. Porque si cuando pasa un príncipe, heredero de un gran reino, por la calle, salen todos á mirarle, maravillándose de la suerte tan dichosa (segun el juicio del mundo) que á aquel mozo le cupo, naciendo heredero de un grande reino: ¿cuánto mas seria para maravillar esta tan dichosa suerte, que es nascer un hombre ante todo merescimiento escogido, no para ser rey temporal de la tierra, sino para reinar eternamente en el cielo?

Por aquí pues podrás ver, hermano, la obligacion que tienen los escogidos al Señor por este tan grande beneficio, del cual ninguno se debe tener por excluido, si quiere hacer lo que es de su parte: ántes cada uno trabaje, como dice Sant Pedro [1], por hacer cierta su eleccion con buenas obras; porque sabemos cierto que el que las hicie-

[1] II Petr. 1.

re se salvará, y sabemos tambien que el favor y gracia divina á nadie faltó jamás, ni faltará. Y con la firmeza destas dos verdades continuemos las buenas obras; y así serémos deste número tan glorioso.

CAPÍTULO VII.

Del séptimo título por donde el hombre está obligado á la virtud, por razon de la primera de sus cuatro postrimerías, que es la muerte.

Cualquiera de todos estos títulos susodichos era bastante para que el hombre se emplease todo en el servicio de un Señor á quien por tantas y tan grandes razones está obligado. Mas porque la mayor parte de los hombres mas se mueve por el interese de la ganancia, que por obligacion de justicia, por tanto añadirémos á lo dicho los provechos grandes que de presente y de futuro se prometen á la virtud: y primero los dos mayores entre todos, que es la gloria que por ella se da, y la pena que por ella se escusa. Estos son los dos principales remos desta navegacion, y las dos principales espuelas con que se anda este camino.

Por la cual causa el bienaventurado Sant Francisco en su regla, y nuestro padre Sancto Domingo en la suya, ambos con un mesmo espíritu, y con unas mesmas palabras, mandan á sus predicadores que no prediquen mas que vicios y virtudes, pena y gloria: lo uno para enseñarnos á bien vivir, y lo otro para inclinarnos al deseo de bien vivir. Sentencia es otrosí comun de filósofos [1], que las dos pesas con que se mueve ordenadamente el reloj de la vida humana, son castigo y galardon. Porque es tan grande nuestra miseria, que nadie quiere la virtud desnuda, si no viene, ó apremiada con castigo, ó acompañada con provecho. Y porque ningun castigo ni galardon puede ser mayor que pena y gloria para siempre, por eso tratarémos aquí destas dos cosas, á las cuales añadirémos otras dos, que preceden á estas, que son la muerte y el juicio universal; porque cada cosa destas bien considerada, sirve mucho para amar la virtud, y aborrescer el vicio, segun aquello del sabio, que dice [2]: Acuérdate

[1] Cicer., lib. de finibus bonorum et malorum. — [2] Eccles. 7.

de tus postrimerías, y nunca jamás pecarás. Por las cuales postrimerías entiende estas cuatro que aquí habemos nombrado, de que al presente para nuestro propósito nos conviene tratar.

§ I.

Comenzando pues por la primera que es la muerte, esta es tanto mas poderosa para movernos, cuanto es mas cierta, mas cuotidiana, y mas familiar. Mayormente si consideramos el juicio particular que en ella ha de haber de nuestra vida, el cual no se ha de alterar en el universal: porque lo que entónces fuere de nosotros, eso será para siempre. Mas cuán estrecho haya de ser este juicio, y la cuenta que en él se ha de pedir, no quiero yo que lo creas á mí, sino á una historia que Sant Joan Clímaco [1], como testigo de vista, refiere, que sin duda es una de las mas temerosas que yo he leido. Escribe pues él, que en un cierto monasterio de su tiempo habia un monge descuidado en su vida, el cual llegando á punto

[1] Cap. 6, al fin.

de muerte, fué arrebatado en espíritu por un grande espacio, donde vió el rigor y severidad espantosa deste particular juicio. Y como despues por especial dispensacion de Dios alcanzase espacio de penitencia, rogó á todos los monges que presentes estábamos, que nos saliésemos de su celda, y cerrando él la puerta á piedra y lodo, quedóse dentro hasta el dia que murió; que fué por espacio de doce años, sin salir jamas de allí, ni hablar palabra á nadie, ni comer otra cosa todo aquel tiempo, sino solo pan y agua. Y asentado en su celda, estaba como atónito, revolviendo en su corazon lo que habia visto en aquel arrebatamiento. Y tenia tan fijo el pensamiento en ello, que así tambien tenia el rostro fijo en un lugar, sin volverlo á una parte ni á otra, derramando á la continua muy fervientes lágrimas, las cuales corrian hilo á hilo por sus ojos. Y llegada la hora de su muerte, rompimos la puerta, que estaba (como dije) cerrada, y entramos todos los monges de aquel desierto en su celda, y rogámosle con toda humildad nos dijese alguna palabra de edificacion; y no dijo mas que sola

esta: Dígoos de verdad, padres, que si los hombres entendiesen cuán espantoso es este último trance y juicio de la muerte, estarian muy léjos de ofender á Dios. Todas estas son palabras de Sant Joan Clímaco, que se halló presente á este negocio, y da testimonio de lo que vió. De manera que en el hecho (aunque parezca increible) no hay que dudar, pues tan fiel es el testigo: y en lo demás hay mucho porque temer, considerando la vida que este sancto hizo, y mucho mas la grandeza de aquella vision que vió, de donde procedió esta manera de vida. Lo cual bastantemente nos declara cuán verdadera sea aquella sentencia del sabio, que dice [1]: Acuérdate de tus postrimerías, y eternalmente nunca pecarás. Pues si tanto nos ayuda esta consideracion para no pecar, corramos agora brevemente por todos los pasos y trances della, para alcanzar tan grande bien.

Acuérdate pues agora, hermano mio, que eres cristiano, y que eres hombre: por la parte que eres hombre, sabes cierto que has de morir, y por la que eres cristiano,

[1] Eccl. 7.

sabes tambien que has de dar cuenta de tu vida acabando de morir. En esta parte no nos deja dudar la fe que profesamos, ni en la otra la experiencia de lo que vemos. Así que no puede nadie escusar este trago, que sea rey, que sea papa. Dia vendrá en que amanezcas y no anochezcas, ó anochezcas y no amanezcas. Dia vendrá (y no sabes cuando, si hoy, si mañana) en el cual tú mesmo que estás agora leyendo esta escriptura, sano y bueno de todos tus miembros y sentidos, midiendo los dias de tu vida conforme á tus negocios y deseos, te has de ver en una cama, con una vela en la mano, esperando el golpe de la muerte, y la sentencia dada contra todo el linage humano [1], de la cual no hay apelacion, ni suplicacion. Considera pues primeramente cuán incierta sea esta hora, porque ordinariamente suele venir al tiempo que el hombre está mas descuidado [2], y menos piensa que ha de venir, echando sus cuentas, y haciendo sus trazas para adelante. Y por esto se dice que viene como ladron, el cual suele venir al tiempo que los hom-

[1] Marc. 24. — [2] Luc. 12. I Thesal. 1. II Petr. 3.

bres estan mas seguros y mas dormidos. Antes de la muerte precede la enfermedad grave que la ha de causar, con todos los accidentes, dolores, hastíos, tristezas, medicinas, molestias, y noches largas, que allí nos han de fatigar, lo cual todo es camino y disposicion para morir. Porque así como ántes de entrarse por fuerza un castillo, suele preceder una recia batería que atormenta, y finalmente derriba los muros por tierra, y tras desto es luego entrado y conquistado, así suele preceder á la muerte una grandísima enfermedad, la cual de tal manera bate noche y dia sin parar las fuerzas naturales, y los miembros principales de nuestro cuerpo, que el ánima no pudiéndose ya mas defender ni conservar en ellos, los desampara y se va.

Pues cuando ya la enfermedad pasa mas adelante, ó el médico, ó ella nos desengañan, y quitan la esperanza de la vida, ¡cuáles suelen ser entonces las angustias que allí nos aprietan! Porque allí luego se representa la salida desta vida, y el apartamiento de todas las cosas que amábamos en ella: hijos, mujer, amigos, parientes, ha-

cienda, honra, títulos y oficios que se acaban con la mesma vida. Despues de lo cual se siguen los postreros accidentes, que intervienen en la mesma muerte, que son aun mayores que los pasados. Porque luego se mueren los piés, afilanse las narices, y la lengua no acierta ya á hacer su oficio: y, finalmente, con la prisa de la partida, todos los miembros y sentidos se comienzan á turbar. Desta manera viene el hombre á pagar en la salida de la vida las angustias agenas con que entró en ella, padeciendo los dolores al tiempo del salir, que su madre padeció al tiempo del parir. Y así concuerda muy bien la entrada con la salida, pues la una y la otra es con dolores: aunque la una con los agenos y la otra con los proprios.

Aquí pues se representa luego el agonía de la muerte, el término de la vida, el horror de la sepultura, la suerte del cuerpo, que vendrá á ser manjar de gusanos, y mucho mas la del ánima, que entónces está dentro del cuerpo, y de ahí á dos horas no sabes donde estará. Aquí pues te parecerá que estás ya presente en el juicio de Dios, y

que todos tus pecados te estan acusando, y poniendo demanda delante dél. Aquí verás abiertamente cuán grandes males eran los que tú tan fácilmente cometias, y maldirás muchas veces el dia en que pecaste, y el deleite que te hizo pecar. Aquí no acabarás de maravillarte de tí mesmo, viendo cómo por cosas tan livianas (cuales eran las que desordenadamente amabas) te pusiste en peligro de padescer dolores tan grandes como allí comenzarás á sentir: porque como los deleites sean ya pasados, y el juicio dellos comience ya á parescer, lo que de suyo era poco, y deja de ser, paresce nada, y lo que de suyo es mucho, y está presente, paresce mas claro lo que es. Pues como tú veas que por cosas tan vanas estás en término de perder tanto bien, y mirando á todas partes te veas de todas cercado y atribulado (porque ni queda mas tiempo de vida, ni hay mas plazo de penitencia, y el curso de tus dias es ya fenescido, y ni los amigos, ni los ídolos que adoraste te pueden allí valer, ántes las cosas que mas amabas, y preciabas, te han de dar allí mayor tormento) dime ruégote, cuando te veas en

este trance, ¿qué sentirás? ¿dónde irás? ¿qué harás? ¿á quién llamarás? Volver atras es imposible; pasar adelante es intolerable; estarte así no se concede: pues ¿qué harás? Entónces, dice Dios por el profeta [1], se pondrá el sol á los malos en medio del dia, y haré que se les escurezca la tierra en dia claro; y convertiré sus fiestas en llanto, y sus postrimerías en dia amargo. ¡Qué palabras estas tan para temer! Entónces (dice) se les pondrá el sol en medio del dia; porque representándose á los malos en aquella hora la muchedumbre de sus pecados, y viendo que la justicia de Dios les comienza ya á cerrar los términos de la vida, vienen muchos dellos á tener tan grandes temores y desconfianzas, que les parece que estan ya desahuciados y despedidos de la misericordia divina. Y estando aun en medio del dia (esto es dentro del término de la vida, que es tiempo de merescer y desmerescer) les parescerá que para ellos no hay lugar de mérito, ni de demérito, sino que todo les está ya como cerrado. Poderosa es la pasion del temor, la cual de

[1] Amos, 8.

las cosas pequeñas hace grandes, y de las ausentes presentes. Y si esto hace á las veces un temor liviano, ¿qué hará entónces el temor de tan justo y verdadero peligro? Vénse en esta vida aun entre sus amigos, y parésceles que ya comienzan á sentir el dolor de los condenados. Juntamente les paresce que estan vivos y muertos; y doliéndose de los bienes presentes que dejan, comienzan á padescer los males venideros que barruntan. Tienen por dichosos á los que acá se quedan, y créceles con esta invidia la causa de su dolor. Pues entónces se les pondrá el sol en medio del dia, cuando á do quiera que volvieren los ojos, les parescerá que por todas partes les está cerrado el camino del cielo, y que ningun rayo se les descubre de luz. Porque si miran á la misericordia de Dios, parésceles que la tienen desmerescida; si á la justicia, parésceles que viene ya á dar sobre su cabeza, y que hasta allí ha sido su dia, y que dende allí comienza ya á ser el dia de Dios. Si miran á la vida pasada, cuasi toda ella los está acusando; si al tiempo presente, ven que se están muriendo; si un poco mas

adelante, parésceles que ven al juez que los está esperando. Pues entre tantos objectos y causas de temor, ¿qué harán, adónde irán?

Dice mas: que se les convertirá en tinieblas la luz en el dia claro. Quiere decir, que las cosas que les solian dar ántes mayor alegría, entónces les darán mayor dolor. Alegre cosa es para el que vive la vista de sus hijos, y de sus amigos, y de su casa y hacienda, y de todo lo que ama. Mas entónces se convertirá esta luz en tinieblas; porque todas estas cosas darán allí mayor tormento, y serán mas crueles verdugos de sus amadores. Porque natural cosa es, que así como la posesion y presencia de lo que se ama da alegría, así el apartamiento y la pérdida da dolor. Y por esto quitan á los dulces hijos de la presencia del padre que se está muriendo, y se esconde la buena mujer en este tiempo, por no dar y tomar tan crueles dolores con su presencia. Y con ser la partida para tan léjos, y la despedida para tan largo camino, no deja guardar el dolor los términos de la buena crianza, ni da lugar al que se parte para decir

á los amigos, quedáos adios. Si tú has llegado á este punto, en todo esto verás que digo verdad; mas si aun no has llegado á él cree á los que por aquí han pasado; pues, como dice el sabio [1]: Los que navegan la mar cuentan los peligros della.

§ II.

Y si tales son las cosas que pasan ántes de la salida, ¿qué serán las que pasarán despues della? Si tal es la víspera y la vigilia, ¿qué tal será la fiesta y el dia? Porque luego despues de la muerte se sigue la cuenta y la tela de aquel juicio divino: el cual cuánto sea para temer, no lo has de preguntar á los hombres del mundo, los cuales así como moran en Egipto, que quiere decir tinieblas, así viven en intolerables errores y ceguedades, sino pregúntalo á los sanctos que moran en la tierra de Jessé [2], donde resplandesce siempre la luz de la verdad, y esos te dirán no solo por palabras, sino por obras, cuánto sea esta cuenta para temer. Porque sancto era David, y con to-

[1] Eccles. 43. — [2] Exod. 19.

do esto era tan grande el temor que tenia desta cuenta, que hacia oracion á Dios, diciendo [1]: No entres, Señor, en juicio con tu siervo, porque no será justificado ante tí ninguno de los vivientes. Y sancto era tambien Arsenio, el cual estando ya para morir, cercado de sus discípulos, comenzó á temer este trance de tal manera, que los discípulos entendiendo su temor, le dijeron: padre, ¿y tú agora temes? A los cuales respondió el sancto varon: hijos, no es nuevo en mí este temor, porque siempre viví con él. Y del bienaventurado Agathon se escribe que estando en este paso con este mesmo temor, y preguntado, por qué temia habiendo vivido con tanta innocencia, respondió, que porque eran muy diferentes los juicios de Dios de los de los hombres. Y no es ménos temeroso el ejemplo que Sant Joan Clímaco, varon sanctísimo, escribe de otro sancto monge, el cual (por ser cosa mucho para notar) referiré aquí por sus mesmas palabras [2]. Un religioso (dice él) que moraba en este lugar, llamado Estéfano, deseó mucho la vida quieta y solitaria, el

[1] Ps. 142. — [2] Cap. 7, en la 2 p. del cap.

cual despues de haberse ejercitado en los trabajos de la vida monástica muchos años, y alcanzado gracia de lágrimas y de ayunos, con otros muchos privilegios de virtudes, edificó una celda á la raiz del monte, donde Elías en los tiempos pasados vió aquella sagrada vision. Este padre de tan religiosa vida, deseando aun mayor rigor y trabajo de penitencia, pasóse de ahí á otro lugar llamado Sidey, que era de los monges Anacoritas, que viven en soledad. Y despues de haber vivido con grandísimo rigor en esta manera de vida (por estar aquel lugar apartado de toda humana consolacion, y desviado setenta millas de poblado) al fin de la vida vínose de allí, deseando morar en la primera celda de aquel sagrado monte. Tenia él ahí dos discípulos muy religiosos, de la tierra de Palestina, que tenian en guarda la dicha celda. Y despues de haber vivido unos pocos dias en ella, cayó en una enfermedad de que murió. Un dia pues ántes de su muerte súbitamente quedó atónito, y teniendo los ojos abiertos, miraba á la una parte del lecho, y á la otra, y como si estuvieran allí algunos que le pi-

dieran cuenta, respondia él en presencia de todos los que allí estaban, diciendo algunas veces: Así cierto, mas por eso ayuné tantos años. Otras veces decia: No es así, mentis, no hice tal cosa. Otras decia: Así es verdad, mas lloré, y serví tantas veces á los prójimos por eso. Y otra vez decia: Verdaderamente me acusais, así es, y no tengo que decir, sino que hay en Dios misericordia. Y era por cierto espectáculo horrible y temoroso ver aquel invisible y riguroso juicio. ¡Miserable de mí! ¿Qué será de mí? Pues aquel tan grande seguidor de soledad y quietud, en algunos de sus pecados decia que no tenia que responder, el cual habia cuarenta años que era monge, y habia alcanzado gracia de lágrimas. Algunos hubo que de verdad me afirmaron que estando este padre en el yermo, daba de comer á un leon pardo por su mano. Y siendo tal, partió desta vida pidiéndosele tan estrecha cuenta, dejándonos inciertos cuál fuese su juicio, cuál su término, y cuál la sentencia de su causa. Hasta aquí son palabras de Sant Joan Clímaco, las cuales asaz declaran cuánto deban temer esta salida los

descuidados y negligentes, pues en tanto estrecho se vieron en ella tan grandes sanctos.

Y si preguntares, cuál sea la causa por donde los sanctos tuvieron tan gran temor en este paso, á esto responde Sant Gregorio en el vigésimocuarto libro de los Morales, diciendo [1]: Los sanctos varones considerando atentamente cuán justo sea el juez que les ha de tomar cuenta, cada dia ponen ante los ojos el término de su vida; y examinan con cuidado, qué es lo que podrian responder al juez en esta demanda. Y si por ventura se hallan libres de todas las malas obras en que pudieron caer, temen si por ventura lo están de los malos pensamientos que en cada momento el corazon humano suele representar. Porque aunque sea fácil cosa vencer las tentaciones de las malas obras, no lo es defenderse de la guerra continua de los malos pensamientos. Y como quiera que en todo tiempo teman los secretos juicios deste tan justo juez, entónces señaladamente los temen, cuando se llegan ya á pagar la comun deuda de la na-

[1] Cap. 16, 17 et 18.

turaleza humana, y se ven acercar á la presencia de su juez. Y crece aun este temor, cuando el ánima se quiere ya desatar de la carne, porque en este tiempo cesan los vanos pensamientos y fantasías de la imaginacion, y ninguna cosa deste siglo se representa al que está ya casi fuera del siglo. De manera que entónces los que estan muriendo, solamente miran á sí, y á Dios, ante quien se hallan presentes, y todo lo demas (como ya no necesario) vienen á echar en olvido. Y si en este paso se acuerdan que nunca dejaron de hacer los bienes que entendian, temen si por ventura dejaron de hacer los que no entendian, porque no saben juzgarse ni conocerse perfectamente. Y por esto al tiempo de la salida, son combatidos con mayores y mas secretos temores, porque ven que de ahí á un poquito espacio hallarán lo que para siempre nunca mudarán. Hasta aquí son palabras de Sant Gregorio, las cuales bastantemente nos declaran cuánto mas para temer sea esta cuenta y esta hora, de lo que los hombres mundanos imaginan.

Pues si tan riguroso es este juicio, y si

tanto y con tanta razon le temieron los santos, ¿qué será justo que hagan los que no lo son? ¿Los que la mayor parte de la vida gastaron en vanidades? ¿Los que tantas veces despreciaron á Dios? ¿Los que tan olvidados vivieron de su salud, y tan poca cuenta tuvieron para aparejarse para esta hora? Si tanto teme el justo, ¿qué debe hacer el pecador? ¿Qué hará la vara del desierto, cuando así estremece el cedro del monte Lybano? Y si, como dice Sant Pedro [1], el justo apenas se salvará, ¿el pecador y malo dónde parecerá? Dime pues: ¿qué sentirás en aquella hora, cuando salido ya desta vida, entres en aquel divino juicio, solo, pobre, y desnudo, sin mas valedores que tus buenas obras, y sin mas compañía que la de tu propria consciencia? Y esto en un tribunal tan riguroso, donde no se trata de perder la vida temporal, sino de vida y muerte perdurable. Y si en la tela deste juicio te hallares alcanzado de cuenta, ¿cuáles serán entonces los desmayos de tu corazon? ¿Cuán confuso te hallarás, y cuán arrepentido? Grande fué el desma-

[1] I Petr. 4.

yo de los príncipes de Judá [1] cuando vieron la espada vencedora de Sesach, rey de Egipto, volar por las plazas de Hierusalem [2], cuando por la pena del castigo presente conoscieron la culpa del yerro pasado. Mas ¿qué es todo esto en comparacion de la confusion en que allí los malos se verán? ¿Qué harán? ¿Dónde irán? ¿Con qué se defenderán? Lágrimas allí no valen; arrepentimientos allí no aprovechan; oraciones allí no se oyen; promesas para adelante allí no se admiten; tiempo de penitencia allí no se da; porque acabado el postrer punto de la vida, ya no hay mas tiempo de penitencia. Pues riquezas, y linage, y favor del mundo, mucho ménos aprovecharán, porque, como dice el sabio [3]: No aprovecharán las riquezas en el dia de la venganza; mas la justicia sola librará de la muerte. Pues cuando el ánima miserable se vea cercada de tantas angustias, ¿qué hará, sino decir con el profeta [4]: Cercado me han gemidos de muerte, y dolores del infierno me han rodeado? ¡Oh miserable de mí, y en qué cer-

[1] III Reg. 14, v. 25. — [2] II Par. 12. — [3] Prov. 11. — [4] Ps. 114.

co me han puesto agora mis pecados! ¡Cuán súbitamente me ha salteado esta hora! ¡Cuán sin pensarlo se ha llegado! ¡Qué me aprovechan agora todas mis honras y dignidades pasadas! ¡Qué todos mis amigos y criados! ¡Qué todas las riquezas y bienes que poseí, pues agora me han de hacer pago con siete piés de tierra, y con una pobre mortaja! Y lo que peor es, que las riquezas han de quedar acá para que las desperdicien otros, y los pecados que hice en mal ganarlas han de ir conmigo allá, para que lo pague yo. ¿Qué me aprovechan otrosí agora todos mis deleites y contentamientos pasados, pues ya los deleites se acabaron, y no quedan agora mas que las heces dellos, que son los escrúpulos, y el remordimiento de la consciencia, las espinas que atraviesan agora mi corazon, y para siempre lo atormentarán? ¿Cómo no aparejé para esta hora? ¿Cuántas veces me avisaron desto, y me hice sordo? ¿Por qué aborrescí la disciplina, y no quise obedecer á mis maestros, ni hice caso de las voces de los que me enseñaban [1]? En todo género de

[1] Prov. 5.

pecados he vivido en medio de la iglesia, y del pueblo.

Estas pues serán las ansias, las congojas, y las consideraciones de los malos en esta hora. Pues porque tú hermano mio, no te veas en este aprieto, ruégote agora quieras de todo lo que hasta aquí está dicho, considerar y retener estos tres puntos en la memoria. El primero sea, considerar que tan grande ha de ser la pena que á la hora de la muerte recibirás por todas las ofensas que heciste contra Dios. El segundo, que tanto es lo que allí desearás haberle servido y agradado, para tenerle para aquella hora propicio. El tercero, qué linage de penitencia desearás allí hacer, si para esto se te diese tiempo: porque de tal manera trabajes por vivir agora, como entónces desearás haber vivido.

CAPÍTULO VIII.

Del octavo título por donde el hombre está obligado á virtud, por causa de la segunda postrimería, que es el juicio final.

Despues de la muerte se sigue el juicio particular de cada uno, y despues deste, el

universal de todos, cuando se cumplirá aquello que dice el apóstol [1]: Todos conviene que seamos presentados ante el tribunal de Cristo, para que dé cada uno cuenta del bien ó mal que hizo en este cuerpo. Y porque de las señales terribles que han de preceder á este juicio, y de toda la historia dél tratamos en otro lugar [2]; al presente no diré mas que del rigor de la cuenta que se ha de pedir en él, y lo que despues della se ha de seguir, para que por aquí vea el hombre cuánta obligacion tiene á la virtud.

Lo primero es tanto para sentir, que una de las cosas de que aquel sanctísimo Job mas se maravillaba, es ver cómo siendo el hombre una criatura tan liviana y tan mal inclinada, se pone un tan grande Dios en tanto rigor con ella, que no hay palabra, ni pensamiento, ni movimiento desordenado que no lo tenga escripto en los libros y procesos de su justicia para pedir dello muy menuda cuenta. Y así prosigue él á la larga esta materia, diciendo [3]: ¿Por qué, Señor, escondes tu cara de mí, y me tratas como

[1] II Cor. 5. — [2] Libro de la Oracion en la consideracion del jueves en la noche. — [3] Iob. 13.

á enemigo? ¿Por qué quieres declarar la grandeza de tu poder contra una hoja que se mueve á cada viento, y persigues una paja tan liviana? ¿Por qué escribes en tus libros contra mí las penas amarguísimas con que me has de castigar, y quieres consumirme por los pecados de mi mocedad? Pusiste mis piés en un cepo (prendiendo mis apetitos con la ley de tus mandamientos), y miraste con grande atencion todas las sendas de mi vida, y consideraste el rastro de mis pisadas, siendo yo como una cosa podrida, que dentro de sí se está consumiendo, y como una vestidura que se gasta con la polilla. Y prosiguiendo la mesma materia añade luego y dice así [1]: El hombre nascido de mujer vive poco tiempo, está lleno de muchas miserias, sale como una flor, y luego se marchita, y huye como sombra, y nunca permanesce en un mesmo estado. Y con ser el hombre este, ¿tienes por cosa digna de tu grandeza traer los ojos tan abiertos sobre todos los pasos de su vida, y ponerte con él á juicio? ¿Quién puede hacer limpia una criatura concebida

[1] Iob. 14.

de masa sucia, sino tú solo? Todas estas palabras, dice el sancto Job, maravillándose grandemente de la severidad de la Divina justicia para con una criatura tan frágil, tan mal inclinada, y que tan fácilmente bebe los pecados como agua. Porque si este rigor fuera con los ángeles (que son criaturas espirituales y muy perfectas), no era tanto de maravillar; pero ser con hombres, cuyas malas inclinaciones son innumerables, y que con todo esto sea tan estrecha la cuenta de sus vidas, que no se les disimule una sola palabra ociosa, ni un punto de tiempo mal gastado, esto es cosa que sobrepuja toda admiracion. Porque ¿á quién no espantan aquellas palabras del Salvador [1]: En verdad, os digo, que de cualquiera palabra ociosa que hablaren los hombres darán cuenta el dia del juicio? Pues si destas palabras (que á nadie hacen mal) se ha de pedir cuenta, ¿qué será de las palabras deshonestas, y de los pensamientos sucios, y de las manos sangrientas, y de los ojos adúlteros, y finalmente de todo el tiempo de la vida expendido en

[1] Matth. 12.

malas obras? Si esto es verdad (como lo es), ¿qué se puede decir del rigor deste juicio, que no sea menos de lo que es? ¿Cuán asombrado quedará el hombre cuando en presencia de un tan gran senado se le haga cargo de una palabrilla que tal dia habló sin propósito? ¿A quién no pone en admiracion esta tan nueva demanda? ¿Quién osara decir esto, si Dios no lo dijera? ¿Qué rey jamas pidió cuenta á alguno de sus criados de un cabo de una agujeta? ¡Oh alteza de la religion cristiana, cuán grande es la pureza que enseñas, y cuán estrecha la cuenta que pides, y con cuán riguroso juicio la examinas!

¿Cuál será tambien la vergüenza que allí los malos pasarán, cuando todas las maldades que ellos tenian encubiertas con las paredes de sus casas, y todas las deshonestidades que cometieron dende sus primeros años, con todos los rincones y secretos de sus consciencias, sean pregonadas en la plaza y ojos de todo el mundo? Pues ¿quién tendrá la consciencia tan limpia que no comience dende agora á mudar las colores, y temer esta vergüenza? Por-

que si descubrir el hombre sus culpas á un confesor en un fuero tan secreto como el de la confesion, es cosa tan vergonzosa, que algunos por esto se tragan el pecado y lo encubren, ¿qué hará allí la vergüenza de Dios, y de todos los siglos presentes, pasados y venideros? Será tan grande esta vergüenza, que como el profeta dice [1]: Darán voces á los montes, diciendo: ¡Oh montes! caed sobre nosotros, y sumidnos en los abismos, donde nunca mas parezcamos con tan grande vergüenza y confusion.

¿Pues qué será sobre todo esto esperar el rayo de aquella sentencia final, que dirá [2]: Id, malditos, al fuego eterno, que está aparejado para Satanás y para sus ángeles? ¿Qué sentirán los malaventurados con esta palabra? Si apenas podemos, dice el sancto Job [3], oir la mas pequeña de sus palabras, ¿quién podrá esperar aquel espantoso trueno de su grandeza? Esta palabra será tan espantosa y de tanta virtud, que por ella se abrirá la tierra en un momento, y serán sumidos y despeñados en los abismos los que, como dice el mesmo

[1] Oseæ, 10. — [2] Matth. 25. — [3] Job. 26, in fine.

Job [1], tañian aquí el pandero y la vihuela, y se holgaban con la suavidad y música de los órganos, y gastaban todos sus dias y horas en deleites. Esta caida escribe Sant Joan en el Apocalipsi por estas palabras [2]: Vi (dice él) un ángel que decendia del cielo con gran poder, y con tanta claridad, que hacia resplandecer toda la tierra, y dió una grande voz diciendo: cayó, cayó aquella gran ciudad de Babilonia, y es hecha morada de demonios, y cárcel de todos los espíritus sucios, y de todas las aves sucias y abominables. Y añade luego el Sancto Evangelista, diciendo: Que tomó el ángel una gran piedra de molino, y dejándola caer dende lo alto en la mar, dijo: con este ímpetu será arrojada aquella gran ciudad de Babilonia en el profundo, y nunca mas volverá á ser. Desta manera, pues, caerán los malos en aquel despeñadero, y en aquella cárcel de tinieblas y confusion, que son aquí entendidos por Babilonia.

Mas ¿qué lengua podrá esplicar la muchedumbre de penas que allí padecerán [3]?

[1] Iob. 21. — [2] Apoc. 18. — [3] Isai. 66, et Mar. 9. Eccli. 7. Matth. 8 et 13, et c. 22, et c. 24, et c. 25, et Luc. 13

Allí arderán sus cuerpos en vivas llamas que nunca se apagarán. Allí estarán sus ánimas carcomiéndose y despedazándose con aquel gusano remordedor de la consciencia, que nunca cesará de morder. Allí será aquel perpetuo llanto y crugir de dientes, con que tantas veces nos amenazan las Escripturas divinas. Allí los malaventurados con una cruel desesperacion y rabia volverán las iras contra Dios y contra sí, comiendo sus carnes á bocados, rompiendo sus entrañas con sospiros, quebrantando sus dientes á tenazadas, y despedazando rabiosamente sus carnes con sus uñas, y blasfemando siempre del juez que así los mandó penar. Allí cada uno dellos maldirá su desastrada suerte y su desdichado nascimiento, repitiendo siempre aquellas tristes lamentaciones y palabras de Job, aunque con muy diferente corazon [1]: Perezca el dia en que nací, y la noche en que fué dicho: concebido es este hombre. Aquel dia se vuelva en tinieblas; no tenga Dios cuenta con él, ni sea alumbrado con lumbre. Escurézcan-

[1] Iob. 3.

lo las tinieblas y sombra de muerte; sea lleno de escuridad y amargura. En aquella noche corra un torbellino tenebroso, no sea contado en el número de los dias ni de los meses del año. ¿Por qué no me tomó la muerte en el vientre de mi madre? ¿Por qué luego como acabé de nascer no perecí? ¿Por qué me recibieron en el regazo? ¿Por qué me dieron leche á los pechos? Esta será la música, estas las canciones, estos los maitines continuos que aquellos malaventurados eternalmente cantarán. ¡Oh desdichadas lenguas, que ninguna otra palabra hablaréis sino blasfemias! ¡Oh miserables oidos, que ninguna otra cosa oiréis sino gemidos! ¡Oh desventurados ojos, que ninguna otra cosa veréis sino miserias! ¡Oh tristes cuerpos, que ninguno otro refrigerio tendréis sino llamas! ¿Cuáles estarán entonces los que toda su vida gastaron en deleites y pasatiempos? ¡Oh cuán breve delectacion hizo tan larga soga de miserias! ¡Oh locos y desventurados! ¿Qué os aprovechan agora todos aquellos pasatiempos de que tan poco espacio gozastes, pues ago-

ra eternalmente lloraréis? ¿Qué se hicieron vuestras riquezas [1]? ¿Dónde están vuestros tesoros? ¿Dónde vuestros deleites y alegrías? Pasáronse los siete años de fertilidad, y sucedieron otros siete de tanta esterilidad, que se tragaron toda la abundancia de los pasados, sin que quedase della rastro ni memoria [2]. Pereció ya vuestra gloria, y hundióse vuestra felicidad en ese piélago de dolor. A tanta esterilidad sois venidos, que ni una sola gota de agua se os concede para templar esa tan rabiosa sed que os atormenta [3]. Y no solo no os aprovechará esa prosperidad, mas ántes esa es una de las cosas que mas cruelmente os atormentará. Porque ahí se cumplirá aquello que se escribe en el libro de Job [4]: conviene á saber, que la dulcedumbre de los malos vendria á parar en gusanos, cuando, como declara Sant Gregorio [5], la memoria de los deleites pasados les haga sentir mas el amargura de los dolores presentes, acordándose de la manera que un tiempo se vieron, y de la que agora se ven, y como por

[1] Sap. 5. — [2] Genes. 41. — [3] Luc. 16. — [4] Iob. 24. — [5] Lib. 13. Mor. cap. 26, et lib. 16, cap. 31.

lo que tan presto se acabó, padescen lo que nunca se acabará. Entonces claramente conoscerán la burla del enemigo, y caidos ya en la cuenta (aunque tarde) comenzarán á decir aquellas palabras del libro de la Sabiduría [1]: ¡Desventurados de nosotros! ¡Cómo se ve agora que erramos el camino de la verdad, y que la lumbre de justicia no nos alumbró, y que el sol de inteligencia no salió sobre nosotros! Aperreados anduvimos por el camino de la maldad y perdicion, y nuestros caminos fueron ásperos y dificultosos, y el camino del Señor tan llano nunca supimos atinarlo. Estas serán las querellas, este el arrepentimiento, esta la penitencia perpetua que allí los malaventurados harán, la cual nada les aprovechará; porque ya pasó el tiempo de aprovechar.

Todas estas cosas bien consideradas son un grande estímulo y despertador de la virtud, y así por este medio nos incita muchas veces á ella el bienaventurado Sant Crisóstomo en muchos lugares de sus Homilías, donde dice así [2]: Porque trabajes que tu

[1] Sap. 5. — [2] II Cor. 5.

ánima sea templo y morada de Dios, acuérdate de aquel terrible y espantoso dia en que todos habemos de asistir ante el trono de Cristo, para dar razon de todas nuestras obras [1]. Mira, pues, de la manera que este Señor viene á juzgar vivos y muertos. Mira cuántos millares de ángeles le vienen acompañando, y haz cuenta que tus oidos oyen ya el sonido de aquella temerosa voz de Cristo que ha de sentenciar al mundo; mira cómo despues desta sentencia unos son echados en las tinieblas exteriores, otros despedidos de las puertas del cielo, despues del mucho trabajo de su virginidad; otros atados como haces de mala yerba, son lanzados en el fuego, y otros entregados al gusano que nunca muere, y al perpetuo llanto y crugir de dientes. Pues siendo esto así, ¿por qué no clamarémos agora con el profeta, diciendo [2]: ¿Quién dará agua á mi cabeza, y á mis ojos fuentes de lágrimas, y lloraré dia y noche? Por tanto, venid agora, hermanos, que es tiempo, y

[1] Chrys. in Ps. 7. circa med. et deinceps, et tom. 2 ex cap. 25. Matth. hom. 79 ex c. 16. hom. 56. et tom. 3. ex c. 5. Ioann. hom. 38. et in imper. hom. 19. Matth 13 et 25. — [2] Hierem. 9.

prevengamos al juez con la confesion de nuestras culpas, pues está escripto [1]: En el infierno, Señor, ¿quién se confesará á tí?

Miremos atentamente que nos dió nuestro Señor dos ojos, dos oidos, dos piés y dos manos, por donde si perdemos el uno destos miembros, con el otro nos remediamos; pero ánima no nos dió mas que una, pues si esta se condena, ¿con qué viviéros aquella inmortal y gloriosa vida? Tengamos, pues, sumo cuidado della, pues ella es la que juntamente con el cuerpo ha de ser juzgada ó defendida, y la que ha de parecer ante el tribunal de Cristo, donde si te quisieres escusar, diciendo que los dineros te engañaron, responderte ha el juez, que ya te habia él avisado, diciendo [2]: ¿Qué aprovecha al hombre alcanzar el señorío de todo el mundo, si viene á perder su ánima y padescer detrimento en sí mesmo? Si dijeres: el diablo me engañó, decirte ha él tambien, que no le aprovechó á Eva decir [3]: La serpiente me engañó.

Lee las Escripturas sagradas y mira co-

[1] Ps. 6. — [2] Matth. 16. Marc. 8. Luc 9. — [3] Genes. 3.

mo el profeta Hieremías vió primero una vara que velaba [1], y despues una gran caldera de metal puesta sobre las brasas, que hervia, para darnos á entender de la manera que procede Dios con el hombre, primero amenazando, y despues castigando. Mas el que no quisiere recebir la correccion de la vara que amenaza, padecerá despues el tormento de la caldera que hierve. Lee tambien las escripturas del Evangelio, y ahí verás como nadie ayudó á todos aquellos que por el Señor fueron condenados: no hermano á hermano, ni amigo á amigo, ni hijo á padre, ni padre á hijo. ¿Mas qué digo destos, que son hombres pecadores, pues ni aunque venga Noé, Daniel y Job, serán poderosos para mudar la sentencia del juez [2]? Si no mira tú aquel que fué desechado del convite de las bodas, cómo ninguno habló palabra por él [3]. Mira tambien cómo nadie rogó por aquel que habia recebido el talento de su Señor, y no quiso negociar con él [4]. Mira otrosí las cinco vírgenes despedidas de las puertas del cielo, sin que nadie abogase por ellas, las

[1] Hierem. 1. — [2] Ezech. 14. — [3] Matth. 22 — [4] Matth. 25.

cuales Cristo llamó locas, porque despues de haber despreciado los deleites de la carne, y mortificado el fuego de la concupiscencia, en cabo fueron tenidas por locas; porque habiendo guardado el consejo grande de la virginidad, no guardaron el mandamiento pequeño de la humildad, pues se ensoberbecieron con la gloria de su virginidad. Tambien habrás oido cómo aquel rico avariento [1] que nunca tuvo compasion de Lázaro, estando ardiendo en el lugar de la venganza, deseó una gota de agua, y no por eso el sancto patriarca quiso mitigar con tan pequeño socorro el tormento de su pasion. Pues siendo esto así, ¿por qué no nos ayudarémos con caridad unos á otros? ¿Por qué no darémos gloria á Dios ántes que se nos ponga el sol de justicia, y se nos cierre el dia? Mejor es traer aquí un poco la lengua seca á poder de ayunos, que trayéndola contenta y regalada desear allí una gota de agua y no alcanzarla. Y si somos tan delicados que apénas podemos sufrir aquí una calentura de tres dias, ¿cómo sufrirémos allí el fuego de una eternidad?

1 Luc. 16.

Si nos espanta una sentencia de muerte de un juez de la tierra que nos priva de cuarenta ó cincuenta años de vida; ¿cómo no temerémos la sentencia de aquel juez que priva de la vida perdurable? Espántanos ver algunas maneras de justicias rigorosas que se hacen acá en la tierra contra los malhechores, cuando vemos cómo los verdugos los llevan por fuerza, cómo los azotan, descoyuntan, desmiembran, despedazan y abrasan con planchas de fuego. ¿Pues qué es todo esto sino risa y sombra en comparacion de los tormentos de la otra vida? Porque todo esto finalmente con la vida se acaba: mas allí, ni el gusano muere, ni la vida fenesce, ni el atormentador se cansa, ni el fuego se apagará jamás. De manera que todo cuanto quisieres comparar con estas penas, sea fuego, sea hierro, sean bestias, sea otro cualquier tormento, todo es como sueño y sombra en su comparacion.

Pues los malaventurados que despedidos de aquellos tan grandes bienes fueren condenados á estos males, ¿qué harán? ¿qué dirán? ¿cómo se acusarán? ¿cómo gemirán y sospirarán? Y todo en vano. Porque

ni los marineros despues de sumido el navio sirven para nada, ni los médicos despues que el enfermo acabó la vida. Pues entonces vendrán (aunque tarde) á caer en la cuenta de sus yerros, y allí será decir: esto ó lo otro nos convenia hacer, y bien fuimos muchas veces avisados dello y no nos aprovechó. Porque tambien entónces los judíos conoscerán al que vino en el nombre del Señor; mas no les aprovechará este conoşcimiento, porque no lo tuvieron en su tiempo. Mas ¿qué podrémos (¡miserables de nosotros!) alegar en este dia, cuando el cielo y la tierra, y el sol y la luna, los dias y las noches, y todo el mundo estará dando voces contra nosotros, y testificando nuestros males? ¿Y dónde (aunque todas las cosas callen), nuestra mesma consciencia se levantará contra nosotros y nos acusará? Cuasi todas estas son palabras de Sant Crisóstomo, por las cuales verá el hombre el temor que debe siempre tener deste dia, si se halla alcanzado de cuenta. Así muestra que lo tenia Sant Ambrosio (aunque estaba tan bien apercebido) el cual escribiendo sobre Sant Lúcas, dice así: ¡Ay

de mí, si no llorare mis pecados! ¡ay de mí, si no me levantare á la media noche á confesar, Señor, tu sancto nombre! ¡ay de mí, si engañare á mi prójimo! ¡si no hablare verdad! porque ya está puesto el cuchillo á la raiz del árbol. Por tanto trabaje por dar fructo el que pudiere, de gracia, y el que es deudor de penitencia. Porque el Señor está cerca, que viene á buscar el fructo, el cual dará vida á los fieles trabajadores, y condenará á los estériles y negligentes.

CAPÍTULO IX.

Del noveno título que nos obliga á la virtud, que es la tercera de nuestras postrimerías, la cual es la gloria del paraiso.

Bastaba cualquier cosa de las susodichas para inclinar nuestros corazones al amor de la virtud. Mas porque es tan grande la rebeldía del corazon humano, que muchas veces ni con todo esto se vence, añadiré aquí otro motivo no ménos eficaz que los pasados, que es la grandeza del premio que se promete á la virtud, que es la gloria del paraiso. Donde se nos ofrecen dos cosas se-

ñaladas que considerar: la una es la hermosura y excelencia deste lugar (que es el cielo Empíreo) y la otra es la hermosura y excelencia del Rey que mora en él con todos sus escogidos.

Y cuanto á lo primero, qué tan grande sea la hermosura y riquezas deste lugar, no hay lengua mortal que lo pueda explicar. Mas todavía por algunas conjecturas podrémos como de léjos barruntar algo de lo que esto es. Entre las cuales la primera es el fin desta obra; porque esta es una de las circunstancias que mas suelen declarar la condicion y excelencia de las cosas. Pues el fin para que nuestro Señor edificó y aparejó este lugar, es para manifestacion de su gloria. Porque aunque todas las cosas haya criado este Señor para su gloria, como dice Salomon [1], pero esta señaladamente se dice haber criado para este fin: porque en ella singularmente resplandesce la grandeza y magnificencia dél. Por donde así como aquel grande rey Assuero, que reinó en Asia sobre ciento y veinte y siete provincias [2], celebró un convite solemnísimo

[1] Prov. 16. — [2] Esth. 1.

en la ciudad de Susa por espacio de ciento y ochenta dias, con toda la opulencia y grandeza que se puede imaginar, para descubrir por este medio á todos sus reinos la grandeza de su poder y de sus riquezas, así tambien este rey soberano determinó hacer en el cielo otro convite solemnísimo, no por espacio de ciento y ochenta dias, sino de toda la eternidad, para manifestar en él la inmensidad de sus riquezas, de su sabiduría, de su largueza y de su bondad. Este es el convite de que habla Isaías, cuando dice [1]: Hará el Señor en este monte un solemne convite á todos los pueblos, de vinos y manjares muy delicados, esto es, de cosas de grandísimo valor y suavidad. Pues si este tan solemne convite hace Dios á fin de que por él sea manifestada la grandeza de su gloria, y esta gloria es tan grande, ¿qué tal será la fiesta y las riquezas que para este propósito servirán?

Esto se entenderá aun mas claramente, si consideramos la grandeza del poder y de las riquezas deste Señor. Es tan grande su poder, que con una sola palabra crió toda

[1] Isai. 25.

esta máquina tan admirable del mundo, y con otra sola la podria destruir; y no solo un mundo, mas mil cuentos de mundos podria él criar con una sola palabra, y tornarlos á deshacer con otra. Y demas desto, lo que hace, hácelo tan sin trabajo, que con la facilidad que crió la menor de las hormigas, crió el mayor de los serafines; porque no gime, ni suda debajo de la carga mayor, ni se alivia con la menor, porque todo lo que quiere puede, y todo lo que quiere obra con solo querer. Pues dime agora: si la omnipotencia deste Señor es tan grande, y la gloria de su sancto nombre tan grande, y el amor della tan grande, ¿cuál será la casa, la fiesta y el convite que tendrá aparejado para este fin? ¿Qué falta aquí para que no sea perfectísima esta obra? Falta de manos aquí no la hay, porque el Hacedor es infinitamente poderoso. Falta de cabeza aquí no la hay, porque es infinitamente sabio. Falta de querer aquí no la hay, porque es infinitamente bueno. Falta de riquezas aquí no la hay, porque él es el piélago de todas ellas. Pues luego ¿qué tal será la obra donde tales aparejos hay para que sea tan grande?

¿Qué tal será la obra que saldrá desta oficina donde concurren tales oficiales, como son la omnipotencia del Padre, la sabiduría del Hijo, y la bondad del Espíritu Sancto? ¿Donde la bondad quiere, la sabiduría ordena, y la omnipotencia puede todo aquello que quiere la infinita bondad, y ordena el infinito saber, aunque todo esto sea uno en todas las divinas personas?

Hay otra consideracion para este propósito semejante á esta. Porque no solo aparejó Dios esta casa para honra suya, sino tambien para honra y gloria de todos sus escogidos. Pues que tan grande sea el cuidado que este Señor tiene de honrarlos, y de cumplir aquello que él mesmo dijo [1]: Yo honro á los que me honran; claramente se ve por las obras, pues aun viviendo ellos en este mundo, puso debajo de su obediencia el señorío de todas las cosas [2]. ¿Qué cosa es ver al sancto Josué [3] mandar al sol que se parase en medio del cielo, y que, como si él tuviera en la mano las riendas de toda la máquina del mundo, así lo hiciese detener, obedesciendo (como dice la Escriptu-

[1] I Reg. 2. — [2] Ps. 8. — [3] Ios. 10.

ra) Dios á la voz de un hombre [1]? ¿Qué cosa es ver al profeta Isaías dar á escoger al rey Ezequías, qué queria que hiciese del mesmo sol [2]? ¿Si queria que le mandase ir adelante, ó que volviese atras? Que con la mesma facilidad que haria lo uno, haria lo otro [3]. ¿Qué cosa es ver al profeta Elías suspender las aguas y las nubes del cielo por todo el tiempo que quiso, y mandarlas otra vez volver con la virtud y palabra de su oracion [4]? Y no solo en la vida, sino tambien en muerte los honró tanto, que dió este mesmo señorío y poder á sus huesos y cenizas. ¿Quién no alaba á Dios viendo que los huesos de Eliseo muerto, resuscitaron un muerto, que acaso unos ladrones echaron en su sepulcro [5]? ¿Quién no ve el regalo de Dios para con sus sanctos, cuando lee que el dia de la pasion de Sant Clemente mártir, se abria la mar por espacio de tres millas, para que entrasen los hombres á ver los huesos de un hombre que padesció trabajos por su amor? A la cadena de Sant Pedro quiso Dios que se hiciese fiesta

[1] Eccl. 46. — [2] Isai. 38. — [3] IV Reg. 20. — [4] III Reg. 17 et 18. — [5] IV Reg. 13.

general en toda la Iglesia, para que se vea en cuanto estima él los cuerpos de los sanctos, pues las cadenas infames de las cárceles, por haber tocado en ellos, quiere que se tengan en tanta veneracion. Mas ¿qué es todo esto en comparacion de aquella honra tan grande que hizo Dios, no ya á la cadena deste apóstol, ni á sus huesos, ni á su cuerpo, sino á la sombra de su cuerpo, pues le dió aquella virtud que escribe Sant Lúcas en los Actos de los Apóstoles [1], que todos los enfermos que tocaban en ella, sanaban? ¡Oh admirable Dios! ¡Oh sumamente bueno, y honrador de buenos! pues dió á este hombre lo que para sí no tomó; porque no se lee de Cristo que con su sombra sanase los enfermos, como se lee de Sant Pedro. Pues si en tanta manera es amigo Dios de honrar sus sanctos (aun en el tiempo y lugar que no es proprio de galardonar, sino de trabajar), ¿qué tal podrémos entender que será la gloria que él tiene deputada para honrarlos, y para ser honrado en ellos? Quien tanto desea honrarlos, y tanto puede y sabe hacer en que los honre, ¿qué es lo

[1] Act. 5

que les debe tener allá aparejado para esto?

Considera otrosí demas desto, cuán largo sea este Señor en pagar los servicios que se le hacen. Mandó Dios al patriarca Abraham que le sacrificase un hijo que tanto amaba [1], y estando él para sacrificarlo, díjole Dios: no lo sacrifiques; porque ya tengo vista tu lealtad y obediencia. Mas yo te juro por quien yo soy, de darte por ese hijo tantos hijos cuantas estrellas hay en el cielo, y arenas en la mar, y entre ellos uno, que sea Salvador del mundo, el cual sea juntamente hijo tuyo, y Hijo de Dios. ¿Parécete que es buena paga esta? Esta es paga digna de Dios, porque Dios en todas las cosas ha de ser Dios: Dios en pagar, y Dios en castigar, y Dios en todo lo demas.

Púsose David una noche á pensar como él tenia casa, y el arca de Dios no la tenia, y trató en su pensamiento de edificarle una casa [2]. Otro dia por la mañana invióle Dios un profeta que le dijese: Porque trataste en tu corazon de edificarme una casa, yo te juro de edificar para tí y para tus descendientes una casa eterna y un reino perpe-

[1] Gen. 22. — [2] II Reg. 7.

tuo, de quien nunca jamas apartaré mi misericordia. Así lo dijo, y así lo cumplió; porque hasta que vino Cristo reinaron hombres de la familia de David en la casa de Israel; y luego nasció Cristo, hijo de David, que en los siglos de los siglos reinará en ella [1]. Pues si no es otra cosa la gloria del paraiso, sino una gratificacion y paga universal de los servicios de todos los sanctos, y tan largo es este Señor en esta parte, ¿qué tal podrémos por aquí conjecturar, que será esta gloria? Aquí hay mucho que pensar y que ahondar.

Hay tambien otra conjectura para esto, que es considerar cuán grande sea el precio que Dios pide por esta gloria, siendo él tan liberal y tan magnífico como es. Pues para darnos esta gloria no se contentó con otro menor precio, después del pecado, que la sangre y muerte de su Unigénito Hijo. De manera que por la muerte de Dios se da al hombre vida de Dios; por las tristezas de Dios se le da alegría de Dios, y porque estuvo Dios en la cruz entre dos ladrones, se da al hombre que esté entre los co-

[1] Luc. 1.

ros de los ángeles. Pues dime agora (si se puede decir): ¿cuál es aquel bien que para que se te diese fué menester que sudase Dios gotas de sangre, y que fuese preso, azotado, escupido, abofeteado y puesto en cruz? ¿Qué es lo que tendrá Dios aparejado (siendo como es tan magnífico), para dar por este precio? Quien supiese ahondar en este abismo, mas entenderia por aquí la grandeza de la gloria, que por todos los otros medios que se pueden imaginar.

Y demas desto nos pide este Señor, como por añadidura, lo último que se puede á un hombre pedir [1]. Esto es, que tomemos nuestra cruz á cuestas, y que saquemos el ojo derecho si nos escandalizare, y que no tengamos ley con padre ni madre, ni con otra cosa criada, cuando se encontrare con lo que manda Dios. Y sobre todo esto que por nuestra parte hacemos, dice aquel soberano Señor, que nos da la gloria de gracia [2]. Y así dice por Sant Juan [3]: Yo soy principio y fin de todas las cosas; yo daré al que tuviere sed á beber agua de vida de

[1] Matth. 10 et 16. et Luc. 9 et 14. et Marc. 9, etc. — [2] Matth. 5. — [3] Apoc. 21.

balde. Pues dime agora: ¿qué tal bien será aquel por quien tanto nos pide Dios? ¿Y despues de todo esto dado, dice que nos lo da de balde? Y digo de balde, mirando lo que nuestras obras por sí valen, no por el valor que por parte de la gracia tienen. Pues dime, si este Señor es tan largo en hacer mercedes; si su divina magnificencia concedió en esta vida á todos los hombres tantas diferencias de cosas; si á todos indiferentemente sirven las criaturas del cielo y de la tierra; y de los justos é injustos es comun la posesion deste mundo, ¿qué bienes tendrá guardados para solos los justos? Quien tan graciosamente dió tan grandes tesoros sin deberlos, ¿qué dará á quien los tuviere debidos? Quien tan liberal es en hacer mercedes, ¿cuánto mas lo será en pagar servicios? Si tan inestimable es la largueza del que da, ¿cuánta será la magnificencia del que restituye? Sin duda no se puede con palabras declarar la gloria que dará á los agradecidos, pues tales cosas dió aun á los ingratos.

§ II.

Tambien declara algo desta gloria el sitio y alteza del lugar diputado para ella, que es el cielo empírco, el cual así como es el mayor de todos los cielos, así es el mas noble y mas hermoso, y de mayor dignidad. Llámase en la Escriptura tierra de los que viven [1]; por donde entenderás que esta en que aquí moramos, es tierra de los que mueren. Pues si en esta tierra de muertos hay cosas tan excelentes y tan vistosas, ¿qué habrá en aquella tierra de los que para siempre viven? Tiende los ojos por todo este mundo visible, y mira cuántas y cuán hermosas cosas hay en él. ¿Cuánta es la grandeza de los cielos, cuánta la claridad y resplandor del sol, y de la luna, y de las estrellas? ¿Cuánta la hermosura de la tierra, de los árboles, de las aves y de todos los otros animales? ¿Qué es ver la llanura de los campos, la altura de los montes, la verdura de los valles, la frescura de las fuentes, la gracia de los rios repartidos como

[1] Ps. 26.

venas por todo el cuerpo de la tierra? y sobre todo la anchura de los mares poblados de tantas diversidades y maravillas de cosas. ¿Qué son los estanques y lagunas de aguas claras, sino unos como ojos de la tierra, ó como espejos del cielo? ¿Qué son los prados verdes entretejidos de rosas y flores, sino como un cielo estrellado en una noche serena? ¿Qué diré de las venas de oro y plata, y de otros tan preciosos metales? ¿Qué de los rubíes, y esmeraldas, y diamantes, y otras piedras preciosas, que parecen competir con las mesmas estrellas en claridad y hermosura? ¿Qué de las pinturas y colores de las aves, de los animales, de las flores y de otras cosas infinitas? Juntóse con la gracia de la naturaleza tambien la del arte, y doblóse la hermosura de las cosas. De aquí nascieron las vajillas de oro resplandescientes, los debujos perfectos y acabados, los jardines bien ordenados, los edificios de los templos y de los palacios reales, vestidos de oro y mármol, con otras cosas innumerables. Pues si en este elemento que es el mas bajo de todos (segun dijimos), y tierra de los que mue-

ren, hay tantas cosas que deleitan, ¿qué habrá en aquel supremo lugar, que cuanto está mas alto que todos los cielos y elementos, tanto es mas noble, mas rico y mas hermoso? Especialmente si consideramos que estas cosas del cielo que se descubren á nuestros ojos (como son las estrellas, el sol y la luna) sobrepujan en claridad, virtud, hermosura y perpetuidad á todas las cosas de acá con tan grandes ventajas: pues ¿qué será lo que desotra banda está descubierto á los ojos inmortales? Apénas se puede esto bastantemente conjecturar.

Sabemos tambien que tres maneras de lugares convienen al hombre en tres diferencias de tiempos que tiene de vida. El primero es el vientre de su madre despues de concebido, el segundo es este mundo despues de nascido, el tercero es el cielo despues de muerto, si hubiere bien vivido. Entre estos tres lugares hay esta órden y proporcion: que la ventaja que hace el segundo al primero, esa hace el tercero al segundo, así en la duracion, como en la grandeza y hermosura y en todo lo demas. Y en la duracion está claro; porque la duracion de la

vida del primero es de nueve meses, la del segundo, á veces pasa de cien años; mas la del tercero dura para siempre. Item la grandeza del primero es del tamaño del vientre de una mujer, la del segundo es todo este mundo visible; mas la del tercero, segun esta proporcion, es tanto mayor que la del segundo, cuanto la del segundo es mayor que la del primero. Y la ventaja que en esto le hace, esa mesma le hace en la riqueza, en la hermosura y en todo lo demas. Pues si este mundo es tan grande y tan hermoso (como habemos dicho), y estotro le excede con tan grandes ventajas (como agora decimos), ¿qué tanta podrémos por aquí entender será la grandeza y hermosura dél?

Tambien nos declara esto la diferencia de los moradores destos dos lugares; porque la forma y excelencia de los edificios ha de ser conforme á la condicion de los moradores dellos. Esta es pues (como deciamos) tierra de los que mueren, aquella de los que viven; esta de pecadores, aquella de justos; esta de hombres, aquella de ángeles; esta de penitentes, aquella de perdonados;

esta de los que pelean, aquella de los que triunfan; finalmente, esta de amigos y enemigos, aquella de solos amigos y escogidos. Pues siendo tan diferentes los moradores destos dos lugares, ¿qué tanto lo serán los mesmos lugares, pues todos los lugares crió Dios conforme á los moradores dellos? Verdaderamente gloriosas cosas nos han dicho de tí, ciudad de Dios [1]. Grande eres en tu anchura, hermosísima en la hechura, preciosísima en la materia, nobilísima en la compañía, suavísima en los ejercicios, riquísima en todos los bienes, y libre y exempta de todos los males. En todo eres grande, porque es grandísimo el que te hizo, y altísimo el fin para que te hizo, y nobilísimos aquellos bienaventurados moradores para quien te hizo.

§ III.

Todo esto pertenesce á la gloria accidental de los sanctos. Mas aun hay otra gloria sin comparacion mayor, que es la que llaman esencial; la cual consiste en la vision

[1] Ps. 86.

y posesion del mesmo Dios, de la cual dice Sant Augustin [1]: El premio de la virtud será el mesmo que dió la virtud, el cual se verá sin fin, y se amará sin hastío, y se alabará sin cansancio. De manera que este galardon es el mayor que puede ser; porque ni es cielo, ni tierra, ni mar, ni otra alguna criatura, sino el mesmo Criador y Señor de todo, el cual aunque sea uno, y simplicísimo bien, en él está la suma de todos los bienes.

Para cuyo entendimiento es de saber que una de las grandes maravillas que hay en aquella divina substancia, es, que con ser una y simplicísima, encierra en sí con infinita eminencia las perfecciones de todas las cosas criadas. Porque como él sea el hacedor y criador dellas, y el que las gobierna y encamina á sus últimos fines y perfecciones, no puede él carescer de lo que da, ni estar falto en sí de lo que parte con los otros. De donde nasce que todos aquellos bienaventurados espíritus, en él solo gozarán y verán todas las cosas, cada uno segun la parte que le cupiere de gloria. Por-

[1] 22, de Civitate Dei, c. 30, tom. 5.

que así como agôra las criaturas son espejo en que en alguna manera se ve la hermosura de Dios, así entónces Dios será espejo en que se vea la de las criaturas: y esto muy mas perfectamente que si se viesen en sí mesmas. De manera que allí será Dios bien universal de todos los sanctos, y perfecta felicidad y cumplimiento de todos sus deseos. Allí será espejo á nuestros ojos, música á nuestros oidos, miel á nuestro gusto, y bálsamo suavísimo al sentido del oler. Allí veremos la variedad y hermosura de los tiempos, la frescura del verano, la claridad del estío, la abundancia del otoño, y el descanso y reposo del invierno, y allí finalmente estará todo lo que á todos estos sentidos y potencias de nuestra ánima puede alegrar. Allí (como dice Sant Bernardo) será Dios plenitud de luz á nuestro entendimiento, muchedumbre de paz á nuestra voluntad, y continuacion de eternidad á nuestra memoria. Allí parescerá ignorancia la sabiduría de Salomon, y fealdad la hermosura de Absalom, y flaqueza la fortaleza de Samson, y mortalidad la vida de los primeros hombres del mundo, y pobre-

za la riqueza de todos los reyes de la tierra.

Pues, ¡oh hombre miserable! si esto es así (como de verdad lo es), ¿en qué te andas por la tierra de Egipto [1] buscando pajas y bebiendo en todos los charquillos de agua turbia, dejando aquella vena de felicidad y fuente de aguas vivas? ¿Por qué andas mendigando y buscando á pedazos lo que hallarás recogido y aventajado en este todo? Si deleites deseas, levanta tu corazon, y considera cuán deleitable será aquel bien que contiene en sí los deleites de todos los bienes. Si te agrada esta vida criada, ¿cuánto mas aquella que todo lo crió? Si te agrada la salud hecha, ¿cuánto mas aquella que todo lo hizo? Si es dulce el conoscimiento de las criaturas, ¿cuánto mas el del mesmo Criador? Si te deleita la hermosura, él es de cuya hermosura el sol y la luna se maravillan. Si el linage y la nobleza, él es el primer orígen y solar de toda nobleza. Si larga vida y sanidad, allí hay sanidad, y longura de dias. Si hartura y abundancia, allí está la suma de todos los bienes. Si música y melodía, allí can-

[1] Exod. 5. Hierem. 2.

tan los ángeles, y suenan dulcemente los órganos de los sanctos en la ciudad de Dios. Si te deleitan las amistades y la buena compañía, allí está la de todos los escogidos, hechos un ánima y un corazon. Si honras y riquezas, gloria y riquezas hay en la casa del Señor. Finalmente si deseas carescer de todo género de trabajos y penas, allí es donde está la libertad y exempcion de todas ellas. Al octavo dia mandó Dios celebrar el sacramento de la Circuncision en la vieja ley [1], para dar á entender que al octavo dia de la resurreccion general (que sucederá á la semana desta vida), circuncidará Dios todos los trabajos y penas de aquellos que por su amor hubieren circuncidado todas sus demasías y culpas. Pues ¿qué cosa mas bienaventurada que una tal manera de vida, tan libre de todo género de miserias? donde (como dice Sant Augustin [2]), no habrá jamas temor de pobreza, no flaqueza de enfermedades; donde ninguno se aira, ninguno tiene invidia de otro, ninguna necesidad de comer ni de beber, ninguna ambicion de honras ni de poderes mundanos,

[1] Gen. 17. Lev. 12. — [2] In Soliloq., c. 35.

ningunas asechanzas del demonio, ningun temor de penas del infierno, muerte, ni de cuerpo ni de ánima; sino vida siempre alegre con gracia de inmortalidad. No habrá allí jamas discordia, porque todas las cosas están en suma paz y concordia.

A todo esto se añade el vivir en compañía de los ángeles, y gozar de la vista de todos aquellos soberanos espíritus, y ver los ejércitos de los sanctos, mas claros que las estrellas del cielo, resplandesciendo con la sanctidad y obediencia de los patriarcas, con la esperanza de los profetas, con las coronas coloradas de los mártires, y con las guirnaldas blancas y floridas de las vírgenes. Mas del Rey soberano que en medio dellos reside, ¿qué lengua podrá hablar? Ciertamente si nos fuese necesario padescer cada dia tormentos, y sufrir por algun tiempo las mesmas penas del infierno por ver á este Señor en su gloria, y gozar de la compañía de sus escogidos, ¿no seria bien empleado pasar todo esto por gozar de tanto bien? Hasta aquí son palabras de Sant Augustin [1].

[1] In Manual., c. 15.

Pues si tan grande y tan universal es este bien, ¿cuál será la felicidad y gloria de aquellos bienaventurados ojos que en él se apacentarán? ¿Qué será ver la hermosura de aquella ciudad? ¿la gloria de aquellos ciudadanos? ¿la cara del Criador? ¿la gracia de aquellos edificios? ¿la riqueza de aquellos palacios? ¿y el alegría comun de aquella patria? ¿Qué será ver las órdenes de aquellos bienaventurados espíritus, y la autoridad de aquel sacro Senado, y la majestad de aquellos nobles ancianos, que vió Sant Joan ascentados en sus tronos en presencia de Dios [1]? ¿Qué será oir aquellas voces angélicas, y aquellos cantores y cantoras, y aquella música tan acordada, no de cuatro voces, como la de acá, sino de tantas diferencias de voces, cuanto es el número de los escogidos? ¿Qué alegría será oirles cantar aquella suavísima cancion que les oyó Sant Joan en el Apocalipsi, cuando decian [2]: Bendicion, y claridad, y sabiduría, y hacimiento de gracias, honra, y virtud y fortaleza sea á nuestro Dios en los siglos de los siglos. Amen? Y si es tan

[1] Apoc. 4 — [2] Apoc. 7.

deleitable cosa oir esta consonancia y armonía de voces, ¿cuánto mas lo será ver la concordia de los cuerpos y ánimas tan conformes? Y ¿cuánto mas la de los hombres y ángeles? Y ¿cuánto mas la de los hombres y Dios? Y sobre todo esto, ¿qué será ver aquellos campos de hermosura? ¿aquellas fuentes de vida? ¿aquellos pastos abundosos sobre los montes de Israel [1]? ¿Qué será asentarse á aquella mesa, y tener silla entre tales convidados, y meter la mano con Dios en un plato, que es gozar de su mesma gloria? Allí descansarán, y gozarán, y cantarán, y alabarán, y entrando y saliendo hallarán pastos de inestimable suavidad. Pues si tales y tan grandes bienes promete nuestra sancta fe católica en premio de la virtud, ¿cuál es el ciego y desatinado que no se mueve á ella con la esperanza de tan grande galardon?

[1] Ezech. 34.

CAPÍTULO X.

Del décimo título por el cual estamos obligados á la virtud, que es la cuarta postrimería del hombre; donde se trata de las penas del infierno.

Bastaba la menor parte deste galardon para mover nuestros corazones al amor de la virtud, por la cual tanto bien se alcanza. Pues ¿qué será, si con la grandeza desta gloria juntamos tambien la grandeza de la pena que está á los malos aparejada? Porque no se puede aquí el malo consolar diciendo: si fuere malo, todo lo hace no ir á gozar de Dios; y en lo demás ni tendré pena ni gloria. No es así, sino que forzadamente nos ha de caber una destas dos suertes tan desiguales: porque ó habemos de reinar para siempre con Dios, ó arder para siempre con los demonios, ca no se da medio entre estos dos extremos, sino es el limbo, ó el purgatorio. Estas son en figura aquellas dos canastas que mostró Dios al profeta Hieremías ante las puertas del templo en una vision [1]: la una llena de higos

[1] Hier. 24.

buenos, en gran manera buenos, y la otra de higos malos, y tan malos, que no se podian comer. En lo cual quiso significar Dios al profeta dos maneras de personas, unas con quien habia de usar de misericordia, y otras con quien habia de usar de justicia; y la suerte de los unos era tan buena, que no podia ser mejor, y la de los otros tan mala, que no podia ser peor: pues la suerte de los buenos es ver á Dios, que es el mayor bien de los bienes, y la de los malos carescer eternalmente de Dios, que es el mayor mal de los males.

Esto debian considerar los que se atreven á cometer un pecado mortal, para ver la carga que toman sobre sí. Los hombres que viven de llevar y traer cargas acuestas, cuando son alquilados para llevar alguna, primero la miran muy bien, y prueban á levantarla, para ver si podrán con ella. Pues tú, miserable, que estás cebado en la golosina del pecado, y por ese precio te obligas á llevar sobre tí la carga dél, mira, ruégote, primero lo que esa carga pesa (que es la pena que por él se da), para ver si tienes hombros en que llevarla. Y

porque mejor puedas hacer esto, quiero ponerte aquí algunas consideraciones, por las cuales podrás entender algo de la grandeza desta pena, para que mas claro veas la grandeza de la carga que sobre tí tomas cuando pecas. Y aunque desta materia tratamos en otros lugares [1]; pero aquí la tratarémos por otros medios diferentes (que es por algunas razones y consideraciones que esto nos declaren), porque ella es tan copiosa, que da motivo para todo esto y mucho mas.

Entre las cuales la primera es considerar la inmensidad y grandeza de Dios, que ha de castigar el pecado: el cual en todas sus obras es Dios: quiero decir, en todas grande y admirable, no solo en la mar, y en la tierra, y en el cielo, sino tambien en el infierno, y en todo lo al. Pues si este Señor en todas sus obras es Dios, y paresce Dios, no ménos lo parescerá en la ira, y en la justicia, y en el castigo del pecado. Por esta consideracion dijo el mesmo Se-

[1] Libro de la Oracion, en la consideracion del viernes en la noche, y en la primera parte del Memorial al principio, y en la segunda parte al fin del Vita Christi

ñor por Hieremías [1]: ¿A mí no temeréis? ¿y de mí no temblaréis? Pues yo soy el que puse las arenas por término de la mar, con tan fijo y perpetuo mandamiento, que nunca jamás lo traspasará. Y aunque se embravezcan sus olas, y se levanten hasta el cielo, no serán poderosas para pasar la raya que yo les tengo señalada. Como si mas claramente dijera: ¿No será razon que temais el brazo de un Dios tan poderoso, cuanto declara la grandeza desta obra? El cual así como es grande y admirable en todas sus obras, así tambien lo será en sus castigos, y que así como por lo uno es dignísimo de ser engrandecido y adorado, así por lo otro meresce ser temido y reverenciado. Pues por esto temia y temblaba este mesmo profeta (aunque era inocente y sanctificado en el vientre de su madre), cuando decia [2]: ¿Quién no temblará de tí, Rey de las gentes? Porque tuya, Señor, es la gloria. Y en otro lugar [3]: Estaba yo (dice él) solo y apartado de la compañía de los hombres, por estar, Señor, mi corazon lleno de temor de vuestras amenazas. Y aunque sabia muy

[1] Hierem. 5. — [2] Hierem. 10. — [3] Hierem. 15.

bien este profeta que las amenazas no eran contra él, todavía ellas eran tales, que le hacian temblar. Y por esta causa se dice con razon, que tiemblan las columnas del cielo ante la majestad de Dios, y que tremen otrosí delante dél aquellos grandes principados y poderes soberanos: no porque no estan seguros de su gloria, sino porque les pone espanto y admiracion la grandeza de la majestad divina. Pues si estos no carescen de temor, ¿qué deben hacer los culpados? ¿los menospreciadores de Dios? pues estos son sobre quien él ha de descargar el torbellino de su ira. Esta es pues una de las principales causas que hay para temer la grandeza deste castigo, como claramente nos lo enseña Sant Joan en su Apocalipsi, donde (hablando de los azotes y castigos de Dios) dice así [1]: En un dia vendrán sobre Babilonia todas sus plagas, muerte, llanto, hambre, y fuego; porque fuerte es Dios que la ha de juzgar. Y porque conocia muy bien el apóstol la fortaleza deste Señor, dijo que era cosa horrible caer en las manos de Dios [2]. No es co-

[1] Apoc. 18. — [2] Hebr. 10.

sa horrible caer en las manos de los hombres, porque ni son tan poderosas que nadie se pueda escapar dellas, ni tan fuertes que basten para echar un ánima en el infierno. Por donde decia el Salvador á sus discípulos [1]: No querais temer aquellos que no pueden hacer mas que matar el cuerpo, y despues no les queda que hacer. Quiéroos yo mostrar á quien hayais de temer. Temed á aquel que despues de muerto el cuerpo, tiene poder para echar el ánima en el infierno. Esto os digo yo que es para temer. Estas pues son las manos en las cuales, con mucha razon, dice el apóstol que es horrible cosa caer. Y así paresce que tenian bien conoscido á qué sabian estas manos, aquellos que en el Ecclesiástico decian [2]: Si no hiciéremos penitencia, caerémos en las manos de Dios, y no de los hombres. Las cuales cosas todas dan bien á entender, que así como Dios es grande en el poder, y en la majestad, y en todas sus obras, así tambien lo será en la ira, en la justicia, y en el castigo de los malos.

Lo mesmo paresce aun mas claro, con-

[1] Matth. 10. — [2] Eccli. 2.

siderando en especial la grandeza de la divina justicia, cuya obra es este castigo. Esta se nos trasluce algun tanto por sus efectos, que es por los castigos espantosos de Dios, de que están llenas las Escripturas divinas. ¿Qué castigo tan espantoso fué aquel de Datan y Abiron [1]: y de todos sus consortes, los cuales tragó la tierra vivos, y sumió en el profundo de los infiernos, porque se levantaron contra sus prelados? ¿Quién jamás oyó tal linage de amenazas y maldiciones como aquellas que leemos en el Deuteronomio contra los quebrantadores de la ley? Donde (entre otras terribles y espantosas amenazas) dice Dios así [2]: Enviaré contra vosotros ejércitos de enemigos, los cuales cercarán vuestras ciudades, y os pondrán en tan grande aprieto y necesidad, que la señora delicada que no se podia tener en los piés por su grande delicadeza y ternura, cuando pariere, vendrá á comer las pares, y la sangre y las heces en que salió envuelta la criatura: y esto á escondidas de su marido, por no darle parte dellas: tan grande será la hambre que padescerá. Es-

[1] Num. 16. — [2] Deut. 28.

pantosos castigos son estos. Mas así estos como todos los que se ejecutaron en esta vida, no son mas que una pequeña sombra y figura de los que están guardados para la otra; que es el tiempo en que ha de resplandescer la divina justicia en aquellos que aquí despreciaron su misericordia. Pues si tal y tan temerosa es la sombra, ¿cuál será la mesma verdad? Y si agora (cuando la justicia anda tan templada con la misericordia, y el cáliz de la ira del Señor se da tan aguado) es tan desabrido [1], ¿qué hará cuando se dé puro, y cuando se haga juicio sin misericordia con los que no hubieren usado de misericordia, aunque sea siempre menor el castigo de lo que merece el pecado?

Mas no solo la grandeza de la justicia, sino tambien la de la mesma misericordia (con quien tanto se favorescen los malos), nos da á entender la grandeza deste castigo. Porque ¿qué cosa de mayor espanto que ver á Dios vestido de carne padescer en ella todos los tormentos y deshonras que padesció, hasta acabar la vida en un madero?

[1] Ps. 74.

¿Qué mayor misericordia que descender él á tomar sobre sí todas las deudas del mundo, para descargar dellas al mundo, y derramar su sangre por aquellos mesmos que la derramaban? Pues así como son espantables las obras de la divina misericordia, así tambien lo han de ser las de su justicia; porque como en Dios no haya cosa mayor ni menor (pues todo lo que hay en Dios, es Dios), cuan grande es su misericordia, tan grande es necesario que sea su justicia, cuanto es de parte della. Por donde así como por la cuantidad de un brazo sacamos la del otro, así por la grandeza del brazo de la misericordia se conosce la del brazo de la justicia; pues ambos son de una mesma manera. Pues ruégote agora me digas, si en el tiempo que Dios quiso mostrar al mundo la grandeza de su misericordia, hizo cosas tan admirables, y tan increibles al mundo, que el mesmo mundo las vino á tener por locura [1], cuando se llegare el tiempo de la segunda venida, diputado para declarar la grandeza de su justicia, ¿qué te parece que hará, mayormente habiendo

[1] 1 Cor. 1.

tantas causas para usar de justicia, cuantas son las maldades del mundo? Porque la misericordia no tuvo quien de fuera así la ayudase; pues no habia de parte de nuestra humanidad cosa que la meresciese: mas la justicia tendrá tantas ayudas y estímulos para declararse, cuantos pecados ha habido en el mundo, para que por aquí puedas conjecturar qué tan espantable será.

Esto declara muy bien Sant Bernardo en un sermon de Epifanía por estas palabras [1]: Así como en la primera venida se mostró el Señor muy fácil para perdonar, así en la segunda será muy riguroso en castigar. Y como agora ninguno hay que no se pueda reconciliar con él, así entónces ninguno habrá que lo pueda hacer. Porque así como la benignidad en la primera venida se descubrió sobre toda manera, así será el rigor de la justicia que en la postrera se mostrará. Ca inmenso es Dios, é infinito en la justicia, así como en la misericordia. Grande para perdonar, y grande para castigar: aunque la misericordia tiene el primer lugar, si nosotros procuráremos que no halle la

[1] 1 circa med.

justicia sobre que descargue su rigor. Hasta aquí son palabras de Sant Bernardo, por las cuales vemos como la mesma misericordia de Dios nos declara cuán grande será su justicia, y lo uno y lo otro divinamente explicó el salmista, cuando dijo [1]: Nuestro Dios es Dios, cuyo oficio es salvar los hombres, y librarlos de las puertas de la muerte; mas con todo eso él quebrantará las cabezas de sus enemigos hasta el postrer pelo, de los que perseveran en sus delictos. ¿Ves luego como siendo tan blando para los que á él se convierten, es tan riguroso para los endurecidos y rebeldes?

Lo mesmo tambien nos declara la paciencia de Dios, así para con todo el mundo, como para con cada uno de los malos. Porque vemos muchos hombres tan desalmados, que dende que abrieron los ojos de la razon hasta los postreros años de su vida, la mayor parte della gastaron en ofender á Dios, y despreciar sus mandamientos, sin hacer caso ni de sus promesas, ni de sus amenazas, ni de sus beneficios, ni de sus avisos, ni de otra cosa alguna. Y en todo

[1] Ps. 67.

este tiempo los aguardó aquella suma bondad y paciencia, sin cortarles el hilo de la vida, y sin dejar de llamarlos por muchas vias á penitencia, sin ver en ellos enmienda. Pues cuando acabada toda esta tan larga paciencia suelte él contra ellos la represa de su ira (que por tantos años se ha ido poco á poco recogiendo en el seno de su justicia), ¿con qué ímpetu, con qué fuerza vendrá á dar sobre ellos? ¿Qué otra cosa quiso significar el apóstol, cuando dijo [1]: ¿No miras hombre que la benignidad de Dios te aguarda, y te llama á penitencia? Mas tú por tu gran dureza, y por ese corazon tan cerrado á penitencia, atesoras contra tí ira para el dia del justo juicio de Dios, el cual dará á cada uno segun sus obras. Pues ¿qué quiere decir, atesoras ira, sino dar á entender que como el que allega tesoro, va cada dia añadiendo dineros á dineros, y riquezas á riquezas, para que así crezca el monton, así tambien Dios va cada dia y cada hora acrescentando mas y mas el tesoro de su ira, así como el malo con sus malas obras va siempre acrescentando

[1] Rom. 2.

las causas della? Pues dime agora, si un hombre se diese tanta prisa á juntar tesoro, que no se pasase dia ni hora que no acrescentase algo en él, y esto por espacio de cincuenta ó sesenta años, cuando despues deste tiempo abriese sus arcas, ¿qué tan gran tesoro hallaria? Pues, ¡oh miserable de tí, que apénas hay dia ni hora que se te pase sin acrescentar contra tí el tesoro desta ira divina, la cual crece á cada hora con cada uno de tus pecados! Porque aunque no hubiese mas que las vistas deshonestas de tus ojos, y los malos deseos y odios de tu corazon, y las palabras y juramentos de tu boca, esto solo bastaba para hinchir un mundo. Pues cuando con esto se juntare todo lo demás, ¿qué tesoro de ira tendrás allegado contra tí á cabo de tantos años?

La ingratitud tambien de los malos y su malicia (si bien se mira), da á entender por su parte cuán grande haya de ser este castigo. Si no, ponte á considerar por una parte la inmensa benignidad y largueza de Dios para con los hombres; lo que en este mundo tiene hecho, y dicho, y padescido por ellos; los aparejos y oportunidades que pa-

ra bien vivir les ha dado; lo que les ha disimulado y perdonado; los bienes que les ha hecho; los males de que los ha librado, con otras muchas maneras de favores y beneficios que cada dia les hace. Mira por otra parte el olvido de los hombres para con Dios; su ingratitud, su rebeldía, su deslealtad, sus blasfemias; el menosprecio dél y de sus mandamientos, el cual es tan grande, que no solo por cualquier interese que se les ofrezca, sino muchas veces de balde y sin propósito, por sola maldad y desvergüenza ponen debajo los piés todo cuanto manda Dios. Pues quien desta manera desprecia aquella tan grande majestad, como si fuera un Dios de palo; quien tantas veces, como dice Sant Pablo [1], pisó al Hijo de Dios, y despreció la sangre de su testamento; quien tantas veces lo crucificó y abofeteó con peores obras que hiciera un pagano, ¿qué puede esperar, sino que cuando llegue la hora de la cuenta, se haga á costa del malo tan grande recompensa de la honra de Dios, cuan grande fué la injuria hecha contra él? Porque pues Dios es justo

[1] Hebr. 10

juez, á él pertenesce hacer igualdad y recompensa suficiente entre el castigo del que injurió, con la deshonra del injuriado. Pues si Dios es aquí el injuriado, ¿qué entrega se hará en el cuerpo y ánima del condenado, para que del cuero salgan las correas, y de sus dolores la recompensa de tales injurias? Y si fué menester la sangre del Hijo de Dios para hacer recompensa de las ofensas de Dios (supliéndose con la dignidad de la persona lo que faltaba de rigor á la pena), ¿qué será donde se haya de hacer esta recompensa, no con la dignidad de la persona, sino con sola la grandeza de la pena?

Considera otrosí (demas de la condicion del juez), tambien la del verdugo que ha de ejecutar su sentencia (que es el demonio), para que por aquí veas lo que de tales manos puedes esperar. Y para entender algo de la crueldad deste ejecutor, mira cuál paró á un hombre sobre quien le fué dado poder, que fué el sancto Job [1]. Porque todo cuanto fué posible hacer contra una criatura racional, hizo sin tener res-

[1] Iob. 1 et 2.

pecto á ningun género de blandura ni piedad. Quemóle las ovejas, robóle todos los otros ganados mayores, captivóle los criados, derribóle las casas, matóle todos los hijos, cubrióle de piés á cabeza de cáncer y de gusanos, sin dejarle otro refrigerio mas que un muladar en que se asentase, y un pedazo de teja con que rayese la materia que de sus llagas corria; y sobre todo esto dejóle la mujer, y los amigos (á quien con mayor crueldad perdonó, que matara), para que ellos con sus palabras le fuesen otros gusanos mas crueles, que llegasen hasta roerle las entrañas. Esto hizo con el sancto Job. Mas ¿qué hizo con el Salvador del mundo en aquella dolorosa noche en que fué entregado al poder de las tinieblas? Esto no se puede explicar en pocas palabras.

Pues si este enemigo y todos sus consortes son tan fieros, tan inhumanos, tan carniceros, tan amigos de sangre, tan enemigos del linaje humano, y tan poderosos para dañar; cuando tú, miserable, te veas en sus manos para que ejecuten en tí todas las crueldades que quisieren (segun la dis-

pensacion de la divina justicia), y esto no por una noche y un dia, sino por todos los siglos de los siglos, ¿parécete que estarás bien librado en tales manos? ¡Oh qué dia tan escuro será aquel, cuando así te veas en poder de tales lobos!

Y porque mejor entiendas el tratamiento que destas manos puedes esperar, referiré aquí un ejemplo memorable que escribe Sant Gregorio en sus diálogos [1], donde cuenta que en un monasterio suyo acaesció llegar á punto de muerte un religioso mancebo, no ménos en las costumbres que en los años. Y como los religiosos del monasterio acudiesen á este tiempo á ayudarle á morir, y se pusiesen todos al derredor de su cama haciendo oracion por él, comenzó él á dar voces, y decir: íos, íos de aquí, padres, íos y dejad á este dragon que me acabe de tragar; porque ya me tiene metida la cabeza entre sus gargantas encendidas, y con sus escamas (como con unos dientes de sierra) me aprieta y atormenta grandemente. Íos luego todos, y apartáos de aquí, porque por vuestra presencia no

[1] 4 lib. Dialogorum, c. 37.

me acaba de matar, y así me atormenta mas cruelmente. Y como dijesen los religiosos que hiciese la señal de la cruz, respondió diciendo: ¿Cómo la podré hacer, que me tiene enroscados los piés y las manos con las vueltas de su cola, y no soy señor de mí? Entonces los religiosos, no por eso desmayando, comenzaron á hacer oracion por él con grandes gemidos, y con mayor instancia: con lo cual el Padre de las misericordias, movido á su acostumbrada piedad, libró al enfermo de aquella tan grande agonía: con la cual quedó tan escarmentado, que de ahí adelante ordenó su vida de tal manera que no meresciese verse otra vez en tal aprieto.

De los mesmos demonios habla aun por mas horribles figuras Sant Joan en su Apocalipsi, diciendo [1]: Ví una estrella que cayó del cielo en la tierra, á la cual fueron dadas las llaves del pozo del abismo, y abriendo la puerta deste pozo, salió dél una grande humareda, como las que suelen salir de los grandes hornos de fuego; y del humo deste pozo saltaron unas langostas en tier-

[1] Apoc. 9.

ra, á las cuales fué dado poder para herir, como hieren los escorpiones, y fuéles mandado que no hiciesen daño en el heno de la tierra, ni en los árboles, ni en cosa verde, si no en solos aquellos que no tuviesen la señal de Dios en su frente. En este tiempo andarán los hombres buscando la muerte, y no la hallarán; y la figura destas langostas era como de caballos armados para pelear, y sobre sus cabezas tenian unas coronas de oro, y las caras eran como caras de hombres, y los cabellos como cabellos de mujeres, y los dientes como dientes de leones, y tenian vestidas unas lorigas como lorigas de hierro, y el estruendo que hacian con sus alas, era como el de muchos carros y caballos cuando arremeten á pelear. Y tenian las colas como de escorpiones, y en ellas traian sus aguijones para herir. Hasta aquí son palabras de Sant Joan. Ruégote pues agora me digas ¿qué pretendia el Espíritu Sancto (que es el autor de esta escriptura), cuando debajo destas tan horribles figuras nunca oidas, nos quiso dar á entender la grandeza de los azotes de la divina justicia? ¿Qué pretendia si-

no avisarnos por el horror espantable destas cosas, cuáles serán las iras de Dios, cuáles los instrumentos de su justicia, cuáles los castigos de los malos, cuáles las fuerzas de nuestros adversarios, para que con el horror de tan grandes cosas temblásemos de ofender á Dios? Porque ¿qué estrella es esta que cayó del cielo, á quien fueron dadas las llaves del abismo, sino aquel ángel tan resplandesciente que de allí cayó, á quien fué dado el principado de las tinieblas? Y ¿quién son aquellas langostas tan fieras y tan armadas, sino las furias y armas de los otros sus coadjutores y ministros, que son los demonios? ¿Quién las plantas verdes, á quien ellos no pueden dañar, sino los justos que florecen con el humor de la divina gracia, y dan fructos de vida eterna? ¿Quién los que no tienen sobre sí la señal de Dios, sino los que carecen de su espíritu, que es la señal de sus siervos, y de las ovejas de su manada? Pues contra estos miserables se apareja aquel ejército de la divina justicia, para que en esta vida y en la otra (en cada cual de su manera) sean atormentados por los mesmos

demonios á quien sirvieron, así como los egipcios fueron atormentados por las moscas y mosquitos á quien ellos adoraban [1]. Pues ¿qué será ver en aquel lugar estos monstruos y máscaras tan horribles? ¿Qué será ver allí aquel dragon hambriento, y aquella culebra enroscada, y aquel grande Behemoth, de que se escribe en Job, que aprieta la cola como cedro, que bebe los rios y pace los montes [2]?

Todas estas cosas bien consideradas nos declaran asaz qué tan grandes hayan de ser las penas de los malos. Porque ¿qué otra cosa se puede esperar de todas estas grandezas que aquí se han dicho, sino grandísimos castigos? ¿Qué se puede esperar de la inmensidad y grandeza de Dios, y de la grandeza de su justicia para castigar los pecados, y de la grandeza de su paciencia para sufrir los pecadores, y de la muchedumbre de los beneficios con que tantas veces los procuró traer á sí, y de la grandeza del odio con que aborresce al pecado (pues por ser ofensivo de infinita majestad, merece odio infinito), y de la grandeza del furor de

[1] Exod. 8. — [2] Iob. 40.

nuestros enemigos, tan poderosos para atormentarnos, y tan rabiosos para mal querernos? ¿Qué se puede pues esperar de todas estas causas de grandeza, sino grandísimo castigo del pecado? Pues si tan grande es la pena que está aparejada para el pecado, y en esto no puede haber falta (pues así nos lo predica la fe), ¿por qué causa los que esto creen y confiesan no mirarán la carga que sobre sí toman cuando pecan, pues por el mesmo caso que cometen un pecado, se obligan á una pena que por tantos títulos se prueba ser tan grande?

§ I.

De la duracion destas penas.

Mas aunque todas estas consideraciones sean mucho para causar temor, mucho mas lo es si consideramos la duracion destas penas. Porque si en ellas hubiera alguna manera de término ó de alivio á cabo de muchos millares de años, todavía fuera este gran consuelo para los malos. Mas ¿qué diré de la eternidad que ningun término reconosce, sino que iguala por una parte con

la mesma duracion de Dios? El cual espacio es tan grande, que (como dice un doctor), si uno de aquellos malaventurados en cada mil años derramase una sola lágrima material, mas agua saldria de sus ojos, que cupiese en todo el mundo. Pues ¿qué cosa mas para temer? Verdaderamente cosa es esta tan grande, que si todas cuantas penas hay en el infierno, no fueran mas que una sola punzada de un alfiler (habiendo de durar para siempre), solo esto debiera bastar para que los hombres se pusiesen á todos los trabajos del mundo por evitar esta pena. ¡Oh si esta duracion, oh si este para siempre hiciese manida en tu corazon, cuánto provecho te haria! De un hombre del mundo leemos que poniéndose una vez á pensar muy de propósito en esta duracion de penas, y espantado de cosa tan prolija, hizo entre sí esta consideracion: ningun hombre cuerdo hay que aceptase el imperio del mundo con condicion que le obligasen á estar acostado en una cama (aunque fuese de rosas y flores), por espacio de treinta ó cuarenta años. Pues siendo esto así, ¿qué desatino es, por cosas tan me-

nores, ponerse en ventura de estar acostado en una cama de fuego por siglos infinitos? Esta sola consideracion cavó tanto, y obró tanto en este hombre, que le hizo mudar la vida, y tan mudada que vino despues á ser grande sancto, y prelado de una iglesia. Pues ¿qué responden á esto los regalados, los que con el zumbido de un mosquito están toda la noche desvelados, cuando se vean tendidos en esta cama de fuego, cercados de llamas por todas partes, y esto no por una sola noche de verano, sino por una eternidad? Esta pregunta hace á estos el profeta Isaías, diciendo [1]: ¿Quién de vosotros podrá morar con los ardores eternos? ¿Quién se atreverá á hacer vida con el fuego tragador? ¿Qué espaldas habrá tan duras, que puedan sufrir esta calda por espacio tan largo? ¡Oh gentes sin seso! ¡Oh hombres embaucados por aquel antiguo engañador y trastornador del mundo! Porque ¿qué cosa mas ajena de razon, que siendo los hombres tan solícitos en proveerse para todas las nonadas desta vida, ser por otra parte tan insensibles para cosas de tanta im-

[1] Isai. 33.

portancia? ¿Qué vemos, si esto no vemos? ¿Qué tememos, si esto no tememos? ¿Qué proveemos, si esto no proveemos?

Pues siendo esto así, ¿cómo no seguirémos de buena gana el partido de la virtud, aunque fuese muy trabajoso, por huir de tanto mal? Porque es cierto que si hiciese agora Dios este partido con un hombre que le dijese: tú has de tener todo el tiempo que vivieres un dolor de gota ó de una sola muela, pero tan agudo, que no te deje reposar noche ni dia; ó si quieres ahorrar este dolor, has de ser fraile cartujo, ó descalzo, ó hacer la penitencia que ellos hacen toda la vida: mira cuál destas dos cosas quieres. No hay hombre tan perdido, que usando de buena razon (siquiera por el amor que tiene á sí mesmo), no escogiese cualquier profesion destas, ántes que padescer este martirio por este espacio. Pues siendo tanto mayores los tormentos de que hablamos, y siendo tanto mayor el espacio que duran, y siendo tanto ménos lo que Dios nos pide, que ser fraile descalzo, ó cartujo, ¿cómo no aceptamos un tan pequeño trabajo, por evitar un tan prolijo tor-

mento? ¿Quién no ve ser este el mayor de todos los engaños del mundo?

Mas la pena dél será, que pues el hombre no quiso con un poco de penitencia redimir aquí tanto mal, que baga allí eterna penitencia, y nada le aproveche. En figura de lo cual leemos [1], que aquel horno de fuego que encendió Nabucodonosor en Babilonia, con levantar las llamas cuarenta y nueve cobdos en alto, por falta de un cobdo no llegó al número de cincuenta (que hace año de jubileo), para dar á entender que la llama de aquel eternal humo de Babilonia (que es el infierno), aunque arde tanto, y atormenta tan gravemente aquellos malaventurados, no por eso les alcanza la remision y gracia del jubileo verdadero. ¡Oh penas infructuosas! ¡Oh estériles lágrimas! ¡Oh rigurosa penitencia, y sin ninguna esperanza! ¡Cuán poquito de lo que allí padescen sin fructo, si se tomara aquí de voluntad, bastara para darles remedio! ¡Cuán fácilmente se podrian aquí redimir tantos males con tan livianos trabajos! Salgan pues fuentes de agua por nues-

[1] Dan. 3.

tros ojos, y no cesen los gemidos de nuestro corazon. Por eso plantearé y lloraré, dice el Profeta [1], y salirme he por esos caminos despojado y desnudo. Haré llanto como de dragones, y sentimiento como de avestruces; porque ya está desahuciada su llaga, y no tiene cura este mal.

Y si los hombres no tuviesen todas estas cosas por verdad, ó no por tan grande verdad, no era mucho caer en ellos este descuido. Mas teniendo todo esto por fe, y sabiendo cierto que, como dice el Salvador [2], ántes faltará el cielo y la tierra, que dejar esto de ser, y que con todo esto vivan los que esto creen con tan extraño descuido, esto es cosa que excede toda admiracion. Dime, hombre ciego y perdido, ¿qué miel puedes tú hallar en todas las riquezas y bienes del mundo, que merezca ser comprada por este precio? Si tuvieses, dice Sant Hierónimo [3], la sabiduría de Salomon, y la hermosura de Absalom, y las fuerzas de Samson, y los años y vida de Enoch, y las riquezas de Creso, y el poder de Octavia-

[1] Micheæ, 1. — [2] Luc. 21. — [3] III Reg. 4. II Reg. 14 Iudic. 14 et 15. Genes. 5. Eccl. 44.

no, ¿qué te pueden aprovechar todas estas cosas, si al fin de la vida el cuerpo se entregare á los gusanos, y el ánima á los demonios, para ser atormentada con el rico avariento en los tormentos eternos?

Esto baste cuanto á la primera parte de la exhortacion á la virtud. Ahora trataré-mos de los privilegios singulares que en esta vida se le prometen.

SEGUNDA PARTE

DESTE PRIMERO LIBRO,

EN LA CUAL SE TRATA DE LOS BIENES ESPIRITUALES Y TEMPORALES QUE EN ESTA VIDA SE PROMETEN Á LA VIRTUD, Y SEÑALADAMENTE DE DOCE SINGULARES PRIVILEGIOS QUE TIENE.

CAPÍTULO XI.

Título onceno por el cual estamos obligados á seguir la virtud, por causa de los bienes inestimables que de presente se le prometen en esta vida.

No sé qué linage de excusas puedan alegar los hombres para dejar de seguir la virtud, pues tantas razones se presentan por parte della. Porque no es pequeña cosa alegar por esta parte lo que Dios es, lo que meresce, lo que nos ha dado, lo que nos promete, y lo que nos amenaza. Por lo cual hay mucha razon para preguntar cuál sea la causa por donde entre los cristianos que todo esto creen y confiesan, haya tantos que se dén tan poco por la virtud. Porque los infieles que no conoscen la virtud, no es

maravilla que no precien lo que no conoscen, como hace el rústico cavador, que si halla una piedra preciosa, no hace caso della, porque no conosce lo que vale. Mas que el cristiano que sabe todo esto, viva como si nada desto creyese, tan olvidado de Dios, tan captivo de los vicios, tan subjecto á sus pasiones, tan aficionado á las cosas visibles, tan olvidado de las invisibles, y tan suelto en todo género de pecados, como si no esperase muerte, ni juicio, ni paraiso, ni infierno, esto es cosa que pone grande admiracion. Por donde (como dije) hay razon para preguntar, de donde nazca este pasmo, esta modorra, y (si decir se puede) esta manera de encantamiento.

Este mal tan grande no tiene una sola raiz, sino muchas y diversas. Entre las cuales no es la menor un general engaño en que los hombres del mundo viven, creyendo que todo lo que promete Dios á la virtud, se guarda para la otra vida, y que de presente no se le da nada. Porque como los hombres sean tan interesables, y se muevan tanto con la presencia de los objectos, como no ven nada de presente, hacen po-

co caso de lo futuro. Así paresce que lo hacian en tiempo de los profetas. Porque cuando el profeta Ezequiel les proponia grandes promesas ó amenazas de parte de Dios, burlábanse ellos, diciendo: Las revelaciones que este predica son para de aquí á muchos dias, y sus profecías son para de aquí á largos tiempos. Y escarneciendo otrosí del profeta Isaías por la mesma causa, contrahacian sus palabras, diciendo [1]: Espera y reespera, espera y reespera: manda y remanda, manda y remanda: de aquí á un poco, y de aquí á otro poco. Esta es pues una de las principales cosas que hace apelar á los malos de los mandamientos de Dios, pareciéndoles que nada se les da de presente, y que todo se libra para adelante. Así lo sintió aquel gran sabio Salomon, cuando dijo [2]: Porque no se ejecuta luego contra los malos su sentencia, de aquí nasce que los hijos de los hombres sin temor alguno se derraman por todos los vicios. Donde añade el mesmo, diciendo: Que la peor cosa de cuantas hay en la vida, y que mas ocasion da para hacer males, es suceder

[1] Isai. 28. — [2] Eccles. 8.

todas las cosas (á lo que por defuera parece) de una mesma manera al bueno y al malo; al sucio y al limpio; al que ofresce sacrificios, y al que no hace caso dellos. De donde nasce que los corazones de los hombres se hinchen de malicia, y despues van á parar á los infiernos, por parescerles que igualmente corren los favores y los disfavores por las casas de los buenos y de los malos. Y lo mesmo que Salomon dice, claramente lo confiesan los malos por el profeta Malaquías, diciendo [1]: Vana cosa es servir á Dios; porque ¿qué fructo nos ha acarreado haber guardado sus mandamientos, y haber andado tristes delante del Señor de los ejércitos? Por esto tenemos por bienaventurados los soberbios, pues los vemos medrados y prosperados viviendo tan rotamente; y habiendo tentado á Dios, estan en salvo. Este es el lenguaje de los malos, y uno de los mayores motivos que tienen para serlo. Porque (como dice Sant Ambrosio) paréscelesles cosa muy agra comprar esperanzas con peligros: esto es, comprar bienes de futuro con daños de presente, y soltar de

[1] Mal. 3.

la mano lo que tienen, por lo que adelante se les puede dar.

Pues para deshacer este engaño tan perjudicial, no sé qué otro principio pueda yo agora tomar que aquellas palabras y lágrimas del Salvador; el cual viendo la miserable ciudad de Hierusalem, comenzó á llorar sobre ella, diciendo [1]: ¡Si conocieses agora tú la paz y los bienes que en este dia tuyo te venian! Mas todo esto está agora escondido de tus ojos. Consideraba el Salvador por una parte, cuán grandes eran los bienes que juntamente con su persona habian venido á aquel pueblo (pues todas las gracias y tesoros del cielo habian decendido con el Señor de los cielos), y por otra, cómo él (escandalizado con el humilde hábito, y apariencia del Señor), no le habia de recebir; y cómo por este pecado no solo habia de perder las riquezas y gracia de su visitacion, sino tambien su república y su ciudad. Lastimado pues con este dolor, derramó estas lágrimas, y dijo estas palabras, así breves y no acabadas; porque tanto mas significaban, cuanto mas breves eran. Pues

[1] Luc. 19.

este mesmo sentimiento y estas mesmas palabras, se pueden en su manera aplicar al propósito de que hablamos. Porque considerando por una parte la hermosura de la virtud, y las grandes riquezas y gracias que andan en su compañía, y visto por otra cuán encubierto está esto á los ojos de los hombres carnales, y cuán desterrada anda ella por esto del mundo, ¿no te paresce que tenemos aquí tambien la mesma causa para derramar las mesmas lágrimas, y decir con el Señor: ¡Oh, si conocieses agora tú, esto es: oh si te abriese agora Dios los ojos para que vieses los tesoros, los regalos, las riquezas, la paz, la libertad, la tranquilidad, la luz, los deleites, los favores, y los otros bienes que andan en compañía de la virtud, en cuánto la preciarias, cuánto la desearias, y con cuánto estudio y trabajo la buscarias! Mas todo esto está escondido de los ojos carnales; porque no mirando mas que la corteza dura de la virtud, y no habiendo experimentado la suavidad interior della, parésceles que no hay en ella cosa que no sea áspera, triste y desabrida, y que no es moneda que corre en esta vida,

sino en la otra; porque si algo tiene de bien, para el otro mundo es, no para este. Por lo cual, filosofando segun la carne, dicen que no quieren comprar esperanzas con peligros, y aventurar lo presente por lo futuro.

Esto dicen escandalizados con la figura exterior de la virtud; porque no entienden que la filosofía de Cristo es semejante al mesmo Cristo, el cual mostrando por defuera imágen de hombre, y hombre tan humilde, dentro era Dios y Señor de todo lo criado. Por lo cual se dice de los fieles [1], que estan muertos al mundo, mas que su vida está escondida con Cristo en Dios. Porque así como la gloria de Cristo estaba desta manera escondida, así tambien lo está la de todos los imitadores de su vida. Leemos que antiguamente hacian los hombres unas imágines que llamaban Silenos [2], las cuales por defuera parescian muy viles y toscas, y dentro estaban muy ricamente labradas: de suerte que siendo la fealdad pública, la hermosura era secreta, y engañando con lo uno á los ojos de los ignorantes,

[1] Colos. 3. — [2] Vid. Erasmum in Chilia.

con lo otro atraian á sí los de los sabios. Tal fué por cierto la vida de los profetas, tal la de los apóstoles, y tal la de los perfectos cristianós: como fué la del Señor de todos ellos.

Y si todavía dices que la virtud es áspera y dificultosa de ejercitar, debrias tambien poner los ojos en las ayudas que Dios para esto tiene proveidas con las virtudes infusas, con los dones del Espíritu Sancto, con los sacramentos de la ley nueva, y con todos los otros favores y socorros divinos, que son como remos y velas en la galera para navegar, ó como las alas en el ave para volar. Debrias mirar al mesmo nombre y sér de la virtud, la cual esencialmente es hábito, y muy noble hábito: y si lo es, de aquí se sigue que (regularmente hablando), nos ha de hacer obrar con suavidad y facilidad; porque esto es proprio de todos los hábitos. Debrias tambien considerar que no solo tiene prometidos el Señor á los suyos bienes de gloria, sino tambien de gracia: los unos para la otra vida, y los otros para esta (segun que el Profeta dice [1]: Gracia y gloria

[1] Ps. 83.

dará el Señor: que son como dos alforjas llenas de bienes, la una para la vida presente, y la otra para la advenidera), para entender siquiera por aquí, que algo mas debe haber en la virtud de lo que por defuera paresce. Debrias otrosí mirar que pues el autor de la naturaleza no falta en las cosas necesarias (pues tan perfectamente proveyó las criaturas de todo lo que habian menester); no habiendo en el mundo cosa mas necesaria, ni mas importante que la virtud, no la habia de dejar desamparada á beneficio de un solo libre albedrío tan flaco, y de un entendimiento tan ciego, y de una voluntad tan enferma, y de un apetito tan mal inclinado, y finalmente de una naturaleza por el pecado tan estragada, sin proveerle de habilidades y remos con que poder navegar por este golfo. Porque no era razon que pues la providencia divina habia sido tan solícita en proveer al mosquito, á la araña, y á la hormiga de habilidades, y instrumentos bastantes para conservar su vida, se descuidase de proveer al hombre de lo necesario para conseguir la virtud.

Y añado aun mas: que si el mundo y el

demonio proveen de tantas maneras de gustos y contentamientos (á lo ménos aparentes), á los suyos por el servicio que le hacen, ¿cómo es posible que Dios sea tan estéril para sus fieles amigos y servidores, que los deje ayunos y boquisecos en medio de sus trabajos? ¡Cómo! ¿y por tan caido tienes tú el partido de la virtud, y por tan subido el de los vicios, que permitiese Dios haber tantas ventajas en lo uno, y tanto menoscabo y disfavor en lo otro? Pues ¿qué quiere decir lo que responde Dios por el profeta Malaquías á las palabras y quejas de los malos, diciendo [1]: Convertíos á mí, y veréis la diferencia que hay entre el bueno y el malo, y entre el que sirve á Dios y no le sirve? De manera que no se contenta con la ventaja que habrá en la otra vida (de que mas abajo trata), sino luego de presente dice: Convertíos, y veréis, etc. Como si dijese: no quiero que espereis por el tiempo de la otra vida para conoscer esta ventaja, sino convertíos, y luego entenderéis la diferencia que hay del bueno al malo; las riquezas del uno, y la pobreza del otro; el

[1] Mal. 3.

alegría del uno, y la tristeza del otro; la paz del uno, y las guerras del otro; el contentamiento del uno, y los descontentamientos del otro; la lumbre en que vive el uno, y las tinieblas en que anda el otro; y veréis por experiencia cuánto mas aventajado es este partido de lo que vosotros pensais.

Cuasi la mesma respuesta da Dios á otros tales como estos: los cuales por esta mesma persuasion y engaño hacian burla de los buenos, diciendo por Isaías [1]: Declare Dios la grandeza de su poder y de su gloria, haciéndoos grandes mercedes; para que por esta via conozcamos la prosperidad y ventaja de los que sirven á Dios, á los que no le sirven. Y acabando de decir esto, y declarando luego los azotes y castigos grandes que á los malos estaban aparejados, trata luego del alegría y prosperidad de los buenos, diciendo así [2]: Alegráos con Hierusalem (que es el ánima del justo) todos los que bien la quereis, y gozáos con alegría todos los que fuistes participantes de su tristeza; para que seais llenos de los pechos de su consolacion, y seais abastados

[1] Isai. 66. — [2] Ibid.

de deleites por la grandeza de la gloria que le ha de venir. Porque yo enviaré sobre ella como un rio de paz, y como un rio lleno de gloria, del cual todos beberéis. A mis pechos seréis llevados, y sobre mis rodillas os halagaré: de la manera que la madre regala un hijo chiquito, así yo os consolaré, y en Hierusalem (que es en mi casa) seréis consolados. Veréis el cumplimiento de todo esto, y gozarse ha vuestro corazon; y vuestros huesos así como las plantas reverdecerán; y en este tiempo conoscerán los siervos de Dios la mano poderosa del Señor. Quiere decir: que así como los hombres por la grandeza del cielo, y de la tierra, y de la mar, y por la hermosura del sol, y de la luna, y de las estrellas vienen á conoscer la omnipotencia y hermosura de Dios, por ser estas obras tan señaladas; así tambien los justos vendrán á conoscer la grandeza del poder, y de las riquezas y bondad de Dios, por las grandezas de las mercedes y favores que dél recibirán, y que en sí mesmos experimentarán. De suerte que así como por los azotes y plagas que Dios envió á Faraon, declaró al mundo la grandeza de su seve-

ridad para con los malos, así por los favores y beneficios admirables que hará á los buenos, declarará la grandeza de su bondad y amor para con ellos. Dichosa por cierto el ánima con cuyos beneficios y favores mostrará Dios la grandeza de tal bondad, y desdichada aquella con cuyos azotes y castigos descubrirá la grandeza de tal justicia: porque como cada cosa destas sea de tan inestimable grandeza ¿cuáles serán los rios que de tan caudalosas fuentes manarán?

Añado mas á todo esto: que si te paresce estéril y triste el camino de la virtud, ¿qué quiso decir la divina Sabiduría cuando hablando de sí mesmo, dijo [1]: Andaré por los caminos de la justicia, y por medio de las sendas del juicio, para enriquecer á los que me aman, y hinchirles las arcas de mis bienes? Pues ¿qué riquezas y bienes son estos, sino los desta sabiduría celestial, que sobrepujan á todas las riquezas del mundo, las cuales se comunican á los que andan por el camino de la justicia, que es la mesma virtud de que hablamos? Porque si aquí no se hallaran riquezas mas dignas deste

[1] Prov. 1.

nombre que todas las otras, ¿cómo diera el apóstol gracias á Dios por los de Corinto, diciendo [1] que estaban ricos en todo género de riquezas espirituales, llamando estos á boca llena ricos, como quiera que á los otros no llama absolutamente ricos, sino ricos deste siglo [2]?

§ I.

Confirma lo dicho con una autoridad muy notable del Evangelio.

Mas sobre todo esto añade, para confirmacion desta verdad, aquella tan notable sentencia del Salvador, el cual respondiendo á Sant Pedro [3] cuando preguntó por el galardon que habian de recebir los que por él habian dejado todas las cosas (segun refiere Sant Márcos), dice así [4]: En verdad os digo que ninguno hay que deje casa, hermanos ó hermanas, padre ó madre, hijos ó heredades por amor de mí, y por el Evangelio, que no reciba agora en este tiempo presente ciento tanto mas de lo que

[1] VII Cor. 1. — [2] I Tim. 6. — [3] Matth. 19. — [4] Marc. 10.

dejó, y despues en el siglo advenidero la vida eterna. Estas palabras son de Cristo, por las cuales no es razon pasemos de corrida. Porque lo primero, no me puedes negar, sino que expresamente hace aquí distinccion entre el galardon que se da á los buenos en esta vida, y en la otra: prometiendo uno de futuro, y ofreciendo otro de presente. Tampoco me negarás que no puede haber falta en el cumplimiento desa promesa [1], pues es cierto que ántes faltará el cielo y la tierra, que un tilde, ó una palabra destas por imposible que parezca. Porque así como creemos que Dios es trino y uno, porque él lo dijo, aunque este misterio sea sobre toda razon, así estamos obligados á creer esta mesma verdad, aunque sobrepuje todo entendimiento; pues tiene por sí el testimonio del mesmo autor. Pues dime agora, ¿qué ciento tanto es este que de presente se da á los justos en esta vida? Porque no vemos comunmente que se les dén grandes estados, ni riquezas, ó dignidades temporales, ni aparato de cosas de mundo: antes muchos dellos viven arrin-

[1] Luc. 21.

conados y olvidados del mundo, en grandes pobrezas, miserias y enfermedades. Pues siendo esto así, ¿cómo se podrá salvar la infalible verdad desta sentencia, sino confesando que los provee Dios de tales y tantos dones y riquezas espirituales, que sin ninguno destos aparatos del mundo bastan para darles mayor felicidad, mayor alegría, mayor contentamiento y descanso, que la posesion de todos los bienes del mundo? Y no es esto mucho de espantar, porque así como leemos [1] que no está Dios atado á dar mantenimiento á los cuerpos de los hombres con solo pan (pues tiene otros muchos medios para eso), así tampoco lo está para dar hartura y contentamiento á sus ánimas con solos estos bienes temporales, pues sin estos lo puede él muy bien hacer: como á la verdad lo hizo con todos los sanctos, cuyas oraciones, cuyos ejercicios, cuyas lágrimas, cuyos deleites sobrepujaron á todas las consolaciones y deleites del mundo. Y desta manera se verifica con mucha razon que reciben ciento tanto mas de lo que dejaron; pues por los bienes mentirosos y con-

[1] Matth. 4.

trahechos, reciben los verdaderos; por los dudosos, los ciertos; por los corporales, los espirituales; por los cuidados, reposo; por las congojas, tranquilidad, y por la vida viciosa y abominable, vida virtuosa y deleitable. De manera que si despreciaste los bienes temporales por amor de Cristo, en él hallarás inestimables tesoros; si desechaste las honras falsas, en él hallarás las verdaderas; si renunciaste el amor de tus padres, por eso te recreará con mayores regalos el Padre Eterno; y si despediste de tí los pestíferos y ponzoñosos deleites, en él hallarás otros mas dulces y mas nobles deleites. Y cuando aquí hubieres llegado, verás claramente que todas aquellas cosas que ántes te agradaban, no solo no te agradarán, mas ántes te causarán aborrescimiento y hastío. Porque despues que aquella luz celestial ha tocado y esclarecido nuestros ojos, luego nasce otra diversa y nueva faz á todas las cosas, con la cual se nos representan de otra muy diferente figura. Y así lo que poco ántes parescia dulce, agora te parescerá amargo; y lo que parescia amargo, agora se hace dulce; y lo que ántes espan-

taba, agora contenta; y lo que ántes parescia hermoso, agora paresce feo (aunque ántes tambien lo era, sino que no se conoscia). Desta manera pues se verifica la promesa de Cristo: el cual, por los bienes temporales del cuerpo, nos da bienes espirituales del ánima, y por los bienes que llaman de fortuna, nos da los bienes de gracia, que sin comparacion son mayores y mas poderosos para enriquecer y contentar el corazon del hombre. Y para confirmacion desto no dejaré de referir aquí un ejemplo notable que se escribe en el libro de los Varones ilustres de la órden de Cister. Escríbese pues ahí, que predicando Sant Bernardo en Flándes con un encendidísimo deseo de traer los hombres á Dios, entre otros que por especial tocamiento del Espíritu Sancto se convirtieron, fué un caballero muy principal de aquella tierra, llamado Arnulfo, al cual tenia el mundo preso con grandes cadenas; y como él finalmente, dejado el mundo, tomase el hábito en el monasterio de Clarevale, alegróse tanto el bienaventurado Padre con esta conversion, que dijo en presencia de todos, que

no era ménos admirable Cristo en la conversion de Fr. Arnulfo, que en la resurreccion de Lázaro [1]; pues estando él ligado con las ataduras de tantos vicios, y sepultado en el profundo de tantos deleites, le resuscitó Cristo, y trajo á aquella nueva vida: la cual no fué ménos admirable en el suceso, que lo fué en la conversion. Y porque sería muy largo contar en particular todas sus virtudes, vengo á lo que hace á nuestro caso. Padescia este sancto varon muchas veces una enfermedad de cólica, la cual le causaba tan grandes dolores, que le llegaban á punto de muerte. Y estando una vez así, cuasi sin sentido, perdida la habla, y tambien la esperanza de la vida, diéronle la Extrema-Uncion, y él de ahí á poco volviendo sobre sí, comenzó súbitamente á alabar á Dios, y decir á grandes voces: Verdaderas son todas las cosas que dijiste, ó buen Iesu. Y como él repitiese muchas veces esta palabra, espantándose los monges desto, y preguntándole cómo estaba, y por qué decia aquello, ninguna cosa respondia, sino replicando la mesma

[1] Ioann. 11.

sentencia: Verdaderas son todas las cosas que dijiste, ó buen Iesu. Algunos de los que allí estaban, decian que la grandeza de los dolores le habia privado de su juicio, y que por esto decia aquellas palabras. Él entónces respondió: No es así, hermanos mios, no es así, sino que con todo mi juicio y entendimiento digo que son verdaderas todas las cosas que habló nuestro Salvador Iesu. Ellos respondieron: Nosotros tambien confesamos eso; mas ¿á qué propósito lo dices tú? Respondió él: Porque el Señor dice en su Evangelio [1] que quien quiera que renunciare por su amor todas las aficiones de sus parientes, recebirá ciento tanto mas en este siglo, y despues la vida eterna en el otro. Pues yo experimento agora en mí, y confieso que de presente recibo este ciento tanto mas en esta vida; porque os hago saber que la grandeza inmensa deste dolor que padezco, me es tan sabrosa por la firmeza de la esperanza que por ella me han agora dado de mi salvacion, que no la trocaria por ciento tanto mas de lo que en este mundo dejé. Y si yo siendo tan grande pecador,

[1] Marc. 10.

tal consolacion recibo con mis angustias, ¿cuál será la que los sanctos y perfectos varones recibirán en sus alegrías? Porque verdaderamente el gozo espiritual que me causa esta esperanza, cien mil veces sobrepuja el gozo mundano que de presente en el mundo recibia. Diciendo él esto, maravilláronse todos de ver que un religioso lego y sin letras tales palabras dijese: sino manifiestamente se conoscia que el Espíritu Sancto, que en su ánima moraba, las decia.

En lo cual se ve claramente cómo sin el estruendo y aparato de los bienes temporales del mundo, da Dios á los suyos mayor contentamiento, y mayores cosas que las que por él dejaron; y por consiguiente, cuán engañados viven los que no creen que de presente se dé nada desto á la virtud.

Pues para destierro deste engaño tan peligroso (demas de lo dicho) servirán los doce capítulos siguientes, en los cuales trataremos de doce maravillosos fructos y privilegios que acompañan en esta vida á la virtud, para que por aquí vean los amadores del mundo, que hay mas miel en ella de

ló que ellos piensan. Y dado caso que para entender esto perfectamente era necesaria la experiencia, y uso de la mesma virtud (porque esta es la que mejor conosce sus riquezas); pero la falta desto suplirá la fe, la cual confiesa la verdad de las Escripturas sagradas, con cuyos testimonios entiendo probar todo lo que en esta parte dijere, porque á nadie quede lugar para dubdar desta verdad.

CAPÍTULO XII.

Del doceno título por donde estamos obligados á la virtud, por razon del primer privilegio della, que es la providencia especial que Dios tiene de los buenos para encaminarlos á todo bien, y de la que tiene de los malos para castigo de su maldad.

Pues entre estos privilegios y favores el primero y mas principal (del cual como de una fuente caudalosa manan todos los otros) es la providencia y cuidado paternal que Dios tiene de los que le sirven. Porque aunque él tenga general providencia de todas las criaturas, pero tiénela muy mas especial de los que ha recebido por suyos. Porque como él tenga estos en lugar de hi-

jos, y les haya dado espíritu y corazon de hijos, él tambien por su parte tiene corazon de padre amantísimo para con ellos, y conforme á este amor tiene el cuidado y providencia dellos.

Mas que tan grande sea esta providencia, en ninguna manera lo podrá entender sino el que la hubiere experimentado, ó el que con estudio y atencion hubiere leido las Escripturas sagradas, y notado con diligencia los pasos que desto tratan. Porque quien así lo hiciere, verá que cuasi toda la Escriptura divina, dende el principio hasta el fin, generalmente trata desto. Ca toda ella se mueve sobre estos dos puntos (como el mundo sobre dos polos), que son pedir y prometer. En los cuales por una parte pide Dios al hombre la obediencia y guarda de sus mandamientos, y por otra promete grandísimos premios al que los guardare, así como amenaza grandísimos castigos al que los quebrantare. La cual doctrina está de tal manera repartida, que todos los libros morales de la Escriptura divina piden y prometen, y todos los Historiales verifican el cumplimiento de lo uno y de lo otro, mos-

trando por las obras cuán diferente se hubo Dios con los buenos y con los malos. Mas como Dios sea tan largo y tan magnífico, y el hombre tan flaco y tan miserable: él tan rico para prometer, y el hombre tan pobre para dar: es muy diferente la proporcion que hay entre lo que pide, y lo que da; porque pide poco, y da mucho: pide amor y obediencia, que él mesmo nos da, y por esto nos ofresce bienes inestimables de gracia y de gloria para esta vida y para la otra. Entre los cuales ponemos aquí en el primer lugar este amor y providencia paternal que él tiene de los que recibe por hijos: la cual sobrepuja á todos los amores y providencias que todos los padres de la tierra tienen y pueden tener á los suyos. La razon desto es, porque ningun padre hasta hoy atesoró, ni aparejó tan gran bien á sus hijos, cuanto Dios tiene aparejado y prometido á los suyos, que es la participacion de su mesma gloria: ni trabajó tanto por ellos como él, pues por esta derramó su sangre; ni tiene tan continuo cuidado dellos como él, pues los tiene presentes ante sus ojos, y ayuda en todos sus trabajos. Así lo confiesa David,

cuando dice [1]: A mí, Señor, recebiste por mi inocencia, y me confirmaste siempre en tu presencia. Esto es: nunca apartaste tus ojos de mí, por el cuidado perpetuo que de mí tienes. Y en otro salmo [2]: Los ojos (dice) del Señor estan puestos sobre los justos, y sus oidos en las oraciones dellos. Mas su rostro airado está sobre los que hacen mal, para destruir de la tierra la memoria dellos.

Mas porque la mayor riqueza del buen cristiano es esta providencia que Dios tiene dél, y cuanto es mayor la certidumbre que tiene desto, tanto es mayor su alegría y confianza; será bien juntar aquí algunos testimonios de la Escriptura divina, porque cada uno destos es como una cédula real, y una nueva confirmacion destas tan ricas promesas y mandas del testamento de Dios. El Ecclesiástico pues dice [3]: Los ojos del Señor estan puestos sobre los que le temen: él es su guarnicion poderosa, su lugar de refugio, escudo de su defension, amparo contra el calor del estío, sombra para el mediodia, socorro en sus peligros, y ayuda en todas sus caidas: él es el que levanta

[1] Ps. 40. — [2] Ps. 33. — [3] Eccles. 34.

sus ánimas, alumbra sus entendimientos, y el que les da salud, vida y bendicion. Hasta aquí son palabras del Ecclesiástico, en las cuales ves cuántas maneras de oficios ejercita este Señor para con los suyos. El profeta David en un salmo dice [1]: El Señor tendrá cuidado de regir y enderezar los pasos del justo: y cuando cayere no se quebrantará, porque él pondrá debajo su mano para que no se lastime. Mira tú ¿qué podrá empecer la caida al que cae sobre una almohada tan blanda como es la mano divina? En otro lugar dice [2]: Muchas son las tribulaciones de los justos; mas de todas ellas los librará el Señor, porque él tiene cuenta con todos los huesos dellos, de tal manera que ni uno solo será quebrado. Mas en el sancto Evangelio se encaresce mas esta providencia, donde dice el Salvador [3] que no solo tiene contados todos sus huesos, mas tambien todos sus cabellos, porque ni uno solo se pierda: para significar con esto la grandísima y especialísima providencia que tiene dellos. Porque ¿de qué no tendrá cuidado quien lo tiene de los

[1] Ps. 36. — [2] Ps. 33. — [3] Luc. 12 et 21.

cabellos? Y si esto te paresce mucho, no es ménos lo que significó el profeta Zacarías, diciendo [1]: Quien á vosotros tocare, toca á mí en la lumbre de los ojos. Harto fuera decir: quien tocare á vosotros, toca á mí; pero mucho mas fué decir: quien tocare en vosotros en cualquiera parte que sea, me toca en la lumbre de los ojos.

Y no solo por sí, sino tambien por el ministerio de los ángeles entiende en nuestra guarda; y así dice en un salmo [2]: A los ángeles tiene Dios mandado de tí, que te guarden en todos tus caminos, y te traigan en las palmas de las manos, para que no tropiecen tus piés en alguna piedra. ¿Viste nunca tú tal coche, ó tal litera como son las manos de los ángeles para andar en ellas? Pues desta manera los sanctos ángeles (que son como nuestros hermanos mayores) traen en sus brazos á los justos, que son sus hermanos menores, que no saben andar por sí, sino en brazos ajenos; y en estos los traen los ángeles, no solo en vida, sino tambien en muerte: como paresce claro en aquel pobre Lázaro del Evangelio [3], que despues

[1] Zach. 2. — [2] Ps. 90. — [3] Luc. 16.

de muerto fué llevado por manos dellos al seno de Abraham. En otro salmo dice [1]: El ángel del Señor anda al derredor de los que le temen, para librarlos de los peligros. Y cuán poderosa sea esta guarda, decláralo mas la translacion de Sant Hierónimo, que en lugar destas palabras dice así: El ángel del Señor tiene asentados sus reales al derredor de los que le temen, para librarlos. Pues ¿qué rey hay en el mundo que tal guarda traiga consigo como esta? La cual manifiestamente se vió en el libro de los Reyes [2], donde viniendo el ejército del rey de Siria á prender al profeta Heliseo, y temblando su criado de miedo, hizo el sancto profeta oracion á Dios, suplicándole abriese los ojos de aquel desconfiado mozo, para que viese cuanto mayor ejército tenia él en su favor que sus contrarios; y abrió Dios los ojos del mozo, y vió todo el monte lleno de caballos y carros de fuego al derredor de Heliseo. Y esta mesma guarnicion es aquella de que se escribe en el libro de los Cantares, por estas palabras [3]: ¿Qué verás tú en la Sunamítes (que es figura de

[1] Ps. 33. — [2] IV Reg. 6. — [3] Cantic. 7.

la Iglesia, y del ánima que está en gracia), sino compañías de reales, que son la guarda de los sanctos ángeles? Y esto mesmo significa el Esposo en el mesmo libro por otra figura, diciendo [1]: La litera de Salomon guardan sesenta fuertes de los mas esforzados de Israel: y todos ellos tienen sus espadas en las manos, y son muy diestros en pelear. Cada uno tiene su espada sobre el muslo por los temores de la noche. Pues ¿qué es esto sino declararnos el Espíritu Sancto por tantas figuras el recaudo que la divina Providencia tiene sobre las ánimas de los justos? Porque ¿de dónde nasce que un hombre concebido en pecado, viviendo en una carne tan mal inclinada, y entre tantos millares de lazos y peligros, viva muchos años sin desbarrar ni en un solo pensamiento que sea pecado mortal, sino desta tan grande guarda y providencia divina?

La cual es tan grande, que no solamente los libra de los males, y encamina á todos los bienes, sino muchas veces los mesmos males en que alguna vez por divina permision caen, los hace materia de bienes, cuan-

[1] Cantic. 3.

do con ellos se hacen mas cautos, mas humildes, y mas agradescidos á quien los sacó de tales peligros, y les perdonó tantos pecados. Porque en este sentido dice el Apóstol [1] que á los que aman á Dios todas las cosas les ayudan y sirven para su bien.

Y si estos favores son dignos de grande admiracion, mucho mas lo es que no solo tiene Dios esta cuenta con sus siervos, sino tambien con sus hijos y decendientes, y con todo lo que toca á ellos; como el mesmo Señor lo testificó, diciendo [2]: Yo soy Señor Dios, fuerte y celoso, que visito la maldad de los padres en los hijos hasta la tercera y cuarta generacion, y uso de misericordia en millares de generaciones con aquellos que me aman y guardan mis mandamientos. Así lo mostró él con David [3], cuyos hijos á cabo de tantos años no quiso destruir (aunque lo merescian muchas veces sus pecados), por respecto de su padre David. Y así lo mostró tambien con Abraham [4], á cuyos hijos tantas veces perdonó por amor de sus padres: y al mesmo Ismael,

[1] Rom. 8. — [2] Exod. 20. — [3] II Reg. 3 et 15. IV. Reg. 8, 19. — [4] Genes. 17 et Exod. 33.

que era hijo de esclava, prometió de multiplicar y engrandescer en la tierra, por ser hijo de Abraham. Y hasta su mesmo criado enderezó en el camino y negocio que llevaba á cargo, de buscar mujer para el hijo de su señor, porque era criado dél [1]. Y no solo tuvo respecto al criado por amor del buen señor, pero (lo que mas es) aun al señor malo, por amor del buen criado. Y así leemos haber hecho él grandes mercedes á su amo de Josef [2], que era idólatra, por amor del sancto mozo que tenia en su casa. Pues ¿qué mayor benignidad y providencia que esta? ¿Quién no se determinará de servir á un señor tan largo, tan fiel y tan agradescido para con todos los que le sirven, y para con todas sus cosas?

§ I.

De los nombres que en la Escriptura divina se atribuyen á nuestro Señor por razon desta providencia.

Pues como esta divina providencia se extienda á tantos y tan maravillosos efectos, por eso tiene Dios en la Escriptura divina

[1] Genes. 24. — [2] Genes. 39.

muchos y diversos nombres; pero el mas celebrado y mas usado es llamarse Padre, como lo llama su amantísimo Hijo á cada paso en el Evangelio [1]. Y no solo en el Evangelio, mas tambien en muchos lugares del Viejo Testamento; como lo significó el profeta en el Salmo, cuando dijo [2]: De la manera que el padre se compadesce de sus hijos, así se compadesce el Señor de todos los que le temen; porque él conosce la flaqueza de nuestra humanidad.

Y porque aun le parescia poco á otro profeta llamar á Dios padre (pues su amor y providencia sobrepuja á la de todos los padres), dijo estas palabras [3]: Señor, vos sois nuestro padre, y Abraham no nos conosció, é Israel no tuvo que ver con nosotros. Dando á entender que estos que eran padres carnales, no merescian este nombre en comparacion de Dios. Mas porque entre estos amores de padres el de las madres suele ser, ó mas vehemente, ó mas tierno, no se contenta este Señor con llamarse padre, sino llámase tambien madre, y mas que madre. Y así dice él por Isaías estas

[1] Ioan. 5, 6, 10. Mat. 5, 6, 18, 23. — [2] Ps. 102. — [3] Isai. 63.

dulcísimas palabras [1]: ¿Qué madre hay que se olvide de su hijo chiquito, y que no tenga corazon para apiadarse de lo que salió de sus entrañas? Pues si fuere posible que haya alguna madre en quien pueda caber este olvido, en mí nunca jamas cabrá: porque en mis manos te tengo escripto, y tus muros están siempre delante de mí [2]. Pues ¿qué palabras de mayor ternura y providencia que estas? ¿Quién será tan ciego, ó tan desconfiado que no se alegre, que no resuscite y levante cabeza con tales prendas de tal providencia y amor? Porque quien considerare que el que estas palabras dice es Dios, cuya verdad no puede faltar, cuyas riquezas no tienen término, cuyo poder es infinito, ¿qué temerá? qué no esperará? cómo no se alegrará con tales palabras? con tales prendas? con tal providencia? y con tal significacion de amor?

Pues pasa el negocio aun mas adelante; porque no contento este Señor con comparar este su amor con el vulgar y comun amor de las madres, escogió una entre to-

[1] Isai. 49. — [2] Estos muros son la custodia angélica. *Qui semper vident faciem Patris.* Matth. 18.

das ellas, que es la mas afamada en este amor, la cual (segun dicen) es el águila; y con el desta comparó su amor y providencia, diciendo [1]: De la manera que lo hace el águila, así este Señor defendió su nido, y amó sus hijos: y así extendió sus alas, y los puso encima dellas, y los trajo sobre sus hombros. Lo cual aun mas abiertamente declaró el mesmo profeta al mesmo pueblo, después de llegado á la tierra de promision, diciendo [2]: Hate traido el Señor en todo este camino por do has caminado, de la manera que un padre trae un hijo chiquito en sus brazos, hasta ponerte en este lugar.

Y así como él toma para sí nombre de padre y de madre, así tambien da á nosotros nombre de hijos, y de hijos muy regalados; como claramente lo testifica él por Hieremías, diciendo [3]: Hijo mio, muy honrado es Efraim, y niño delicado; porque despues que comencé á tratar con él, siempre he tenido memoria dél: y por tanto mis entrañas se han enternescido sobre él, y apiadando, me apiadaré dél. Cada palabra destas (pues es de Dios) era mucho para pon-

[1] Exod. 19. — [2] Deut. 32. — [3] Hierem. 31.

derar, y para estimar, y para regalar y enternescer nuestro corazon para con Dios; pues así se enternesció el de Dios para con tan pobres criaturas.

Y por razon desta mesma providencia, despues del nombre de padre, se llama él tambien pastor, como se llama en su Evangelio. Y para declarar hasta donde llegaba el amor y cuidado desta providencia pastoral, dijo estas palabras [1]: Yo soy buen pastor, y conozco á mis ovejas, y ellas conoscen á mí. ¿De qué manera, Señor, las conosceis? ¿Con qué ojos las mirais? Con los ojos (dice él) que mi Padre mira á mí, y yo á él, con esos miro yo á mis ovejas, y ellas miran á mí. ¡Oh bienaventurados ojos! ¡Oh dichosa vista! ¡Oh dichosa providencia! Pues ¿qué mayor gloria, qué mayor tesoro puede nadie desear, que ser mirado del Hijo de Dios con tales ojos, que es con los ojos que su Padre mira á él? Porque aunque la comparacion no sea igual en todo (pues mas meresce el hijo natural que los adoptivos), pero asaz es grande gloria ser ella tal, que merezca ser comparada

[1] Ioann. 10. Luc. 15.

con esta. Mas cuáles sean las obras y beneficios desta providencia, declara y promete Dios copiosísima y elegantísimamente por el profeta Ezequiel, diciendo así [1]: Yo buscaré mis ovejas, y las visitaré. De la manera que visita el pastor su ganado cuando lo halla descarriado, así yo visitaré mis ovejas, y las sacaré de todos los lugares por donde andaban descarriadas en el dia de la nube y de la escuridad: y sacarlas he de entre los pueblos, y juntarlas he de diversas tierras, y traherlas he á la suya, y apascentarlas he en los montes de Israel, en los rios, y en todos los otros lugares de la tierra: y apascentarlas he en abundantísimos pastos, que será en los montes altos de Israel, donde descansarán sobre las yerbas verdes, y serán apascentadas en pastos muy abundosos. Yo apascentaré mis ovejas, y les daré sueño reposado, dice el Señor. Yo buscaré lo perdido, y recobraré lo hurtado, y ataré lo que estuviere quebrado, y esforzaré lo flaco, y guardaré lo que estuviere fuerte, y apas-

[1] Ezech. 34.

centarlas he en juicio, que es con grande recaudo y providencia. Y un poco mas abajo añade luego, diciendo: Y haré con ellas un contrato de paz, y ojearé todas las malas bestias de la tierra; y los que moran en el desierto estarán seguros en los bosques. Y puestas al derredor de mi collado, derramaré sobre ellas mi bendicion, y inviaré las aguas lluvias á su tiempo, las cuales serán benditas; esto es, saludables y provechosas, y no dañosas á los pastos del ganado. Hasta aquí son palabras de Ezequiel. Dime agora pues: ¿qué mas habia que prometer? ¿ni con qué mas dulces, y amorosas, y elegantes palabras se pudiera todo esto representar? Porque es cierto que ni habla el Señor aquí del ganado material, sino del espiritual (que son los hombres), como el mesmo texto expresamente lo dice: ni ménos promete yerbas y abundancia de bienes temporales (que son comunes á buenos y á malos), sino abundancia de favores, y gracias, y providencias especiales, con las cuales rige Dios y gobierna este espiritual ganado, á manera de pas-

tor, como él mesmo lo explica por Isaías, diciendo [1]: Así como pastor apascentará su ganado, y con su brazo juntará los corderos, y los traerá en su seno, y las ovejas paridas y preñadas él las llevará sobre sus hombros. Pues ¿qué cosa mas tierna ni mas dulce que esta? Destos mesmos oficios y beneficios de pastor habla y trata todo aquel divino salmo que comienza [2]: *Dominus regit me.* En lugar de las cuales palabras traslada Sant Hierónimo mas claramente: *Dominus pastor meus est.* Y propuesto este principio, prosigue luego en todo el salmo todos los oficios de pastor: los cuales no pongo aquí, porque quien quiera los podrá por sí leer y entender.

Y de la manera que se llama pastor, porque nos rige, así tambien rey, porque nos defiende; y maestro, porque nos enseña; y médico, porque nos cura; y ayo, porque nos trae en sus brazos; y guarda, por el cuidado que tiene de velar sobre nosotros y guardarnos. De los cuales nombres están llenas todas las Escripturas divinas. Mas entre todos estos nombres el mas tierno, y

[1] Isai. 40. — [2] Ps. 22.

mas regalado, y que mas descubre esta providencia, es el nombre de esposo, con que se llama en el libro de los Cantares, y en otros muchos lugares de la Escriptura. Y así convida él al ánima del pecador que lo quiera llamar, diciendo [1]: Si quiera agora me llama padre mio, y guia de mi virginidad. El cual nombre celebra el Apóstol con grande encarescimiento. Porque despues de aquellas palabras que dijo el primer hombre á la primera mujer, conviene saber: Por esta dejará el hombre padre y madre, y allegarse ha á su mujer, y serán dos en una carne; añade el Apóstol, y dice [2]: Este sacramento es grande, entendido como yo lo entiendo, de Cristo y de la Iglesia, que es esposa suya; y así lo es tambien en su manera, de cualquiera de las ánimas que están en gracia. Pues ¿qué no se podrá esperar de quien tal nombre como este tiene, pues no lo tiene de balde?

Mas ¿para qué es andar buscando en las Escripturas sagradas un nombre de aquí, otro de allí? pues los nombres que de sí prometen algun bien, competen á este Señor;

[1] Hierem. 3. — [2] Ephes. 5.

pues quien quiera que le ame, y le busque, hallará en él todo lo que desea. Por lo cual dice Sant Ambrosio en un sermon: Todas las cosas tenemos en Cristo, y todas ellas nos es Cristo. Si deseas ser curado de tus llagas, médico es: si ardes con calenturas, fuente es: si te fatiga la carga de los pecados, justicia es: si tienes necesidad de ayuda, fortaleza es: si temes la muerte, vida es: si quieres huir de las tinieblas, luz es: si deseas ir al cielo, camino es: si tienes necesidad de manjar, mantenimiento es. Cata aquí pues, hermano, cuántas maneras de nombres tiene este Señor, que en sí es uno y simplicísimo; porque aunque sea uno en sí, á nosotros es todas las cosas para remedio de todas nuestras necesidades, que son innumerables.

No acabaríamos á este paso de referir todas las autoridades que sobre esta materia se ofrescen en las Escripturas divinas. Mas estas he referido para consuelo y esfuerzo de los que sirven á Dios, y para atraer con ellas á su servicio á los que no le sirven: pues es cierto que ningun tesoro hay debajo del cielo mayor que este. Por donde

así como los que han servido á los reyes en algunas grandes jornadas por mandamientos y cartas suyas en que se les prometen grandes premios por estos trabajos, guardan estas cartas con todo recaudo, y con ellas se animan y alegran en esos mesmos trabajos, y con ellas piden despues la remuneracion de sus servicios, así los sieryos de Dios guardan dentro de su corazon todas estas palabras y cédulas divinas, muy mas ciertas que todas las de los reyes de la tierra. En ellas tienen su esperanza, con ellas se esfuerzan en sus trabajos, por ellas confian en sus peligros, con ellas se consuelan en sus angustias, á ellas recurren en todas sus necesidades: ellas los encienden en el amor de tal Señor, y les obligan á entregarse del todo á su servicio: pues él tan fielmente les promete de emplearse todo en su provecho, siéndoles todo en todas las cosas. En lo cual paresce que uno de los principales fundamentos de la vida cristiana es el conoscimiento práctico desta verdad.

Pues dime agora, ruégote, ¿si es posible imaginarse cosa alguna mas rica, mas

preciosa y mas para estimar y desear que esta, y si se puede imaginar en esta vida algun mayor bien que tener á Dios por padre, por madre, por pastor, por médico, por maestro, por ayo, por muro, por defensor, por valedor, y (lo que mas es) por esposo, y finalmente por todas las cosas? ¿Qué tiene el mundo que poder dar á sus amadores, que iguale con esto? Pues cuánta razon tienen los que este bien poseen para alegrarse, consolarse, y esforzarse y gloriarse en él sobre todas las cosas? Alegráos, dice el profeta [1], en el Señor los justos, y gloriáos en él todos los rectos de corazon. Como si mas claramente dijera: Alégrense los otros en las riquezas y honras del mundo; otros en la nobleza de sus linages; otros en los favores y privanzas de los príncipes; otros en la preeminencia de sus oficios y dignidades: mas vosotros que presumis tener á Dios por vuestro, que es vuestra heredad y vuestra posesion, alegráos y gloriáos mas de verdad en este bien; pues es tanto mayor que todos los otros, cuanto es mas Dios que todas las cosas. Así lo confiesa expre-

[1] Ps. 31.

samente David en un salmo, diciendo [1]: Líbrame, Señor, de las manos de los que estan fuera de tu servicio y de tu casa: los cuales no tienen boca sino para hablar vanidad, ni brazo sino para obrar maldad; cuyos hijos andan en su juventud lozanos y frescos, como los árboles nuevos y recien plantados; cuyas hijas andan ataviadas y compuestas á manera de templos; cuyas despensas están llenas y abastadas de todos los bienes; cuyas ovejas están gordas y llenas de hijos. Por bienaventurado tuvieron al pueblo lleno de todos estos bienes; mas yo digo que bienaventurado el pueblo que tiene al Señor por su Dios. ¿Por qué, David? La razon está muy clara: porque en él solo posee un bien en quien está todo lo que se puede desear. Por tanto glorìense los otros en todas estas cosas; mas yo, aunque muy rico y muy poderoso rey, en él solo me gloriaré. Así se gloriaba aquel sancto profeta que decia [2]: Yo me gozaré en el Señor, y alegrarme he en Dios mi Salvador; porque él es mi Dios, y mi fortaleza, y el que hará mis piés lijeros como los de

[1] Ps. 143. — [2] Habac 3.

los ciervos para correr sin tropiezo por los caminos desta vida, y hará que ande yo sobre los altos montes cantándole salmos y alabanzas. Este es pues el tesoro, esta la gloria que está aparejada en este mundo para los que sirven á Dios. Y esta es una de las grandes razones que hay para que todos le deseen servir, y una de las justísimas querellas que él tiene contra los que no le sirven; siendo él tan buen Señor, y tan fiel ayudador y defensor dellos: y con esta queja envió al profeta Hieremías á quejarse de su pueblo, diciendo [1]: ¿Qué aspereza hallaron vuestros padres en mí, por qué se alejaron de mí, y se fuéron en pos de la vanidad, y se hicieron vanos? Y mas abajo: ¿Por ventura he sido yo á este pueblo tierra yerma, y tardía, y desaprovechada? Como si dijese: Claro está que no; pues tantas victorias y prosperidades les han venido por mi mano. Pues ¿por qué ha dicho este pueblo, ya nos habemos apartado de tu servicio, y no queremos mas volver á tí? ¿Por ventura olvidarse ha la doncella del mas hermoso de sus atavíos, y de la faja ri-

[1] Hierem. 2.

ca con que se ciñe los pechos? Pues ¿por qué mi pueblo se ha olvidado de mí por tantos dias, siendo yo todo su ornamento, su gloria, y su hermosura? Pues si de aquellos se quejaba Dios en el tiempo de la ley, (donde las mercedes eran mas cortas), ¿cuánta mas razon tendrá agora de quejarse, cuando son tanto mas largas, cuanto mas espirituales y mas divinas?

§ II.

De la manera de la providencia que tiene Dios de los malos para castigo de sus maldades.

Y si no nos mueve tanto el amor desta felicísima providencia de que gozan los buenos, muévanos siquiera el temor de la providencia (si así se puede llamar) que tiene Dios de los malos: la cual es medirlos con su propria medida, y tratarlos conforme al olvido y menosprecio que tienen de su Majestad, olvidándose de los que le olvidan, y despreciando á los que le desprecian. Y para significar esto mas palpablemente, mandó al profeta Oseas [1] que se casase con una

[1] Oseæ, 1.

mujer fornicaria: para dar á entender la fornicacion espiritual en que habia caido aquel pueblo, que habia desamparado á su legítimo esposo y Señor. Y á un hijo que deste matrimonio le nasció, mandó poner por nombre una palabra hebrea que quiere decir: No mi pueblo vosotros; para dar á entender, que pues ellos con sus pecados no le reconoscieron, ni sirvieron como á Dios, él tampoco los reconosceria, y trataria como á pueblo. Y en confirmacion de la mesma sentencia añade luego mas abajo, diciendo: Juzgad á vuestra madre, juzgadla; porque ni ella es mi mujer, ni yo soy su marido [1]. Dando á entender que así como ella no le habia guardado fe y obediencia de buena mujer, así él no tendria para con ella el amor y providencia de verdadero marido. Ves pues cuán abiertamente nos enseña aquí este Señor cómo mide á cada uno con su mesma medida; siendo tal para con el hombre, como el hombre es para con él.

Pues desta manera viven los malos, como olvidados de Dios; y así estan en este

[1] Oseæ, 2.

mundo como hacienda sin dueño, como escuela sin maestro, como navío sin gobernalle, y finalmente como ganado descarriado sin pastor, que nunca escapa de lobos. Y así les dice Dios por el profeta Zacarías [1]: No quiero ya tener mas cargo de apascentaros: lo que muriere, muérase; y lo que mataren, mátenlo; y los demás, que se coman á bocados unos á otros. Y lo mesmo significó en el cántico de Moysen, diciendo [2]: Apartaré mis ojos dellos, y estarme he mirando las miserias y calamidades en que finalmente han de parar, sin proveerles de remedio.

Pero aun mas copiosamente declara él esta manera de providencia por Isaías [3], hablando de su pueblo en nombre de viña: contra la cual (porque despues de labrada y cultivada con muchos beneficios, no habia acudido con el fructo que era razon) pronuncia él esta sentencia, diciendo: Quiero declararos lo que yo haré con esta mi viña. Quitarle he el vallado, y será robada: derribarle he la cerca, y será hollada: y haré que quede como una tierra desierta. No se-

[1] Zach. 11. — [2] Deut. 32. — [3] Isai. 5.

rá podada, ni cavada, cubrirse ha de zarzas y espinas, y á las nubes mandaré que no llueva sobre ella. Esto es: quitarle he todos los socorros y ayudas eficaces de que la habia proveido, de donde se seguirá su total caida y destruicion. ¿Parécete pues que es mucho para recelar tal manera de providencia?

Pues dime agora: ¿qué mayor peligro, y qué mayor miseria, que vivir fuera desta tutela y providencia paternal de Dios, y quedar expuesto á todos los encuentros del mundo, y á todas las calamidades y injurias desta vida? Porque como este mundo sea por una parte un mar tempestuoso, un desierto lleno de tantos salteadores y bestias fieras, y sean tantos los desastres y acaescimientos de la vida humana, tantos y tan fuertes los enemigos que nos combaten, tantos y tan ciegos los lazos que nos arman, y tantos los abrojos que nos tienen por todas partes sembrados; y por otra parte el hombre sea una criatura tan flaca y tan desnuda, tan ciega, tan desarmada, y tan pobre de esfuerzo y de consejo: si le falta esta sombra, y este arrimo y favor de Dios, ¿qué

hará el flaco entre tantos fuertes, el enano entre tantos gigantes, el ciego entre tantos lazos; y él solo y desarmado entre tantos y tan poderosos enemigos?

Pues aun no pára el negocio en esto; porque no se contenta esta providencia con desviar sus ojos de los malos (de donde se sigue que caigan en tantas maneras de penas y trabajos); mas ántes ella mesma se los acarrea y procura. De tal manera que los ojos que ántes velaban para su provecho, agora velen para su castigo: como claramente lo testificó él por Amós, diciendo [1]: Pondré mis ojos sobre ellos; mas esto será para su mal, y no para su bien. Como si mas claramente dijera: trocarse ha de tal manera la providencia que tenia dellos, que yo, que ántes los miraba para defenderlos, agora los miraré para castigarlos, y darles el pago que sus maldades merescen. Así lo declaró aun mas expresamente por el profeta Oseas, diciendo [2]: Yo seré como polilla de Efraim, y como carcoma de Israel para los ir castigando y destruyendo, como se destruye la ropa con la polilla. Y

[1] Amos, 9. — [2] Oseæ, 5

porque esta manera de persecucion parescia prolija y blanda, añade luego otra mas acelerada y furiosa, diciendo: Yo seré como leona á Efraim, y como cachorro de leona á Judá; yo iré y los prenderé, y los tomaré, y no habrá quien los libre de mis manos. Pues ¿qué mayor miseria quieres que esta?

Y no es ménos claro testimonio deste linage de providencia el que leemos en el profeta Amós [1], en el cual despues de haber dicho Dios que habia de meter á espada todos los malos por los pecados de su avaricia, añade luego, y dice así [2]: Y no piensen escapar de mis manos los que huyen. Porque si descendieren hasta el infierno, de allí los sacará mi mano, y si subieren á lo alto, de allí los derribaré; y si subieren á lo mas alto del monte Carmelo, ahí los buscaré y los tomaré; y si se escondieren de mis ojos en el profundo de la mar, ahí mandaré á la serpiente, y morderlos ha; y si fueren captivos á tierra de sus enemigos, ahí mandaré al cuchillo, y matarlos ha; y pondré mis ojos sobre ellos para su mal, y

[1] Amos, 9. — [2] Ps. 138.

no para su bien. Hasta aquí son palabras del Profeta. Pues dime agora: ¿qué hombre hay que leyendo estas palabras, y acordándose que son de Dios, y viendo cuál sea esta manera de providencia que él tiene de los malos, no se estremezca todo de ver cuán poderoso enemigo tiene contra sí, el cual con tan grande estudio y diligencia le busque, y le cerque, y le tome todos los caminos, y vele para su destruicion? ¿Cómo tendrá reposo? ¿cómo comerá bocado que bien le sepa, teniendo tales ojos, tal furor, tal perseguidor, y tal brazo contra sí? Porque si tan grande mal es carecer del favor y providencia del Señor, ¿cuánto mayor lo será haber convertido contra sí las armas desta mesma providencia, y que el espada que estaba desenvainada contra tus enemigos, se vuelva contra tí? y los ojos que velaban para defenderte, velen agora para destruirte? y el brazo que era para sostenerte, sea agora para derribarte? y el corazon que pensaba sobre tí pensamientos de paz y de amor, piense agora pensamientos de afliccion y dolor? y el que habia de ser tu escudo, tu sombra y tu amparo, ven-

ga á ser agora polilla para comerte, y leon para despedazarte? ¿Cómo puede dormir seguro el que sabe que cuando él duerme está Dios, como aquella vara de Hieremías [1], velando para su castigo y afliccion? ¿Qué consejo habrá contra este consejo? qué brazo contra este brazo? y qué providencia contra esta providencia? ¿Quién jamas, como se escribe en Job [2], se puso en armas contra Dios y le resistió, que tuviese paz?

Finalmente tal es y tan grande este mal, que uno de los mayores castigos con que Dios suele castigar ó amenazar á los malos en esta vida, es levantar dellos la mano de su paternal providencia, como él mesmo lo testifica en muchos lugares de la sancta Escriptura. Porque en una parte dice [3]: No quiso mi pueblo oir mi voz, ni tener cuenta conmigo; pues yo tampoco la quise tener con él de la manera que ántes la tenia. Y así permití que fuesen llevados de los deseos de su corazon: de donde se seguirá que vayan cada dia de mal en peor. Y por el profeta Oseas dice [4]: Olvidástete de la ley de tu Dios, olvidarme he yo tambien de tus

[1] Hierem. 1. — [2] Iob. 9. — [3] Ps. 80. — [4] Oseæ, 4.

hijos. De suerte que así como uno de los mayores males que le pueden venir á una mujer, es darle su buen marido libello de repudio, y abrir mano della; y á una viña desampararla su señor, y dejar de labrarla (porque luego de viña se hace monte): así uno de los mayores males que pueden venir á un ánima, es levantar Dios la mano della. Porque ¿qué podrá ser un ánima sin Dios, sino una viña sin viñador, una huerta sin hortelano, un navío sin piloto, un ejército sin capitan, y una república sin cabeza, ó por mejor decir, un cuerpo sin ánima?

Cata aquí pues, hermano mio, cómo por todas partes te cerca Dios, y te cerca esa razon: porque si no basta para mover tu corazon el amor y deseo de aquella paternal providencia, muévate siquiera el temor deste desamparo; porque á los que no suele mover el deseo de los bienes, mueve muchas veces el temor de grandes males.

CAPÍTULO XIV.

Del segundo privilegio de la virtud, que es la gracia del Espíritu Sancto que se da á los virtuosos.

Esta paternal providencia es (como dijimos) la fuente de todos los otros privilegios y beneficios que Dios hace á los suyos. Porque á esta providencia pertenesce proveerles de todos los medios necesarios para conseguir su fin (que es su última perfeccion y felicidad), así ayudándoles y dándoles la mano en todas sus necesidades, como criando en sus ánimas todas aquellas habilidades y virtudes, y todos los hábitos infusos que para esto se requieren. Entre los cuales el primero es la gracia del Espíritu Sancto, que despues desta divina providencia es el principio de todos los otros privilegios y dones celestiales. Y así esta es aquella primera vestidura que se dió al hijo pródigo cuando fué recebido en la casa de su padre [1]. Y si me preguntares qué cosa sea esta gracia, dígote que gracia, como declaran los teólogos [2], es una participacion de la naturaleza

[1] Luc. 15. — [2] S. Thom. 1, 2, q. 110, art. 3. et alibi sæpè.

divina, esto es, de la sanctidad, de la bondad, de la pureza y nobleza de Dios, mediante la cual despide el hombre de sí la bajeza y villanía que le viene por parte de Adam, y se hace participante de la sanctidad y nobleza divina, despojándose de sí, y vistiéndose de Cristo. Esto declaran los sanctos con un comun ejemplo del hierro echado en el fuego; el cual sin dejar de ser hierro, sale de ahí todo abrasado y resplandesciente como el mesmo fuego: de manera que permanesciendo la mesma substancia y nombre de hierro, el resplandor, y el calor, y otros tales accidentes son de fuego. Pues desta manera la gracia (que es una cualidad celestial, la cual infunde Dios en el ánima) tiene esta maravillosa virtud de transformar el hombre en Dios; de tal manera que, sin dejar de ser hombre, participe en su manera las virtudes y pureza de Dios, como las habia participado aquel que decia [1]: Vivo yo, ya no yo; mas vive en mí Cristo.

Gracia es otrosí una forma sobrenatural y divina, la cual hace al hombre vivir tal

[1] Galat. 2.

vida, cual es el principio y forma de do procede, que es tambien sobrenatural y divina. En lo cual resplandesce maravillosamente la providencia de Dios, que así como quiso que el hombre viviese dos vidas, una natural y otra sobrenatural, así para esto le proveyó de dos formas (que son como dos ánimas destas vidas), una para vivir la una, y otra para la otra.

De donde así como del ánima (que es forma natural) proceden todas las potencias y sentidos con que se vive la vida natural, así de la gracia (que es forma sobrenatural) proceden todas las virtudes y dones del Espíritu Sancto, con que se vive la otra vida sobrenatural: que es como quien proveyese á un hombre que tuviese dos oficios, de dos maneras de instrumentos para entender en ellos.

Gracia otrosí es un atavío y ornamento espiritual del ánima, hecho por mano del Espíritu Sancto, el cual la hace tan graciosa y hermosa en los ojos de Dios, que la recibe por hija y por esposa suya. En el cual atavío se gloriaba el Profeta cuando decia [1]:

[1] Isai. 61.

Gozando me gozaré en el Señor, y mi ánima se alegrará en mi Dios; porque él me ha vestido con vestidura de salud, y cercado de ropas de justicia, y así como á esposo me ha puesto una corona en la cabeza, y como á esposa me ha ataviado con todas sus joyas y atavíos, que son todas las virtudes y dones del Espíritu Sancto, con que el ánima del justo está adornada y ataviada por mano de Dios. Esta es aquella vestidura de muchas colores de que está vestida la hija del Rey, y asentada á la diestra de su esposo [1]; porque de la gracia proceden las colores de todas las virtudes y hábitos celestiales, en que está su hermosura.

De lo dicho se puede luego entender cuáles sean los efectos que esta gracia obra en el ánima donde mora. Porque un efecto suyo, y el mas principal, es hacer el ánima tan graciosa y hermosa en los ojos de Dios, que la tome (como dijimos) por hija, por esposa, por templo y morada suya, donde tenga sus deleites con los hijos de los hombres. Otro efecto es, no solo hermosearla, sino tambien fortalecerla mediante las vir-

[1] Ps. 44.

tudes que della proceden, que son como otros cabellos de Samson [1], en los cuales consiste no solo la hermosura, sino tambien la fortaleza del ánima. Y de lo uno y de lo otro es alabada en el libro de los Cantares, cuando maravillándose los ángeles de su hermosura, dicen [2]: ¿Quién es esta que sube á lo alto como la mañana cuando se levanta, hermosa como la luna, escogida como el sol, y terrible como las haces de los reales bien ordenados? Por do parece que la gracia es como un arnes tranzado que arma el hombre de piés á cabeza, y le hace fuerte y hermoso: y tan fuerte, que, como dice Sancto Tomás [3], el menor grado de gracia basta para vencer todos los demonios y todos los pecados del mundo.

Otro efecto suyo es hacer al hombre tan grato y de tan dignidad en los ojos de Dios, que todas cuantas obras deliberadas hace, que no sean pecados, le son gratas y merecedoras de vida eterna. De suerte que no solo los actos de las virtudes, mas las obras naturales, como son el comer, el beber y

[1] Iudic. 16. — [2] Cant. 6. — [3] 3 part., q. 62, art. 6, ad 3, et q. 70, art. 4.

el dormir, etc., son gratas á Dios, y merecedoras deste tan grande bien, porque por serle tan agradable el subyecto, es agradable y meritorio todo cuanto hace no siendo malo.

Otro efecto es hacer al hombre hijo de Dios por adopcion, y heredero de su reino, y escribirle en el libro de vida, donde están escriptos todos los justos: y así tener derecho á aquella riquísima heredad del cielo. Este es aquel privilegio que encarecia el Salvador á sus discípulos, cuando viniendo ellos muy ufanos por ver que hasta los demonios les obedescian en su nombre, les respondió, diciendo [1]: No teneis de que alegraros por tener señorío sobre los demonios; mas alegráos porque vuestros nombres estan escriptos en el reino de los cielos: pues está claro que este es el mayor bien que el corazon humano en esta vida puede desear.

Finalmente, por abreviar, la gracia es la que habilita al hombre para todo bien: la que allana el camino del cielo: la que hace el yugo de Dios suave: la que hace correr al hombre por el camino de las virtu-

[1] Luc. 10.

des: la que restituye y sana la naturaleza enferma; y así hace que le sea lijero lo que ántes (cuando estaba enferma) le era pesado: y la que por una manera inefable reforma y arma, mediante las virtudes que della proceden, todas las potencias de nuestra ánima, alumbrando el entendimiento, encendiendo la voluntad, recogiendo la memoria, esforzando el libre albedrío, templando la parte concupiscible para que no se desperezca por lo malo, y esforzando la irascible para que no se acobarde para lo bueno. Y demas desto, porque todas las pasiones naturales que estan en estas dos fuerzas inferiores de nuestro apetito, son unos como padrastros de la virtud, y unos postigos y entraderos por donde los demonios suelen entrar en nuestras ánimas: para remedio desto pone una guarda, y uno como alcaide en cada uno destos lugares para guardar aquel paso, que es una virtud infusa venida del cielo, y que allí asiste para asegurarnos del peligro que por parte de aquella pasion nos podria venir. Y así para defendernos del apetito de la gula, pone la virtud de la templanza; para el de la car-

ne, la de la castidad; para el de la honra, la de la humildad, y así en todos los demas.

Y sobre todo esto la gracia aposenta á Dios en el ánima, para que morando en ella la gobierne, defienda y encamine al cielo; y así está en ella como rey en su reino, como capitan en su ejército, como padre de familia en su casa, como maestro en su escuela, y como pastor en su ganado, para que allí ejercite y use espiritualmente todos estos oficios y providencias. Pues si esta perla tan preciosa (de que tantos bienes proceden) es perpetua compañera de la virtud, ¿quién habrá que no huelgue de buena gana de imitar la prudencia de aquel sabio mercader del Evangelio, que dió todo cuanto tenia por alcanzarla [1]?

CAPÍTULO XV.

Del tercero privilegio de la virtud, que es la lumbre y conoscimiento sobrenatural que da nuestro Señor á los virtuosos.

El tercero privilegio que se concede á la virtud, es una especial lumbre y sabiduría

[1] Matth. 13.

que nuestro Señor comunica á los justos, la cual procede de la mesma gracia que dijimos, así como todos los otros. La razon desto es, porque como á la gracia pertenesce sanar la naturaleza, así como cura el apetito y la voluntad enferma por el pecado, así tambien cura el entendimiento, que no ménos quedó escurecido por el mesmo pecado: para que así con lo uno entienda el hombre lo que debe hacer, y con lo otro lo pueda hacer. Conforme á lo cual dice Sant Gregorio en los Morales: Pena es que fué dada por el pecado no poder cumplir el hombre lo que entendia: y tambien fué pena no entenderlo. Por lo cual dijo el Profeta [1]: El Señor es mi lumbre contra la ignorancia, y él es mi salud contra la impotencia. En lo uno le enseña lo que debe desear, y en lo otro le da fuerzas para que lo pueda alcanzar; y así lo uno como lo otro pertenesce á la mesma gracia. Para lo cual, demas del hábito de la fe, y de la prudencia infusa que alumbran nuestro entendimiento para saber lo que ha de creer y lo que ha de obrar, se añaden los dones del

[1] Ps. 26.

Espíritu Sancto: entre los cuales los cuatro pertenescen al entendimiento, que son el don de la sabiduría, para darnos conoscimiento de las cosas mas altas; el de la ciencia, para las mas bajas; el del entendimiento, para penetrar los misterios divinos, y la conveniencia y hermosura dellos; y el del consejo, para sabernos haber en las perplejidades que muchas veces se ofrescen en esta vida. Todos estos rayos y resplandores proceden de la gracia; la cual por eso se llama en las Escripturas divinas uncion, que, como dice Sant Joan [1], nos enseña todas las cosas. Porque así como el olio entre los otros licuores señaladamente sirve para sustentar la lumbre y para curar las llagas; así esta divina uncion hace lo uno y lo otro, curando las llagas de nuestra voluntad, y alumbrando las tinieblas de nuestro entendimiento. Y este es aquel olio preciosísimo sobre todos los bálsamos, de que el sancto rey David se preciaba, cuando decia [2]: Ungiste, Señor, mi cabeza con abundancia de olio; porque está claro que no hablaba él aquí ni de la cabeza material,

[1] I Ioann. 2. — [2] Ps. 22.

ni tampoco del olio material, sino de la cabeza espiritual, que es la mas alta parte de nuestra ánima (donde está el entendimiento, como Didimo declara sobre este paso), y del olio espiritual, que es la lumbre del Espíritu Sancto con que esta lámpara se sustenta. Pues de la lumbre deste olio tenia grande abundancia este sancto rey; lo cual él confiesa en otro salmo, donde dice [1], que le habia Dios manifestado las cosas inciertas y ocultas de su sabiduría.

Hay tambien otra razon para esto. Porque como el oficio de la gracia sea hacer á un hombre virtuoso, y esto no pueda ser sino induciéndole á tener dolor y arrepentimiento de la vida pasada, amor de Dios, aborrescimiento del pecado, deseo de los bienes del cielo, y desprecio del mundo: claro está que nunca podrá la voluntad tener estos y otros tales afectos, si no tuviere en el entendimiento lumbre y conoscimiento proporcionado que los despierte; pues la voluntad es potencia ciega, que no puede dar paso sin que el entendimiento vaya delante alumbrándola, y declarándole el mal

[1] Ps. 50.

ó bien de todas las cosas, para que conforme á esto se aficione ó desaficione á ellas; por lo cual dice Sancto Tomás [1], que así como cresce en el ánima del justo el amor de Dios, así tambien cresce el conoscimiento de la bondad, amabilidad y hermosura de Dios en la mesma proporcion: de tal modo que si cien grados cresce lo uno, otros tantos cresce lo otro; porque quien mucho ama, muchas razones de amor conosce en la cosa que ama, y quien poco, pocas. Y lo que se entiende claro del amor de Dios, tambien se entiende del temor y de la esperanza, y del aborrescimiento del pecado: el cual nadie aborrescerá sobre todas las cosas, si no entendiere que es él un tan grande mal, que meresce ser aborrescido sobre todas ellas. Pues así como el Espíritu Sancto quiere que haya estos efectos en el ánima del justo, así tambien ha de querer que haya causas que los produzcan: así como queriendo que hubiese diversidad de efectos en la tierra, quiso tambien que la hubiese en las causas y influencias del cielo.

Y demas desto, si es verdad que la gra-

[1] 1, 2 q. 63, art. 3, in corp. et q. 65, art. 3, 4, 5.

cia aposenta á Dios en el ánima del justo (segun arriba declaramos), y Dios, como tantas veces dice Sant Joan [1], es lumbre que alumbra á todo hombre que viene á este mundo: claro está que miéntras mas pura y limpia la hallare, mas resplandescerán en ella los rayos de su divina luz, como lo hacen los del sol en un espejo muy acicalado y limpio. Por lo cual llama Sant Augustin á Dios, sabiduría del ánima purificada; porque esta tal esclaresce él con los rayos de su luz, enseñándole lo que le conviene para su salvacion. Mas ¿qué maravilla es hacer él esto con los hombres, pues lo mesmo hace en su manera con todas las otras criaturas, las cuales por instincto del autor de la naturaleza saben todo aquello que conviene para su conservacion? ¿Quién enseña á la oveja entre tantas especies de yerbas como hay en el campo, la que le ha de dañar, y la que le ha de aprovechar, y así pasce la una, y deja la otra; y conoscer otrosí el animal que es su amigo y el que es su enemigo, y así huir del lobo, y seguir al mastin, sino este mesmo

[1] Joann. 1, 3, 8.

Señor? Pues si este conoscimiento da Dios á los brutos para que se conserven en la vida natural, ¡cuánto mas proveerá á los justos de otro mayor conoscimiento para que se conserven en la espiritual, pues no tiene menor necesidad el hombre dél para las cosas que son sobre su naturaleza, que el bruto para las que son conformes á la suya! Porque si tan solícita fué la divina Providencia en la provision de las obras de naturaleza, ¿cuánto mas lo será en las de gracia, que son tanto mas excelentes, y que tan levantadas estan sobre toda la facultad del hombre?

Y aun este ejemplo no solo prueba que haya este conoscimiento, sino declara tambien de la manera que es; porque no es tanto conoscimiento especulativo, cuanto práctico; porque no se da para saber, sino para obrar: no para hacer sabios disputadores, sino virtuosos obradores. Por lo cual no se queda en solo el entendimiento (como el que se alcanza en las escuelas), sino comunica su virtud á la voluntad, inclinándola á todo aquello á que la despierta y llama el tal conoscimiento. Porque es-

to es proprio de los instinctos del Espíritu Sancto, el cual como perfectísimo maestro enseña muchas veces con esta perfeccion á los suyos lo que les conviene saber. Conforme á lo cual dice la Esposa en los Cantares [1]: Mi ánima se derritió despues que habló mi amado. En lo cual se muestra claro la diferencia que hay desta doctrina á las otras, pues las otras no hacen mas que alumbrar el entendimiento; mas esta regala tambien y mueve la voluntad, y penetra con su virtud todos los rincones y senos de nuestra ánima, obrando en cada uno aquello que conviene para su reformacion: segun que lo declara el apóstol, diciendo [2]: Viva es la palabra de Dios, y eficaz: la cual penetra mas que un cuchillo de dos filos agudo; pues llega á hacer division entre la parte animal y espiritual del hombre, apartando lo uno de lo otro, y deshaciendo la mala liga que suele haber entre carne y espíritu, cuando el espíritu juntándose con la mala mujer de su carne [3] se hace una cosa con ella. La cual liga deshace la virtud y eficacia de la palabra divina, ha-

[1] Cant. 5. — [2] Hebr. 4. — [3] I Cor. 6.

ciendo que el hombre viva por sí vida espiritual y no carnal.

§ I.

Este es pues uno de los principales efectos de la gracia, y uno de los señalados privilegios que tienen los virtuosos en esta vida. Y porque esto (aunque probado por tan claras razones) por ventura parescerá á los hombres carnales escuro de entender, ó dificultoso de creer, probarlo hemos agora evidentísimamente por muchos testimonios, así del Viejo como del Nuevo Testamento. En el nuevo dice el Señor por Sant Joan así [1]: El Espíritu Sancto, consolador que enviará el Padre en mi nombre, os enseñará todas las cosas, y repetirá las liciones que yo os he leido, y os las traerá á la memoria. Y en otro lugar [2]: Escripto está (dice él) en los profetas, que ha de venir tiempo en que los hombres sean enseñados de Dios. Pues todo aquel que ha dado oidos á este maestro (que es mi Padre), y aprendido dél, viene á mí. Conforme á lo

[1] Joann. 14. — [2] Ioann. 6.

cual dice el mesmo Señor por Hieremías [1]: Yo haré que mis leyes se escriban en los corazones de los hombres, y yo mesmo (que un tiempo las escrebí en tablas de piedra) las escribiré en sus entrañas, y así vendrán todos á ser enseñados de Dios. Y por el profeta Isaías, declarando el Señor la prosperidad de su Iglesia, dice así [2]: Pobrecita, derribada con la fuerza de las tempestades que te han cercado, yo te volveré á reedificar, y asentaré por órden las piedras de tu edificio, y te fundaré sobre piedras preciosas, y haré tus baluartes de jaspe, y serán todos tus hijos enseñados por el Señor. Y mas arriba por el mesmo profeta declara lo mesmo, diciendo [3]: Yo soy tu Señor Dios que te enseño lo que te conviene saber, el que te gobierno por este camino que andas. En las cuales palabras entendemos que hay dos maneras de ciencias, una de sanctos, y otra de sabios: una de justos, y otra de letrados [4]; y la de los sanctos es aquella que dice Salomon [5]: La ciencia de los sanctos es prudencia. Porque la ciencia es para

[1] Hierem. 31. — [2] Isai. 54. — [3] Ibid. 48. — [4] Ps. 48. — [5] Prov. 2, 9. Sap. 10.

saber, mas la prudencia para obrar: y tal es la ciencia que á los sanctos se da.

Pues en los Salmos de David ¿cuántas veces hallamos prometida esta mesma sabiduría? En un salmo dice [1]: La boca del justo meditará la sabiduría, y su lengua hablará juicio. En otro promete el mesmo Señor al varon justo, diciendo [2]: Yo te daré entendimiento, y te enseñaré lo que has de hacer en este camino por donde andas, y pondré mis ojos sobre tí. Y ántes mas arriba, como cosa de grande precio y admiracion, pregunta el mesmo profeta, diciendo [3]: ¿Quién es este varon que teme á Dios; á quien él hará tan grande merced, que él será su maestro, y le enseñará la ley en que ha de vivir, y el camino que ha de llevar? Y en el mesmo salmo, donde nosotros leemos: Firmeza es el Señor de los que le temen; traslada Sant Hierónimo: El secreto del Señor se descubre á los que le temen; y su testamento (que son sus leyes sanctísimas), son á ellos manifestadas y declaradas: cuya declaracion es grande luz del entendimiento, dulce pasto de la voluntad,

[1] Ps. 36. — [2] Ps. 31. — [3] Ps. 24.

y recreacion para todo el hombre, de grande suavidad. El cual conoscimiento unas veces llama el mesmo profeta pasto de su ánima, en que Dios le habia puesto [1]; otras agua de refeccion con que le habia recreado; y otras, mesa de fortaleza con cuyos manjares se esforzaba contra toda la furia de sus enemigos.

Por la cual causa el mesmo profeta en aquel divino salmo que comienza [2]: *Beati immaculati in via*, pide tantas veces esta lumbre y enseñanza interior; y así una vez dice: Siervo tuyo soy yo, Señor, dame entendimiento para que sepa tus mandamientos; otras dice: Esclaresce, Señor, mis ojos para que vea las maravillas de tu ley; en otra dice: Dame entendimiento, y escudriñaré tu ley, y guardarla he con todo mi corazon. Finalmente, esta es la peticion que mas veces aquí repite; la cual nunca pidiera con tanta instancia, si no entendiera muy bien la eficacia desta doctrina, y la costumbre que el Señor tiene de comunicarla.

Pues siendo esto así, ¿qué mayor gloria que tener tal maestro, y cursar en tal es-

[1] Ps. 22. — [2] Ps. 118.

cuela donde el Señor lee de cátedra, y enseña la sabiduría del cielo á sus escogidos? Si iban los hombres, como dice Sant Hierónimo [1], dende los últimos términos de España y Francia hasta Roma, por ver á Tito Livio, que tan afamado era de elocuente; y si aquel gran sabio Appolonio, segun algunos lo estiman, rodeó el monte Cáucaso, y mucha parte del mundo por ver á Hiarcas asentado en un trono de oro entre unos pocos de discípulos, disputando del movimiento de los cielos y de las estrellas, ¿qué debian hacer los hombres por oir á Dios asentado en el trono de su corazon, enseñándoles, no de la manera que se mueven los cielos, sino de cómo se ganan los cielos?

Y porque no pienses que esta doctrina es así como quiera, oye lo que de la excelencia della dice el profeta David [2], aunque esta luz no sea tan general y comun para todos: Mas supe que todos cuantos me enseñaban; porque me ocupaba en pensar tus mandamientos: y mas que todos los viejos

[1] In ep. ad Paulinum quæ incipit: Frater Ambros. In principio Bibl. — [2] Ps. 118.

y ancianos; porque me empleaba en guardarlos. Pero aun mucho mas promete el Señor por Isaías á los suyos, diciendo [1]: Darte ha el Señor descanso por todas partes, y hinchirá tu ánima de resplandores; y serás como un vergel de regadío, y como una fuente que siempre corre, y nunca le falta agua. Pues ¿qué resplandores son estos de que hinche Dios las ánimas de los suyos, sino el conoscimiento que les da de las cosas de su salud? Porque allí les enseña cuán grande sea la hermosura de la virtud, la fealdad del vicio, la vanidad del mundo, la dignidad de la gracia, la grandeza de la gloria, la suavidad de las consolaciones del Espíritu Sancto, la bondad de Dios, la malicia del demonio, la brevedad desta vida, y el engaño comun cuasi de todos los que viven en ella. Y con este conoscimiento, como dice el mismo profeta [2], los levanta muchas veces sobre las alturas de los montes, y dende allí contemplan al Rey en su hermosura, y sus ojos ven la tierra de léjos. De donde nasce que los bienes del cielo les parezcan lo que son; porque los miran co-

[1] Isai. 58. — [2] Isai. 58 et 33.

mo de cerca, y los de la tierra muy pequeños; porque demas de serlo, los miran de léjos. Lo contrario de lo que acaesce á los malos, como quien tan de léjos mira las cosas del cielo, y tan de cerca las de la tierra.

Y esta es la causa por donde los que participan este don celestial, ni se envanescen con las cosas prósperas, ni desmayan con las adversas; porque con esta luz ven cuán poco es todo cuanto el mundo puede dar y quitar en comparacion de lo que Dios da. Y así dice Salomon [1]: Que el justo permanesce de una mesma manera en su sabiduría como el sol; mas el loco á cada hora se muda como la luna. Sobre las cuales palabras dice Sant Ambrosio en una epístola: El sabio no se quebranta con el temor, no se muda con el poder, no se levanta con las cosas prósperas, no se ahoga con las adversas. Porque donde está la sabiduría, ahí está la virtud, ahí la constancia, ahí la fortaleza. De manera que siempre se es el mesmo en su ánimo, y ni se hace mayor ni menor con las mudanzas de las cosas, ni se deja llevar de todos los vientos de doctrina,

[1] Eccles. 27.

sino persevera perfecto en Cristo, fundado en caridad, y arraigado en la fe.

Y no se debe nadie maravillar que esta sabiduría sea de tan grande virtud; porque no es ella (como ya dijimos) sabiduría de la tierra, sino del cielo; no la que envanesce, sino la que edifica; no la que solamente alumbra con su especulacion el entendimiento, sino la que mueve con su calor la voluntad, de la manera que movia la de Sant Augustin, de quien escribe él mesmo [1]: Que lloraba cuando oia los salmos y voces de la Iglesia, que dulcemente resonaban; las cuales voces entraban por sus oidos á lo íntimo de su corazon, y allí con el calor de la devocion se derretia la verdad en sus entrañas, y corrian lágrimas por sus ojos, con las cuales dice que le iba muy bien. ¡Oh bienaventuradas lágrimas, y bienaventurada escuela, bienaventurada sabiduría, que tales sanctos da! ¿Qué se puede comparar con esta sabiduría? No se dará, dice Job [2], por ella el oro precioso, ni se trocará por toda la plata del mundo. No igualarán con ella los paños de Indias la-

[1] 9 Confess. c. 6. — [2] Iob. 28.

brados de diversos colores, ni las piedras preciosas de gran valor. No tienen que ver con ella los vasos de oro y vidrio ricamente labrados, ni otra cosa alguna por grande y eminente que sea. Despues de las cuales alabanzas concluye el sancto varon, diciendo: Mirad que el amor de Dios es esta sabiduría, y apartarse del pecado es la verdadera inteligencia.

Este es pues, hermano, uno de los grandes premios con que te convidamos á la virtud, pues ella es la que tiene las llaves deste tesoro. Y así por este medio nos convidó á ella Salomon en sus Proverbios [1], diciendo que si guardare el hombre sus palabras, y escondiere sus mandamientos en su corazon, entónces entenderá el temor del Señor, y hallará la ciencia de Dios; porque el Señor es el que da la sabiduría, y de su boca procede la prudencia y la ciencia. La cual sabiduría no permanesce en un mismo sér; porque cada dia cresce con nuevos resplandores y conoscimientos, como el mesmo sabio lo significó, diciendo [2]: La senda de los justos resplandesce como luz;

[1] Prov. 2. — [2] Prov. 4.

y así va procediendo y cresciendo hasta el perfecto dia, que es el de aquella bienaventurada eternidad, donde ya no dirémos con los amigos de Job [1], que recibimos como á hurto las secretas inspiraciones de Dios, sino que claramente verémos y oirémos al mesmo Dios.

Esta es pues la sabiduría de que gozan los hijos de la luz; mas los malos por el contrario viven en aquellas tan horribles tinieblas de Egipto que se podian palpar con las manos [2]. En figura de lo cual leemos, que en la tierra de Jesé (donde moraban los hijos de Israel) habia siempre luz; mas en la de Egipto dia y noche habia estas tinieblas; las cuales nos representan la horrible ceguedad y noche escura en que viven los malos; como ellos mesmos lo confiesan por Isaías, diciendo [3]: Esperamos la luz y vinieron tinieblas; y anduvimos como ciegos palpando las paredes, y como si no tuviéramos ojos, así atentábamos con las manos. Caíamos en medio del dia como si fuera de noche, y en los lugares escuros como cuerpos muertos. Si no, dime:

[1] Iob. 4. — [2] Exod. 10. — [3] Isai. 59.

¿qué mayores ceguedades y desatinos que en los que cada paso caen los malos? qué mayor ceguedad que vender el reino del cielo por las golosinas del mundo, que no temer el infierno, no buscar el paraíso, no temer el pecado, no hacer caso del juicio divino, no estimar las promesas ni las amenazas de Dios, no recelar la muerte, que á cada hora nos aguarda, no aparejarse para la cuenta, y no ver que es momentáneo lo que deleita, y eterno lo que atormenta? No supieron, dicé el profeta [1], ni entendieron: en tinieblas andan perpetuamente; y así por unas tinieblas caminan á otras tinieblas; esto es, por las interiores á las exteriores, y por las desta vida á las de la otra.

A cabo de toda esta materia me paresció avisar que aunque todo lo que está dicho desta celestial sabiduría y lumbre del Espíritu Sancto sea grande verdad, mas no por eso ha de dejar nadie (por muy justificado que sea) de subjectarse humilmente al parescer y juicio de los mayores, y señaladamente de los que estan puestos por maestros y doctores de la Iglesia [2], como

[1] Ps. 81. — [2] 1 Cor. 12.

en otra parte mas á la larga dijimos. Porque ¿quién mas lleno de luz que el apóstol Sant Pablo, ni que Moysen, que hablaba con Dios cara á cara [1]? Y con todo eso el uno vino á Hierusalem á comunicar con los Apóstoles el Evangelio [2] que habia aprendido en el tercero cielo, y el otro no despreció el consejo de Ietro, su suegro, aunque gentil. La razon desto es, porque las ayudas y socorros interiores de la gracia no excluyen las exteriores de la Iglesia; pues de una y de otra manera quiso la divina Providencia proveer á nuestra flaqueza, que de todo tenia necesidad. Por donde así como el calor natural de los cuerpos se ayuda con el calor exterior de los cielos; y la naturaleza que procura cuanto puede la salud de su individuo, es tambien ayudada con las medicinas exteriores que para esto fuéron criadas: así tambien las lumbres y favores interiores de la gracia, son grandemente ayudados con la luz y doctrina de la Iglesia; y no será merescedor de los unos, el que no se quisiere humilmente subjectar á los otros.

[1] Exod. 34. Galat. 2. — [2] Exod 18.

CAPÍTULO XVI.

Del cuarto privilegio de la virtud, que son las consolaciones del Espíritu Sancto que se dan á los buenos.

Bien pudiera yo poner aquí agora por cuarto privilegio de la virtud (despues de la lumbre interior del Espíritu Sancto, con que se esclarescen las tinieblas de nuestro entendimiento) la caridad y amor de Dios, con que se enciende nuestra voluntad, mayormente pues á ella pone el apóstol por el primero de los fructos del Espíritu Sancto [1]. Mas porque aquí mas tratamos de los favores y privilegios que se dan á la virtud, que de la mesma virtud; y la caridad es virtud, y la mas excelente de las virtudes; por eso no tratarémos aquí della, puesto caso que la pudiéramos muy bien poner en esta lista, no en cuanto virtud, sino en cuanto un maravilloso don que da Dios á los virtuosos; el cual por una manera inefable interiormente inflama su voluntad, y la inclina á amar á Dios sobre todo cuanto se puede amar; el cual amor cuanto es mas

[1] Galat. 5.

perfecto, tanto es mas dulce y mas deleitable; y por esta parte bien pudiera entrar en este número como fructo y premio de las otras virtudes, y de sí mesma. Mas por no parescer ambicioso alabador de la virtud (donde tantas otras cosas hay que decir en su favor), pondré en el cuarto lugar el alegría y gozo del Espíritu Sancto, que es propiedad natural desa mesma caridad, y uno de los principales fructos del mesmo Espíritu, como lo refiere Sant Pablo.

Este privilegio se deriva del pasado. Porque (como ya dijimos) aquella luz y conoscimiento que da nuestro Señor á los suyos, no pára en solo el entendimiento, sino deciende á la voluntad, donde echa sus rayos y resplandores, con los cuales la regala y alegra por una manera maravillosa en Dios. De suerte que así como la luz material produce de sí este calor que experimentamos, así esta luz espiritual produce en el ánima esta alegría espiritual de que hablamos, segun aquello del profeta, que dice [1]: Amanesció la luz al justo, y á los derechos de corazon el alegría. Y aunque

[1] Ps. 96.

desta materia tratamos en otro lugar, pero ella es tan rica y tan copiosa que hay para hacer muchos tratados della, sin encontrarse uno con otro.

Conviénenos pues agora para el intento deste libro declarar qué tan grande sea esta alegría; porque el conoscimiento desta verdad hará mucho al caso para aficionar los hombres á la virtud. Porque sabida cosa es, que así como todas las maneras de males que hay se hallan en el vicio, así tambien todas las maneras de bienes, así de honestidad como de utilidad, se hallan perfectísimamente en la virtud, sino es deleite y suavidad, de que los malos dicen que caresce. Por lo cual (como el corazon humano sea tan goloso y amigo de deleites) dicen los tales (á lo ménos por la obra) que mas quieren lo que les deleita con todas esas quiebras, que lo que caresce de deleite con todas sus ventajas. Esto dice Lactancio Firmiano por estas palabras: Porque las virtudes estan mezcladas con amargura, y los vicios acompañados con deleites, ofendidos los hombres con lo uno y cebados con lo otro, se van de boca en pos de

los vicios y desamparan la virtud. Esta es pues la causa de este tan grande mal; por lo cual no haria pequeño beneficio á los hombres quien los sacase deste engaño, y evidentemente les probase ser muy mas deleitable el camino de la virtud que el de los vicios. Pues esto es lo que agora entiendo probar por evidentes razones, y señaladamente por autoridades y testimonios de la Escriptura divina[1]; porque estas son las mas firmes y ciertas probanzas que hay en todas estas materias; pues ántes faltará el cielo y la tierra que faltar estas verdades.

Pues dime agora, hombre ciego y engañado: si el camino de Dios es tan triste y tan desabrido como tú lo pintas, ¿qué quiso significar el profeta David, cuando dijo[2]: ¡Cuán grande es, Señor, la muchedumbre de tu dulzura, la cual tienes escondida para los que te temen! En las cuales palabras no solo declara cuán grande sea esta dulzura que se da á los buenos, sino tambien la causa de no conoscerla los malos, que es tenerla Dios escondida de sus ojos. Item: ¿qué quiso significar el mesmo

[1] Lucæ, 21. — [2] Ps. 30.

profeta, cuando dijo [1]: Mi ánima se alegrará en el Señor, y se gozará en Dios autor de su salud; y todos mis huesos (esto es, todas las fuerzas y potencias de mi ánima) dirán: Señor, ¿quién es como tú? Pues ¿qué es esto, sino dar á entender que el alegría del justo es tan grande, que aunque ella derechamente se reciba en el espíritu, viene á redundar en la carne, de tal manera que la carne que no sabe deleitarse sino en cosas carnales, viene por la comunicacion del espíritu á deleitarse en las espirituales, y alegrarse en Dios vivo; y esto con tan grande alegría, que todos los huesos del cuerpo recreados con esta maravillosa suavidad, dan al hombre motivo para dar voces y decir: Señor, ¿quién es como vos? Qué deleites hay como los vuestros? Qué alegría, qué amor, qué paz, qué contentamiento puede dar ninguna criatura como el que dais vos?

¿Qué quiso otrosí significar el mesmo profeta, cuando dijo [2]: Voz de salud y alegría suena en las moradas de los justos; sino dar á entender que la verdadera salud

[1] Ps. 34. — [2] Ps. 117

y verdadera alegría no se halla en las casas de los pecadores, sino en las ánimas de los justos? ¿Qué quiso tambien significar cuando dijo [1]: Alégrense los justos y seau recreados y banqueteados en presencia de Dios, y gócense con alegría; sino dar á entender las fiestas y los banquetes espirituales con que Dios muchas veces maravillosamente recrea las ánimas de sus escogidos con el gusto de las cosas celestiales? En los cuales banquetes se da á beber aquel vino suavísimo que el mesmo profeta alaba, diciendo [2]: Serán, Señor, vuestros siervos embriagados con el abundancia de los bienes de vuestra casa, y darles heis á beber del arroyo impetuoso de vuestros deleites. ¿Con qué palabras pues pudiera mejor significar la grandeza destos deleites, que llamándolos embriaguez y arroyo arrebatado, para declarar la fuerza que tienen para arrebatar el corazon del hombre y transportarlo en Dios? Y esto mesmo significa la embriaguez; porque así como el hombre que ha bebido mucho vino, pierde el uso de los sentidos, y está por entónces como muerto

[1] Ps. 67. — [2] Ps. 35.

con la fuerza del vino, así el hombre que está tomado deste vino celestial, viene á morir al mundo, y á todos los gustos y sentidos desordenados de las cosas dél.

Item: ¿qué quiso significar el mesmo profeta, cuando dijo [1]: Bienaventurado el pueblo que sabe qué cosa es jubilacion? Otros por ventura dijeran: Bienaventurado el pueblo que es abastado y proveido de todas las cosas, y cercado de buenos muros y baluartes, y guardado con muy buena gente de guarnicion. Mas el sancto Rey (que de todo esto sabia mucho) no dice sino que aquel es bienaventurado, que sabe por experiencia qué cosa sea alegrarse y gozarse en Dios, no con cualquier manera de gozo, sino con aquel que meresce nombre de jubilacion; el cual, como dice Sant Gregorio [2], es un gozo del espíritu tan grande, que ni se puede explicar con palabras, ni se deja de manifestar con muestras y obras exteriores. Pues bienaventurado el pueblo que así ha crescido y aprovechado en el gusto y amor de Dios, que sabe por experiencia qué cosa sea esta jubilacion, la cual

[1] Ps. 88. — [2] Lib. 28. Mor. cap. 14.

no alcanzó á saber ni el sabio Platon, ni Demóstenes el elocuente, sino el corazon puro y humilde donde mora Dios. Pues si el mismo Dios es el autor deste gozo y jubilacion, ¿qué tal será el gozo causado por Dios? Porque cierto es que así como (generalmente hablando) el castigo de Dios es conforme al mesmo Dios; así tambien el consuelo de Dios suele ser conforme á él. Pues si tan grandes son los castigos cuando castiga, ¿qué tan grandes serán los consuelos cuando consuela? Si tan pesada tiene la mano cuando la carga para azotar, ¿qué tan blanda la tendrá cuando la extiende para regalar, mayormente mostrándose este Señor muy mas admirable en las obras de misericordia que en las de justicia?

Sobre todo esto dime: ¿qué bodega es aquella de vinos preciosos donde la esposa se gloría que la habia llevado su esposo y ordenado en ella la caridad [1]? Y ¿qué linage otrosí de convite es aquel á que nos convida el mesmo esposo, diciendo [2]: Bebed, amigos, y embriagáos los muy amados? Pues ¿qué embriaguez es esta, sino la

[1] Cant. 2. — [2] Cant. 5.

grandeza deste divino dulzor, el cual de tal manera transporta y enajena los corazones de los hombres, que los hace andar como fuera de sí? Porque entónces solemos decir que está un hombre embriagado, cuando es mas el vino que ha bebido del que puede digerir su calor natural; por donde viene el vino á subirse á la cabeza, y enseñorearse de tal manera dél, que ya no se rige por sí, sino por el vino que está en él. Pues si esto es así, dime: ¿qué tal estará un ánima cuando esté tan tomada deste vino celestial? cuando esté tan llena de Dios y de su amor que no pueda ella con tan grande carga de deleites ni baste toda su capacidad y virtud para sufrir tan grande felicidad? Así se escribe del sancto Efren [1], que muchas veces era tan poderosamente arrebatado deste vino de la suavidad celestial, que no pudiendo ya la flaqueza del subjecto sufrir la grandeza destos deleites, era compelido á clamar á Dios, diciendo: Señor, apartáos un poco de mí; porque no puede la flaqueza de mi cuerpo sufrir la grandeza de vuestros deleites. ¡Oh maravillosa bondad!

[1] S. Ioan. Clim., c. 29.

¡Oh inmensa suavidad deste soberano Señor, que con tan larga mano se comunica á sus criaturas, que no baste la fortaleza de su corazon para sufrir la abundancia de tan grandes alegrías!

Pues con esta celestial embriaguez se adormescen los sentidos del ánima: con esta goza de un sueño de paz y de vida: con esta se levanta sobre sí mesma, y conosce y ama, y gusta sobre todo lo que alcanza el sér natural. De donde así como el agua que está sobre el fuego, cuando está muy caliente, cuasi olvidada de su propria naturaleza (que es pesada y tira para bajo), da saltos hácia arriba imitando la lijereza y naturaleza del fuego de que está tomada, así la tal ánima, inflamada desta llama celestial, se levanta sobre sí mesma, y esforzándose por subir con el espíritu de la tierra al cielo (de donde le viene esta llama), hierve con deseo encendidísimo de Dios, y así corre con arrebatados ímpetus por abrazarse con él, y tiende los brazos en alto por ver si podrá alcanzar aquel que tanto ama; y como ni puede alcanzarlo ni dejar de desearlo, desfallesce con la grandeza del de-

seo no cumplido, y no le queda otro consuelo sino enviar sospiros y deseos entrañables al cielo, diciendo con la Esposa en los Cantares [1]: Haced saber á mi amado que estoy enferma de amor; la cual manera de enfermedad dicen los sanctos que procede de impedírsele y dilatársele el cumplimiento deste tan grande y tan poderoso deseo. Pero no desmayes por eso (dice un doctor), oh amoroso espíritu, porque esta enfermedad no es de muerte, sino para gloria de Dios, y para que el Hijo de Dios sea glorificado por ella [2]. Mas ¿qué lengua podrá declarar la grandeza de los deleites que pasan entre éstos amados en aquel florido lecho de Salomon [3], labrado de madera de Líbano, con sus columnas de plata, y reclinatorio de oro? Este es el lugar de los desposorios espirituales, el cual por eso se llama lecho, porque es lugar de descanso y de amor, y de cumplido reposo y de sueño de vida, y de celestiales deleites. Los cuales qué tan grandes sean no lo puede saber nadie sino aquel que los ha probado, como Sant Joan dice en su Apocalipsi [4].

[1] Cant. 5. — [2] Ioann. 11. — [3] Cant. 3. — [4] Apoc. 2.

Mas todavía no faltan gravísimas conjecturas por donde nosotros tambien podamos barruntar algo de lo que esto es. Porque quien considerare la inmensidad de la bondad y caridad del Hijo de Dios para con los hombres, la cual llegó á padescer tan extrañas maneras de tormentos y deshonras por ellos, ¿cómo extrañará lo que aquí encarescemos, pues todo esto es como nada en comparacion de aquello? ¿Qué no hará por amor de los justos quien hasta aquí llegó por justos y injustos? ¿Qué regalos no hará á los amigos quien todos aquellos dolores padesció por amigos y enemigos? Algun indicio tenemos desto en el libro de los Cantares, donde son tantos los favores y regalos que se escriben del Esposo celestial para con su Esposa (que es la Iglesia, y cada una de las ánimas que están en gracia), y tan dulces y amorosas palabras las que se dicen de parte á parte, que ninguna elocuencia ni amor del mundo las podrá fingir mayores.

Otra conjectura tambien hay de parte de los hombres (digo de los justos y amigos verdaderos de Dios). Porque si miras al co-

razon destos, hallarás que el mayor deseo que tienen, y en lo que andan ocupados perpetuamente, es pensando cómo servirán á Dios, y cómo harán de sí mil manjares para agradar en algo á quien tanto aman, y á quien tanto hizo y hace cada dia por ellos, y con tanta blandura los trata y los consuela. Pues dime agora: si el hombre siendo por sí una criatura tan desleal, y tan poco de sí para todo lo bueno, llega á tener esta fe y lealtad con Dios, ¿qué hará para con él aquel cuya bondad, cuya caridad, cuya lealtad es infinitamente mayor? Si, como dice el profeta [1], es proprio de Dios ser sancto con el sancto, y bueno para con el bueno, y la bondad del hombre llega hasta aquí, ¿adónde llegará la de Dios? Si Dios se pone á competir con los buenos en bondad, ¿qué ventaja les hará en esta competencia tan gloriosa? Pues si (como dijimos) tantos potajes desea hacer de sí el varon justo que arde en amor de Dios para agradar al mesmo Dios, ¿qué hará el mesmo Dios para regalar y consolar al justo? Esto ni se puede explicar, ni se

[1] Ps. 17.

puede entender; porque por esto dijo el profeta Isaías [1] que ni ojos vieron, ni oidos oyeron, ni en corazon humano pudo caber lo que Dios tiene aparejado para los que esperan en él. Lo cual no solo se entiende de los bienes de gloria, sino tambien de los de gracia, como declara Sant Pablo [2].

¿Parécete pues, hermano, que está este camino de la virtud bastantemente proveido de deleites? ¿Parécete que podrán todos los deleites de los hombres mundanos compararse con estos? ¿Qué comparacion puede haber entre la luz y las tinieblas, y entre Cristo y Belial? ¿Qué comparacion puede haber entre deleites de tierra y deleites de cielo, deleites de carne y deleites de espíritu, deleites de criatura y deleites de Criador? Porque claro está que cuanto las cosas son mas nobles y mas excelentes, tanto son mas poderosas para causar mayores deleites. Si no, dime, ¿qué otra cosa quiso significar el profeta, cuando dijo: Mas vale el poquito del justo, que las muchas riquezas de los pecadores [3]? Y en otro lugar [4]: Mas vale, Señor, un dia en vuestra

[1] Isai. 64 et I Cor. 2. — [2] Ibid. — [3] Ps. 36. — [4] Ps. 83.

casa, que mil dias de fiesta fuera della; por lo cual quise yo mas estar abatido en la casa de mi Dios, que morar en las casas soberbias de los pecadores. Finalmente ¿qué otra cosa quiso significar la Esposa en los Cantares, cuando dijo [1]: Mas valen, Señor, tus pechos que el vino; y luego mas abajo repite lo mesmo, diciendo: Gozarnos hemos, Señor, y alegrarnos hemos en tí, acordándonos de tus pechos, los cuales son mas dulces que el vino. Esto es: acordándonos de la leche suavísima de las consolaciones y regalos con que recreas y crias á tus pechos tus espirituales hijos, los cuales son mas suaves que el vino; por el cual claro está que no entiende este vino material (como ni la leche de los pechos divinos tampoco lo es), sino por él entiende todos los deleites del mundo, los cuales da á beber aquella mala mujer del Apocalipsi [2], que está asentada sobre las muchas aguas con una ropa de oro, con que emborracha y trastorna el seso de todos los moradores de Babilonia, para que no sientan su perdicion.

[1] Cant. 1. — [2] Apoc. 17.

§ 1.

De cómo en la oracion señaladamente gozan los virtuosos destas consolaciones divinas.

Y si (prosiguiendo mas adelante esta materia) me preguntares, ¿dónde señaladamente gozan los virtuosos destas consolaciones que habemos dicho? á esto responde el Señor por el profeta Isaías [1]: A los hijos de los extranjeros que se llegan al Señor para servirle y amarle, y guardar las leyes de su amistad, yo los llevaré á mi sancto monte, y alegrarlos he en la casa de mi corazon. De manera que en este sancto ejercicio señaladamente alegra el Señor á sus escogidos. Porque (como dice Sant Lorenzo Justiniano) en la oracion se enciende el corazon de los justos en el amor de su Criador: y allí á veces se levantan sobre sí mesmos, y parésceles que estan ya entre los coros de los ángeles; y allí en presencia del Criador cantan y aman, gimen y alaban, lloran y gózanse, comen y han hambre, beben y han sed, y con todas las fuerzas de

[1] Isai. 56.

su amor trabajan, Señor, por transformarse en vos, á quien contemplan con la fe, acatan con la humildad, buscan con el deseo, y gozan con la caridad. Entónces conoscen por experiencia ser verdad lo que dijistes [1]: Mi gozo será cumplido en ellos: el cual como un rio de paz se extiende por las potencias del ánima, esclaresciendo el entendimiento, alegrando la voluntad, y recogiendo la memoria y todos sus pensamientos en Dios: y aquí con unos brazos de amor abrazan, y tienen una cosa dentro de sí, y no saben qué es; mas desean con todas sus fuerzas tenerla que no se les vaya.

Y así como el patriarca Jacob luchaba con aquel ángel [2], y no le queria soltar de las manos, así acá lucha en su manera el corazon con aquel divino dulzor porque no se le vaya, como cosa en que halló todo lo que deseaba. Y así dice con Sant Pedro en el monte [3]: Señor, bueno es que nos estemos aquí, y no nos vamos deste lugar. Aquí luego entiende el ánima todo aquel lenguaje de amor que se habla en los Cantares, y canta ella tambien en su manera todas aque-

[1] Ioann. 17. — [2] Genes. 32. — [3] Matth. 17.

llas suavísimas canciones, diciendo [1]: Su mano siniestra tiene debajo de mi cabeza, y con la diestra me abrazará. Y allí mas arriba dice: Sostenedme con flores, y cercadme de manzanas, que estoy enferma de amor. Entónces el ánima encendida con esta divina llama, desea con gran deseo salir desta cárcel, y sus lágrimas le son pan de dia y de noche, miéntras se dilata esta partida [2]. La muerte tiene en deseo, y la vida en paciencia, diciendo á la continua aquellas palabras de la mesma Esposa [3]: ¡Quién te me diese, hermano mio, que te mantienes de los pechos de mi madre, que te hallase yo allá fuera, y te diese besos de paz! Entónces maravillándose de sí mesma, como tales tesoros le estaban escondidos en los tiempos pasados, y viendo que todos los hombres son capaces de tan grande bien, desea salir por todas las plazas y calles, y dar voces á los hombres, y decir: ¡Oh locos! Oh desvariados! ¿En qué andais? qué buscais? cómo no os dais priesa por gozar de tan grande bien? Gustad y ved cuán suave es el Señor [4]. Bienaventurado el varon

[1] Cant. 2. — [2] Ps. 41. — [3] Cant. 8. — [4] Ps. 33.

que espera en él. Aquí gustada ya la dulcedumbre espiritual, toda carne le es desabrida. La compañía le es cárcel, la soledad tiene por paraíso, y sus deleites son estar con el Señor que ama. La honra le es carga pesada, y la gobernacion de la casa y hacienda tiene por un linage de cruz. No querria que el cielo ni la tierra le estorbasen sus deleites, y por esto trabaja que no se le trabe el corazon de cosa alguna. No tiene mas de un amor y un deseo: todas las cosas ama en uno, y uno es el amado en todas las cosas. Sabe muy bien decir con el profeta [1]: ¿Qué tengo yo que querer en el cielo, ni qué bienes te pido yo, Señor, en la tierra? Desfallescido ha mi carne y mi corazon, Dios de mi corazon, y mi única y sola parte, Dios para siempre.

No le paresce que tiene ya tan escuro conocimiento de las cosas sagradas, sino que las ve con otros ojos; porque tales movimientos y mudanzas siente en su corazon, que le son grandísimos argumentos y testimonios de las verdades de la fe. El dia le es enojoso cuando amanesce con sus cui-

[1] Ps. 72.

dados, y desea la noche quieta para gastarla con Dios.

Ninguna noche tiene por larga, ántes la mas larga le paresce la mejor. Y si la noche fuere serena, alza los ojos á mirar la hermosura de los cielos, y el resplandor de la luna y de las estrellas, y mira todas estas cosas con otros diferentes ojos, y con otros muy diferentes gozos. Míralas como á unas muestras de la hermosura de su Criador; como á unos espejos de su gloria; como á unos intérpretes y mensajeros que le traen nuevas dél; como á unos dechados vivos de sus perfecciones y gracias, y como á unos presentes y dones, que el esposo envia á su esposa para enamorarla y entretenerla hasta el dia que se hayan de tomar las manos, y celebrarse aquel eterno casamiento en el cielo. Todo el mundo le es un libro que le paresce que habla siempre de Dios, y una carta mensajera que su amado le envia, y un largo proceso y testimonio de su amor. Estas son, hermano mio, las noches de los amadores de Dios, y este es el sueño que duermen. Pues con el dulce y blando ruido de la noche sosegada, con la dulce mú-

sica y armonía de las criaturas, arróllase dentro de sí el ánima, y comienza á dormir aquel sueño velador, de quien se dice [1]: yo duermo, y vela mi corazon. Y como el esposo dulcísimo la ve en sus brazos adormecida, guárdale aquel sueño de vida, y manda que nadie sea osado á la despertar, diciendo [2]: Conjúroos, hijas de Hierusalem, por los gamos y por los ciervos de los campos, que no desperteis á mi amada hasta que ella quiera despertar.

Pues ¿qué tales te parescen estas noches, hermano? ¿Cuáles son mejores: estas, ó las de los hijos deste siglo, que andan á estas horas asechando á la castidad de la inocente doncella para destruir su honra y su alma, cargados de hierro, de temores y sospechas, trayendo las ánimas en peligro, y atesorando ira para el dia de su perdicion [3]?

§ II.

De las consolaciones de los que comienzan á servir á Dios.

Posible sería que á todo esto me respondieses con una sola cosa, diciendo que es-

[1] Cant. 5. — [2] Cant. 2. — [3] Rom 2.

tos favores tan grandes, de que habemos hablado, no se conceden á todos, sino solamente á los perfectos, y que hay mucho camino que andar hasta serlo. Verdad es que para los tales son tales bienes, mas tambien previene nuestro Señor con bendiciones de dulcedumbre á los que comienzan [1], y les da primero leche dulce como á niños, y despues les enseña á comer pan con corteza. ¿No miras las fiestas que se hicieron en la venida del hijo pródigo [2], los convites, los convidados, la música que sonaba por todas partes? Pues ¿qué es esto sino figura del alegría espiritual que pasa dentro del ánima cuando se ve salida de Egipto, y libre del captiverio de Faraon, y de la servidumbre del demonio? Porque ¿cómo el que así se ve libre, no hará fiesta por tan grande beneficio? ¿cómo no convidará á todas las criaturas para que le ayuden á dar gracias á su libertador por él, diciendo [3]: Cantemos al Señor que tan gloriosamente ha triunfado; pues al caballo y al caballero arrojó en la mar?

Y si esto no fuese así, ¿dónde estaria la

[1] Ps. 20. — [2] Luc. 15. — [3] Exod. 15.

providencia de Dios, que á cada criatura provee perfectísimamente segun su naturaleza, su flaqueza, su edad y su capacidad? Pues cierto es que no podrian los hombres aun carnales y mundanos andar por este nuevo camino, y poner debajo de los piés al mundo, si el Señor no los proveyese de semejantes favores. Y por esto á su divina providencia pertenesce (ya que se determina sacarlos del mundo) hacerles este camino tan llano, que puedan fácilmente caminar por él, sin que las dificultades dél los hagan volver atras. Desto es evidentísima figura aquel camino por donde Dios llevó á los hijos de Israel á la tierra de promision, del cual escribe Moysen estas palabras [1]: Cuando sacó el Señor á los hijos de Israel de la tierra de Egipto, no los quiso llevar por la tierra de los filisteos (por donde era mas corta la jornada), porque no se arrepintiesen á medio camino, y se volviesen á Egipto viendo las guerras que por aquella parte se les levantaban. Pues este mesmo Señor que entónces usó desta providencia para llevar á su pueblo á la tierra de pro-

[1] Exod. 13.

mision cuando lo sacó de Egipto; ese mesmo usa agora de otra semejante á esta, para llevar al cielo á los que él quiere llevar, cuando los saca del mundo.

Antes quiero que sepas que aunque los favores y consolaciones de los perfectos sean muy altas, pero es tan grande la piedad de nuestro Señor para con los pequeñuelos, que mirando su pobreza, él mesmo les ayuda á poner casa de nuevo; y viendo que se estan todavía entre las ocasiones de pecar, y que tienen aun sus pasiones por mortificar; para alcanzar victoria dellas, y para descarnarlos de su carne, y destetarlos de la leche del mundo, y apretarlos consigo con tan fuertes vínculos de amor que no se le vayan de casa, por todas estas causas los provee de una tan poderosa consolacion y alegría, que aunque ellos sean principiantes, tiene semejanza en su proporcion con el alegría de los perfectos. Si no, dime: ¿qué otra cosa quiso Dios significar en aquellas sus fiestas del Testamento viejo, cuando decia [1] que el primer dia y el postrero fuesen de igual veneracion y solem-

[1] Levit. 23. Num. 28.

nidad? Los otros seis dias de enmedio eran como de entre semana; mas estos dos extremos eran señalados y aventajados entre todos los otros. Pues ¿qué es esto, sino imágen y figura de lo que hablamos? En el primer dia quiere Dios que se haga fiesta como en el postrero; para dar á entender que en el principio de la conversion y en el fin de la perfeccion, hace nuestro Señor grande fiesta á todos sus siervos, considerando en los unos el merescimiento, y en los otros la necesidad; y usando con los unos de justicia, y con los otros de su gracia; dando á unos lo que merescen por su virtud, y á otros mas de lo que merescen por su necesidad.

Cuando los árboles florescen y cuando madura la fruta, estan mas hermosos de mirar. El dia del desposorio, y tambien del casamiento, son dias de fiesta señalados. En los principios se desposa nuestro Señor con el ánima, y como la toma en camisa, él hace la fiesta á su costa; y así la fiesta es, no conforme á los merescimientos de su esposa, sino conforme á la riqueza del esposo, que lo pone todo de su casa; y así

dice él [1]: Nuestra hermana es pequeña y no tiene pechos, y segun esto con leche ajena ha de criar su criatura. Por esto dice la mesma Esposa hablando con su esposo [2]: Las doncellicas te amaron mucho. No dice las doncellas, que son las áuimas ya mas fundadas en la virtud, sino las de mas tierna edad, que son las que comienzan á abrir los ojos á aquella nueva luz: esas (dice ella) te amaron mucho. Porque las tales suelen tener en su comienzo grandes movimientos de amor, como Sancto Tomás lo declara en un opúsculo. Y la causa desto, entre otras, dice él que es la novedad del estado, del amor, de la luz y conoscimiento de las cosas divinas que de presente conoscen, que hasta allí no conoscian. Porque la novedad deste conoscimiento causa en ellas una grande admiracion, acompañada con una grande suavidad y agradescimiento de quien tanto bien les hizo, y que de tales tinieblas las sacó. Vemos que cuando un hombre entra de nuevo en una grande y famosa ciudad, ó en un palacio real, los primeros dias anda como abobado y suspenso con la

[1] Cantic. 8. — [2] Cantic. 1.

novedad y hermosura de las cosas que ve; mas despues que ya las ha visto muchas veces, descrece aquella admiracion y gusto con que al principio las miraba. Pues lo mesmo acaesce en su manera á los que entran en esta nueva region de la gracia, por la novedad de las cosas que se les descubren en ella. Por lo cual no es maravilla que algunas veces los nuevos devotos sientan mayores fervores en sus ánimas que los mas antiguos; porque la novedad de la luz y sentimiento de las cosas divinas causa en ellos mayor alteracion. Y de aquí viene lo que muy bien notó Sant Bernardo [1]: Que no mintió el hermano mayor del hijo pródigo cuando se querelló de su buen padre, diciendo que habiéndole él servido tantos años sin traspasar sus mandamientos, no habia recebido tan grandes favores como los que el hijo desperdiciado recibió cuando se tornó á su casa. Hierve tambien el amor nuevo, como el vino nuevo, en los principios, y la olla da por cima luego como siente la llama y comienza á experimentar el extraño y nuevo calor del fuego: adelante

[1] Enc. 15.

es el calor mas fuerte y mas sosegado; pero á los principios mas fervoroso.

Muy buen recibimiento hace el Señor á los que de nuevo entran en su casa. Los primeros dias comen de balde, y todo se les hace lijero. Hace con ellos el Señor como el mercader, que la primera muestra de la hacienda que quiere vender, da de balde, como quiera que lo demas venda por su justo valor. El amor que se tiene á los hijos chiquitos, aunque no es mayor que el de los que estan ya criados, pero es mas tierno y mas regalado. A estos llevan en brazos; los otros andan por su pié; á los otros ponen en trabajos; á estos de propósito se los quitan, y sin buscar ellos la comida, muchas veces les ruegan con ella, y aun se la ponen en la boca.

Pues deste buen tratamiento del Señor, y destos favores tan conocidos, nasce en los que comienzan aquella alegría espiritual que el profeta significó, cuando dijo [1]: Con las gotas del agua lluvia que de lo alto caen, se alegrará la nueva planta que comienza á florescer. Pues ¿qué planta es es-

[1] Ps. 64.

ta, y qué gotas de agua estas, sino el rocío de la divina gracia, con que se riegan las espirituales plantas que de nuevo son transplantadas del mundo en la huerta del Señor? Pues destas dice el profeta que se alegrarán con las gotas desta agua que caen de lo alto: para significar la grande alegría que los tales reciben con las primicias desta nueva visitacion y beneficio celestial. Y no pienses que estos favores, porque se llaman gotas, es tan pequeña su virtud como su nombre; porque (como dice Sant Augustin) el que bebiere del rio del paraíso (del cual sola una gota es mayor que todo el mar Occeano), cierto es que sola esta bastará para apagar en él toda la sed del mundo.

Ni es argumento contra esto decir que tú no sientes estas consolaciones y alegrías aunque pienses en Dios. Porque si cuando el paladar está corrompido con malos humores, no juzga bien de los sabores (porque lo amargo les paresce dulce, y lo dulce amargo), ¿qué maravilla es que teniendo tú el ánima corrompida con tantos malos humores de vicios y aficiones desordenadas, y tan hecho á las ollas podridas de Egipto,

tengas hastío del manná del cielo, y del pan de los ángeles? Purga tú ese paladar con las lágrimas de la penitencia, y así purgado y limpio podrá gustar y ver cuán suave es el Señor.

Pues siendo esto así, dime agora, hermano: ¿qué bienes hay en el mundo que no sean basura comparados con estos? Dos bienaventuranzas ponen los sanctos: una comenzada y otra acabada; de la acabada gozan los bienaventurados en la gloria, y de la comenzada los justos en esta vida. Pues ¿qué mas quieres tú que comenzar dende agora á ser bienaventurado, y recebir dende acá las arras de aquel divino casamiento, que allí se celebra por palabras de presente, y aquí se comienza por palabras de futuro? ¡Oh hombre! (dice Ricardo) pues en este paraíso puedes vivir y gozar deste tesoro [1], ve y vende todo lo que tienes, y compra esta tan preciosa posesion, que no te será cara; porque el mercader es Cristo, que la da cuasi de balde. No lo dilates para adelante; porque un punto que agora pierdes, vale mas que todos los teso-

[1] Matth. 13.

ros del mundo. Y aunque adelante se te diese, sé, y cierto, que has de vivir con grande dolor de lo que pierdes, y llorar siempre con Sant Augustin, diciendo [1]: Tarde te amé, hermosura tan antigua y tan nueva, tarde te amé. Este sancto lloraba siempre la tardanza de la vuelta, aunque no fué despojado de la corona: mira tú no vengas á llorarlo todo, si por un cabo pierdes los bienes de gloria, de que gozan los sanctos en la vida venidera, y por otro los de gracia, de que los justos gozan en la presente.

CAPÍTULO XVII.

Del quinto privilegio de la virtud, que es el alegría de la buena consciencia de que gozan los buenos, y del tormento y remordimiento interior que padescen los malos.

Con el alegría de las consolaciones del Espíritu Sancto se junta otra manera de alegría [2] que tienen los justos con el testimonio de la buena consciencia. Para entender la dignidad y condicion deste privilegio, es de saber que la divina Providencia (la cual

[1] Lib. 10 Confess., cap. 27, et in Soliloq., cap. 31.—
[2] S. Ioann. Climac., cap. 6.

á todas las criaturas proveyó de lo necesario para su conservacion y perfeccion), queriendo que la criatura racional fuese perfecta, proveyóle suficientemente de todo lo que para esto era necesario. Y porque la perfeccion desta criatura consiste en la perfeccion de su entendimiento y voluntad (que son las dos principales potencias de nuestra ánima, la una de las cuales se perfecciona con la ciencia, y la otra con la virtud); por esto en el entendimiento crió los principios universales de todas las ciencias (de donde proceden las conclusiones dellas), y en la voluntad crió la simiente de todas las virtudes; porque en ella puso una natural inclinacion á todo lo bueno, y un aborrescimiento á todo lo malo: la cual así como naturalmente se huelga con lo uno, así tambien se entristece y murmura contra lo otro, como contra cosa que naturalmente aborresce: la cual inclinacion es tan natural y tan poderosa, que puesto caso que con la costumbre larga del mal vivir se puede enflaquecer y debilitar, mas nunca del todo se puede extinguir y acabar: así como acaesce tambien á nuestro libre albedrío, el cual,

aunque con el uso del pecar se debilita y enflaquece, mas nunca del todo muere. Y en figura desto leemos que entre todas las calamidades y pérdidas del sancto Job [1], nunca faltó un criado que escapase de aquella rota, el cual le viniese á dar cuenta della. Y desta manera nunca falta al que peca este criado (que los doctores llaman sindéresis de la consciencia), que entre todas las otras pérdidas queda salvo, y entre todas las otras muertes vivo: el cual no deja de representar al malo los bienes que perdió cuando pecó, y el estado miserable en que cayó.

En lo cual maravillosamente resplandesce el cuidado de la Providencia divina, y el amor que tiene á la virtud; pues así nos proveyó de un perpetuo despertador que nunca durmiese, y de un perpetuo predicador que nunca se enmudeciese, y de un maestro y ayo que siempre nos encaminase al bien. Esto entendió maravillosamente Epicteto, filósofo estóico, el cual dice que así como los padres suelen encomendar sus hijos cuando son pequeños á algun ayo que

[1] Iob. 1.

tenga cuidado de apartarlos de todo vicio, y encaminarlos á toda virtud, así Dios como padre nuestro, despues de ya criados, nos entregó á esta natural virtud, que llamamos consciencia, como á otro ayo, para que ella nos estuviese siempre enseñando y encaminando á todo bien, y acusando y remordiendo en el mal.

Pues así como esta consciencia es ayo y maestro de los buenos, así por el contrario es verdugo y azote de los malos, que interiormente los azota y acusa por los males que hacen, y echa acíbar en todos sus placeres, de tal manera, que apénas han dado el bocado en la cebolla de Egipto, cuando luego les salta la lágrima viva en el ojo. Y esta es una de las penas con que Dios amenaza á los malos por Isaías, diciendo [1]: Que entregará á Babilonia en poder del erizo; porque por justo juicio de Dios es entregado el corazon del malo (que es aquí entendido por Babilonia) á los erizos, que son los demonios, y son tambien las espinas de los aguijones y remordimientos de la consciencia, que consigo traen los pecados: los

[1] Isai. 14.

cuales como espinas muy agudas atormentan y punzan su corazon. Y si quieres saber qué espinas sean estas, digo que una espina es la mesma fealdad y enormidad del pecado, la cual de sí es tan abominable, que decia un filósofo: Si supiese que los dioses me habian de perdonar, y los hombres nō lo habian de barruntar, todavía no osaria cometer un pecado por sola la fealdad que hay en él. Otra espina es, cuando el pecado trae consigo perjuicio de partes; porque entónces se representa él como aquel derramamiento de la sangre de Abel [1], que estaba clamando á Dios, y pidiendo venganza. Y así se escribe en el primer libro de los Macabeos [2] que se le representaban al rey Antioco los grandes males y agravios que habia hecho en Hierusalem; los cuales tanto le apretaron, que le causaron tristeza y mal de la muerte. Y así estando él para morir, dijo: Acuérdome de los males que hice en Hierusalem, de donde tomé tantos tesoros de oro y plata, y destruí los moradores de la ciudad sin causa: por donde conozco que me vinieron todos estos ma-

[1] Genes. 4. — [2] I Mach. 6.

les que padezco, y así muero agora con tristeza grande en tierra ajena. Otra espina es la infamia que se sigue del mesmo pecado; la cual el malo ni puede dejar de barruntar, ni puede dejar de sentir; pues naturalmente desean los hombres ser bienquistos, y sienten mucho ser malquistos, pues como dijo un sabio: No hay en el mundo mayor tormento que el público odio. Otra espina es el temor necesario de la muerte, y la incertidumbre de la vida; el recelo de la cuenta, y el horror de la pena eterna; porque cada cosa destas es una espina que hiere y punza muy agudamente el corazon del malo; tanto, que todas cuantas veces se le ofresce la memoria de la muerte, por un cabo tan cierta, y por otro tan incierta, no puede dejar de entristecerse, como el Ecclesiástico dice [1], porque ve que aquel dia ha de vengar sus maldades, y poner fin á todos sus vicios y deleites; la cual memoria nadie puede desechar de sí, pues no hay cosa mas natural al mortal que morir. Y de aquí nasce que con cualquiera mala disposicion que tenga, luego está lleno de temo-

[1] Eccl. 41.

res y sobresaltos: si morirá si no morirá; porque la vehemencia del amor proprio, y la pasion del temor le hacen haber miedo de las sombras, y temer donde no hay que temer. Pues ya si hay en la tierra comunes enfermedades, si muertes, temblores de tierra, ó truenos, ó relámpagos, luego se turba y altera con el miedo de su mala consciencia, figurándosele que todo aquello puede venir por su causa.

Pues todas estas espinas juntas atormentan y punzan el corazon de los malos, como muy á la larga lo escribe uno de aquellos amigos del sancto Job, cuyas palabras en sentencia referiré aquí para mayor luz desta doctrina [1]. Todos los dias de su vida (dice él) persevera el malo en su soberbia, siendo tan incierto el número de los años de su tiranía. Siempre suenan en sus oidos voces de temor y de espanto, que son los clamores de la mala consciencia, que le está siempre remordiendo y acusando. En medio de la paz teme celadas de enemigos (porque por muy pacífico y contento que viva, nunca faltan temores y sobresaltos á la ma-

[1] Iob. 15.

la consciencia). No puede acabar de creer que le sea posible venir de las tinieblas á la luz. Esto es, no cree que sea posible salir de las tinieblas de aquel miserable estado en que vive, y alcanzar la serenidád y tranquilidad de la buena consciencia: la cual como una luz hermosísima alegra y esclaresce todos los senos y rincones del ánima; porque siempre le paresce que por todas partes ve la espada delante de sí desnuda; de tal manera, que aun cuando se asienta á comer á la mesa (donde generalmente se suelen los hombres alegrar), allí no le faltan temores, y sobresaltos, y desconfianzas, paresciéndole que le está aguardando el dia de las tinieblas, que es el dia de la muerte, y del juicio, y de la sentencia final. De manera que las tribulaciones y angustias le espantan y cercan por todas partes, así como va cercado un rey de su gente cuando entra en la batalla. Desta manera, pues, escribe aquí este amigo de Job la cruel carnicería que pasa en el corazon destos miserables; porque, como dijo muy bien un filósofo, por ley eterna de Dios siempre persigue el temor á los malos. Lo cual con-

cuerda muy bien con aquella sentencia de Salomon, que dice [1]: Huye el malo sin que nadie lo persiga; mas el justo está confiado y esforzado como un leon.

Todo esto comprehende en pocas palabras Sant Augustin, diciendo [2]: Mandásteslo, Señor, y verdaderamente ello es así, que el ánimo desordenado sea tormento de sí mesmo. Lo cual generalmente se halla en todas las cosas. Porque ¿qué cosa hay en el mundo, que estando desordenada, no esté naturalmente inquieta y descontenta? El hueso que está fuera de su juntura y lugar natural, ¡qué dolores causa! El elemento que está fuera de su centro, ¡qué violencia padesce! Los humores del cuerpo humano cuando estan fuera de aquella proporcion y templanza natural que habian de tener, ¡qué enfermedades causan! Pues como sea cosa tan propria y tan debida á la criatura racional vivir por órden y por razon, siendo la vida desordenada y fuera de razon ¿cómo no ha de padescer y reclamar la naturaleza desta criatura? Muy bien dijo el sancto Job [3]: ¿Quién jamas resistió á Dios

[1] Prov. 28. — [2] Lib. 1 Confess. c. 12. — [3] Iob. 9.

y vivió en paz? Sobre las cuales palabras dice Sant Gregorio [1]: Que así como Dios crió las cosas maravillosamente, así las dispuso muy ordenadamente; para que así se conservasen, y permanesciesen en su sér. De donde se infiere que quien resiste á la disposicion y órden del Criador, deshace el concierto de la paz que dello se seguia: porque no pueden estar quietas las cosas que salen del compas de la divina disposicion. Y así las que permanesciendo en la subjeccion de Dios, vivian en órden y en paz, salidas desta subjeccion, juntamente con el órden pierden la paz. Como se ve claro en el primero hombre, y en el ángel que cayeron [2], los cuales, porque haciendo su voluntad salieron de la órden y subjeccion de Dios, juntamente con la órden perdieron la felicidad y paz en que vivian; y el hombre, que estando subjecto era señor de sí, cuando perdió esta subjeccion, halló la guerra y la rebelion dentro de sí.

Este es pues el tormento en que por justo juicio de Dios viven los malos, que es una de las grandes miserias que en esta vida pa-

[1] 9 Mor. c. 2. — [2] Gen. 3. Isai. 14.

descen. Así lo predican generalmente todos los sanctos: Sant Ambrosio en el libro de sus oficios dice: ¿Qué pena hay mas grave que la llaga interior de la consciencia? Por ventura ¿no es este mal mas para huir que la muerte, que las pérdidas de la hacienda, que el destierro, que la enfermedad y el dolor? Sant Isidoro dice: De todas las cosas puede huir el hombre, sino de sí mesmo. Porque do quiera que fuere, no le ha de desamparar el tormento de la mala consciencia. Y en otro lugar dice el mesmo: Ninguna pena hay mayor que la de la mala consciencia: por tanto, si quieres nunca estar triste, vive bien. Lo cual es en tanta manera verdad, que hasta los mesmos filósofos gentiles (sin conoscer ni creer las penas con que nuestra fe castiga á los malos) confiesan esta mesma verdad. Y así dice Séneca: ¿Qué aprovecha esconderse y huir de los ojos y oidos de los hombres? La buena consciencia llama por testigos á todo el mundo; pero la mala, aunque esté en la soledad, está solícita y congojosa. Si es bueno lo que haces, sépanlo todos; si es malo, ¿qué hace al caso que no lo sepan los otros, si lo sa-

bes tú? ¡Oh miserable de tí, si menosprecias este testigo! pues es cierto que la propria consciencia vale (como dicen) por mil testigos. Y el mesmo en otra parte dice, que la mayor pena que se puede dar á una culpa, es haberla cometido. Y en otra repite lo mesmo, diciendo: A ningun testigo de tus pecados debes temer mas que á tí mesmo; porque de todos los otros puedes huir, mas de tí no; como sea cierto que la maldad sea pena de sí mesma. Tulio en una oracion dice: Grande es la fuerza de la consciencia en cualquiera de las partes; y así nunca temen los que no hicieron por qué: como quiera que siempre viven en temor los que algo hicieron.

Este es pues uno de los tormentos que perpetuamente padescen los malos: el cual se comienza en esta vida, y se continuará en la otra; porque este es aquel gusano inmortal, segun lo llama Isaías [1], que eternalmente roerá y atormentará la consciencia de los malos [2]. Y esto dice Sant Isidoro que es llamar un abismo á otro abismo, cuando los malos pasen del juicio de su

[1] Isai. 66. Marc. 9. Eccles. 7. — [2] Ps. 41.

consciencia al juicio de la condemnacion eterna.

§ I.

De la alegría de la buena consciencia de que gozan los buenos.

Pues deste azote y carnicería tan cruel estan libres los buenos, pues carescen de todos estos aguijones y estímulos de la consciencia, y gozan de las flores y fructos suavísimos de la virtud, que el Espíritu Sancto planta en sus ánimas, como un paraíso terrenal, y vergel cercado en que él se deleita. Así lo llama Sant Augustin, escribiendo sobre el Génesi, donde dice [1]: El alegría de la buena consciencia que hay en el bueno, paraíso es. Por donde la Iglesia en aquellos que viven con justicia, piedad y templanza, convenientemente se llama paraíso adornado con abundancia de gracias y de castos deleites. Y en el libro que trata de cómo se han de enseñar los ignorantes, dice así [2]: Tú que buscas el verdadero descanso, el cual se promete á los cristianos despues de

[1] Cont. Manich. lib. 2, cap. 9. — [2] Tom. 4, lib. 1 de Catec. rudib. cap. 16, in fine.

la muerte, ten por cierto que tambien lo hallarás entre las molestias amarguísimas desta vida, si amares los mandamientos de aquel que lo prometió; porque en muy poco espacio verás por experiencia cómo son mas dulces los fructos de la justicia, que los de la maldad: y mas verdadera y dulcemente te alegrarás de la buena consciencia en medio de las tribulaciones, que de la mala entre los deleites. Hasta aquí son palabras de Sant Augustin. Por las cuales entenderás ser tanta la alegría de la buena consciencia, que así como la miel no solamente es dulce, mas hace tambien dulces las cosas desabridas con que se junta; así la buena consciencia es tan alegre, que hace alegres todas las molestias de la vida. Y así como dijimos que la mesma fealdad y enormidad del pecado atormentaba los malos; así por el contrario la mesma hermosura y dignidad de la virtud alegra y consuela á los buenos, como claramente lo significó el profeta David, cuando dijo [1]: Los juicios del Señor (que son sus sanctos mandamientos) son verdaderos y justificados en sí mesmos, y

[1] Ps. 18.

son mas preciosos que el oro y piedras preciosas, y mas dulces que el panal y la miel. Y así como en tales se deleitaba él mesmo en la guarda dellos; como él lo testificó en otro salmo, diciendo [1]: En el camino de tus mandamientos, Señor, me deleité, así como en todas las riquezas del mundo. La cual sentencia confirma su hijo Salomon en sus Proverbios, diciendo [2]: Alegría es al justo hacer justicia; que es lo mesmo que hacer virtud, y cumplir con las obligaciones que el hombre tiene sobre sí. La cual alegría aunque proceda de otras muchas causas, pero señaladamente procede de la mesma dignidad y hermosura de la virtud, la cual (como dijo Platon) es de inestimable hermosura. Finalmente es tan grande el fructo y gusto de la buena consciencia, que en ella pone Sant Ambrosio en el libro de sus oficios la felicidad de los justos en esta vida; y así dice él: Tan grande es el resplandor de la virtud, que basta para hacer nuestra vida bienaventurada la tranquilidad de la consciencia, y la seguridad de la innocencia.

[1] Ps. 118. — [2] Prov. 21.

Y así como los filósofos sin lumbre de fe conoscieron el tormento de la mala consciencia, así conoscieron el alegría de la buena, como lo muestra Tulio en el libro de las cuestiones Tusculanas, donde dice así: La vida que se ha empleado en honestos y nobles ejercicios, trae consigo tanta consolacion, que los que desta manera vivieron, ó no sienten trabajo, ó lo tienen por muy liviano. El mesmo dice en otro lugar, que ningun teatro hay mas público, ni mas honroso para la virtud, que el testimonio de la buena consciencia. Sócrates, preguntado quién podria vivir sin pasion, respondió que el que viviese bien. Y Bías otrosí filósofo insigne, preguntado quién habia en la vida que caresciese de miedo, respondió que la buena consciencia. Y Séneca en una carta dice así: El sabio nunca vive sin alegría, y esta alegría le viene de la buena consciencia. En lo cual verás cuánto concuerda esta sentencia con aquella de Salomon que dice [1]: Todos los dias del pobre son malos (conviene saber, trabajosos y penosos); mas el ánima segura es como un banquete per-

[1] Prov. 15

petuo. No se podia mas decir en tan pocas palabras; en las cuales se nos da á entender, que así como el que está en un convite, se alegra con la variedad de los manjares, y con la presencia de los amigos con quien los come, así el justo se alegra con el testimonio de la buena consciencia, y con el olor de la presencia divina, de la cual tiene grandes prendas y conjecturas en su ánima. Sino la diferencia es esta: que aquella alegría del convite es bestial y terrena; mas esta es perpetua; aquella se comienza con hambre, y se acaba con hastío; esta se comienza con la buena vida, y se continúa con la perseverancia, y se acaba con la gloria. Pues si los filósofos en tanto estimaban esta alegría, sin esperar nada en la otra vida por ella, el cristiano que sabe cuántos bienes tiene Dios aparejados para galardonarla en la vida advenidera, y cuántos en la presente, ¿cuánto mas se alegrará? Y aunque este testimonio no deba carescer de un sancto y religioso temor, pero este tal temor no solo no desmaya, mas ántes por una maravillosa manera esfuerza al que lo tiene; porque tácitamente nos da á en-

tender que es mas legítima y sana nuestra confianza, pues está acompañada y rectificada con este sancto temor: del cual si caresciese, no seria confianza, sino falsa seguridad y presumpcion.

Cata aquí pues, hermano, otro nuevo privilegio de que gozan los buenos, del cual dice el apóstol [1]: Nuestra gloria es el testimonio de nuestra consciencia, que es haber vivido con simplicidad de corazon, y con pureza y sinceridad, y no con sabiduría carnal.

Esto es lo que con palabras se puede significar deste privilegio. Mas ni estas ni otras muchas son mas parte para declarar la excelencia dél, á quien no tiene experiencia della, que quien quisiese con palabras dar á entender el sabor de un manjar esquisito á quien nunca lo probó. Porque sin duda esta alegría es tan grande, que muchas veces cuando el bueno se halla triste y atribulado, y volviendo los ojos á todas partes no ve cosa que le consuele, volviendo los ojos hácia dentro, y mirando la paz de su consciencia, y el testimonio della, se

[1] II Cor. 1.

consuela y esfuerza; porque entiende bien que todo lo demas, como quiera que suceda, ni hace ni deshace á su caso, sino solo esto. Y aunque (como dije) no pueda tener evidencia desto; mas así como el sol por la mañana ántes que se descubra, esclaresce el mundo con la vecindad de su resplandor, así la buena consciencia, aunque no se conozca por evidencia, todavía alegra con el resplandor de su testimonio al ánima. Lo cual es en tanto grado verdad, que dice Sant Crisóstomo estas palabras: Toda abundancia de tristeza, cayendo en una buena consciencia, así se apaga como una centella de fuego, cayendo en un lago muy profundo de agua.

CAPITULO XVIII.

Del sexto privilegio de la virtud, que es la confianza y esperanza en la divina misericordia de que gozan los buenos; y de la vana y miserable confianza en que viven los malos.

Con el alegría de la buena consciencia se junta la de la confianza y esperanza en que viven los buenos, de la cual dice el após-

tol: *Spe gaudentes, in tribulatione patientes* [1], aconsejándonos que nos alegremos con la esperanza, y con ella tengamos en las tribulaciones paciencia; pues tan grande ayudador y galardonador de nuestros trabajos nos dice ella que tenemos en Dios. Este es uno de los grandes tesoros de la vida cristiana, estas las Indias y patrimonios de los hijos de Dios, y este el comun puerto y remedio de todas las miserias desta vida.

Mas aquí es de notar (porque no nos engañemos) que así como hay dos maneras de fe, una muerta que no hace obras de vida (cual es la de los malos cristianos), y otra viva, y formada con caridad (cual es la que tienen los justos con que hacen obras de vida), así tambien hay dos maneras de esperanza: una muerta, que ni da vida al ánima, ni la aviva y esfuerza en sus obras, ni la anima y consuela en sus trabajos (cual es la que tienen los malos), y otra viva, como la llama Sant Pedro [2], la cual, como cosa que tiene vida, tiene tambien efectos de vida, que son animarnos, consolarnos, alegrarnos, y esforzarnos en el camino del

[1] Rom. 12. — [2] I Petr. 1.

cielo, y darnos aliento y confianza en medio de los trabajos del mundo: como la tenia aquella bienaventurada Susana, de quien se dice que estando ya sentenciada á muerte, y llevándola por las calles públicas á apedrear, con todo esto su corazon estaba esforzado y confiado en Dios. Y tal era tambien la confianza que tenia David, cuando decia [1]: Acuérdate, Señor, de la palabra que tienes dada á tu siervo, con la cual me diste esperanza; porque esta me esforzó y consoló en la afliccion de mis trabajos.

Pues esta esperanza viva obra muchos y muy admirables efectos en el ánima donde mora; y tanto mas, cuanto mas participa de la caridad y amor de Dios, que es el que le da la vida [2]. Entre los cuales efectos el primero es esforzar al hombre en el camino de la virtud con la esperanza del galardon; porque cuanto mas firmes prendas tiene desto, tanto mas alegremente pasa por los trabajos del mundo, como todos los Santos á una voz testifican. Sant Gregorio dice: La virtud de la esperanza de tal manera levanta nuestro corazon á los bienes de

[1] Ps. 118. — [2] 1 Ioann. 3.

la eternidad, que nos hace no sentir los males desta mortalidad. Orígenes dice: La esperanza de la gloria advenidera da descanso á los que por ella trabajan en esta vida, así como mitiga el dolor de las heridas que el soldado recibe en la guerra la esperanza de la corona. Sant Ambrosio dice: La esperanza firme del galardon esconde los trabajos, y hurta el cuerpo á los peligros. Sant Hierónimo dice: Toda obra se hace liviana cuando se estima el precio della, y así la esperanza del premio diminuye la fuerza del trabajo. Esto mesmo explica Crisóstomo aun mas copiosamente por estas palabras: Si las temerosas ondas de la mar no desmayan á los marineros, ni la lluvia de las tempestades é inviernos á los labradores, ni las heridas y muertes á los soldados, ni los golpes y caidas á los luchadores, cuando ponen los ojos en las esperanzas engañosas de lo que por esto pretenden; mucho ménos habian de sentir los trabajos los que esperan el reino de Dios. No mires pues, ó cristiano, que el camino de las virtudes es áspero, sino dónde va á parar; ni que el de los vicios es dulce, sino el para-

dero que tiene. Dice por cierto muy bien este sancto. Porque ¿quién irá de buena gana por un camino de rosas y flores, si va á parar en la muerte; y quién rehusará un camino áspero y dificultoso, si va á parar á la vida?

Mas no solo sirve la esperanza para alcanzar este tan deseado fin, sino tambien para todos los medios que para él se requieren, y generalmente para todas las necesidades y miserias desta vida. Porque por ellas es el hombre socorrido en sus tribulaciones, defendido en sus peligros, consolado en sus dolores, ayudado en sus enfermedades, proveido en sus necesidades; pues por ella se alcanza el favor y misericordia de Dios, que para todas las cosas nos ayuda. Desto tenemos evidentísimas prendas y testimonios en todas las Escripturas divinas, mayormente en los Salmos de David; porque apénas se hallará salmo que no engrandezca esta virtud, y predique los frutos della: lo cual sin duda es una de las mayôres riquezas y consolaciones que los buenos tienen en esta vida. Por lo cual no se me debe tener por prolijidad referir aquí al-

gunas dellas; pues es cierto que muchas mas son las que callo, que las que podré referir. En el libro segundo del Paralipomenon dijo un profeta al rey Asá [1]: Los ojos del Señor contemplan toda la tierra, y dan fortaleza á todos los que esperan en él. Hieremías dice [2]: Bueno es el Señor á los que esperan en él, y al ánima del que le busca. Y en otro lugar [3]: Bueno es el Señor, el cual esfuerza á los suyos en el tiempo de la tribulacion, y conosce á todos los que esperan en él: esto es, tiene cuenta con ellos para socorrerlos y ayudarlos. Isaías dice [4]: Si os volviéredes á mí, y estuviéredes en mí quietos, seréis salvos; en silencio y esperanza estará vuestra fortaleza. Y entiende aquí por silencio la quietud y reposo interior del ánima en medio de los trabajos, que es efecto desta esperanza, la cual destierra della toda solicitud y congoja desordenada, con el favor que espera de la misericordia divina. El Ecclesiástico dice [5]: Los que temeis al Señor, fiáos dél, y no perderéis vuestro galardon. Los que temeis al

[1] II Paral. 16. — [2] Thren. 3. — [3] Nahum, 1. — [4] Isai. 30. — [5] Eccl. 2.

Señor, esperad en él, y su misericordia será para vuestra consolacion y alegría. Mirad, hijos, á todas las naciones de los hombres, y sabed cierto que nadie esperó en el Señor, que le saliese en vano su esperanza. Salomon en sus Proverbios dice [1]: Descubre tu corazon al Señor, y espera en él; porque él te guiará y enderezará en tus caminos. El profeta David en un salmo dice [2]: Esperen, Señor, en tí los que conoscen tu nombre; porque nunca desamparaste á los que te buscan. En otro dice [3]: Yo, Señor, esperé en tí; y así me alegraré y gozaré en tu misericordia. En otro dice [4]: A los que esperan en el Señor cercará la misericordia. Y dice muy bien cercará, para dar á entender que por todas partes los guardará, así como el rey que está cercado de su gente, para que vaya mas seguro. Y en otro salmo prosigue mas á la larga esta materia, diciendo [5]: Esperando esperé en el Señor, y él miró por mí, y sacóme del lago de la miseria, y del lodo en que estaba atollado, y asentó mis piés sobre una firme piedra, y enderezó todos mis pasos, y pu-

[1] Prov. 3. — [2] Ps. 9. — [3] Ps. 30. — [4] Ps. 31. — [5] Ps. 39.

so en mi boca un cantar nuevo, y un himno en alabanza de nuestro Dios. Verán esto los justos, y alabarán á Dios, y esperarán en él: bienaventurado el varon que puso su esperanza en el Señor, y no puso sus ojos en las vanidades y locuras engañosas del mundo. En las cuales palabras hallarás aun otro efecto maravilloso desta virtud, que es abrir la boca y los ojos del hombre para conoscer por experiencia la bondad y providencia paternal de Dios, y cantarle un cantar nuevo, con nuevo gusto y nueva alegría, por el nuevo beneficio recebido con el socorro esperado. No acabariamos á este paso de traer versos, y aun salmos enteros deste profeta. Porque todo el salmo [1]: *Qui confidunt in Domino, sicut mons Sion*, desto habla. Y asimesmo todo el salmo [2]: *Qui habitat in adiutorio altissimi*, se gasta en contar los grandes fructos y provechos de los que esperan en Dios, y viven debajo de su proteccion. Donde sobre una palabra deste salmo, que dice: Tú eres, Señor, mi esperanza, escribe Sant Bernardo así: Para cualquier cosa que deba yo hacer ó no ha-

[1] Ps. 124. — [2] Ps. 90.

cer, sufrir ó desear, tú eres, Señor, mi esperanza. Esta es la causa del cumplimiento de todas tus promesas: esta es la principal razon y fundamento de mi esperanza. Alegue otro sus virtudes, gloríese que ha sufrido todo el peso del dia, y del calor [1]: diga con el Fariseo que ayuna dos dias cada semana, y que no es él como los otros hombres [2]; mas yo, Señor, diré con el profeta [3]: Bueno es á mí llegarme á Dios, y poner en él mi esperanza. Si me prometen premios, por vos esperaré que los alcanzaré; si se levantaren contra mí batallas, por vos espero que las venceré; si se embraveciere contra mí el mundo, si bramare el demonio, si la mesma carne se levantare contra el espíritu, en vos esperaré [4]. Pues siendo esto así, ¿por qué no desechamos luego de nosotros todas estas vanas y engañosas esperanzas, y no nos apegamos con todo fervor y devocion á esta esperanza tan segura? Y mas abajo añade el mesmo sancto, diciendo: La fe dice: Grandes y inestimables bienes tiene Dios aparejados para sus fieles. Mas la esperanza dice: Pa-

[1] Matth. 20. — [2] Luc. 18. — [3] Ps. 72. — [4] Ps. 26.

ra mí los tiene guardados. Y no contenta con esto, hace á la caridad que diga: Pues yo me daré prisa por gozarlos.

Cata aquí pues, hermano, cuán grande sea el fructo desta virtud, y para cuántas cosas nos aprovecha. Ella es como un puerto seguro adonde se acogen los justos en el tiempo de la tormenta. Es como un escudo muy fuerte con que se defienden de los mares y ondas deste siglo. Es como un depósito de pan en tiempo de hambre, adonde acuden todos los pobres y necesitados á pedir socorro. Es aquel tabernáculo y sombra que promete Dios por Isaías á sus escogidos [1]; para que en él se escondan y defiendan de los calores del verano, y de las lluvias y torbellinos del invierno: esto es, de las prosperidades y adversidades deste mundo. Es finalmente una medicina y comun remedio de todos nuestros males; pues es verdad que todo lo que justa, fiel y sabiamente esperáremos de Dios, alcanzarémos, siendo cosa saludable. Por donde dice Cipriano que la misericordia de Dios es la fuente de los remedios; y que la espe-

[1] Isai. 4.

ranza es el vaso que los coge; y que segun la cuantidad deste vaso, así será la del remedio; porque por parte de la fuente no puede el agua de la misericordia faltar. De suerte que así como dijo Dios á los hijos de Israel, que toda la tierra sobre que pusiesen sus piés, sería suya [1], así toda la misericordia sobre que el hombre llegare á poner los piés de su esperanza, será suya. Y segun esto, el que movido de Dios esperare todas las cosas, todas las alcanzará. En lo cual paresce que esta esperanza es una imitacion de la virtud y poder de Dios, la cual redunda en gloria del mesmo Dios. Porque, como dice muy bien Sant Bernardo, no hay cosa que tanto declare la omnipotencia de Dios, como ver que no solo él es todopoderoso, mas que tambien hace en su manera todopoderosos á los que esperan en él. Si no, dime, ¿no participaba desta omnipotencia el que dende la tierra mandaba al sol que se parase en el cielo [2], y el que daba á escoger al rey Ezequías, si queria que mandase al mesmo sol volver atras, ó pasar adelante [3]? Esto es lo que

[1] Iosue, 1. — [2] Iosue, 10. — [3] IV Reg. 20. Isai. 38.

señaladamente engrandesce la gloria de Dios, hacer los suyos tan poderosos. Porque si se gloriaba aquel soberbio rey de los asirios, diciendo que los príncipes que le servian, eran tambien reyes como él [1], ¡cuánto más se puede gloriar nuestro Señor Dios, diciendo que tambien son dioses en su manera, los que sirven á él, pues tanto participan de su poder [2]!

§ I.

De la esperanza vana de los malos.

Este es pues el tesoro de la esperanza de que gozan los buenos, del cual carescen los malos; porque aunque tienen esperanza, no la tienen viva, sino muerta; porque el pecado le quitó la vida, y así no obra en ellos estos efectos que habemos dicho. Porque así como ninguna cosa hay que mas avive la esperanza, que la buena conscien-cia, así una de las cosas que mas la derriba y desmaya, es la mala; pues esta (como dijimos) ordinariamente anda á sombra de tejados; y así teme y desconfia, por en-

[1] Dan. 1 et 2. — [2] Ps. 81.

tender que no tiene merescido, sino desmerescido el favor de la divina gracia. De donde así como la sombra sigue al cuerpo do quiera que va, así el temor y la desconfianza acompañan á la mala consciencia por do quiera que ande. En lo cual paresce que cual es su felicidad, tal es su confianza; porque así como tiene su felicidad en los bienes del mundo, así en ellos tiene su confianza, pues en ellos se gloría, y á ellos se socorre en el tiempo de la tribulacion. De la cual esperanza hallamos escrito en el libro de la Sabiduría [1]: La esperanza del malo es como el pelito de lana que se lleva el viento, y como la espuma delgada, que deshace la ola, y como el vapor del humo, que esparce el aire. ¿Ves pues cuán sana sea esta confianza?

Pues aun mas mal tiene que este; porque no solo es vana, sino tambien perjudicial y engañosa, como lo significó el Señor por el profeta Isaías, diciendo [2]: Ay de vosotros, hijos desamparadores de vuestro padre, que tomastes consejo, y no conmigo; y urdistes una tela, y no con mi espí-

[1] Sapient. 5. — [2] Isai. 30.

ritu, para añadir pecados á pecados; é inviastes á Egipto á pedir socorro, y no tomastes consejo conmigo, esperando ayuda en la fortaleza de Faraon, y poniendo vuestra confianza en la sombra de Egipto. Y volvérseos ha la fortaleza de Faraon en confusion, y la confianza en la sombra de Egipto, en ignominia. Todos quedaron confundidos esperando en el pueblo que no los socorrió, ni les aprovechó nada, ántes les fué materia de mayor vergüenza y confusion. Hasta aquí son palabras de Isaías, el cual (no contento con lo dicho) torna en el capítulo siguiente á repetir esta mesma reprehension, diciendo [1]: ¡Ay de aquellos que van á Egipto á pedir socorro, esperando en sus caballos, y teniendo confianza en sus carros, porque son muchos; y en sus caballeros, porque son muy esforzados; y no pusieron su confianza en el sancto de Israel, ni buscaron al Señor! Porque Egipto es hombre, y no Dios; y sus caballos son carne, y no espíritu; y el Señor extenderá su mano, y caerá el ayudador, y tambien el que es ayudado; y unos y otros

[1] Isai. 31.

serán juntamente confundidos y burlados.

Cata aquí pues la diferencia que hay entre la esperanza de los buenos y de los malos; porque la de los unos es carne, y la de los otros es espíritu; y (si esto es poco) la de los unos es hombre, y la de los otros es Dios: por do paresce que lo que va de Dios á hombre, eso va de esperanza á esperanza. Por lo cual con mucha razon nos aparta el profeta de la una esperanza, y nos convida á la otra, diciendo [1]: No querais confiar en los príncipes de la tierra, ni en los hijos de los hombres, que no son parte para dar salud. Acabarse ha la vida dellos, y volverse han en la mesma tierra de que fuéron formados, y en este dia perecerán todos los pensamientos de los que confiaban en ellos. Bienaventurado el varon que tiene á Dios por su ayudador, y en él tiene puesta su esperanza: el cual hizo el cielo, la tierra, la mar y todo lo que en ellos es. ¿Ves pues aquí claro la diferencia que va de la una esperanza á la otra? Y en otro salmo declara el mesmo profeta esta mesma diferencia de esperanzas, di-

[1] Ps. 145.

ciendo [1]: Estos confian en sus carros y caballos, y nosotros en el nombre del Señor. Ellos se enlazaron y cayeron; mas nosotros nos levantamos y estamos en pié. Mira pues cuán bien responde aquí el fructo de la confianza á los estribos y fundamentos della; pues de la una se sigue la caida, y de la otra levantamiento y victoria.

Por lo cual con mucha razon se comparan los unos con aquel hombre del Evangelio [2] que edificó su casa sobre arena, la cual á la primera tempestad que se levantó, dió consigo en tierra; y los otros con el que la edificó sobre peña viva, y por eso estuvo firme y segura contra todas las aguas y torbellinos desta vida. Y no ménos elegantemente declara el profeta Hieremías por otra muy hermosa comparacion esta mesma diferencia por estas palabras [3]: Maldito sea el hombre que confia en otro hombre, y el que apartando su corazon del Señor, pone la carne flaca por brazo y amparo de su vida. Porque este tal será como el arbolillo silvestre, que nasce en el desierto, que no verá el bien cuando viniere, sino ántes

[1] Ps. 19. — [2] Matth. 7. — [3] Hier. 17.

estará desmedrado en perpetua sequedad, y en tierra salobre é inhabitable. Mas, por el contrario, del varon justo dice luego así: Bendito sea el varon que tiene su esperanza en el Señor, porque él será su ayudador. Este tal será como un árbol plantado par de las corientes de las aguas, que con la virtud del humor vecino extenderá sus raices, y en el año de la sequedad estará seguro de la fuerza del estío y sus hojas estarán siempre verdes, y nunca dejará de dar su fructo. Hasta aquí son palabras del profeta. Pues dime, ruégote, ¿qué mas era menester (si tuviesen los hombres seso) para ver la diferencia que hay solo por parte de la esperanza entre la suerte de los buenos y de los malos, y entre la prosperidad de los unos y de los otros? ¿Qué mayor bien puede tener un árbol, que estar plantado de la manera que aquí nos lo pinta este profeta? Pues tal es en su manera el estado del justo, á quien todas las cosas suceden prósperamente, por estar plantado par de las corrientes del agua de la divina gracia. Mas, por el contrario, ninguna peor suerte puede caber á un árbol, que ser in-

fructuoso y silvestre, y estar en mala tierra, y fuera de la vista y culto de los hombres: para que por aquí vean los malos que no pueden tener en esta vida otro mas miserable estado que tener desviados sus ojos y corazon de Dios (que es fuente de aguas vivas), y tenerlos puestos en los arrimos de las criaturas frágiles y engañosas; que es la tierra desierta, seca, y inhabitable. Por donde verás muy bien cuán digno de ser llorado es el mundo, que en tan mala tierra está plantado; pues en tan flacos estribos tiene puesta su esperanza, que no es esperanza, sino engaño y confusion, como arriba se declaró.

Pues dime, ruégote, ¿qué mayor miseria puede ser que esta? ¿Qué mayor pobreza, que vivir sin esta manera de esperanza? Porque si el hombre quedó por el pecado tan pobre y desnudo, como arriba tratamos [1], y para su remedio era tan necesaria la esperanza de la divina misericordia; ¿qué será dél, quebrada esta áncora en la cual se sostenia? Vemos que todos los otros animales nascen en su manera per-

[1] Cap. 5.

fectos, y proveidos de todo lo necesario para su vida. Mas el hombre por el pecado quedó medio deshecho, de tal manera que cuasi ninguna cosa de las que ha menester tiene dentro de sí; sino que todo le ha de venir de acarreo, y de limosna por mano de la divina misericordia. Pues quitada esta de por medio, ¿qué tal podrá ser su vida, sino coja, y manca, y llena de mil defectos? ¿Qué cosa es vivir sin esperanza, sino vivir sin Dios? ¿Pues qué le quedó al hombre de su antiguo patrimonio para vivir sin este arrimo? ¿Qué nacion hay en el mundo tan bárbara, que no tenga alguna noticia de Dios y que no le honre con alguna manera de honra, y que no espere algun beneficio de su providencia? Un poco de tiempo que se ausentó Moysen de los hijos de Israel, pensaron que estaban sin Dios, y como rudos y groseros dieron luego voces á Aaron, diciendo que les hiciese algun dios, porque no se atrevian á caminar sin él [1]. En lo cual paresce que la mesma naturaleza humana, aunque no siempre conosce al verdadero Dios, conosce que tie-

[1] Exod. 32.

ne necesidad de Dios; y aunque no conozca la causa de su flaqueza, conosce su flaqueza: y por eso naturalmente busca á Dios para remedio della. De suerte que así como la yedra busca el arrimo del árbol para subir á lo alto, porque por sí no puede; y así como la mujer naturalmente busca el arrimo y sombra del varon, porque como animal imperfecto entiende la necesidad que tiene deste arrimo, así la mesma naturaleza humana, como pobre y necesitada, busca la sombra y amparo de Dios. Pues siendo esto así, ¿cuál será la vida de los hombres que viven en tan triste viudez y desamparo de Dios?

Querria saber: los que desta manera viven ¿con quién se consuelan en sus trabajos? á quién se acogen en sus peligros? con quién se curan en sus enfermedades? á quién dan parte de sus penas? con quién se aconsejan en sus negocios? á quién piden socorro en sus necesidades? con quién tratan? con quién conversan? con quién platican? con quién se acuestan? y con quién se levantan? y finalmente, cómo pasan por todos los trances desta vida los que

no tienen este recurso? Si un cuerpo no puede vivir sin ánima, ¿cómo un ánima puede vivir sin Dios? pues no es ménos necesario Dios para la una vida, que el ánima para la otra. Y si (como arriba dijimos) la esperanza viva es el áncora de nuestra vida, ¿cómo osa nadie entrar en el golfo deste siglo tan tempestuoso sin el socorro desta áncora? Y si la esperanza deciamos que era el escudo con que nos defendemos del enemigo, ¿cómo andan los hombres sin este escudo en medio de tantos enemigos? Si la esperanza es el báculo con que se sostiene la naturaleza humana despues de aquella general dolencia, ¿qué será del hombre flaco sin el arrimo deste báculo?

Queda pues aquí bastantemente declarado lo que va de la esperanza de los buenos á la de los malos, y por consiguiente lo que va de la suerte de los unos á la de los otros; pues los unos tienen á Dios por defensor y valedor, y los otros el báculo de Egipto, que si os quisiéredes afirmar sobre él, quebrarse ha, y entrarse ha por la mano del que estriba sobre él [1]. Porque basta la cul-

[1] Isai. 36.

pa que el hombre comete en poner aquí toda su confianza, para que Dios la cure con el desengaño de su caida: como él lo significó por Hieremías, el cual profetizando la destruicion del reino de Moab, y la causa della, dice así [1]: Porque tuviste confianza en tus muros y en tus tesoros, tú tambien serás presa y destruida, y Chamós (que es el Dios en que confías) será llevado captivo, y su sacerdotes y príncipes tambien con él. Mira pues agora tú cuál sea este linage de socorro, pues el mesmo confiar en él y procurarlo es perderlo.

Esto baste cuanto á este privilegio de la esperanza; el cual aunque paresce ser el mesmo que el de la providencia especial de Dios para con los suyos (de que arriba tratamos), pero no lo es, ántes se diferencia dél como efecto de su causa. Porque como sean muchos los fundamentos y causas desta esperanza (cuales son la bondad y la verdad de Dios, y los méritos de Cristo, etc.), uno de los principales es esta paternal providencia, de la cual procede esta confianza. Porque saber que tiene Dios

[1] Hier. 48.

este cuidado dellos, causa esta confianza en ellos.

CAPÍTULO XIX.

Del séptimo privilegio de la virtud, que es la verdadera libertad de que gozan los buenos; y de la miserable y no conoscida servidumbre en que viven los malos.

De todos estos privilegios susodichos, y señaladamente del segundo y del cuarto (que es de la gracia del Espíritu Sancto, y de las consolaciones divinas), se sigue otro maravilloso de que gozan los buenos; que es la verdadera libertad del ánima, la cual el Hijo de Dios trajo al mundo, y por la cual tiene apellido de Redentor del género humano; por haberlo rescatado de la verdadera y miserable servidumbre en que vivia, y puesto en verdadera libertad. Este es uno de los principales bienes que este Señor trajo al mundo, y uno de los mas señalados beneficios del Evangelio, y uno de los principales efectos del Espíritu Sancto; porque donde este espíritu mora, ahí está la verdadera libertad; como dice el apóstol [1]: Finalmente este es uno de los

[1] II Cor. 3.

grandes premios que en esta vida se prometen á los siervos de Dios, como el mesmo Señor lo prometió á unos que le querian comenzar á servir, diciendo [1]: Si vosotros permaneciéredes en mis palabras, seréis de verdad mis discípulos, y conoceréis la verdad, y la verdad os librará, esto es, la verdad os dará verdadera libertad. Y respondiendo ellos: Hijos somos de Abraham, y nunca servimos á nadie: ¿cómo dices tú agora que serémos libres? respondió el Señor: En verdad os digo que quien quiera que comete pecado, es siervo del pecado, y el siervo no permanesce en la casa para siempre; mas el hijo permanesce siempre, y por tanto, si el hijo os libertare, seréis de verdad libres.

En las cuales palabras manifiestamente da el Señor á entender que hay dos maneras de libertad: una falsa (que paresce libertad y no lo es), y otra verdadera, que lo es. Falsa es la de aquellos que teniendo el cuerpo libre, tienen el ánimo captivo y subjecto á la tiranía de sus pasiones y pecados: como era la de Alejandro Magno,

[1] Ioann. 8.

que siendo señor del mundo, era esclavo de sus vicios. Mas verdadera es la de aquellos que tienen el ánima libre de todos estos tirannos; como quiera que esté el cuerpo ora suelto, ora captivo: cual era la del apóstol Sant Pablo, que estando preso en una cadena, con el espíritu volaba por el cielo, y con sus cartas y doctrina libertaba el mundo.

La razon de llamar esta á boca llena libertad, y la otra no, es porque como entre las dos partes principales del hombre, el ánima sea sin comparacion mas noble, y cuasi el todo del hombre; y el cuerpo no sea mas que la materia, y el subjecto ó la caja en que está el ánima encerrada, de aquí nasce que aquel se debe decir de verdad libre, que tiene esta tan principal parte libre; y aquel falsamente libre, que teniendo esta captiva, el cuerpo trae por do quiere suelto y libre.

§ I.

De la servidumbre en que viven los malos.

Y si preguntares de quién es captivo el que desta manera lo es, digo que lo es del

mas feo, torpe, y abominable tiranno de cuantos se pueden imaginar, que es el pecado. Porque la mas abominable cosa que hay en el mundo, es el tormento del infierno; y peor y mas abominable es el pecado, que es causa dese tormento. Y deste son siervos y esclavos los malos, como claramente lo viste en las palabras del Señor arriba dichas [1]: Quien quiera que comete pecado, esclavo es y siervo del pecado. Pues ¿qué servidumbre puede ser mas miserable que esta?

Y no solo es siervo del pecado, mas tambien de los principales atizadores y movedores del pecado, que son: el demonio, el mundo, y nuestra propria carne, corrompida por el mesmo pecado, con todos los apetitos desordenados que della proceden. Porque quien es esclavo de un hijo, tambien lo es de los padres que lo engendraron; y cónstanos que estos tres son los padres del pecado, por lo cual se llaman enemigos del ánima; porque le hacen tan grande mal como es captivarla y entregarla en poder deste tan abominable tiranno.

[1] Ioann. 8.

Y aunque todos tres de consuno concuerden en esto, pero con alguna diferencia. Porque los dos primeros se sirven del tercero, que es la carne, como de otra Eva para engañar á Adam; ó como de un muy proprio instrumento y despertador con que nos mueven á todo mal. Por la cual causa el apóstol mas claramente la llama pecado [1], poniendo el nombre del efecto á la causa; porque ella es la que nos atiza y mueve á todo género de pecados. Y por la mesma razon la llaman los teólogos *Fomes peccati*, que quiere decir, cebo y nutrimento del pecado; porque es el aceite y la leña con que se sustenta el fuego del pecado. Mas nosotros comunmente le llamamos sensualidad, carne ó concupiscencia, que por términos mas claros es nuestro apetito sensitivo (de quien nascen todas las pasiones) en cuanto corrompido y estragado por el pecado; porque este es el atizador, y despertador, y como un manantial de todos los pecados; y por esto señaladamente se sirven dél, y de todos sus apetitos los otros dos enemigos para hacernos guerra por él.

[1] Rom. 7.

Por lo cual divinamente dijo Sant Basilio que las principales armas con que nos hacia guerra el demonio, eran nuestros deseos; porque la demasiada aficion de las cosas que deseamos, nos hace procurarlas á tuerto ó á derecho, y romper por todo lo que se nos pone delante, aunque sea prohibido por la ley de Dios: de donde nascen todos los pecados.

Pues este tal apetito es uno de los mas principales tirannos á quien estan los malos subjectos, y, como dice el apóstol [1], vendidos por esclavos. Y llámalos aquí vendidos como esclavos, no porque por el pecado perdiesen ellos el libre albedrío con que fuéron criados (porque ni se perdió, ni perderá jamás cuanto á su esencia, por mas pecados que se hagan, sino porque por el pecado quedó por una parte este libre albedrío tan flaco, y por otra el apetito tan fuerte, que por la mayor parte prevalesce lo fuerte contra lo flaco, y quiebra la soga por lo mas delgado).

Pues ¿qué cosa mas para sentir, que ver cómo teniendo el hombre un ánima criada

[1] Rom. 7.

á imágen de Dios, esclarescida con lumbre del cielo, y un entendimiento que sube con su delicadeza sobre todo lo criado, hasta hallar á Dios; que menospreciadas todas estas grandezas, venga á subjectarse y regirse por el ímpetu furioso de su apetito bestial; y este corrompido por el pecado, y sobre todo movido y atizado por el demonio? ¿Qué se puede esperar deste regimiento, y desta guia, sino despeñaderos, y desastres, y caidas, y males incomparables?

Y porque mas claramente veas la fealdad desta servidumbre, quiero traerte para esto un ejemplo muy palpable. Imaginemos agora que estuviese un hombre casado con una mujer, en quien cupiese toda la nobleza, hermosura y discrecion que en una mujer puede caber; y que estando él así muy bien casado, una mulata criada suya, y grande hechicera, teniendo invidia desto le diese algunos bebedizos, con los cuales de tal manera le trastornase el seso, que despreciada la mujer, y puesto á un rincon de casa se entregase todo á la mulata, y la hiciese asentar en el estrado de su mujer, y con ella comiese, y durmiese, y se acon-

sejase, y tratase todos los negocios de su casa, y por su mandamiento gastase y disipase toda la hacienda en comidas, y fiestas, y juegos, y cosas semejantes; y no contento con esto, llegase su desatino á tales términos, que obligase á su propria mujer á servir como esclava á esta mala mujer en todo lo que ella le mandase. ¿Quién podria imaginar que hasta aquí llegase el embaucamiento de un hombre? Y si hasta aquí llegase, ¿cómo extrañarian esto los que lo supiesen? ¿Qué indignacion tendrian contra aquella mala hembra, y qué compasion de la noble mujer, y qué quejas del desatinado marido? Indignísima cosa paresce esta; pero mucho mayor es sin comparacion la que al presente tratamos. Porque has de saber que dentro de nuestra mesma ánima hay estas dos tan diferentes mujeres, que son espíritu y carne, las cuales por otros nombres los teólogos llaman porcion superior y inferior. Porcion superior es aquella parte de nuestra ánima en que está la voluntad y la razon, que es la lumbre natural con que Dios nos crió [1]: cuya hermosura y nobleza

[1] Ps. 4.

es tan grande, que por ella es el hombre imágen de Dios, capaz de Dios y hermano de los ángeles. Y esta es la noble mujer con que casó Dios al hombre, para que hiciese vida con ella, guiando todas sus cosas por su consejo, que es por esta lumbre celestial. Mas en la porcion inferior está el apetito sensitivo, de que habemos tratado, que nos fué dado para apetescer las cosas necesarias á la vida, y á la conservacion de la especie humana; mas esto por la tasa y órden que por la razon le fuese puesta, así como el despensero que compra de comer por la órden que le manda su señor. Pues este apetito es la esclava de que hablamos; que por carescer de lumbre de razon, no se hizo para guiar ni mandar, sino para ser guiada y mandada. Y siendo esto así, el malaventurado del hombre de tal manera viene á aficionarse y entregarse á los gustos y deseos desta mala mujer, que desamparando el consejo de la razon, por quien debiera guiarse, viene á regirse por ella, haciendo cuanto le dice: que es poniendo por obra todos sus malos deseos y apetitos. Porque hombres vemos tan

sensuales, tan desenfrenados, y tan entregados á los deseos de su corazon, que cuasi en todas las cosas como unas bestias le obedescen y siguen, sin tener cuenta con ley de justicia ni de razon. Pues ¿qué es esto sino entregar todo el gobierno de su vida á la sucia y torpe esclava de la carne, empleándose en todos los juegos, y pasatiempos, y deleites que ella pide, desamparando el consejo de la nobilísima y legítima mujer, que es la razon?

Y lo que peor y mas intolerable es, que no contentos con esto, hacen á esta mesma señora que sirva á esta tan mala esclava, y que se desvele noche y dia, inventando y procurando todo lo que conviene para el gusto y contentamiento della. Porque cuando un hombre emplea toda su razon y entendimiento en trazar tantas invenciones y maneras de atavíos, de edificios tan curiosos, de potajes y guisados tan exquisitos, de aderezos de casa y de tratos y negocios para granjear todo lo que para esto se requiere, ¿qué es esto, sino desquiciar el ánima de los ejercicios espirituales de su propria nobleza, y hacer que sea es-

clava, cocinera y despensera de quien le fué dada por captiva? Y cuando un hombre carnal aficionado á una mujer, para vencer su castidad emplea toda su razon y entendimiento en escribir cartas, en componer sonetos llenos de agudeza y sentencias, y en buscar todas las minas y contraminas que para estos tratos se requieren, ¿qué hace en esto (si piensas) sino servir á la esclava la que era señora, ocupándose aquella lumbre celestial y divina en buscar medios para las vilezas y apetitos de su carne? Y cuando el rey David usó de tantas maneras de medios para encubrir el hurto de Bersabé, mandando venir al marido de la guerra, y convidándolo á cenar, y emborrachándolo en la cena, y despues dándole cartas con avisos y industrias para que el inocente muriese [1]; estas trazas ¿quién las hacia sino el entendimiento y la razon? y ¿quién instigaba á hacerlas sino la carne perversa, para encubrir ó gozar mas á su salvo de sus deleites? Cosas son todas estas de que Séneca, con ser filósofo gentil, se afrentaba y avergonzaba, y así de-

[1] II Reg. 11.

cia. Mayor soy, y para mayores cosas nascido que para ser esclavo de mi carne. Pues si nos espantare el embaucamiento de aquel hombre enhechizado y perdido, ¿cuánto mas nos debe espantar esto por lo cual tantos mayores bienes se desperdician, y tanto mayores males se ganan?

Y con ser esta una cosa por una parte tan monstruosa y tan lastimera, y por otra tan usada, pasamos por ella lijeramente sin que nadie pasme de tan gran desórden por estar el mundo tan desordenado. Porque (como dice muy bien Sant Bernardo) no se siente el hedor abominable de los vicios, por ser tantos los que lo son. Porque así como en la tierra donde todos nascen prietos, no se tiene por injuria la negrura, y donde todos generalmente son beodos, no se tiene por deshonrada la embriaguez, siendo cosa tan vil; así como en todo el mundo generalmente haya esta monstruosidad, apénas hay quien la conozca por tal. Todo esto pues bastantemente nos declara cuán miserable sea esta servidumbre; y juntamente con esto á cuán espantable pena fué el hombre condenado por el pecado, pues

por él fué entregada una criatura tan noble á un tan torpe tiranno. Y por tal lo tenia el Ecclesiástico [1] cuando hacia oracion á Dios, pidiéndole que lo librase de los deseos desordenados del vientre, y de la deshonestidad, y que no le entregase en poder de un ánima desvergonzada y desenfrenada; como quien pide no ser entregado á algun grande verdugo ó tiranno, porque por tal tenia él este apetito.

§ II.

Pues ya si quieres saber qué tan grande sea la potencia deste tiranno, puédeslo claramente colegir considerando lo que ha hecho el mundo y hace cada dia. Y no quiero para esto ponerte ante los ojos las fábulas que los poetas fingieron, representándonos aquel tan famoso Hércules, el cual despues de vencidos y domados todos los monstruos del mundo, dicen que vencido del amor torpe de una mujer, dejada la maza, se asentaba entre sus criadas á hilar con una rueca en la cinta; porque ella se lo mandaba,

[1] Eccl. 23.

y amenazábale si no lo hiciese. Lo cual sabiamente fingieron los poetas para significar por aquí la tiranía y potencia deste apetito. Ni tampoco quiero traer aquí las verdades antiguas de las Escripturas divinas, donde se nos propone un Salomon [1], por una parte lleno de tan grande sanctidad y sabiduría, y por otra adorando los ídolos, y edificándoles templos, por complacer á sus mujeres (que no ménos declara la tiranía desta pasion); sino los ejemplos cuotidianos que nos pasan por las manos cada dia. Mira pues á lo que se pone una mujer adúltera por obedescer á un apetito desordenado (porque en esta pasion quiero agora poner ejemplo, para que por esta se vea la fuerza de las otras). Sabe esta muy bien que si el marido la tomare con el hurto en las manos, la matará; y que en un mesmo punto perderá la vida, la honra, la hacienda, y el alma con todo lo demas que en este mundo y en el otro se puede perder (que es la mayor y mas universal pérdida de cuantas hay), y que juntamente con esto dejará á sus hijos, y padres, y hermanos, y todo su linage des-

[1] III Reg. 6 et 11.

honrado, y con perpetua materia de dolor: y con todo esto es tan grande la fuerza deste apetito ó (por mejor decir) la potencia deste tiranno, que le hace pasar por todo esto, y beber todos estos tragos tan horribles con grandísima facilidad, por hacer lo que él le manda. Pues ¿qué tiranno obligó jamás á un captivo que tuviese, á obedescer con tan grande riesgo á lo que él le mandase? ¿qué mas duro y miserable captiverio quieres que este?

Pues en este estado generalmente viven los malos, como claramente lo significó el profeta, cuando dijo [1]: Asentados estan en tinieblas y sombra de muerte, padesciendo hambre, y estando presos con cadenas de hierro. Pues ¿qué tinieblas son estas, sino la ceguedad en que viven los malos (de que arriba tratamos), pues ni conoscen á sí, ni á Dios como conviene, ni para qué viven, ni para qué fin fuéron criados, ni la vanidad de las cosas que aman, ni el mesmo captiverio y servidumbre en que viven? Y ¿qué cadenas son estas con que estan presos, sino las fuerzas de las aficiones con

[1] Ps. 106.

que estan sus corazones aferrados con las cosas que desordenadamente aman? Y ¿qué hambre es esta que padescen sino el apetito insaciable que tienen de infinitas cosas que no alcanzan? Pues ¿qué mayor captiverio quieres que este?

Veamos esto mesmo por otros ejemplos. Pon los ojos en Amnon, hijo primogénito de David: el cual, despues que puso los suyos en su hermana Thamar, de tal manera se cegó con estas tinieblas, y se prendió con estas cadenas, y se afligió con esta hambre, que vino á perder el comer, el beber, el sueño, la salud, y caer en cama enfermo con la fuerza desta pasion [1]. Pues dime: ¿qué tales eran las cadenas de la aficion y aprehension con que estaba su corazon captivo, pues tal impresion hicieron en la carne y en los mesmos humores del cuerpo, que bastaron para causarle tan grande enfermedad? Y porque no pienses que la cura desta dolencia es alcanzarse lo que se desea, mira bien cómo quedó mas enfermo y mas perdido despues que alcanzó lo que deseaba, de lo que estaba ántes.

[1] II Reg. 13.

Porque muy mayor dice la Escriptura que fué el ódio con que aborresció despues á la hermana, que el amor que ántes le habia tenido. De manera que no quedó con el vicio libre de la pasion, sino trocóla por otra mayor. Pues ¿hay tiranno en el mundo que así vuelva y revuelva sus prisioneros, y así les haga tejer y destejer, andar y desandar los mesmos caminos?

Tales pues son todos los que estan tiranizados deste vicio, los cuales apénas son señores de sí mesmos, pues ni comen, ni beben, ni piensan, ni hablan, ni sueñan sino en él; sin que ni el temor de Dios, ni el ánima, ni la consciencia, ni paraíso, ni infierno, ni muerte, ni juicio, ni aun á veces la mesma vida y honra (que ellos tanto aman), sea parte para revocarlos deste camino, ni romper esta cadena. Pues ¿qué diré de los celos destos, de los temores, de las sospechas, y de los sobresaltos y peligros en que andan noche y dia aventurando las almas y las vidas por estas golosinas? ¿Hay pues tiranno en el mundo que así se apodere del cuerpo de su esclavo, como este vicio del corazon? Porque nun-

ca un esclavo está tan atado al servicio de su señor, que no le queden muchos ratos de dia y de noche en que huelgue, y entienda en lo que le cumple. Mas tal es este vicio y otros semejantes, que despues que se apoderan del corazon, de tal manera lo prenden y se lo beben todo, que apénas le queda al hombre valor ni habilidad, ni tiempo, ni entendimiento para otra cosa. Por lo cual no en balde dijo el Ecclesiástico [1] que las mujeres y el vino robaban el corazon de los sabios, porque cuasi tan alienado queda un hombre con este vicio por sabio que sea, y tan inhábil para todas las cosas que son proprias de hombre, como si hubiese bebido una cuba de vino. Y para significar esto el ingenioso poeta, finge de aquella famosa reina Dido, que en el punto que se cegó con la aficion de Enéas, luego desistió de todos los públicos ejercicios y reparos de la ciudad. De manera que ni los muros comenzados iban adelante, ni la juventud ejercitaba las armas, ni los oficiales públicos entendian en fortalescer los puertos, ni en los otros pertrechos necesarios para defension

[1] Eccles. 19.

de la patria. Porque este tiranno de tal manera dice que prendió todos los sentidos desta mujer, que para todo quedó inhábil, si no solo para aquel cuidado, el cual cuanto mas se apoderó del corazon, tanto ménos le dejó de valor para todo lo demas. ¡Oh vicio pestilencial, destruidor de las repúblicas, cuchillo de los buenos ejercicios, muerte de las virtudes, niebla de los buenos ingenios, enajenamiento del hombre, embriaguez de los sabios, locura de los viejos, furor y fuego de los mozos, y comun pestilencia del género humano!

Y no solo en este vicio, mas en todos los otros hay esta mesma tiranía. Si no, pon los ojos en el ambicioso y vanaglorioso que anda perdido por el humo de la honra, y mira cuán subjecto vive á este deseo, cuán apetitoso de gloria, cuán diligente en procurarla; pues toda la vida y todas las cosas ordena para este fin: el servicio, el acompañamiento, el vestido, el calzado, la mesa, la cama, el aparato de casa, los criados, los gestos, los meneos, la manera del andar, y del hablar, y del mirar, y finalmente todo cuanto hace, para este fin lo ha-

ce, pues de tal manera lo hace como mas convenga para parescer mejor, y ser loado, y alcanzar este soplo de viento. De manera que si bien lo miras, todo lo que ordinariamente dice y hace, es armar lazos y redes para cazar este aplauso y aire popular. Y si nos maravillamos del otro emperador que gastaba todas las siestas en andar á caza de moscas con un punzon en la mano; ¿cuánto es mas de maravillar la locura deste miserable, que no solo las siestas, sino toda la vida gasta en cazar este mundo y airecico del mundo? Por lo cual el triste ni hace lo que quiere, ni viste como quiere, ni va donde quiere; pues deja muchas veces de ir aun á las iglesias, y tratar con los buenos, por miedo de lo que el mundo (á quien él vive subjecto) dirá. Y (lo que mas es) por esto gasta mucho mas de lo que quiere, y de lo que tiene, y se pone en mil necesidades con que infierna su ánima, y tambien las de sus decendientes, á los cuales deja por herederos de sus deudas, y imitadores de sus locuras. Pues ¿qué pena merescen estos, sino la que escriben haber dado un rey á un hombre muy ambicioso, al cual

mandó que diesen humo á narices hasta que muriese, diciendo que justamente era castigado con muerte de humo, pues toda la vida habia gastado en procurar humo de vanidad? Pues ¿qué mayor miseria que esta?

¿Qué diré tambien del avariento cobdicioso, que no solo es esclavo, sino tambien idólatra de su dinero, á quien sirve, á quien adora, á quien obedesce en todo cuanto le manda, por quien ayuna y se quita el pan de la boca, y á quien finalmente ama mas que á Dios, pues por él mil veces ofende á Dios? En él tiene su descanso, en él su gloria, en él su esperanza, en él todo su corazon y pensamiento; con él se acuesta, con él se levanta, y toda la vida y todos los sentidos emplea en tratar dél, olvidado de sí y de todo lo al. Deste tal, ¿dirémos que es señor del dinero para hacer dél lo que quisiere, ó esclavo y captivo dél, pues no ordena el dinero para sí, sino á sí para el dinero, quitándolo de la boca y aun del ánima, para ponerlo en él?

Pues ¿qué mayor captiverio puede ser que este? Porque si llamais captivo al que está encerrado en una mazmorra, ó al que tiene

los piés en un cepo ¿cómo no estará preso el que tiene el ánima presa con la aficion desordenada de lo que ama? Porque cuando esto hay, ninguna potencia queda al hombre perfectamente libre, ni es señor de sí mesmo, sino esclavo de aquello que desordenadamente ama; porque donde está su amor, allí está preso su corazon, aunque no se pierda por eso su libre albedrío. Y no hace al caso con qué género de ataduras estés preso, si la mejor y mayor parte de tí lo está; ni disminuye la servidumbre desta prision, que estés voluntariamente preso; porque si ella es verdadera prision, tanto será mas peligrosa, cuanto fuere mas voluntaria; pues vemos que no diminuye la malicia del veneno ser muy dulce, si él es de verdad veneno. Y no puede ser mayor prision que la que de tal manera tira por tí, y te tiene preso, que te hace cerrar los ojos á Dios, á la verdad, á la honestidad, y á las leyes de justicia; y de tal manera te tiene tirannizado, que así como el beodo no es señor de si mesmo, sino el vino, así el que desta manera está preso, no es del todo señor de sí mesmo sino de su pasion, aun-

que no por esto pierda su libre albedrío. Y si el captiverio es tormento; ¡qué mayor tormento que el que uno destos miserables padesce, pues infinitas veces ni puede alcanzar lo que desea, ni quiere dejar de desearlo, ni sabe qué se haga, ni qué camino se tome! Y con esta perplejidad viene á decir lo que el otro poeta dijo á una mujer mal acondicionada: aborrézcote, y ámote juntamente; y si me preguntas la causa, la causa es, porque ni puedo vivir contigo, ni puedo pasar sin tí. Pues ya si alguna vez acomete á romper estas cadenas, y vencer estas aficiones, halla luego tan grande resistencia, que muchas veces desespera de la victoria, y así se torna el miserable otra vez á meter de piés en la mesma cadena. ¿Paréscete pues que se puede llamar tormento y captiverio este?

Y si fuese esta una sola cadena, ménos mal sería; porque estando el hombre preso con una sola prision, y peleando con un solo enemigo, ménos desconfiaria de vencerlo. Mas ¿qué dirémos de otras prisiones de aficiones con que este miserable está preso? Porque como la vida humana está subjec-

ta á tantas maneras de necesidades, todas estas son cadenas y motivos de cobdicias; porque son grandes lazos con que se prende nuestro corazon, aunque esto sea mas en unos que en otros. Porque hay algunos hombres naturalmente tan aprehensivos, que apénas pueden desasirse de lo que una vez aprehenden. Otros hay melancólicos, á quien tambien hace aprehensivos y vehementes en sus deseos este humor. Otros hay pusilánimes, á quien todas las cosas parescen grandes y muy dignas de ser estimadas y deseadas por pequeñas que sean, porque al corazon pequeño todo le paresce grande por poco que sea, como Séneca dijo. Otros hay naturalmente vehementes en todas las cosas que desean (como son ordinariamente las mujeres), las cuales dice un filósofo que aman ó aborrescen, porque no saben tener medio en sus aficiones. Todos estos pues padescen muy duro y áspero captiverio con la fuerza de las pasiones que los captivan. Pues si tan grande miseria es estar preso con una sola cadena, y ser esclavo de un solo señor, ¿qué será estar preso con tantas cadenas, y ser esclavo de tantos se-

ñores, como lo es el malo, el cual tantos señores tiene, cuantas son las pasiones á que obedesce, y los vicios á que sirve?

Pues ¿qué mayor miseria que esta? Si toda la dignidad del hombre, en cuanto hombre, consiste en dos cosas, que son razon y libre albedrío, ¿qué cosa mas contraria á lo uno y á lo otro que la pasion, que ciega la razon, y lleva tras sí el libre albedrío? Por donde verás cuán perjudicial y dañosa sea cualquiera desordenada pasion; pues así derriba al hombre de la silla de su dignidad, escureciéndole la razon, y pervirtiéndole el libre albedrío, sin las cuales dos cosas el hombre no es hombre, sino bestia. Esta es pues, hermano, la miserable servidumbre en que viven todos los malos, como gente que no se rige por Dios, ni por razon, sino por apetito y pasion.

§ III.

De la libertad en que viven los buenos.

Pues desta tan miserable servidumbre nos vino á librar el Hijo de Dios, y esta es la libertad y victoria que celebra el profeta

Isaías, cuando dice [1]: Alegrarse han, Señor, en tí tus redemidos, como los labradores cuando cogen el fructo de sus labranzas, y como se alegran los vencedores despues de tomada la presa, cuando reparten los despojos. Porque tú, Señor, quitaste de encima dellos el yugo pesado que los apremiaba, y la vara que los heria, y el sceptro del tiranno que con tributos desaforados los oprimia. Todos estos nombres de yugo, de vara, de sceptro, convienen á la tiranía y fuerza de nuestro apetito, porque dél, como de muy proprio instrumento, se aprovecha el demonio (que es el príncipe deste mundo) para tirannizar los hombres y subjectarlos al pecado. Pues de toda esta fuerza y potencia nos libró el Hijo de Dios con la abundancia de la gracia que con el sacrificio de su muerte nos ganó. Por lo cual dice el apóstol que nuestro viejo hombre fue juntamente crucificado con él [2]. Y llama aquí viejo hombre este apetito, que se desordenó por aquel primer pecado. Porque por aquel grande sacrificio y mérito de su pasion, nos alcanza gracia para sojuz-

[1] Isai. 2. — [2] Rom. 6.

gar este tiranno, y ponerlo debajo los piés, y hacerlo pasar por la pena del Talion; crucificando á quien ántes nos crucificaba, y captivando á quien ántes nos tenia captivos. Y así viene á cumplirse lo que el mesmo Isaías en otra parte profetizó diciendo [1]: Prenderán á los que ántes los prendian, y subjectarán á sus opresores. Porque ántes de la gracia nuestro apetito sensual traia subjecto y tirannizado á nuestro espíritu, haciéndolo servir á sus malos deseos (como arriba se declaró); mas recebida la gracia, de tal manera es ayudado por ella, que prevalesce contra este tiranno, y le subjecta y hace obedescer á lo que es razon.

Esto fué maravillosamente figurado en la muerte de Adonibezec, rey de Hierusalem, á quien mataron los hijos de Israel, cortándole primero los piés y las manos [2]; el cual como así se viese y se acordase de las crueldades y tirannías que hasta allí habia usado, dijo estas palabras: Sesenta reyes cortados los piés y las manos comian debajo de mi mesa las migajas que della caían, y agora veo que de la manera que yo lo hice,

[1] Isai. 14. — [2] Iudic. 1.

así lo ha hecho Dios conmigo. Y añade la Escriptura que lo llevaron así como estaba á Hierusalem, y que ahí murió. Este tan cruel tiranno, figura es del príncipe deste mundo; el cual ántes de la venida del Hijo de Dios generalmente mancaba los hombres de piés y de manos, destroncándolos y inhabilitándolos para servir á Dios, cortándoles las manos para no hacer bien, y los piés para no desearlo; y demas desto haciéndolos andar comiendo las migajuelas pobres que de su mesa caían: que son los deleites mundanales y sensuales, con que este mal príncipe apascienta á sus servidores; los cuales con mucha razon se llaman migajas y no pedazos de pan, por la escaseza grande con que este tiranno reparte á los suyos estos relieves, pues nunca se los da en la hartura y abundancia que ellos desean. Mas despues que el Salvador vino al mundo, hizo pasar á este tiranno por la pena que él daba á los otros, cortándole los piés y las manos: esto es, deshaciendo y quebrantando todas sus fuerzas. Cuya muerte señaladamente se dice fué en Hierusalem; porque ahí fué donde el Salvador del mundo, mu-

riendo, mató al príncipe deste mundo; y donde siendo él crucificado, le crucifijó, y ató de piés y manos, y le quitó su poder. Y así luego despues de su sacratísima pasion comenzaron los hombres á triunfar deste tiranno, enseñoreándose tan poderosamente del mundo, del demonio y de todos sus vicios y apetitos, que todos los tormentos y halagos del mundo no fuéron bastantes para derribarlos en un pecado mortal.

§ IV.

De las causas de do procede esta libertad.

¿Preguntarás por ventura de dónde procede esta tan maravillosa victoria y libertad? A esto digo que despues de Dios procede primeramente (como ya dijimos) de la divina gracia, la cual mediante las virtudes que della proceden, de tal manera adormesce y templa el furor de nuestras pasiones, que no las deja prevalescer contra la razon. Por donde así como los encantadores suelen con algunas palabras encantar las serpientes para que no hagan mal á nadie (de manera que estando vivas no son

ponzoñosas, y teniendo veneno no dañan con él), así tambien esta divina gracia de tal modo encanta estas ponzoñosas serpientes de nuestras pasiones, que estándose ellas vivas y enteras en el sér de naturaleza, no lo estan en la malicia de la ponzoña; pues no bastan (como ántes hacian) para emponzoñar nuestra vida. Lo cual divinamente significó el profeta Isaías, cuando dijo [1]: Alegrarse ha el niño de teta sobre los agujeros de la serpiente; y el que estuviere ya destetado meterá seguramente la mano en la cueva del basilisco. No harán mal ni matarán en todo mi sancto monte; porque la tierra estará tan llena del conoscimiento de Dios, como de las aguas del mar que la cubre. Pues claro está que no habla aquí el profeta de las serpientes materiales, sino de las espirituales que son nuestras pasiones y malas inclinaciones, que cuando se desmandan, bastan para emponzoñar el mundo. Ni tampoco habla de niños corporales, sino espirituales; entre los cuales se llama niño de teta el que comienza á servir á Dios, que aun ha menester leche para criarse; y

[1] Isai. 11.

destetado el que está ya mas aprovechado, que puede andar por su pié, y comer pan con corteza. Pues tratando de los unos y de los otros, dice de los primeros, que se alegrarán de ver cómo estando en compañía destas espirituales serpientes, por virtud de la divina gracia no recibirán dellas daño mortal, consintiendo en el pecado; mas de los postreros que estan ya destetados, y adelantados en el camino de Dios, dice que meterán la mano en la cueva del basilisco: esto es, que los guardará Dios aun entre mayores peligros; porque en ellos se cumplirá aquella promesa del Salmo, que dice: Sobre la serpiente y basilisco andarás, y pondrás los piés sobre el leon y el dragon [1]. Pues estos son los que metiendo las manos en la cueva del basilisco, no recebirán daño; porque la abundancia de la gracia que se derramará sobre la tierra, de tal manera encantará estas serpientes, que no sean parte para hacer daño á los hijos de Dios.

Esto mesmo aun mas claramente y sin metáforas esplicó el Apóstol, cuando despues de haber tratado muy copiosamente

[1] Ps. 90.

de la tiranía de nuestros apetitos y de nuestra carne, al cabo exclamó diciendo [1]: Miserable de mí, ¿quién me librará del cuerpo desta muerte? responde él mesmo en una palabra, diciendo: La gracia de Dios que se nos da por Cristo. En el cual lugar no entiende él por el cuerpo de muerte este cuerpo subjecto á la muerte natural que todos esperamos, sino el que en otro lugar llama él cuerpo de pecado [2], que es nuestro apetito mal inclinado, del cual (como de un cuerpo) proceden los miembros de todas las pasiones y deseos desordenados que nos llevan á pecar. Y deste tal cuerpo (como de un cruel tiranno) dice el apóstol que nos libra la gracia que se da por Cristo, como está dicho.

Despues de la cual la segunda y muy principal causa es la grandeza del alegría y de las consolaciones espirituales de que los justos gozan, segun que arriba declaramos. La cual de tal manera apaga la sed de todos sus deseos, que con esto fácilmente vencen y despiden de sí todos los apetitos y deseos; y hallada esta fuente de todos los

[1] Rom. 7. — [2] Rom. 6.

bienes, luego pierden el apetito congojoso de todos los otros bienes, como el Señor lo declaró á la mujer samaritana, diciendo [1]: Quien bebiere del agua que yo le daré (que es la divina gracia) nunca jamas padescerá sed. Lo cual dice Sant Gregorio en una homilía por estas palabras [2]: El que perfectamente ha conoscido la dulcedumbre de la vida celestial, luego desampara todas las cosas que sensualmente amaba, deja lo que poseia, derrama lo que allegaba, enciéndesele el corazon con deseos del cielo, desagrádale todo lo que hay en la tierra, y paréscele feo todo lo que ántes le era hermoso; porque solo el resplandor desta preciosa margarita reluce en su ánima. Pues desta manera lleno el vaso de nuestro corazon deste licuor celestial, y apagada con él la sed de nuestra ánima, no tiene por qué andar hambreando y procurando los bienes perecederos desta vida; y así queda libre de las cadenas de las aficiones dellos, porque donde no hay deseo ni amor, no hay cadena ni prision. Y desta manera el corazon que vino á hallar al Señor de todo, se

[1] Ioann. 4. — [2] Hom. 11 in Evang.

halla él tambien en su manera señor de todo; pues tiene resumidos los otros bienes en este bien.

Con estos dos favores de Dios (que para esta libertad nos ayuda) se junta tambien la diligencia y cuidado que los buenos tienen de subjectar la carne al espíritu, y las pasiones á la razon, con la cual vienen ellas poco á poco á mortificarse, y habituarse á lo bueno, y á perder muy gran parte del furor y brio que ántes tenian. Porque (como dice Sant Crisóstomo) si las bestias fieras acostumbradas á tratar con los hombres, vienen por tiempo á perder su natural fiereza, y envestirse de la blandura y mansedumbre de los hombres (por donde dijo el Poeta, que el tiempo y la costumbre hacia á los leones obedescer á los hombres), ¿qué mucho es que nuestras pasiones naturales, acostumbradas á obedescer á la razon, vengan poco á poco á razonarse y domesticarse: esto es, á participar en algo la condicion del espíritu y de la razon, y holgar con las obras della? Y si para esto basta el uso y la buena costumbre, ¿cuánto mas bastará la gracia ayudada con la mesma costumbre?

Pues de aquí nasce que muchas veces los siervos de Dios sensualmente (si decirse puede), huelguen mas con el recogimiento, y con el silencio, y con la licion, y oracion, y meditacion, y con otros tales ejercicios, que nunca holgaran con el juego, y con la caza, y con todas las conversaciones y recreaciones del mundo; las cuales ellos tienen por tormento: de tal manera que aun la mesma carne viene á aborrescer lo que ántes amaba, y tomar gusto y contentamiento en lo que ántes aborrescia. Lo cual es en tanta manera verdad, que muchas veces (como dice Sant Buenaventura en el prólogo del estímulo del amor de Dios) se deleita tanto la parte inferior de nuestra ánima en los ejercicios de la oracion y comunicacion con Dios, que recibe tormento cuando por algun justo impedimento la apartan de allí. Y esto es lo que quiso significar el profeta, cuando dijo [1]: Alabaré yo al Señor, porque me dió entendimiento; y tambien porque de noche mis rehenes me reprehenden, ó (como trasladó otro intérprete) me enseñan. Esta es cierto una seña-

[1] Ps. 15.

lada obra de la divina gracia. Porque por las rehenes entienden aquí los exponedores, los afectos y movimientos interiores del hombre, que suelen ser (como ya dijimos) estímulos y despertadores de pecar: los cuales por virtud de la gracia, muchas veces no solo no nos incitan al mal de la manera que solian; mas ántes á veces ayudan al bien; y no solo no sirven al demonio (en cuyos reales servian), mas ántes pasándose á los de Cristo, vuelven las armas contra el enemigo. Lo cual aunque en muchos ejercicios de vida espiritual se pueda ver, pero señaladamente en el afecto de la contricion y dolor de los pecados, en el cual tiene tambien su parte la porcion inferior de nuestra ánima, afligiéndose y derramando lágrimas por ellos. Y por esto dice el sancto profeta que de noche, cuando suelen los justos al cabo del dia examinar su consciencia y llorar sus culpas; cuando este profeta dice en otra parte, que barria su espíritu con este ejercicio, entónces le reprehendian sus rehenes [1]; porque con el desabrimiento que en esta parte de su ánima sentia por haber

[1] Ps. 76.

ofendido á Dios, quedaba castigado y escarmentado para no volver á cometer lo que tanto le habia dolido. Por lo cual con mucha razon da gracias al Señor, porque no solo la parte superior de su ánima (donde está la razon) le convidaba al bien, mas tambien la parte inferior della, que comunmente suele ser incentivo y despertador de mal. Mas aunque esto en su manera sea verdad (y sea esta una grande gloria de la redempcion de Cristo, que como perfectísimo Redemptor, perfectísimamente nos redimió y libertó); no por eso debe nadie descuidarse ni fiarse de su carne (por muy mortificada que esté), miéntras vive en esta vida mortal.

Estas pues son las causas principales desta maravillosa libertad: de la cual (entre otros efectos) se sigue un nuevo conoscimiento de Dios; y una confirmacion de la fe y religion que profesamos: como claramente lo testifica el mesmo Señor por Ezequiel, diciendo [1]: Conoscerán los hombres que soy Dios, cuando quebrare las cadenas del yugo dellos, y los librare de las manos de los que los tenian tirannizados. Este yu-

[1] Ezech. 34.

go ya dijimos que era la sensualidad, ó apetito desordenado de pecar, que dentro de nuestra carne mora, y nos oprime, y subjecta al pecado. Las cadenas deste yugo son las malas inclinaciones con que el demonio nos prende y lleva tras sí; las cuales son tanto mas fuertes, cuanto mas confirmadas estan con la mala costumbre, como Sant Augustin lo confiesa en sí mesmo, diciendo [1]: Preso estaba yo, no con hierro, sino con mi propria voluntad, que era mas dura que hierro. Mi querer tenia en sus manos mi enemigo, y de mí habia hecho cadena contra mí, con la cual me tenia preso. Porque de mi perversa voluntad nasció mi mal deseo, y del mal deseo el vicio, y de la continuacion del vicio la costumbre; y esta era la cadena con que el demonio tenia preso mi corazon. Pues cuando un hombre se vió algun tiempo desta manera preso (como se vió este mesmo sancto), y probando muchas veces á salir deste captiverio, halló tan dificultosa la salida (como él mesmo la halló), cuando después de vuelto á Dios ve quebradas estas cadenas, y morti-

[1] Lib. 8 Confess., cap. 5.

ficadas estas pasiones, y se halla libre y señor de sus apetitos, y ve puesto debajo de sus piés el yugo que tenia sobre sus hombros; ¿qué ha de hacer sino conjecturar por aquí que es Dios el que quebró tales cadenas, y quitó aquel yugo tan pesado de su cerviz? ¿Qué ha de hacer sino alabar á Dios con el profeta, diciendo [1]: Quebrastes, Señor, mis ataduras; á tí sacrificaré sacrificio de alabanza, y invocaré tu sancto nombre.

CAPÍTULO XX.

Del octavo privilegio de la virtud, que es la bienaventurada paz y quietud interior de que gozan los buenos, y de la miserable guerra y desasosiego que dentro de sí padescen los malos.

Deste privilegio susodicho (que es la libertad de los hijos de Dios) se sigue otro no menor, que es la paz y sosiego interior en que viven los tales. Para cuyo entendimiento es de saber que hay tres maneras de paz. Una con los prójimos, otra con Dios, y otra consigo mesmo. La paz con los prójimos es estar en gracia y amistad con ellos, sin querer mal á nadie; la cual tenia Da-

[1] Ps. 115.

vid, cuando decia [1]: Con los que aborrescian la paz era yo pacífico, y cuando les hablaba con mansedumbre me hacian guerra sin causa. Esta paz nos encomienda el apóstol Sant Pablo [2], amonestándonos que trabajemos todo lo posible (á lo ménos cuanto es de nuestra parte) por tener paz con todos los hombres. La segunda paz, que es con Dios, consiste tambien en la gracia y amistad de Dios, que se alcanza por medio de la justificacion, la cual reconcilia el hombre con Dios, y hace que Dios ame al hombre, y el hombre á Dios, sin que haya guerra ni contradiccion de parte á parte. De la cual dijo el apóstol [3]: Pues estamos ya justificados mediante la fe y amor por Cristo nuestro Salvador, por el cual alcanzamos esta gracia, tengamos paz con Dios. La tercera paz es la que el hombre tiene consigo mesmo, de lo cual nadie se debe maravillar; pues nos consta que en un mesmo hombre hay dos hombres tan contrarios entre sí, como son el interior y el exterior, que son espíritu y carne, pasiones y razon; las cuales no solo hacen guerra cruel y con-

[1] Ps. 119. — [2] Rom. 12. — [3] Rom. 5.

tradiccion al espíritu, mas tambien inquietan con sus apetitos y deseos encendidos, y con su hambre canina á todo el hombre, con lo cual perturban la paz interior, que es el sosiego y reposo de nuestro espíritu.

§ I.

De la guerra y desasosiego interior de los malos.

Esta es pues la guerra y desasosiego continuo en que generalmente viven todos los hombres carnales. Porque como ellos por una parte carezcan de gracia, que es el freno con que se mortifican las pasiones; y por otra tengan tan desenfrenado y suelto su apetito, que apénas saben qué cosa sea resistirle en nada; de aquí nasce que viven con infinitas maneras de deseos de cosas diversas: unos de honras, otros de oficios, otros de privanzas, otros de dignidades, otros de hacienda, otros de tales y tales casamientos, y otros de diversas maneras de pasatiempos y deleites; porque este apetito es como un fuego insaciable que nunca dice basta, ó como una bestia tragadora que jamas se harta, ó como aquella sanguijuela

chupadora de sangre, de quien dice Salomon [1] que tiene dos hijas, las cuales siempre dicen: daca, daca. Esta sanguijuela es el apetito insaciable de nuestro corazon; y estas dos hijas suyas son, por una parte la necesidad, y por otra la cobdicia: de las cuales la una es como sed verdadera, la otra como falsa, y no ménos aflige la una que la otra; puesto caso que la una sea necesidad verdadera, y la otra falsa. De donde nasce que ni los pobres, ni los ricos (si son malos) tienen sosiego; porque en los unos la necesidad, y en los otros la cobdicia, siempre está solicitando el corazon, y diciendo: daca, daca. Pues ¿qué descanso, qué reposo, qué paz puede tener el hombre estando siempre estos dos solicitadores perpetuos llamando á la puerta, y pidiéndole infinitas cosas que no está en su mano dárselas? ¿Qué reposo podria tener el corazon de una madre, si viese diez ó doce hijos al derredor de sí dando voces, y pidiéndole pan, sin tenerlo? Pues esta es una de las principales miserias de los malos. Los cuales, como dice el Salmista [2], estan pe-

[1] Prov. 30. — [2] Ps. 106.

reciendo de hambre y de sed, y desfallesciendo su ánima en ellos. Porque como esté tan apoderado dellos el amor proprio (cuyos son estos deseos), y tengan puesta toda su felicidad en estos bienes visibles; de aquí nasce esta sed y hambre canina que tienen de aquellas cosas en que piensan que consiste esta felicidad; y como no todas veces pueden alcanzar lo que desean (porque se lo defienden otros mas golosos, ó mas poderosos), de aquí vienen á perturbarse y congojarse, de la manera que hace el niño goloso y regalado, que cuando le niegan lo que pide, llora y patea, y está para reventar. Porque así como es árbol de vida el cumplimiento del deseo, segun dice el Sabio [1], así no hay otro mayor desabrimiento que desear, y no alcanzar lo deseado; porque esto es como perescer de hambre, y no tener que comer. Y es lo bueno, que miéntras mas se les defiende lo que desean, mas les cresce con esta prohibicion el deseo, y con el deseo no cumplido, el tormento; y ansí andan siempre en una rueda viva sin reposo.

1. Prov. 13.

Este es aquel estado miserable que significó muy altamente el Salvador en aquella parábola del hijo pródigo, de quien dice [1] que salido de la casa de su padre, se fué á una region muy léjos, donde hubo una grande hambre, de la cual alcanzó á él tanta parte, que la necesidad le hizo venir á guardar puercos, siendo hijo de tan noble padre; y lo que mas es, que deseaba henchir el vientre de aquel manjar vil que comian los puercos, y no habia quien se lo diese. ¿Con qué otros colores se pudiera pintar mas al proprio todo el discurso y miserias de la vida de los malos? ¿Quién es este hijo pródigo que sale de la casa de su padre, sino el miserable pecador que se aparta de Dios, y se derrama por los vicios, y usa mal de todos los beneficios divinos? ¿Qué region es esta de tanta hambre, sino este mundo miserable, donde es tan insaciable el apetito de los mundanos, que jamas se ven hartos y contentos con las cosas que poseen, sino que siempre andan como lobos hambrientos, deseando y suspirando por mas? ¿Y cuál es, si piensas, el oficio

[1] Luc. 15.

en que estos entienden toda la vida, sino en apascentar puercos; que es en buscar hartura y contentamiento para sus apetitos sucios y deshonestos? Si no, párate á mirar los pasos que da un hombre muy verde, y muy metido en el mundo, desde la mañana hasta la noche, y aun desde la noche hasta la mañana, y hallarás que todo se le va en buscar cómo apascentar y deleitar alguno destos sentidos bestiales, ó la vista, ó el gusto, ó el oido, ó el tacto, ó los demas; como unos puros discípulos de Epicuro, y no de Cristo; como si no tuviesen mas que solos cuerpos de bestias; como si no creyesen que hay otro fin, sino para deleites sensuales: así en ninguna otra cosa entienden, sino, hoy aquí, mañana allí, andar á caza de gustos y pasatiempos con que apascentar algunos destos sentidos. ¿Qué otra cosa son sus galas, sus fiestas, sus banquetes, sus regalos, sus camas, sus músicas, sus conversaciones, sus vistas y sus salidas, sino andar buscando pasto para este linage de puercos? Ponle tú á eso el nombre que quisieres: llámalo gentileza, ó grandeza, ó (si quisieres) cortesanía; que en el

vocabulario de Dios no se llama eso, sino apascentar puercos. Porque así como los puercos son un linage de animales que se huelgan con el cieno hediondo, y se apascientan de manjares viles y sucios, así los corazones de los tales no se deleitan sino con el cieno sucio y hediondo de los deleites carnales.

Y lo que excede á toda miseria es que el hijo de tan noble padre, criado para mantenerse en la mesa de Dios con manjares de ángeles, aun no puede hartarse destos manjares tan viles, segun es grande la carestía dellos; porque como son tantos los merchantes desta mercaduría, los unos se impiden á los otros; y así se quedan todos ayunos. Quiero decir, que como son tantos los que andan á la rebatiña, no puede dejar de haber entre ellos mucha contienda; ni es posible que los puercos debajo de la encina no gruñan, y se dén de navajadas unos á otros sobre quién tendrá mas parte en la bellota.

Este es aquel estado miserable, y aquella hambre que describe tambien el profe-

ta, cuando dice [1]: Anduvieron por lugares yermos y solitarios, y por grandes páramos y sequedades peresciendo de sed y hambre hasta venir á desfallescer. Pues ¿qué hambre es esta, y qué sed, sino el apetito encendido que los malos tienen de las cosas del mundo, el cual miéntra mas se cumple mas se enciende, y miéntra mas bebe mas sed padesce, y miéntra mas leña le echan mas arde? ¡Oh gente miserable! ¿y de dónde os nasce esta sed tan encendida, sino de que habeis desamparado la fuente de las aguas vivas, y os vais á beber á los aljibes rotos, que no pueden retener las aguas [2]? Faltóos el rio de la verdadera felicidad, y por eso andais perdidos por los desiertos, y por los charquillos y lagunas turbias de los bienes perecederos á matar la sed. Artificio fué este de aquel cruel Holofórnes, que cuando cercó la ciudad de Betulia, mandó cortar los caños por do entraba el agua á la ciudad; y así no les quedaron á los pobres cercados, sino unas fuentezuelas junto á los muros, donde á hurto bebian al-

[1] Ps. 106. — [2] Hierem. 2.

gunas gotillas de agua, mas para untar los labios, que para matar la sed [1]. ¿Pues qué otra cosa haceis los amadores de deleites, los cazadores de honras, los amigos de regalos, despues que perdistes la vena de las aguas vivas, sino andar bebiendo á hurto desas pobres fuentezuelas de las criaturas que hallais á mano, que mas son para untar los labios y atizar la sed, que para matarla? ¡Oh miserable criatura, en qué andas, como dice el profeta [2], por el camino de los Asirios á beber agua turbia y cenagosa! ¿Qué agua puede ser mas cenagosa que el deleite sensual, pues no se puede beber sin mal olor, y mal sabor? Porque ¿qué peor olor que la infamia del pecado? y qué peor sabor que el remordimiento de consciencia, que dél proceden? que (como dice muy bien un filósofo) son dos perpetuos compañeros del deleite carnal.

Y acaesce aun mas, que como este apetito sea ciego, y no haga diferencia de lo que se puede, ó no se puede alcanzar, y muchas veces la fuerza del deseo haga parescer fácil lo que es mas difícil: de aquí

[1] Iudit. 7. — [2] Hierem. 6.

nasce desear muchas cosas que no puede alcanzar; porque no hay cosa mucho para desear, que no tenga otros muchos deseosos que anden en pos della, y muchos amadores y contentadores que la defiendan; y como el apetito quiere, y no puede; cobdicia, y no alcanza; tiene hambre, y no hay quien le dé de comer; y muchas veces tiende los brazos en balde, y madruga de mañana, y nada le sucede; y á veces subiendo ya por la escala le derriban de los muros abajo, y le quitan de las manos lo que paresce que ya tenia: de aquí procede el morir, y el reventar, y el congojarse, y despedazarse dentro de sí mesmo, por verse tan alejado de lo que desea. Porque como estas dos tan principales fuerzas del ánima (que son irascible y concupiscible), estan entre sí de tal manera ordenadas, que una sirve á la otra, claro está que miéntra la parte concupiscible no alcanzare lo que desea, luego la irascible ha de salir por ella, congojándose, y embraveciéndose, y poniéndose á todos los encuentros y peligros que pudiere, por dar contentamiento á su hermana, cuando la ve triste y

descontenta. Pues desta confusion de deseos nasce este desasosiego interior de que tratamos, el cual llama guerra el apóstol Sanctiago, cuando dice [1]: ¿De dónde proceden las guerras y las contiendas que hay entre vosotros, sino de las cobdicias y apetitos que militan y pelean en vuestras ánimas, cuando cobdiciais las cosas, y no podeis alcanzarlas? Y llámala guerra con mucha razon, por la lucha y contradiccion natural que hay entre el espíritu y la carne, y los deseos de la una parte y de la otra.

Y aun acaesce en este género de cosas otra mas para sentir, y es: que muchas veces vienen los hombres á alcanzar todo lo que paresce que bastaba para tener el contentamiento que ellos habian deseado; y estando en tal estado que podrian si quisiesen vivir á su placer, con todo esto viene á metérseles en la cabeza, que les conviene pretender tal manera de honra, ó de título, ó de lugar, ó de precedencia, ó de cosa semejante, la cual si procuran y no alcanzan, vienen á entristecerse, y congojarse, y recebir mayor tormento con aquella nonada que

[1] Iacob. 4.

les falta, que contentamiento con todo cuanto les queda; y así viven con esta espina, ó por mejor decir, con este perpetuo azote toda la vida, que les agua y vierte toda su prosperidad, y se la convierte en humo. Esto llamo yo enclavar el artillería, que es cosa que suelen hacer los enemigos en la guerra, lo cual basta para que un tiro muy grueso y muy poderoso no sea de provecho, quedándose tan entero y tan grande como de ántes; porque solo esto bastó para deshacer toda su fuerza. Y deste mesmo artificio usa Dios con los malos, para que clarísimamente entiendan (si ellos quisiesen abrir los ojos), que la felicidad y contentamiento del corazon humano es dádiva de Dios, y que él la da cuando quiere, y á quien quiere, sin ninguno destos aparatos, y la quita cuando quiere, con solo enclavar (como dijimos) el artillería, que es permitiendo alguno destos desaguadores y vertederos de su prosperidad. Por donde quedándose tan ricos y tan prósperos en lo que paresce por defuera, por solo esta falta secreta viven tan tristes y descontentos como si nada tuvieran. Y esto es lo que divina-

mente significó el mesmo Señor por Isaías, hablando contra la soberbia y potencia del rey de los Asirios, diciendo que él pondría flaqueza en medio de su grosura, y fuego debajo de su gloria, con el cual ardiese [1]. Para que por aquí se vea como sabe Dios dar un barreno al navío que prósperamente navegaba, y poner flaqueza en medio de la fortaleza, y miseria en medio de la prosperidad. Lo mesmo tambien nos es significado en el libro de Job, donde se dice que los gigantes gimen debajo de las aguas [2], para que se vea que tambien para estos tiene Dios sus honduras y sus trabajos, como para los pequeñuelos que parescen estar mas subjectos á las injurias del mundo. Pero muy mas claramente significó esto Salomon, cuando entre las grandes miserias del mundo contó esta por una de las mayores, diciendo [3]: Hay aun otro mal que ví debajo del sol, y muy comun en el mundo. Veréis un hombre á quien Dios dió riquezas, y hacienda, y honra, y ningun bien falta á su ánima de todos los que desea, y con todo esto no le dió poder para comer de lo

[1] Isai. 10. — [2] Iob. 26. — [3] Eccl. 6.

que tiene, sino que otro extraño se lo tragará. ¿Pues qué es no tener el hombre poder para comer de lo que tiene, sino no lograr las cosas que posee, ni tener con ellas aquel contentamiento que le pudieran dar? Porque con un desaguadero destos que dijimos, ordena Dios que se vierta toda su felicidad, para que por aquí se entienda que así como la verdadera sabiduría no la dan letras muertas, sino Dios, así la verdadera paz y contentamiento, tampoco lo dan las riquezas y bienes del mundo, sino Dios.

Pues tornando al propósito, si aun los que tienen todas las cosas que desean, no teniendo á Dios, viven tan descontentos y desabridos, ¿qué harán aquellos á quien todas las cosas faltan; pues cada una destas faltas es una hambre, y una sed que los fatiga, y una espina que traen hincada en el corazon? ¿Pues qué paz, qué sosiego puede haber en el ánima donde hay tanta importunidad, tanta guerra, y tanto desasosiego de apetitos y pensamientos? Muy bien dijo el profeta de los tales[1]: El corazon del malo es como la mar cuando anda en tor-

[1] Isai. 57.

BIBLIOTECA Granada

menta, que no puede reposar. Porque ¿qué mar, ni qué olas y vientos pueden ser más furiosos que las pasiones y apetitos de los malos? las cuales suelen á veces revolver mares y mundos. Y aun acontesce muchas veces levantarse en este mar vientos contrarios, que es otro linage de tormenta mayor. Ca muchas veces los mesmos apetitos pelean entre sí unos contra otros, como vientos contrarios; porque lo que quiere la carne, no quiere la honra; y lo que quiere la honra, no quiere la hacienda; y lo que quiere la hacienda, no quiere la fama; y lo que quiere la fama, no quiere la pereza, y el amor del regalo: y así acaesce que deseándolo todo, no saben qué desearse, y aun ellos mesmos no se entienden, ni saben qué tomar ni qué dejar, por encontrarse los apetitos unos con otros, como hacen los malos humores en las enfermedades complicadas, donde apénas halla la medicina lo que deba hacer; porque lo que es saludable contra un humor, es contrario para otro. Esta es aquella confusion de las lenguas de Babilonia [1], y aquella contradiccion contra

[1] Genes. 11.

la cual el profeta hace oracion á Dios, diciendo [1]: Destruye, Señor, y divide sus lenguas; porque vi maldad y contradiccion en la ciudad. Pues ¿qué division de lenguas, y qué maldad y contradiccion es esta, sino la que pasa en el corazon de los hombres mundanos, entre la diversidad de sus apetitos, cuando se encuentran unos con otros, deseando cosas contrarias, y aborresciendo uno lo que quiere el otro?

§ II.

De la paz y sosiego interior en que viven los buenos.

Esta es pues la suerte de los malos; mas los buenos por el contrario, como tienen tan bien gobernados todos sus apetitos y deseos; como tienen tan domadas y mortificadas sus pasiones; como tienen puesta su felicidad, no en estos falsos y perecederos bienes, sino en solo Dios (que es el centro de su felicidad), y en aquellos eternos y verdaderos bienes que nadie les puede quitar; como tienen por enemigo perpetuo el amor proprio, y su carne propria, con

[1] Ps. 54.

toda la cuadrilla de sus apetitos y deseos; y como tienen finalmente su voluntad tan resignada y puesta en las manos de Dios: de aquí nasce que ninguna destas molestias los inquieta y perturba, de tal manera que les haga perder su paz.

Pues este es uno de los principales galardones entre otros muchos que promete Dios á los amadores de la virtud, lo cual nos testifican á cada paso todas las Escripturas divinas. El real profeta dice [1]: Mucha paz tienen, Señor, los que guardan vuestra ley; y no hay cosa que los escandalice. Y por Isaías dice el mesmo Señor [2]: Ojalá hubieras tenido cuenta con mis mandamientos, porque fuera tu paz como un rio caudaloso, y tu justicia como las aguas de la mar. Y llama aquí esta paz rio, por la gran virtud que ella tiene para apagar las llamas de nuestros apetitos, y templar el ardor de nuestras cobdicias, y regar las venas estériles y secas de nuestro corazon, y dar á nuestras ánimas refrigerio. Lo mesmo tambien significó divinamente (aunque con grande brevedad) Salomon, diciendo [3]: Cuando hu-

[1] Ps. 118. — [2] Isai. 48. — [3] Prov. 16.

bieren agradado á Dios los caminos del hombre, él hará que sus enemigos tengan paz con él. Pues ¿qué enemigos son estos que hacen guerra al hombre, sino sus proprias pasiones, y malas inclinaciones de su carne, que pelea siempre contra el espíritu? Pues estas dice el Señor que hará venir á tener paz con él, cuando por virtud de la gracia y de la buena costumbre vienen á habituarse á las obras del espíritu, y así tienen paz con él; porque no le hacen tan cruel guerra como ántes solian. Porque aunque la virtud en sus principios sienta grande contradiccion en las pasiones; despues que llega á su perfeccion, obra con gran suavidad y facilidad, y con mucho menor contradiccion. Finalmente, esta es aquella paz que por otro nombre llama el profeta David anchura de corazon, cuando dice [1]: Ensanchaste, Señor, mis pasos debajo de mí, y no se enflaquescieron ni debilitaron mis piés. Por las cuales palabras quiso el profeta declarar la diferencia que hay del camino de los buenos al de los malos. Porque los unos andan con los corazones apretados

[1] Ps. 17.

y congojosos por los temores y cuidados con que viven, como el caminante que va por una senda muy estrecha entre grandes barrancos y despeñaderos, temiendo caer á cada paso; mas el otro camina holgado y seguro, como el que va por un camino llano y espacioso, que no tiene por qué temer. Esto entienden mucho mejor los justos por la práctica que por la teórica; porque todos ellos reconoscen la diferencia que hay de su corazon en el tiempo que sirvieron al mundo, y en el que se ofrescieron al servicio de Dios; porque entónces á cada ocasion de trabajos todo eran congojas, y sobresaltos, y temores, y apretamientos de corazon; mas despues que dejado el camino del mundo, trasladaron su corazon al amor de los bienes eternos, y pusieron toda su felicidad y confianza en Dios, pasan ordinariamente por todas estas cosas con un corazon tan ancho, tan quieto, y tan rendido á la voluntad de Dios, que muchas veces ellos mesmos se espantan tanto desta mudanza, que les paresce no ser ellos los que ántes eran, ó que les han trocado los corazones: tan mudados se hallan. Y á la verdad son ellos,

y no son ellos; porque aunque sean ellos cuanto á la naturaleza, no son ellos mesmos cuanto á la gracia; pues della procede esta mudanza, aunque nadie pueda tener evidencia della. Esto es lo que promete el mesmo Señor por Isaías, diciendo [1]: Cuando pasares por las aguas estaré contigo, y los rios no te cubrirán, y en medio del fuego no te quemarás. Pues ¿qué aguas son estas, sino los arroyos de las tribulaciones desta vida, y el diluvio de las miserias innumerables que cada dia se ofrecen en ella? Y ¿qué fuego es este, sino el ardor de nuestra carne, que es aquel horno de Babilonia que atizan los ministros de Nabucodonosor, que son los demonios [2], de donde se levantan las llamas de nuestros desordenados apetitos y deseos? Pues el que en medio destas aguas y destas llamas en que todo el mundo generalmente peligra, persevera sin quemarse; ¿cómo no barruntará por aquí la presencia del Espíritu Sancto, y la virtud del favor divino? Esta es aquella paz que, como dice el apóstol [3], sobrepuja todo sentido; porque ella es un tan

[1] Isai. 43. — [2] Dan. 3. — [3] Philip. 4.

alto, y tan sobrenatural don de Dios, que no puede el entendimiento humano por sí solo entender como sea posible que un corazon de carne esté quieto, y pacífico, y consolado en medio de los torbellinos y tempestades del mundo.

Mas el que esto siente, alaba y reconosce al hacedor destas maravillas, diciendo con el profeta [1]: Venid y ved las obras del Señor, y las maravillas que ha obrado en la tierra. Ca él hizo pedazos el arco, y quebró las armas, y los escudos quemó en el fuego, diciendo: Dejad las armas, y vivid en paz y reposo; para que veais como yo soy Dios, ensalzado en el cielo y en la tierra. Pues siendo esto así, ¿qué cosa mas rica, mas dulce, y mas para ser deseada, que esta quietud, este reposo, esta anchura y grandeza de corazon, y esta bienaventurada paz?

Y si pasares mas adelante, y quisieres saber cuáles sean las causas de do procede este don celestial, á esto respondo que procede de todos estos privilegios de la virtud que habemos dicho; porque así como en la

[1] Ps. 45.

cadena de los vicios unos estan trabados con otros, que son causa dellos; así en la escala de las virtudes, unas tambien tienen esta mesma dependencia de las otras, de tal modo, que la mas alta así como produce de sí mas fructos, así tiene mas raices de donde nasce. Y así esta bienaventurada paz, que es uno de los doce fructos del Espíritu Sancto [1], nasce destotros fructos y privilegios que dijimos, y señaladamente procede de la mesma virtud, cuya compañera indivisible ella es; porque así como á la virtud naturalmente se debe reverencia y honra exterior, así tambien se le debe la paz interior, la cual juntamente es fructo y premio della. Porque como la guerra interior proceda de la soberbia y desasosiego de las pasiones (como ya dijimos), estando estas domadas, y enfrenadas con las mesmas virtudes que este oficio tienen, cesa la causa de todos estos bullicios y desasosiegos. Y esta es una de las tres cosas en que consiste la felicidad del reino del cielo en la tierra; del cual dice el apóstol [2]: El reino de Dios no es comer ni beber, sino jus-

[1] Galat. 5. — [2] Rom. 14.

ticia, paz, y alegría en el Espíritu Sancto. Donde por la justicia (segun la costumbre de la lengua hebrea), se entiende la mesma virtud y sanctidad de que aquí tratamos; en la cual juntamente con estos dos fructos admirables, que son paz, y alegría en el Espíritu Sancto, consiste la felicidad y bienaventuranza comenzada de que los justos gozan en esta vida. Y que esta paz sea efecto de la virtud, dícelo el mesmo Señor claramente por Isaías así: La paz será obra de la justicia, y el fructo desa mesma justicia será el silencio, y seguridad perpetua; y asentarse ha mi pueblo en la hermosura de la paz, y en las moradas de la confianza, y en un descanso harto y abundoso. Y llama aquí silencio á la mesma paz interior, que es el reposo y quietud de las pasiones, que perturban con sus clamores y deseos congojosos el reposo y silencio del ánima.

Lo segundo nasce esta paz de la libertad y señorío de las pasiones de que arriba tratamos. Porque así como despues de conquistada y señoreada una tierra, y subjectados los moradores de ella, luego hay en ella paz y tranquilidad, y cada uno se asienta

debajo de su higuera, y de su parra, sin temor ni recelo de enemigos; así despues de conquistadas y señoreadas las pasiones de nuestra ánima, que son (como dijimos) la causa de todos sus desasosiegos, luego se sigue en ella un silencio interior, y una paz admirable, con que vive quieta y libre de la guerra y contradiccion importuna destas perturbaciones. De manera que así como ellas cuando eran señoras, y estaban apoderadas del hombre lo revolvian, y alteraban todo; así agora cuando el hombre está libre de la tiranía dellas, y las tiene captivas, no tiene quien desta manera le revuelva la casa, y le perturbe la paz.

Lo tercero nasce tambien esta paz de la grandeza de las consolaciones espirituales de que arriba tratamos, con las cuales de tal manera se satisfacen y adormescen hasta los deseos y afectos de nuestro apetito, que por entónces estan quietos, y satisfechos con la parte que les cabe destos relieves de la porcion superior del ánima. Porque allí la parte concupiscible se da por contenta con aquel soberano gusto que recibe en Dios, y la irascible se quieta viendo á su

hermana satisfecha y contenta. Y así queda todo el hombre quieto y sosegado con esta participacion y gusto del sumo bien.

Lo cuarto nasce tambien esta paz del testimonio y alegría interior de la buena consciencia (de que arriba tratamos) que da grande quietud y descanso al ánima del justo; aunque no la asegure perfectamente, porque no se descuide y pierda el estímulo sancto del temor.

Últimamente nasce esta paz de la confianza que los buenos tienen en Dios (de quien tambien tratamos); porque esta señaladamente les hace estar quietos y consolados aun en medio de las tormentas desta vida, por estar aferrados con las áncoras de la esperanza, que es por confiar que tienen á Dios por padre, por valedor, por defensor y por escudo; debajo de cuyo amparo con mucha razon viven quietos, cantando con el profeta [1]: En paz juntamente dormiré y descansaré; porque tú, Señor, aseguraste mi vida con la esperanza de tu misericordia. Ca desta nasce la paz de los justos, y el remedio de todos sus males;

[1] Ps. 4.

porque ¿qué razon tiene para congojarse quien tiene tal valedor?

CAPÍTULO XXI.

Del nono privilegio de la virtud, que es de cómo oye Dios las oraciones de los buenos, y desecha las de los malos.

Tienen tambien otro grande privilegio los seguidores de la virtud, que es ser oidos de Dios en sus oraciones; lo cual es un gran remedio para todas las necesidades y miserias desta vida. Y para esto es de saber que dos diluvios universales ha habido en el mundo. Uno material, y otro espiritual; y ambos por una mesma causa, que es por pecados. El material, que fué en tiempo de Noé [1], no dejó en el mundo cosa viva mas de lo que pudo caber en una arca; porque todo se lo tragaron las aguas, de tal manera que la mar sorbió á la tierra con todos los trabajos y riquezas de los hombres. Mas el otro primer diluvio, que nasció del primer pecado, fué mucho mayor que este; porque no solo dañó á los hombres que en aquel tiempo eran, sino á todos los siglos presen-

[1] Genes. 7.

tes, pasados, y venideros; y no solo hizo daño á los cuerpos, sino mucho mas á las ánimas, pues tan robadas y desnudas quedaron de las riquezas y gracias que el mundo en aquel primer hombre habia recebido, como se ve claro en un niño recien nascido, el cual nasce tan desnudo de todos estos bienes, cuan desnudas trae las carnes.

Pues deste primer diluvio nascieron todas las pobrezas y miserias á que la vida humana está subjecta: las cuales son tantas y tan grandes, que dieron materia á un gran doctor y sumo pontífice para hacer un libro de solas ellas [1]. Y muchos grandes filósofos considerando por una parte la dignidad del hombre sobre todos los otros animales, y por otra á cuántas miserias y vicios está subjecto, no acaban de maravillarse viendo esta desórden en el mundo; porque no alcanzaron la causa dello, que fué el pecado. Porque veian que solo este entre todos los animales usa de mil diferencias de carnalidades y deleites; á solo este fatiga la avaricia, la ambicion, y un insaciable deseo de vivir, y el cuidado de la sepultura, y de lo

[1] Innocentius de Vilitate conditionis humanæ.

que despues della ha de ser. Ninguno otro tiene la vida mas frágil, ni la cobdicia mas encendida, ni el miedo mas sin propósito, ni mas rabiosa la ira. Veian tambien á los otros animales pasar la mayor parte de la vida sin enfermedades, y sin los tormentos de los médicos y de las medicinas; veíanlos proveidos de todo lo necesario sin trabajo, y sin cuidado. Mas al hombre miserable veian subjecto á mil cuentos de enfermedades, de accidentes, de desastres, de necesidades, de dolores, así de cuerpo como de ánima, así suyos proprios como de todos los que ama. Lo pasado le da pena, lo presente le aflige, y lo que está por venir le congoja; y para sustentar con pan y agua una sola boca, muchas veces le es forzado trabajar toda la vida.

No acabariamos á este paso de contar las miserias de la vida humana, la cual el sancto Job dice que es una perpetua batalla, y que los dias della son como los de un jornalero que de sol á sol trabaja [1]. Lo cual sintieron en tanta manera algunos sabios antiguos, que unos dijeron que no sabian si

[1] Iob. c. 7.

la naturaleza nos habia sido madre, ó madrastra, pues á tantas miserias nos subjectó. Otros dijeron que lo mejor de todo era no nascer, ó á lo ménos morir luego acabando de nascer. Y no faltó quien dijo que muchos no tomaran la vida, si se la dieran despues de experimentada: esto es, si fuera posible probarla ántes de recebirla.

Pues habiendo quedado tal la vida por el pecado, y habiéndose perdido en aquel primer diluvio todo el caudal que habiamos recebido, ¿qué remedio nos dejó el que desta manera nos castigó? Dime tú, ¿qué remedio tiene un hombre enfermo y lisiado, que navegando por la mar, en una tempestad perdió toda su hacienda; sino que, pues ni tiene patrimonio, ni salud para ganarlo, ande toda la vida mendigando? Pues si el hombre en aquel universal diluvio perdió cuanto tenia, y quedó tan pobre y desnudo, ¿qué remedio le queda sino llamar á las puertas de Dios como un pobre mendigo? Esto nos enseñó muy á la clara aquel sancto rey Josafat, cuando dijo [1]: Como quiera que no sepamos, Señor, lo que nos con-

[1] II Par. 20.

venga hacer, solo este remedio nos queda, que es levantar nuestros ojos á vos. Y no ménos significó esto mesmo el sancto rey Ezequías, cuando dijo [1]: De la mañana á la tarde daréis, Señor, fin á mi vida; mas yo así como el hijo de la golondrina llamaré, y gemiré como paloma. Como si dijera: Soy tan pobre, y estoy tan colgado, Señor, de vuestra misericordia y providencia, que no tengo un solo dia de vida seguro; y por esto todo mi ejercicio ha de ser estar siempre dando gemidos ante vos como paloma, y llamaros como hace á sus padres el hijo de la golondrina. Esto decia este sancto varon con ser rey, y grande rey; pero mucho mayor lo era su padre David, y con todo eso usaba deste mesmo remedio en todas sus necesidades, y así con este mesmo espíritu y sentimiento decia [2]: Con mi voz clamé al Señor, con mi voz hice oracion á él. Derramo en presencia dél mi oracion, y doile cuenta de mi tribulacion, cuando mi espíritu fatigado comienza á desfallescer. Esto es, cuando mirando á todas partes veo cerrados los caminos y puertos de la esperan-

[1] Isai. 38. — [2] Ps. 111.

za: cuando me faltan los remedios de la tierra, busco los del cielo por medio de la oracion, la cual Dios me dejó para socorro de todos mis males.

¿Preguntarás por ventura, si es este seguro y universal remedio para todas las necesidades de la vida? A esto (pues es cosa que pende de la divina voluntad), no pueden responder sino los que Dios escogió para secretarios della, que son los apóstoles y profetas, entre los cuales dice uno así [1]: No hay nacion en el mundo tan grande, que tenga sus dioses tan cerca de sí, como nuestro Señor Dios asiste á todas nuestras oraciones. Estas son palabras de Dios, salidas por boca de un hombre, las cuales nos certifican sobre todo lo que se puede certificar, que cuando oramos, aunque no veamos á nadie, ni nos responda nadie, no hablamos á las paredes, ni azotamos el aire; sino que allí está Dios dándonos audiencia, y asistiendo á nuestras oraciones, y compadesciéndose de nuestras necesidades, y aparejándonos el remedio, si es remedio que nos conviene. ¿Pues qué mayor consuelo

[1] Deut. 4.

para el que ora, que tener esta prenda tan cierta de la asistencia divina? Y si esto solo basta para esforzarnos y consolarnos, ¿cuánto mas lo harán aquellas palabras y prendas que tenemos de la boca del mesmo Señor en su Evangelio, donde dice [1]: Pedid, y recibiréis; buscad, y hallaréis; llamad, y abriros han? ¿Pues qué prenda mas rica que esta? ¿Quién dudará destas palabras? ¿Quién no se consolará con esta cédula real en todas sus oraciones?

Pues este es uno de los mayores privilegios que tienen los amadores de la virtud en esta vida: conoscer que estas tan ricas y seguras promesas principalmente dicen á ellos. Porque una de las señaladas mercedes que nuestro Señor les hace en pago de su fidelidad y obediencia, es que él les acudirá, y oirá siempre en todas sus oraciones. Así lo testifica el sancto rey David, cuando dice [2]: Los ojos del Señor estan puestos sobre los justos, y sus oidos en las oraciones dellos. Y por Isaías promete el mesmo Señor, diciendo [3]: Entónces (conviene á saber, cuando hubieres guardado mis

[1] Matth. 7. Luc. 11. — [2] Ps. 33. — [3] Isai. 58.

mandamientos) invocarás, y el Señor te oirá; llamarás, y decirte ha: Cátame aquí presente para todo lo que quisieres. Y no solo cuando llaman, sino aun ántes que llamen promete por este mesmo profeta que los oirá. Mas á todas estas promesas hace ventaja aquella que el Señor promete por Sant Joan, diciendo [1]: Si permaneciéredes en mí, y guardáredes mis palabras, todo cuanto quisiéredes, pediréis, y hacerse ha. Y porque la grandeza desta promesa parescia sobrepujar toda la fe y credulidad de los hombres, vuélvela á repetir otra vez con mayor afirmacion, diciendo [2]: En verdad, en verdad os digo que cualquiera cosa que pidiéredes al Padre en mi nombre os será concedida. ¿Pues qué mayor gracia, qué mayor riqueza, qué mayor señorío que este? Todo cuanto quisiéredes (dice) pediréis, y hacerse ha. ¡Oh palabra digna de tal prometedor! ¿Quién pudiera prometer esto, sino Dios? ¿Cuyo poder se extendiera á tan grandes cosas, sino el de Dios? Y ¿qué bondad se obligara á tan grandes mercedes, sino la de Dios? Esto es hacer al hombre en su ma-

[1] Ioann. 15. — [2] Ioann. 16.

nera señor de todo; esto es entregarle las llaves de los tesoros divinos. Todas las otras dádivas y mercedes de Dios, por grandes que sean, tienen sus términos en que se rematan; mas esta entre todas (como dádiva real de Señor infinito) tiene consigo esta manera de infinidad, porque no determina esto ni aquello, sino todo lo que vosotros quisiéredes, siendo cosa conveniente para vuestra salud. Y si los hombres fuesen justos apreciadores de las cosas, ¿en cuánto habian de estimar esta promesa? ¿En cuánto estimaria un hombre tener tanta gracia y cabida con un rey, que hiciese dél todo lo que quisiese? Pues si en tanto se preciaria esto con un rey de la tierra, ¿cuánto mas con el Rey del cielo?

Y porque no pienses que esto es decir, y no hacer, pon los ojos en las vidas de los sanctos, y mira cuántas y cuán grandes cosas acabaron con la oracion. ¿Qué hizo Moysen en Egipto, y en todo aquel camino del desierto con la oracion? ¿Qué no acabaron Elías y Eliseo su discípulo con oracion? ¿Qué milagros no hicieron los apóstoles con oracion? Con esta arma pelearon los sanc-

tos, con esta vencieron á los demonios, con esta triunfaron del mundo, con esta se enseñorearon de la naturaleza, con esta volvieron en rocío templado las llamas del fuego, con esta aplacaron y amansaron la saña de Dios, y alcanzaron dél todo lo que quisieron. De nuestro padre Sancto Domingo se escribe haber descubierto á un grande amigo suyo, que ninguna cosa jamas habia pedido á nuestro Señor que no la hubiese alcanzado. Y como el amigo le respondiese que pidiese á Dios para religioso de su órden al maestro Reginaldo, que era un famoso hombre en aquellos tiempos, el sancto varon hizo aquella noche oracion por él, y otro dia por la mañana, comenzando el himno de prima, *Iam lucis orto sidere*, entró aquel nuevo lucero por el coro, y echado á los piés del sancto varon, le pidió humildemente el hábito de su órden. Este es pues el galardon prometido á la obediencia de los justos, que pues ellos son tan fieles y obedientes á las voces de Dios, así tambien lo sea en su manera á las voces dellos, y pues ellos responden á Dios cuando los llama, les pague él (como dicen) á torna peon

en la mesma moneda, respondiendo á su llamado. Y por esto dice Salomon que el varon obediente hablará victorias [1]; porque justo es que haga Dios la voluntad del hombre, cuando el hombre hace la de Dios.

Mas por el contrario, de las oraciones de los malos dice Dios por Isaías [2]: Cuando estendiéredes vuestras manos apartaré mis ojos de vosotros, y cuando multiplicáredes vuestras oraciones no las oiré. Y por Hieremías los amenaza el mesmo Señor, diciendo [3]: En el tiempo de la tribulacion dirán: Levántate, Señor, y líbranos; y responderles ha: ¿Dónde estan los dioses que adorastes? Pues levántense esos, y líbrente en el tiempo de la necesidad. Y en el libro del Sancto Job se escribe [4]: ¿Qué esperanza tendrá el malo habiendo robado lo ajeno? ¿Por ventura oirá Dios su clamor cuando venga sobre él la angustia? Y Sant Joan en su canónica dice [5]: Hermanos muy amados, si nuestra consciencia no nos reprehendiere, confianza tenemos en Dios que alcanzarémos todo lo que pidiéremos;

[1] Prov. 21. — [2] Isai. 1. — [3] Hierem. 2. — [4] Iob. 27. — [5] Ioann. 3.

porque guardamos sus mandamientos, y hacemos lo que es agradable á sus ojos. Conforme á lo cual dice David [1]: Si cometí maldad en mi corazon, no me oirá Dios; mas porque no la cometí, oyó él mi oracion.

Destos lugares hallarémos otros infinitos en las Escripturas sagradas; para que por todo esto veas la diferencia que hay de las oraciones de los buenos á las de los malos, y por consiguiente la ventaja que hay del partido de los unos al de los otros; pues los unos son oidos y tratados como hijos y los otros despedidos comunmente como enemigos. Porque como no acompañan su oracion con buenas obras, ni con aquella devocion ni fervor de espíritu, ni con aquella caridad y humildad, no es maravilla que no sea oida; porque (como dice muy bien Cipriano) no es eficaz la peticion cuando es estéril la oracion. Verdad es que aunque esto generalmente sea así, pero es tan grande la bondad y largueza de Dios, que algunas veces se extiende á oir las oraciones de los malos; las cuales aunque no sean

[1] Ps. 56.

meritorias, no dejan de ser impetratorias; porque, como dice Sancto Tomás [1], el merescer nasce de la caridad; mas el impetrar, de la infinita bondad y misericordia de Dios, la cual algunas veces oye las oraciones de los tales.

CAPÍTULO XXII.

Décimo privilegio de la virtud, que es el ayuda y favor de Dios que los buenos reciben en sus tribulaciones; y por el contrario la impaciencia y tormento con que los malos padescen las suyas.

Otro maravilloso privilegio tiene tambien la virtud, que es alcanzarse por ella fuerzas para pasar alegremente por las tribulaciones y miserias que en esta vida no pueden faltar. Porque sabemos ya que no hay mar en el mundo tan tempestuoso y tan instable como esta vida es; pues no hay en ella felicidad tan segura, que no esté subjecta á infinitas maneras de accidentes, y desastres nunca pensados, que á cada hora nos saltean. Pues es cosa mucho para notar, veer cuán diferentemente pasan por estas mudanzas los buenos y los malos. Porque

[1] 2. 2. q. 83, art. 15 et 16.

los buenos, considerando que tienen á Dios por padre, y que él es el que les envia aquel cáliz (como una purga ordenada por mano de un médico sapientísimo para su remedio), y que la tribulacion es como una lima de hierro, que cuanto es mas áspera, tanto mas alimpia el ánima del orin de los vicios, y que ella es la que hace al hombre mas humilde en sus pensamientos, mas devoto en su oracion, y mas puro y limpio en la consciencia; con estas y otras consideraciones abajan la cabeza, y humíllanse blandamente en el tiempo de la tribulacion, y aguan al cáliz de la pasion; ó (por hablar mas propriamente) águaselo el mesmo Dios; el cual, como dice el profeta [1], les da á beber las lágrimas por medida. Porque no hay médico que con tanto cuidado mida las onzas del acíbar que da á un doliente (conforme á la disposicion que tiene), cuanto aquel físico celestial mide el acíbar de la tribulacion que da á los justos, conforme á las fuerzas que tienen para pasarla. Y si alguna vez acrescienta el trabajo, acrescienta tambien el favor y ayuda para llevarlo; para que así

[1] Ps. 79.

quede el hombre con la tribulacion tanto mas enriquecido, cuanto mas atribulado; y de ahí adelante no huyá della como de cosa dañosa, sino ántes la desee como mercadería de mucha ganancia. Pues con todas estas cosas llevan los buenos muchas veces los trabajos no solo con paciencia, sino tambien con alegría; porque no miran al trabajo, sino al premio; no á la pena, sino á la corona; no á la amargura de la medicina, sino á la salud que por ella se alcanza; no al dolor del azote, sino al amor del que lo envia; el cual tiene ya dicho que á los que ama castiga [1].

Júntase con estas consideraciones el favor de la divina gracia (como ya dijimos), la cual no falta al justo en el tiempo de la tribulacion. Porque como Dios sea tan verdadero y fiel amigo de los suyos, en ninguna parte está mas presente que en sus tribulaciones, aunque ménos lo parezca. Si no, discurre por toda la Escriptura sagrada, y verás cómo apénas hay cosa mas veces repetida y prometida que esta. ¿No se dice dél que es ayudador en las necesidades, y

[1] Hebr. 12.

en la tribulacion [1]? ¿No se convida él á que lo llamen para este tiempo, diciendo [2]: Llámame en el tiempo de la tribulacion, y librarte he, y honrarme has? ¿No probó esto por experiencia el mesmo profeta, cuando dijo [3]: Cuando llamé oyó mi oracion el Señor Dios de mi justicia, y ensanchó mi corazon en el dia de la tribulacion? ¿No es este Señor en quien confiaba el mesmo profeta, cuando decia [4]: Esperaba yo aquel que me libró de la pusilanimidad del espíritu y de la tempestad? La cual tempestad no es cierto la de la mar, sino la que pasa en el corazon del pusilánime y del flaco, cuando es atribulado; que es tanto mayor, cuanto es mas pequeño su corazon. La cual sentencia confirma él con palabras muchas veces repetidas y multiplicadas, para mayor confirmacion desta verdad, y mayor esfuerzo de nuestra pusilanimidad, diciendo [5]: La salud de los justos viene del Señor, y él es su defensor en el tiempo de la tribulacion; y ayudarlos ha el Señor, y librarlos ha, y defenderlos ha de los pecadores,

[1] Psalm. 9. — [2] Psalm. 49. — [3] Psalm. 4. — [4] Psalm. 54. — [5] Psalm. 36.

y salvarlos ha, porque en él pusieron su esperanza.

Y en otra parte muy mas claramente dice el mesmo profeta [1]: ¿Cuán grandes son, Señor, los bienes que habeis hecho á todos los que esperan en vos en presencia de los hijos de los hombres? Esconderlos heis en lo escondido y secreto de vuestro rostro, de las tribulaciones y persecuciones de los hombres; y defenderlos heis en vuestro tabernáculo de la contradiccion de las lenguas. Por lo cual sea bendito el Señor, que tan maravillosamente usó conmigo de su misericordia, defendiéndome y asegurándome, como si estuviera en una ciudad de guarnicion; estando yo tan derribado y caido en medio de la tribulacion, que me parescia estar ya desamparado y desechado de la presencia de vuestros ojos. Mira pues cuán á la clara nos enseña aquí el profeta el favor y amparo que los justos tienen de Dios en lo mas recio de su tribulacion. Y es mucho de notar aquella palabra que dice: esconderlos heis en lo escondido y secreto de vuestro rostro. Dando á entender

[1] Ps. 30.

(como dice un intérprete) que así como cuando los reyes de la tierra quieren guardar á un hombre muy seguro, lo encierran dentro de su palacio, para que no solamente las paredes reales, mas tambien los ojos del rey lo defiendan de sus enemigos (que no puede ser mejor guarda), así aquel Rey soberano defiende los suyos con este mesmo recaudo y providencia. De donde vemos y leemos que muchas veces los sanctos varones, cercados de grandísimos peligros y tentaciones, estaban con un ánimo quieto y esforzado, y con un rostro y semblante sereno; porque sabian que tenian sobre sí esta guarda tan fiel que nunca los desamparaba, ántes entónces se hallaba mas presente, cuando los veia en mayor peligro. Así lo hizo él con aquellos tres sanctos mozos que mandó echar Nabucodonosor en el horno de Babilonia [1], entre los cuales andaba el ángel del Señor convirtiendo las llamas de fuego en aire templado. De lo cual espantado el mesmo tiranno, comenzó á decir: ¿Qué es esto? ¿no eran tres hombres los que echamos en el fuego atados? ¿Pues

[1] Dan. 3.

quién es aquel cuarto que yo veo tan hermoso, que paresce hijo de Dios? ¿Vees pues cuán cierta es la compañía de nuestro Señor en el tiempo de la tribulacion? Y no es menor argumento desta verdad lo que hizo este mesmo señor con el sancto mozo Josef, despues de vendido por sus hermanos [1]; pues, como se escribe en el libro de la Sabiduría [2], descendió con él á la cárcel, y estando en medio de las prisiones, nunca le desamparó hasta que le entregó el sceptro y señorío de Egipto, y le dió poder contra los que le habian afligido, y mostró que habian sido mentirosos los que le habian infamado y puesto mácula en su gloria. Los cuales ejemplos manifiestamente nos declaran la verdad de aquella promesa del Señor, que por el Salmista dice [3]: Con él estoy en la tribulacion; librarlo he, y glorificarlo he. Dichosa por cierto la tribulacion, pues meresce tal compañía. Si así es, démos todos voces con Sant Bernardo, diciendo: Dame, Señor, siempre tribulaciones; porque siempre estés conmigo.

Júntase tambien con esto el socorro y fa-

[1] Genes. 41. — [2] Sap. 10. — [3] Ps. 90.

vor de todas las virtudes, las cuales concurren en este tiempo á dar esfuerzo al corazon afligido, cada una con su lanza. Porque así como cuando el corazon está en algun aprieto, toda la sangre acude á socorrerle, porque no desfallezca, así tambien cuando el ánima está apretada y puesta en peligro con alguna tribulacion, luego todas las virtudes acuden á socorrerla, cada una de su manera. Y así primeramente acude la fe con el conoscimiento firme de los bienes y males de la otra vida, en cuya comparacion es nada todo lo que se padesce en esta. Ayúdalos tambien la esperanza; la cual hace al hombre paciente en los trabajos con la esperanza del galardon. Ayúdalos el amor de Dios; por el cual desean afectuosamente padescer aflicciones y dolores en este siglo. Ayúdalos la obediencia y conformidad que tienen con la divina voluntad, de cuya mano toman alegremente y sin murmuracion todo lo que les viene. Ayúdalos la paciencia, á la cual pertenesce tener hombros para poder llevar esta carga. Ayúdalos la humildad; la cual les hace inclinar los corazones, como árboles delgados, al furioso

viento de la tribulacion, y humillarse debajo de la mano poderosa de Dios, reconosciendo siempre que es ménos lo que padescen, de lo que sus culpas merescen. Ayúdalos otrosí la consideracion de los trabajos de Cristo Crucificado, y de todos los otros sanctos, en cuya comparacion nada son todos los nuestros.

Desta manera pues ayudan aquí las virtudes con sus oficios: y no solo con sus oficios, sino tambien (si se sufre decir) con sus dichos. Porque la fe primeramente dice, que no son dignas las pasiones deste tiempo para la gloria advenidera que será revelada en nosotros [1]. La caridad tambien acude, diciendo que algo es razon que se padezca por aquel que tanto nos amó. El agradescimiento dice tambien con el sancto Job [2]: Que si hemos recebido bienes de la mano del Señor, justo es que tambien recibamos las penas dél. La penitencia dice: Razon es que padezca algo contra su voluntad, quien tantas veces la hizo contra la de Dios. La fidelidad dice: Justo es que nos halle fieles una vez en la vida, quien

[1] Rom. 8. — [2] Iob. 2.

tantas mercedes nos ha hecho en toda ella. La paciencia dice: Que la tribulacion es materia de paciencia, y la paciencia de probacion, y la probacion de esperanza, y la esperanza no saldrá en vano, ni dejará al hombre confundido [1]. La obediencia dice: Que no hay mayor sanctidad, ni mayor sacrificio, que conformarse el hombre en todos los trabajos con el beneplácito de la divina voluntad.

Mas entre todas estas virtudes, la esperanza viva es la que señaladamente los ayuda en este tiempo, y la que maravillosamente tiene firme y constante nuestro corazon en medio de la tribulacion. Y esto nos declaró el apóstol, el cual acabando de decir [2]: Gozándoos con la esperanza, añadió luego: Teniendo en los trabajos paciencia; entendiendo muy bien que de lo uno se seguia lo otro: conviene saber, de la alegría de la esperanza el esfuerzo de la paciencia. Por la cual causa elegantemente la llamó el apóstol áncora [3]; porque así como el áncora aferrada en la tierra tiene seguro el navío que está en el agua, y le hace que

[1] Rom. 5. — [2] Rom. 12. — [3] Hebr. 6.

desprecie las ondas y la tormenta, así la virtud de la esperanza viva, aferrada fuertemente en las promesas del cielo, tiene firme el ánima del justo en medio de las ondas y tormentas deste sìglo, y le hace despreciar toda la furia de los vientos y tempestades dél. Así dicen que lo hacia un sancto varon, el cual viéndose cercado de trabajos, decia: Tan grande es el bien que espero, que toda pena me deleita.

Desta manera pues concurren todas las virtudes á conhortar el corazon del justo cuando lo ven atribulado. Y si aun con todo esto desmayan, tornan á volver sobre él con mas calor, diciendo: Pues si al tiempo de la prueba, cuando Dios te quiere examinar, desfallesces, ¿dónde está la fe viva que para con él has de tener? ¿Dónde la caridad, y la fortaleza, y la obediencia, y la paciencia, y la lealtad, y el esfuerzo de la esperanza? ¿Esto es para lo que tú tantas veces te aparejabas y determinabas? ¿Esto es lo que tú tantas veces deseabas y aun pedias á Dios? Mira que no es ser buen cristiano solamente rezar y ayunar, y oir misa; sino que te halle Dios fiel (como á otro Job,

y otro Abraham) en el tiempo de la tribulacion. Pues desta manera el justo, ayudándose de sus buenas consideraciones, y de las virtudes que tiene, y del favor de la divina gracia que no le desampara, viene á llevar estas cargas, no solo con paciencia, mas muchas veces con hacimiento de gracias y alegría. Y para prueba desto, bástenos por agora el ejemplo del sancto Tobías [1], de quien se escribe que habiendo nuestro Señor permitido que despues de otros muchos trabajos pasados perdiese tambien la vista, para que se diese á los hombres ejemplo de su paciencia; no por eso se desconsoló, ni perdió punto de la fidelidad y obediencia que ántes tenia. Y añade luego la Escriptura la causa desto, diciendo: Porque como siempre dende su niñez hubiese vivido en temor de Dios, no se entristeció contra el Señor por este azote; sino permanesciendo sin moverse en su temor, le daba gracias todos los dias de su vida. Mira pues aquí cuán abiertamente atribuye el Espíritu Sancto la paciencia en la tribulacion á la virtud y temor de Dios que este sancto va-

[1] Tobiæ, 2.

ron tenia, conforme á lo que aquí está declarado. Y aun de nuestros tiempos podia yo referir muy ilustres ejemplos de grandes enfermedades y trabajos, llevados por siervos y siervas de Dios con grande alegría, los cuales en la hiel hallaron miel, y en la tempestad bonanza, y en el medio de las llamas de Babilonia refrigerio saludable.

§ II.

De la impaciencia y furor de los malos en sus trabajos.

Mas por el contrario, ¿qué cosa es ver los malos en la tribulacion? Como no tienen caridad, ni paciencia, ni fortaleza, ni esperanza viva, ni otras virtudes semejantes; y como los toman los trabajos tan desarmados y desapercebidos: como no tienen luz para ver aquello que los justos ven con la fe formada, ni lo abrazan con la esperanza viva, ni han probado por experiencia aquella bondad y providencia paternal de Dios para con los suyos; es cosa de lástima ver de la manera que se ahogan en este golfo, sin hallar donde hacer pié, ni de qué echar mano. Porque como carescen de todas es-

tas ayudas, como navegan sin este gobernalle, como pelean sin estas armas, ¿qué se puede esperar dellos, sino que perezcan en la tormenta, y mueran en la batalla? ¿Qué se puede esperar, sino que con la furia de los vientos, y con las ondas de los trabajos vengan á dar en las rocas de la ira y de la braveza, y de la pusilanimidad, y de la impaciencia, y de la blasfemia, y de la desesperacion? Y así algunos hay que junto con esto han venido á perder el seso, ó la salud, ó la vida, ó á lo ménos la vista con el continuo llorar. De manera, que los unos como plata fina perseveran sanos y enteros en el fuego de la tribulacion; los otros, como vil y bajo estaño, luego se derriten y deshacen con la fuerza del calor [1]. Y así donde los unos lloran, los otros cantan; donde los unos se ahogan, los otros pasan á pié enjuto; donde los unos como vil y flaco vaso de barro estallan en el fuego, los otros como oro puro se paran mas hermosos. Desta manera pues suena siempre voz de salud y alegría en los tabernáculos de los justos; mas en las casas de los ma-

1 Ps. 117.

los siempre se oyen voces de tristeza y confusion.

Y si quieres entender lo que digo, mira los extremos que han hecho, y hacen cada dia muchas mujeres principales cuando vienen á perder sus hijos ó maridos; y hallarás que unas se encierran en lugares escuros donde nunca mas vean sol ni luna; otras hay aun, que se han encerrado en jaulas como bestias fieras; otras que se han arrojado en medio del fuego; otras vienen á dar con la cabeza por las paredes con rabia y aborrescimiento de la vida, y aun otras vemos que la acaban despues muy presto con la impaciencia y furia del dolor; y así queda asolada y destruida una casa y familia en un momento. Y lo que mas es, que no solo son crueles y desatinadas para consigo, sino tambien atrevidas y blasfemas para con Dios, acusando su providencia, condenando su justicia, blasfemando de su misericordia, y poniendo en el cielo contra Dios su boca sacrílega. Lo cual todo en fin les viene á llover en casa, con otras calamidades aun mayores que les envia Dios por estas blasfemias; porque este es el galar-

don que meresce quien escupe hácia el cielo, y echa coces contra el aguijon. Y esta suele ser á veces una cura muy justa de la mano de Dios, que así divierte sus corazones de unos trabajos grandes con otros mayores.

Desta manera los miserables, como les falta el gobernalle de la virtud, vienen á dar al traves al tiempo de la tormenta, blasfemando por lo que habian de bendecir, ensoberbeciéndose con lo que se habian de humillar, endureciéndose con el castigo, y empeorando con la medicina: lo cual paresce que es un infierno comenzado, y principio de otro que se les apareja. Porque si no es otra cosa infierno sino lugar de penas y culpas, ¿qué falta aquí para que no tengamos este por una manera de infierno, donde hay tanto de uno y de otro?

Y ¡qué lástima es ver sobre todo esto, que así como así se han de padescer los trabajos, y que tomándolos con paciencia se hacian mas lijeros de llevar, y mas meritorios para el ánima, y que con todo esto quiera el malaventurado hombre perder el fructo inestimable de la paciencia, y hacer

la carga mayor con el trabajo de la impaciencia, la cual sola pesa mas que la mesma carga! Gran desconsuelo es trabajar y no ganar nada con el trabajo, ni tener á quien hacer cargo dél; pero mayor es sin comparacion perder aun lo ganado, y despues de haber habido mala noche, hallar desandada la jornada.

Todo esto pues nos declara cuán diferentemente pasan por las tribulaciones los buenos y los malos; cuánta paz, alegría y esfuerzo tienen los unos, donde tanta afliccion y desasosiego padescen los otros. Lo cual fué maravillosamente figurado en los grandes clamores y llantos que hubo en toda la tierra de Egipto, cuando les mató Dios en una noche todos los primogénitos [1]; porque no habia casa donde no hubiese su llanto, como quiera que en toda la tierra de José (donde moraban los hijos de Israel) no se oyese un solo perro que ladrase.

Pues ¿qué diré (demas desta paz) del provecho que de sus tribulaciones sacan los justos, de donde los malos sacan tanto daño? Porque (segun dice Crisóstomo) así co-

[1] Exod. 12.

mo en el mesmo fuego se purifica el oro y el madero se quema, así en el fuego de la tribulacion el justo se hace mas hermoso, como el oro; y el malo, como leño seco é infructuoso, se hace ceniza. Conforme á lo cual dice tambien Cipriano que así como el aire al tiempo del trillar avienta y esparce las pajuelas livianas, mas con esto purifica el trigo, y lo deja mas limpio, así el viento de la tribulacion desbarata y derrama los malos como paja liviana; mas por el contrario, recoge y purifica los buenos como trigo escogido. Lo mesmo tambien nos representan en figura las aguas y ondas del mar Bermejo, las cuales no solamente no ahogaron á los hijos de Israel al tiempo que por él pasaron; mas ántes les eran muro á la diestra y á la siniestra. Y por el contrario, esas mesmas aguas envolvieron y anegaron los carros de los egipcios con todo el pueblo de Faraon [1]. Pues desta manera las aguas de las tribulaciones son para mayor guarda y defension de los buenos, y para conservacion y ejercicio de su humildad y de su paciencia; mas para los malos son co-

[1] Exod. 14.

mo olas y tormenta que los anega y sume en el abismo de la impaciencia, de la blasfemia y de la desesperacion.

Esta es pues otra maravillosa ventaja que la virtud hace al vicio, por la cual los filósofos alabaron y preciaron mucho á la filosofía, creyendo que á ella sola pertenescia hacer al hombre constante en cualquier trabajo. Mas vivian en esto muy engañados, como en otras cosas. Porque así la verdadera virtud, como la verdadera constancia, no se hallan entre los filósofos, sino en la escuela de aquel Señor que puesto en la cruz nos consuela con su ejemplo, y reinando en el cielo nos fortalesce con su espíritu, y prometiéndonos la gloria nos anima con la esperanza della: de lo cual todo caresce la filosofía humana.

CAPÍTULO XXIII.

Undécimo privilegio de la virtud, que es como nuestro Señor provee á los virtuosos de lo temporal.

Todo esto que hasta aquí habemos dicho, son riquezas y bienes espirituales que se dan á los amadores de la virtud en esta vida, de-

mas de la gloria perdurable que les está guardada en la otra: los cuales todos se prometieron al mundo en la venida de Cristo (segun que todas las escripturas proféticas testifican), por lo cual se llama con razon Salvador del mundo; porque por él se nos da la verdadera salud, que es la gracia y la sabiduría, y la paz, y la victoria, y señorío de nuestras pasiones, y las consolaciones del Espíritu Sancto, y las riquezas de la esperanza; y finalmente todos los otros bienes que se requieren para alcanzar aquella salud, de la cual dijo el profeta [1]: Israel fué hecho salvo en el Señor con salud eterna.

Mas si alguno hubiere tan de carne que tenga mas puestos los ojos en los bienes de carne, que en los del espíritu (como hacian los judíos) no quiero que por esto nos desavengamos; porque aquí le darémos mucho mejor despacho de lo que él pueda desear. Si no, dime: ¿qué quiso significar el Sabio, cuando (hablando de la verdadera sabiduría en que está la perfeccion de la virtud) dijo [2]: La longura de dias está en su

[1] Isai. 45. — [2] Prov. 3.

diestra, y en su siniestra riquezas y gloria? De manera, que ella tiene en sus manos estos dos linages de bienes con que convida á los hombres: en la una bienes eternos, y en la otra temporales. No pienses que mata Dios á los suyos de hambre, ni que sea tan desproveido, que dando de comer á las hormigas y gusanos de la tierra, deje ayunos á los que dia y noche le sirven en su casa. Y si no quieres creer á mí, lee todo el capítulo sexto de Sant Matteo, y verás las prendas y la seguridad que allí se te da sobre esto. Mirad, dice el Salvador, las aves del cielo que no siembran, ni cogen, ni encierran, ni hacen provision para adelante, y vuestro padre que está en los cielos tiene cuidado de proveerlas. ¿Pues no sois vosotros de mas precio que ellas? Finalmente, despues destas palabras concluye el Salvador, diciendo: No querais pues estar solícitos sobre qué comerémos, ó qué beberémos; porque estas cosas buscan las gentes que no conocen á Dios. Mas vosotros buscad primero el reino de Dios y su justicia; y todo lo demas se os dará como por añadidura. Pues por esta causa entre otras nos

convida el salmísta á servir á Dios (viendo que por sola esta se obligan unos hombres á servir á otros hombres) diciendo [1]: Temed al Señor todos sus sanctos; porque ninguna cosa falta á los que le temen. Los ricos deste mundo padescerán necesidad y hambre; mas á los que buscan al Señor nunca fallecerá todo bien. Y es esto una cosa tan cierta, que el mesmo profeta añade en otro salmo, diciendo [2]: Mozo fuí, y agora soy viejo; y nunca hasta hoy ví al justo desamparado, ni á sus hijos buscar pan.

Y si quieres mas por extenso ver el recaudo que los buenos tienen en esta parte, oye lo que Dios promete en el Deuteronomio á los guardadores de su ley, diciendo [3]: Si oyeres la voz de tu Señor Dios, y guardares sus mandamientos, hacerte ha él mas alto que todas las gentes que moran sobre la haz de la tierra, y vendrán sobre tí todas estas bendiciones: Bendito serás en la ciudad, y bendito en el campo. Bendito será el fructo de tu vientre, y el fructo de tu tierra, y el fructo de tus bestias y ganados, y las majadas de tus ovejas. Benditos

[1] Ps. 33. — [2] Ps. 36. — [3] Deut. 28.

serán tus graneros, y las migajas de tu casa. Bendito serás en tus entradas y salidas; y en todo lo que pusieres mano serás prosperado. Derribará Dios ante tus piés todos los enemigos que se levantaren contra tí: por un camino vendrán, y por siete huirán. Inviará Dios su bendicion sobre tus cilleros, y en todo serás bendito. Hacerte ha Dios un pueblo sancto para gloria suya, así como te lo tiene jurado, si guardares sus mandamientos, y anduvieres en sus caminos: y serán tan grandes tus prosperidades, que por ellas conoscerán todos los pueblos de la tierra que el nombre del Señor es invocado sobre tí, y temerte han. Hacerte ha Dios abundar en todos los bienes, en el fructo de tu vientre, y en el fructo de tus ganados, y en los fructos de la tierra que te prometió de dar. Abrirá Dios sobre tí aquel riquísimo tesoro suyo del cielo, y lloverá sobre tus tierras á sus tiempos, y echará su bendicion á todas las obras de tus manos. Hasta aquí son palabras de Dios por su profeta. Pues dime agora: ¿qué Indias, que tesoros se pueden comparar con estas bendiciones?

Y puesto caso que estas promesas mas se dieron al pueblo de los judios que al de los cristianos (porque este segundo promete Dios por Ezequiel [1] que enriquecerá con otros mayores bienes, que son bienes de gracia y gloria); pero todavía así como en aquella ley carnal no dejaba Dios de dar bienes espirituales á los buenos judios; así en esta espiritual no deja de dar tambien sus prosperidades temporales á los buenos cristianos: sino que las prosperidades dáselas con dos grandes ventajas que no conoscen los malos. La una, que como médico prudentísimo se las da en aquella medida que pide su necesidad; para que de tal manera los sustenten, que no los envanezcan. Lo cual no hacen los malos; pues abarcan todo cuanto pueden, sin mirar que no es menor el daño que la demasía de los bienes temporales hace en las ánimas, que la del mantenimiento en los cuerpos. Porque aunque el comer sea necesario para sustentar la vida, pero el demasiado comer hace daño á la mesma vida. Y asi tambien aunque en la sangre esté la vida del hombre,

[1] Ezech. 34 et 36, etc.

pero con todo esto muchas veces el pujamiento de sangre mata al hombre. La otra ventaja es, que con menor estruendo y aparato de cosas les da mayor descanso y contentamiento, que es el fin para que buscan los hombres todo lo temporal. Porque todo lo que él puede hacer por medio de las causas segundas, puede hacer por sí solo aun mas perfectamente que por ellas. Y así lo hizo con todos los sanctos, en nombre de los cuales decia el apóstol [1]: Nada tenemos, y todo lo poseemos; porque tan grande contentamiento tenemos con lo poco, como si fuésemos señores de todo el mundo. Los caminantes procuran llevar en oro su dinero; porque así van mas ricos, y con menos carga; y desta manera procura el Señor de proveer y aliviar los suyos, dándoles pequeña carga, y grande contentamiento con ella. Desta manera pues caminan los justos, desnudos y contentos, pobres y ricos; mas por el contrario, los malos llenos de bienes, y muriendo de hambre, y (como dicen de Tántalo) el agua á la boca, y muriendo de sed.

[1] Cor. 6.

Pues por esta y otras semejantes causas encomendaba tanto aquel gran profeta la guarda de la divina ley, queriendo que solo este fuese nuestro cuidado, porque sabia él muy bien que con esta todo lo demás estaba cumplido. Y así dice él [1]: Poned estas mis palabras en vuestros corazones, y traedlas atadas por señal en vuestras manos, y colgadas delante de vuestros ojos, y enseñadlas á vuestros hijos para que piensen en ellas. Cuando estuvieres asentado en tu casa, y anduvieres por el camino, cuando te acostares y levantares pensarás en ellas, y escribirlas has en los umbrales y puertas de tu casa de manera que siempre las traigas ante los ojos; para que así se multipliquen los dias de tu vida y de tus hijos en la tierra que Dios te dará. ¡Oh sancto profeta! ¿qué veias, qué hallabas en la guarda destos mandamientos divinos, porque así la encomendabas? Verdaderamente como grande profeta y secretario de los consejos divinos, entendias la grandeza inestimable deste bien, y cómo en él estaban todos los bienes presentes y venideros, temporales

[1] Deut. 6.

y eternos, espirituales y corporales; y cumplido con esta obligacion, todo lo demas estaba cumplido. Entendias muy bien que cuando el hombre se ocupaba en hacer la voluntad de Dios, no por eso perdia jornada; sino que entonces labraba su viña, y regaba su huerta, y granjeaba su hacienda, y entendia en sus negocios muy mejor que haciéndolos él por su mano; pues con aquello echaba á Dios cargo para que él los hiciese por la suya. Porque esta es la ley de aquel pacto y concierto que tiene Dios hecho con los hombres: que entendiendo ellos en la guarda de su testamento, él entenderia en la guarda de sus cosas; y está cierto que no ha de cojear por la parte de Dios este contrato, sino que si el hombre le fuere buen siervo, él será mejor Señor. Esta es aquella sola una cosa que el Salvador dijo ser necesaria [1]: que es conoscer y amar á Dios, porque quien á Dios tiene contento, todo lo demas tiene seguro. La piedad, dice Sant Pablo [2], para todas las cosas aprovecha; porque para ella son todas las promesas de la vida presente y advenidera. Ves

[1] Luc. 10. — [2] I Tim. 4.

pues aquí cuán abiertamente promete aquí el apóstol á la piedad (que es el culto y veneracion de Dios), no solo los bienes de la otra vida, sino tambien los desta, en cuanto nos sirven y ayudan para alcanzar aquella. Aunque no se excusa por esto que el hombre trabaje y haga lo que es de su parte, conforme á la cualidad y condicion de su estado.

§ I.

De las necesidades y pobreza de los malos.

Mas por el contrario, quien quisiere saber qué tan grandes sean las adversidades, y las calamidades, y pobreza que estan guardadas para los malos, lea el capítulo veinte y ocho del Deuteronomio, y verá cosas que le pongan espanto y admiracion, porque entre otras muchas palabras dice así: Si no quisieres oir la voz de tu Señor Dios, y guardar sus mandamientos, vendrán sobre tí estas maldiciones, y comprehenderte han. Maldito serás en la ciudad, y maldito en el campo; maldito tu cillero, y malditas las sobras de tu mesa; maldito el fruc-

to de tu vientre, y el fructo de tu tierra, y los hatos de tus bueyes, y las manadas de tus ovejas; maldito serás en todas tus entradas y salidas; esto es, en todo lo que pusieres las manos. Inviará el Señor sobre tí esterilidad, y hambre, y confusion en todas las obras de tus manos hasta destruirte. Inviarte ha pestilencia hasta que te consuma, y eche de la tierra que vas agora á poseer. Castíguete el Señor con pobreza, fiebres, y frios, y ardores, y aire corrupto, y mangla hasta que perezcas. Sea el cielo que está sobre tí de metal, y la tierra que hollares de hierro, y el Señor invie sobre ella polvo en lugar de agua, y del cielo descienda sobre tí ceniza hasta que seas destruido. Entréguete el Señor en manos de tus enemigos, por una puerta salgas contra ellos, y por siete huyas dellos, y seas derramado por todos los reinos de la tierra, y tu cuerpo muerto sea manjar de todas las aves del aire, y de las bestias de la tierra, y no haya quien las ojee. Castíguete el Señor con locuras y ceguedad, y furor de entendimiento, de tal manera que andes palpando las paredes en el mediodía, así co-

mo anda el ciego en las tinieblas, sin saber enderezar tus caminos. En todo tiempo padezcas calumnias, y andes oprimido con violencia, y no haya quien te libre. La mujer que tuvieres, otro la deshonre; y la casa que edificares, no mores en ella; y la viña que plantares, no la vendimies; y tu buey sea muerto delante de tí, y no comas dél; tu bestia sea llevada delante tus ojos, y no se te vuelva; tus hijos y hijas sean entregadas á otro pueblo, viéndolo tus ojos, desfallesciendo á la vista dellos todo el dia, y no haya fortaleza en tí, y andarás perdido, y serás proverbio y fábula en todos los pueblos donde serás llevado. Y finalmente despues de otras muchas y muy terribles maldiciones, añade y dice: Vendrán sobre tí todas estas maldiciones, y comprehenderte han hasta que perezcas. Y porque no quisiste servir á tu Señor Dios con gozo y alegría de corazon por la abundancia de todas las cosas, servirás al enemigo que él te inviará, con hambre, sed, desnudez y pobreza, el cual pondrá un yugo de hierro sobre tu cerviz hasta destruirte. Traerá el Señor contra tí una gente de los últimos fines

de la tierra con tanta lijereza como el águila que vuela; cuya lengua no puedas entender; una gente desvergonzadísima, que no cate cortesía al viejo, ni tenga compasion del niño, la cual se trague el fructo de tus ganados, y el fructo de tu tierra, de tal manera que no te deje trigo, ni vino, ni aceite, ni bueyes, ni vacas, ni ovejas hasta que te consuma en todas tus ciudades, y sean destruidos tus muros altos y firmes en que tenias tu confianza. Serás cercado dentro de tus puertas, y puesto en tanto aprieto que comerás el fructo de tu vientre, y las carnes de tus hijos y de tus hijas: tan grande será el aprieto en que tus enemigos te pondrán. Todas estas son palabras de la Escriptura divina, con otras muchas mas que dejo aquí de referir. Las cuales quien quiera que leyere con atencion, quedará como atónito y fuera de sí, leyendo cosas tan horribles, y entónces por ventura abrirá los ojos, y comenzará á entender algo del rigor espantable de la justicia divina, y de la malicia horrible del pecado, y del odio tan extraño que Dios tiene contra él; pues con tan extrañas penas lo

castiga en esta vida; por donde verá lo que se puede esperar en la otra. Y juntamente con esto compadescerse ha de la insensibilidad y miseria de los malos, que tan ciegos viven para no ver lo que les está guardado.

Y no pienses que estas amenazas sean de solas palabras; porque todo esto no fué tanto amenaza, cuanto profecía de las calamidades que á aquel pueblo sucedieron. Porque en tiempo de Achab, rey de Israel, estando él cercado en Samaria por el ejército del rey de Siria [1], se lee que comian los hombres estiércol de palomas; y aun, que este manjar se vendia por gran suma de dineros; y llegó el negocio á términos que hasta las madres mataban á sus hijos para comer, y lo mesmo escribe Josefo haber acaescido en el cerco de Hierusalem. Pues ya los captiverios deste pueblo muy notorios son, con toda la destruicion de su república y reino. Porque los once tribus fuéron llevados en perpetuo captiverio, que nunca fué revocado, por el rey de los Asirios [2]; y uno solo que quedaba fué despues de mucho

[1] IV Reg. 6. — [2] IV Reg. 17.

tiempo asolado y destruido por el ejército de los romanos; donde fue muy grande el número de los captivos, y mucho mayor sin comparacion el de los muertos, como el mesmo historiador escribe.

Ni ménos se engañe nadie creyendo que estas calamidades pertenescian á solo aquel pueblo; porque generales son á todos los pueblos, que teniendo ley de Dios la menosprecian y quebrantan, como él mesmo lo testifica por Amós, diciendo [1]: ¿Por ventura no hice yo subir á los hijos de Israel de Egipto, y á los palestinos de Capadocia, y á los sirios de Sirene? Porque los ojos del Señor estan puestos sobre el reino que peca; para destruirlo y echarlo de sobre la haz de la tierra. Dando á entender que todas estas mudanzas de reinos, destruyendo unos, y plantando otros, se hacen por pecados. Y quien quisiere ver si esto nos toca, revuelva las historias pasadas, y verá cómo por un mesmo rasero lleva Dios á todos los malos, especialmente á los que teniendo verdadera ley, no la guardan. Porque ahí verá cuánta parte de Europa, de

[1] Amos, 9.

Africa y de Asia, que estaba llena de iglesias de pueblos cristianos, está agora poseida de bárbaros y paganos; y verá cuántas destruiciones ha padescido la Iglesia por los godos, por los hunnos, y por los wandalos, que en tiempo de Sant Augustin destruyeron toda la provincia de Africa, sin perdonar á hombre, ni mujer, ni viejo, ni niño, ni doncella. Y en este mesmo tiempo de tal manera fué asolado por los mesmos bárbaros el reino de Dalmacia con las provincias comarcanas, que (como dice Sant Hierónimo, natural desta provincia) quien por ella pasaba, no veia mas que cielo y tierra: tan asolada habia quedado. Lo cual todo nos declara cómo la virtud y verdadera religion no solo ayuda para alcanzar los bienes eternos, sino tambien para no perder los temporales; porque la consideracion desto con todas las demas sirva para aficionar nuestros corazones á esa mesma virtud que de tantos males nos libra, y de tantos bienes está acompañada.

CAPÍTULO XXIV.

Duodécimo privilegio de la virtud, que es: cuán alegre y quieta sea la muerte de los buenos, y por el contrario, cuán miserable y congojosa la de los malos.

A todos estos privilegios se añade el postrero, que es el fin y muerte gloriosa de los buenos, al cual todos los otros se ordenan. Porque si (como dicen) al fin se canta la gloria, dime: ¿qué cosa mas gloriosa que el fin de los buenos, ni mas miserable que el de los malos? Preciosa es, como dice el Salmo [1], la muerte de los sanctos en el acatamiento del Señor; mas la muerte de los pecadores dice que es pésima [2]: que quiere decir muy mala en superlativo grado, porque así para el cuerpo, como para el ánima, es el último de todos los males. Y así dice Sant Bernardo sobre estas palabras [3]: La muerte de los pecadores es pésima. Porque ella es primeramente mala por razon del apartamiento del mundo, y peor por el apartamiento del cuerpo, y pésima por los dos eternos tormentos del fuego y

[1] Ps. 115. — [2] Ps. 33. — [3] In parvis Ser. Ser. 41.

del gusano inmortal, que se siguen despues della [1]. Porque mucho duele dejar el mundo, y mucho mas salir de la carne; pero mucho mas el tormento del infierno. Pues todas estas cosas juntas, con otras anejas á ellas atormentan al malo en aquel tiempo. Porque allí primeramente le fatigan los accidentes de la enfermedad, los dolores del cuerpo, los temores del ánima, las congojas de lo que queda, los cuidados de lo que será, la memoria de los pecados pasados, el recelo de la cuenta venidera, el temor de la sentencia, el horror de la sepultura, el apartamiento de todo lo que desordenadamente ama; esto es, de la hacienda, de los amigos, de la mujer, de los hijos, y desta luz y aire comun, y de la mesma vida. Cada cosa destas por su parte tanto mas le lastima, cuanto era mas amada. Porque, como dice muy bien Sant Augustin, no se pierden sin dolor las cosas que se poseen con amor. Por donde dijo un filósofo que aquel temia ménos la muerte, que ménos deleites tenia en la vida.

Pero sobre todo esto fatiga en aquella ho-

1 Marc. 9.

ra el tormento de la mala consciencia, y la consideracion y temor de lo que le está guardado. Porque entónces despertando el hombre con la presencia de la muerte, abre los ojos, y mira lo que nunca habia mirado en la vida. La razon de lo cual señala muy bien Eusebio Emiseno en una homelía, diciendo: Que porque en aquel tiempo cesan todos los cuidados de allegar, y de buscar lo necesario para la vida, y cesa tambien la ambicion de la honra, y de la hacienda, y ninguna ocupacion hay entónces, ni de trabajar, ni de militar, ni de hacer otra cosa alguna; de aquí es que sola la consideracion de la cuenta ocupa el ánima vacía de todos los otros cuidados; y solo el peso del divino juicio toma todos los sentidos. Estando pues así el hombre miserable con la vida puesta á las espaldas, y la muerte ante los ojos, olvídase de todo lo presente que deja, y comienza á pensar en lo venidero que le aguarda. Allí ve cómo ya se acabaron los deleites, y solos los pecados que se hicieron cometiéndolos, quedan para el divino juicio. Y prosiguiendo el mesmo doctor esta materia en otra homelía, dice así:

Pensemos ¡qué llanto será aquel del ánima negligente cuando salga desta vida! ¡Qué angustias, qué escuridad, qué tinieblas, cuando vea que entre los adversarios que la han de cercar, le salga primero al encuentro su mesma consciencia acompañada de diversos pecados! Porque ella sola sin mas probanza se ha de ofrecer á nuestros ojos, para que nos convenza su testimonio y nos confunda su conoscimiento. No será posible encubrirse aquí nada, ni negarse; pues no de léjos, ni de otra parte, sino de dentro de nos mesmos ha de salir el acusador y el testigo. Hasta aquí son palabras de Eusebio.

Pero mas á la larga y mas divinamente prosigue Pedro Damiano Cardenal esta materia, diciendo así [1]: Pensemos con mucha atencion cuando el ánima de un pecador comienza á salir de la prision desta carne, ¡con cuán recios temores combatida, y con cuántos estímulos de la consciencia acusadora pungida! Acuérdase de las culpas que cometió; ve los mandamientos divinos que me-

[1] Está este tratado entre las meditaciones de S. Aug. al fin del lib.

nospreció; duélese por haber vanamente gastado el tiempo de la penitencia; y afligese viendo que está presente al artículo inevitable de la cuenta, y de la divina venganza. Querria quedarse, y es compelida á partirse; querria recobrar lo perdido, y no se le da espacio para ello. Volviendo los ojos atras, mira todo el curso de la vida pasada, y paréscele un brevísimo punto. Échalos adelante, y ve un espacio de infinita perpetuidad que la está esperando. Llora viendo que perdió el alegria de todos los siglos (la cual en este brevísimo espacio pudiera ganar), y afligese porque perdió aquella inefable dulzura de perpetua suavidad, por un breve deleite de la carne sensual; y avergüénzase considerando que por aquella substancia que habia de ser comida de gusanos, despreció aquella que habia de ser colocada entre los coros de los ángeles. Y contemplando la gloria de aquellas riquezas inmortales, confúndese de ver cómo las perdió por la pobreza destos bienes temporales. Mas cuando abaja los ojos de lo alto á mirar el valle tenebroso deste mundo, y ve sobre sí la claridad de aquella luz eter-

na, conosce claramente que era noche y tinieblas todo lo que en este mundo amaba. ¡Oh si pudiese entónces merescer espacio de penitencia, cuán áspera vida abrazaria, cuán grandes cosas prometeria, y á cuántos votos y oraciones se obligaria!

Mas entre tanto que estas cosas revuelve en su corazon, comienzan á venir los mensageros y precursores de la muerte, que son escurecerse y hundirse los ojos, levantarse el pecho, enronquecerse la voz, helarse los miembros, pararse los dientes negros, hinchirse la boca de sarro, y mudarse la color del rostro. Pues miéntras estas cosas pasan, como oficios que sirven á la muerte vecina, represéntanse á la miserable ánima todas las obras, y palabras, y pensamientos de la mala vida pasada, dando triste testimonio contra su autor, y aunque él las quiera dejar de mirar, es forzado que las vea.

Con esto se junta por una parte la horrible compañía de los demonios, y por otra la virtud y compañía de los ángeles. Y luego se comienza á barruntar á cuál de las dos partes ha de pertenescer aquella presa.

Porque si en él hay obras de piedad y virtud, luego es consolado con el regalo y convite de los ángeles. Mas si la fealdad de sus deméritos y mala vida piden otra cosa, luego se estremece con intolerable temor y desconfianza; y así es despeñado, y acometido, y arrancado de su miserable carne, y llevado á los tormentos eternos. Todo lo susodicho es de Pedro Damiano. Dime pues agora: si esto es verdad, y si esto así ha de pasar, ¿qué mas era menester, si los hombres tuviesen seso, para ver cuán miserable sea, y cuánto para huir, la suerte de los malos, pues les está guardado un tan triste y tan desastrado fin?

Y si para aquel tiempo pudiesen ayudar en algo las cosas desta vida como ayudan para todo lo al, ménos mal sería. Pero ¿qué dirémos? Que allí ninguna destas ayuda, pues es cierto que allí ni aprovechan las honras, ni defienden las riquezas, ni valen los amigos, ni acompañan los criados, ni ayuda el linage, ni socorre la hacienda, ni sirve otra cosa sino sola la virtud é inocencia de la vida. Porque, como dice el Sabio [1],

[1] Prov. 11.

no aprovecharán las riquezas en el dia de la venganza; mas la justicia sola (que es la virtud) librará de la muerte. Pues como el malo se halle tan pobre y tan desnudo deste socorro, ¿cómo podrá dejar de temblar y congojarse viéndose tan solo y desfavorecido en el juicio divino?

§ I.

De la muerte de los justos.

Mas por el contrario la muerte de los justos ¿cuán ajena está de todos estos males? Porque así como el malo recibe aquí el castigo de sus maldades, así el bueno el galardon de sus merescimientos, segun aquello del Ecclesiástico que dice [1]: Al que teme á Dios irá bien en sus postrimerías, y en la hora de la muerte será bendito: esto es, será enriquecido y galardonado por sus trabajos. Y esto es lo que mas claramente significó el evangelista Sant Joan en el Apocalipsi [2]. El cual dice que oyó una voz del cielo que le dijo que escribiese, y las palabras que le mandó escribir eran estas: Bienaven-

[1] Eccl. 4. — [2] Apoc. 14.

turados los muertos que mueren en el Señor. Porque luego les dice el Espíritu Sancto que descansen ya de sus trabajos; porque sus buenas obras van en seguimiento dellos. Pues el justo que esta palabra tiene de Dios, ¿cómo desmayará en esta hora viendo que va á recebir lo que procuró toda la vida? Pues por esto se escribe en el libro de Job [1], hablando del justo, que á la hora de la tarde le saldrá el resplandor del mediodia, y cuando le paresciere que estaba consumido, resplandescerá como lucero. Sobre las cuales palabras dice Sant Gregorio: Que por esto amanece este resplandor al justo en la hora de la tarde, porque á la hora de su muerte reconosce la claridad y gloria que le está aparejada; y así en el tiempo que los otros se entristecen y desmayan, está él en Dios consolado y confiado. Así lo testifica Salomon en sus Proverbios, diciendo [2]: Por su malicia será desechado el malo: mas el justo á la hora de su muerte estará confiado.

Si no, dime: ¿qué mayor confianza que la que el bienaventurado Sant Martin tenia

[1] Iob, 11. — [2] Prov. 14.

á la hora de su muerte, el cual viendo ante sí al demonio dijo estas palabras: ¿Qué haces aquí, bestia sangrienta? No hallarás en mí cosa muerta en que te puedas cebar; y por esto el seno de Abraham me recibirá en paz. ¿Qué mayor confianza otrosí que la que en este mesmo paso tenia nuestro padre Sancto Domingo, el cual viendo á sus frailes llorar por su partida, y por la falta que les hacia, los consoló y esforzó diciendo: No os desconsoleis, hijos mios, porque en el lugar donde voy os seré mas provechoso? Pues ¿cómo podia en aquel trance desconsolarse ni temer la muerte, quien tenia la gloria por tan suya, que no solo esperaba alcanzarla para sí, sino tambien para sus hijos?

Pues por esta causa los justos no tienen por qué temer la muerte; ántes mueren alabando y dando gracias á Dios por su acabamiento; pues en él acaban sus trabajos y comienza su felicidad. Y así dice Sant Augustin sobre la Epístola de Sant Joan: El que desea ser desatado y verse con Cristo, no se ha de decir dél que muere con paciencia; sino que vive con paciencia y mue-

re con alegría. Así que el justo no tiene por qué entristecerse ni temer la muerte; ántes con mucha razon se dice dél que muere cantando como cisne, dando gloria á Dios por su llamamiento. No teme la muerte, porque temió á Dios, y quien á este Señor teme no tiene mas que temer. No teme la muerte, porque temió la vida; porque los temores de la muerte, efectos son de mala vida. No teme la muerte, porque toda la vida gastó en aprender á morir y en aparejarse para morir; y el hombre bien apercebido no tiene por qué temer á su enemigo. No teme la muerte, porque ninguna otra cosa hizo en la vida, sino buscar ayudadores y valedores para esta hora, que son las virtudes y buenas obras. No teme la muerte, porque tiene al juez granjeado y propicio para este tiempo, con muchos servicios que le ha hecho. Finalmente, no teme la muerte, porque al justo la muerte no es muerte, sino sueño; no muerte, sino mudanza; no muerte, sino último dia de trabajos; no muerte, sino camino para la vida, y escalon para la inmortalidad; porque entiende que despues que la muerte pasó por

el venero de la vida, perdió los resabios que tenia de muerte, y cobró dulzura de vida.

Ni tampoco desmaya por todos los otros accidentes y compañeros deste paso, porque sabe que estos son dolores de parto con que nasce para la eternidad, por cuyo amor tuvo siempre la muerte en deseo, y la vida en paciencia. No desmaya con la memoria de los pecados, porque tiene á Cristo por Redemptor, á quien siempre agradó; no por rigor del juicio divino, porque le tiene por abogado; no por la presencia de los demonios, porque le tiene por capitan; no por el horror de la sepultura, porque sabe que allí siembra el cuerpo animal para que despues nazca espiritual [1]. Pues si al fin se canta la gloria, y el postrer dia (como dice muy bien Séneca) juzga de todos los otros dias y da sentencia sobre toda la vida pasada (porque él es el que justifica ó condena todos los pasos della), y tan pacífico y quieto es el fin de los buenos, y tan congojoso y peligroso el de los malos, ¿qué mas era menester que esta sola diferencia para escupir la mala vida y abrazar la buena [2]?

[1] 1 Cor. 15.— [2] Sap. 5.

¿Qué montan todos los placeres, toda prosperidad, todas las riquezas y todos los regalos y señoríos del mundo, si en el fin vengo á ser despeñado en el infierno? Y ¿qué me pueden dañar todas las miserias desta vida, acabando en paz y tranquilidad, y llevando prendas de la gloria advenidera? Sea el malo cuán sabio quisiere en saber vivir; ¿para qué presta este saber, sino para saber adquirir cosas con que te hagas mas soberbio, mas vano, mas regalado, mas poderoso para el mal, mas inhábil para el bien; y para que te sea tanto mas amarga la muerte, cuanto era mas dulce la vida? Si seso hay en la tierra, no hay otro mayor que saber bien ordenar la vida para este fin: pues el principal oficio del sabio es saber ordenar convenientemente los medios para su fin. Por donde si es sabio médico el que sabe ordenar la medicina para la salud, que es el fin desa medicina; aquel será perfecta y absolutamente sabio, que supiere ordenar su vida para la muerte: esto es, para la cuenta que se ha de dar en ella, á la cual se debe ordenar toda la vida.

§ II.

Prueba lo dicho por ejemplos.

Mas para mayor declaracion y confirmacion de lo dicho, y para espiritual recreacion del lector, me paresció añadir aquí algunos ejemplos dignos de memoria, de las muertes gloriosas de algunos sanctos, tomadas del cuarto libro de los diálogos de Sant Gregorio papa [1], en los cuales claramente se verá cuán alegre y dichosa sea la muerte de los justos. Y si en esto me extendiere algo, no se perderá en ello tiempo; porque este sancto doctor de tal manera cuenta estas historias, que de camino va dando mucha doctrina y avisos saludables en ellas.

Escribe él pues, que en tiempo de los godos habia en la ciudad de Roma una nobilísima doncella, por nombre Gala, hija de un cónsul llamado Símaco. La cual siendo de poca edad, dentro de un año fué juntamente casada y viuda. Y como el mundo, y la edad, y las riquezas la convidasen otra

1 Greg. 4, lib. Dialog. c. 13.

vez al mesmo estado, quiso ella ántes desposarse con Cristo en aquellos desposorios que comienzan con llanto y acaban con alegría, que en estos del mundo, que comenzando con alegría acaban con tristeza, por la muerte necesaria que ha de ver el uno del otro. Mas como ella fuese de complexion muy caliente, certificáronle los médicos que si no casaba la habian de nascer barbas como á hombre; y así le acaesció. Pero la sancta mujer, que habia amado la hermosura interior de su esposo, no temió la fealdad exterior de su cuerpo, ni hizo caso de aquella fealdad que no desagradaba al esposo celestial. Dejado pues el hábito secular, entregóse toda al servicio de Dios, entrando en un monasterio que estaba junto á la iglesia del apóstol Sant Pedro, donde perseveró muchos años con gran simplicidad de corazon, y grande ejercicio de oracion, haciendo muy largas limosnas á pobres. Y determinando el Señor Todopoderoso de dar perpetuo galardon á los trabajos de su sierva, vino á adolescer de un cancro que le nasció en el pecho. Y estando ella acostada en su cama, tenia siempre dos lámparas en-

cendidas, porque como amiga de luz, no solo aborrescia las tinieblas espirituales, mas tambien las corporales. Estando pues una noche fatigada con su enfermedad, vió entre las dos lámparas al bienaventurado apóstol Sant Pedro, y no temió nada de verle; ántes tomando con él amor y osadía, se alegró y le preguntó diciendo: ¿Qué es esto, Señor mio? ¿Por ventura son ya perdonados mis pecados? Respondió el apóstol glorioso con un rostro benignísimo, y abajando la cabeza le dijo: Ya son perdonados; vén. Mas porque esta sierva de Dios tenia muy especial amistad con otra religiosa de aquel monasterio, que se llamaba Benedicta, replicó luego diciendo: Ruégote que venga conmigo la hermana Benedicta. Respondió él: No ha de venir esa, sino fulana (nombrando otra religiosa por su nombre), y esa que pides, de aquí á treinta dias te seguirá. Pasado esto, cesó la vision; y la doliente llamando á la madre del monasterio, dióle cuenta de todo lo que habia pasado; y de ahí á tres dias falleció ella, y juntamente la otra que le era señalada; y cumplidos los treinta, pasó desta vida á la

otra la que ella habia pedido. La memoria deste hecho permanesce hasta agora en aquel monasterio, y las religiosas mas nuevas que supieron esto de sus madres, lo cuentan agora con tanto fervor y devocion como si estas mesmas se hallaran presentes á esta maravilla. Hasta aquí son palabras de Sant Gregorio. Considere pues aquí el cristiano lector cuán glorioso fin haya sido este.

Tras deste ejemplo escribe el mesmo sancto otro no ménos memorable. Habia, dice él, en Roma un hombre llamado Sérvulo, muy pobre de hacienda, y muy rico de merescimientos, el cual estaba en un portal, que era paso para la iglesia de Sant Clemente, pidiendo limosna á los que por allí pasaban; y estaba tan tullido de perlesía en un lecho, que ni se podia levantar, ni asentar en la cama, ni llegar la mano á la boca, ni mudarse de un lado á otro. Tenia él una madre, y un hermano que le acompañaban y servian, y todo lo que él podia haber de sus limosnas, mandábalo dar á otros pobres por mano de la madre y del hermano. No sabia leer; mas habia com-

prado algunos libros sagrados, y cuando recebia en casa algunos religiosos, hacia que le leyesen en ellos: de donde vino á ser que en su manera supiese mucho de las Escripturas sagradas, aunque del todo no sabia leer. Y juntamente con esto procuraba dar siempre gracias á nuestro Señor en medio de sus dolores, y ocuparse dia y noche en himnos y alabanzas divinas. Mas llegándose ya el tiempo en que el Señor queria remunerar esta tan gran paciencia, llegó á lo postrero. Y como él se viese vecino á la muerte, llamó á los peregrinos huéspedes que en su casa habia, y amonestóles que se levantasen, y cantasen juntamente con él salmos por la esperanza de su acabamiento.

Y estando él con ellos muriendo y cantando, súbitamente los atajó, y puso silencio con un grande clamor y terror, diciendo: Callá. ¿Por ventura no ois las voces de alabanza que suenan en el cielo? Y estando él atento con el oido de su corazon á las voces que dentro de sí oia, luego aquella sancta ánima fué desatada de la carne; y así como acabó de espirar, sintióse allí un

tan maravilloso olor, que todos cuantos presentes estaban fuéron llenos de inestimable suavidad: por las cuales cosas evidentemente conoscieron que eran verdaderas las voces de alabanza con que aquella ánima habia sido recebida en el cielo. A la cual maravilla se halló presente un monje nuestro, que hasta hoy es vivo, el cual con grandes lágrimas suele testificar que aquel olor maravilloso no se quitó de las narices de los que allí asistian, hasta que el cuerpo fué entregado á la sepultura.

Tras deste añadiré aquí otro ejemplo memorable del mesmo Sant Gregorio, del cual da él fiel testimonio, como de cosa que mucho le tocaba [1]: Tres hermanas, dice él, tuvo mi padre, las cuales todas fuéron vírgenes dedicadas á Dios. La una se llamaba Tarsilla, y la otra Gordiana, y la otra Emiliana. Y todas tres con un mesmo fervor y devocion se ofrescieron á Dios, y en un mesmo tiempo se consagraron á él; y así vivian en su propria casa debajo de una estrecha regla y observancia. Y perseverando mucho tiempo en esta vida, comenza-

[1] Hom. 38 in Evang. circa finem.

ron Tarsilla y Emiliana á crescer cada dia mas en el amor de su Criador; de tal manera que estando en la tierra con solo el cuerpo, cada dia con el ánimo subian á la eternidad. Mas por el contrario el ánimo de Gordiana comenzó á entibiarse cada dia mas en el amor íntimo de Dios, y encenderse poco á poco mas en el amor deste siglo. En el cual tiempo decia muchas veces Tarsilla con un gran gemido á su hermana Emiliana: Veo que mi hermana Gordiana no pertenesce á nuestro estado. Veo que se derrama de fuera, y que no guarda su corazon conforme al propósito de su religion. Y procuraban cada dia las hermanas con blandas palabras amonestarla, para que dejada la liviandad de sus costumbres tuviese la gravedad que le pedia su hábito. Y ella mostrando un rostro grave cuando oia estas palabras, pasada la hora del castigo, perdia luego aquella fingida gravedad; y así gastaba el tiempo en hablar palabras livianas, y holgábase con la compañía de las doncellas legas, y érale muy pesada la conversacion de cualquier persona que no era dada á este mundo. Pues una noche mi bi-

sabuelo Félix (pontífice que fué desta iglesia de Roma) aparesció á Tarsilla (la cual se habia aventajado sobre sus hermanas en la virtud de la continua oracion, y de la afliccion corporal, y de singular abstinencia, y gravedad de vida, y en toda sanctidad), y mostrándole una morada de perpetua claridad, le dijo: Vén, porque en esta morada de luz te tengo de recibir. Y ella cayendo otro dia enferma de una calentura, llegó á lo postrero. Y como es costumbre juntarse mucha gente cuando las personas nobles estan en paso de muerte, para consolar los deudos del que muere; así en aquella hora se hallaron allí muchas personas señaladas. Entre las cuales estaba tambien allí mi madre.

Entónces la doliente levantando los ojos á lo alto, vió venir á Jesús, y con grande admiracion comenzó á dar voces y decir: Apartáos, que viene Jesús. Y puestos los ojos en aquel Señor que veia, luego aquella sancta ánima se despidió de la carne. Y súbitamente fué sentido allí por todos un olor de tan grande suavidad, que daba bien á entender que el autor de toda la suavidad

habia allí venido. Y como despues la desnudasen para lavar su cuerpo, como se suele hacer á los muertos, hallaron que en las rodillas y en los cobdos tenia hechos callos como de camello, del continuo uso de estar prostrada en oracion: de manera que la carne muerta daba testimonio de lo que el espíritu hacia siempre en la vida. Todo esto pasó ántes de la fiesta del nascimiento de nuestro Salvador. Despues de la cual apareció luego Tarsilla á su hermana Emiliana de noche en una vision diciéndole: Vén, hermana, para que celebre contigo la fiesta de la Epifanía; pues sin tí celebré la del Sancto Nascimiento. Mas Emiliana, congojada por el peligro y desamparo de su hermana Gordiana, respondió: Si yo voy contigo, ¿á quién dejaré encomendada nuestra hermana Gordiana? A lo cual ella con un triste semblante respondió: Vén tú; porque Gordiana nuestra hermana está en la cuenta de las legas. Despues de la cual vision luego cayó Emiliana enferma, y cresciendo la enfermedad, vino á morir ántes del dia de la fiesta que le era señalada. Mas Gordiana, como se vió sola, luego cres-

ció mas en su maldad ; porque olvidada del temor de Dios, y olvidada de la vergüenza, y de la reverencia, y olvidada de su voto y consagracion, vino á casar con un hombre á quien tenia arrendada su hacienda. Hasta aquí son palabras de Sant Gregorio, que con historias de su mesma casa y familia nos da bien á entender el dichoso y próspero fin de la virtud, y el triste y feo paradero de la liviandad. Mas á esta materia daré cabo con otra maravillosa historia que el mesmo sancto refiere de su proprio tiempo, por estas palabras [1].

En el tiempo que yo fuí á entrar en el monasterio, habia en Roma una mujer anciana que se llamaba Redempta, la cual en hábito de religiosa moraba junto á la iglesia de la bienaventurada siempre Vírgen María. Esta habia sido discípula de una vírgen llamada Hirundina, de quien se decia que resplandesciendo con grandes virtudes, habia hecho vida heremítica sobre los montes Prenestinos. Habíanse juntado con esta Redempta dos discípulas: una que se llamaba Romula, y la otra, que es agora

[1] Homilia ultima in Evangelia.

viva, conózcola de rostro, mas no le sé el nombre. Morando pues estas tres en una mesma casa, vivian una vida muy pobre de riquezas, mas muy rica de virtudes. Pero esta Romula sobrepujaba á la otra su condiscípula con grandes méritos de vida, porque era mujer de maravillosa paciencia, y de suma obediencia, y grande guardadora de silencio, y muy ejercitada en el uso de la continua oracion. Mas porque muchas veces los que parescen perfectos en los ojos de los hombres, no carescen de alguna imperfeccion en los de Dios (como vemos que muchas veces los hombres ignorantes alaban una imágen esculpida, que no está del todo acabada, como si ya lo estuviese; mas el artífice entiende que hay mas que hacer en ella, y aunque la oya alabar, todavía procura de la limar mas y perfeccionar), así se hubo el Señor con esta Romula, la cual quiso afinar y purificar mas con una recia enfermedad de perlesía, de la cual estuvo muchos años en cama, cuasi sin poder servirse de sus miembros. Mas estos azotes nunca movieron su ánima á impaciencia; ántes la falta de los miembros se

le hizo acrescentamiento de virtudes, y tanto mas se ejercitaba en el ejercicio de la oracion, cuanto ménos tenia otra cosa que poder hacer. Pues una noche llamó á la madre Redempta, la cual criaba estas dos discípulas como hijas, diciéndole: Madre, vén; madre, vén. La cual se levantó luego con la otra condiscípula, como despues ambas lo contaron á muchos, y la cosa fué muy notoria á todos, y yo tambien en aquel mesmo tiempo lo supe. Pues estando ellas á la media noche junto á la cama de la enferma, súbitamente resplandesció allí una luz del cielo, que hinchió todo el espacio de aquella celdilla. Y el resplandor desta claridad era tan grande, que hacia estremecer á los que presentes estaban, de tal manera, que (como despues ellas contaban), todo el cuerpo tenian como helado y yerto por la grandeza del pavor. Porque comenzaron á oir un sonido como de mucha gente, que por la puerta de la celda entraba, y la mesma puerta crujia, como apretada de los que por ella entraban. Y así sentian entrar muchedumbre de gente; mas la grandeza del temor y de la claridad hacia que no pudiesen

ver nada. Porque el temor derribaba su corazon, y la grandeza de la claridad les escurecia y reverberaba la vista. Despues de la cual luz sintieron un olor de tan maravillosa suavidad, que el temor que habia causado la luz, templaba la suavidad deste olor. Mas como no pudiesen sufrir la fuerza de tan grande luz, la enferma comenzó con una voz blanda á consolar á la maestra que allí estaba tremiendo, con estas palabras: No temas, madre mia, que no muero agora. Y diciendo esto muchas veces, fué poco á poco remitiéndose la luz hasta que del todo cesó; mas no cesó la suavidad del olor; ántes perseveró de la mesma manera hasta el segundo y el tercero dia. Y pasado el tercero dia, en la noche que despues se siguió, llamó á su maestra, y pidió el Viático, que es el Santísimo Sacramento, y recibiólo; y apénas se habia apartado la madre y la otra condiscípula de su cama, cuando súbitamente se comenzaron á oir en la plaza ántes de la puerta de aquella celda dos coros de cantores, los cuales, segun que por las voces se podia juzgar, parescian de hombres y mujeres, cantando los hom-

bres los salmos, y respondiendo las mujeres. Y estándose desta manera celebrando aquellos oficios y exequias celestiales, aquella sancta ánima salida de las carnes, comenzó á subir al cielo, y juntamente con ella iba aquel canto y olor celestial; y cuanto mas subia á lo alto, ménos se sentia acá bajo, hasta que del todo lo uno y lo otro cesó. Hasta aquí son palabras de Sant Gregorio.

Muchos otros ejemplos se pudieran traer á este propósito; pero estos bastarán para que se vea cuán quieta, cuán pacífica y alegre comunmente sea la muerte de los buenos. Porque aunque no á todos se concedan estas señales tan sensibles, pero como todos sean hijos de Dios, y á la hora de la muerte se acabe el plazo de los trabajos, y comience el de la remuneracion, siempre son allí esforzados y consolados con el socorro de la divina gracia, y con el testimonio de su buena consciencia. Y así se consolaba el bienaventurado Sant Ambrosio en este paso, diciendo: No he vivido de tal manera, que me pese por haber vivido; ni temo la muerte, porque tenemos buen Se-

ñor. Y á quien estos tan grandes favores parescieren increibles, ponga los ojos en la inmensidad incomprehensible de la bondad de Dios (á la cual pertenesce amar, honrar y favorescer los buenos), y parescerle ha poco todo lo que aquí se ha contado. Porque si esta bondad llegó á tomar carne humana y morir en una cruz por los hombres, ¿qué mucho es consolar y honrar á la hora de la muerte á los buenos que por tan caro precio redimió? Y si acabando de espirar los ha de llevar á su casa, y hacerlos participantes de su gloria, y mostrarles la esencia divina, ¿qué mucho es hacerles estos favores al tiempo de la partida?

§ III.

Conclusion de la segunda parte.

Estos son pues, hermano mio, los doce privilegios que se conceden á la virtud en esta vida; que son como los doce fructos de aquel hermosísimo árbol que vió Sant Joan en el Apocalipsi [1], plantado á la ribera de

1 Apoc. 22.

un rio, que daba doce fructos en el año, segun el número de los meses dél. Porque ¿qué otro árbol puede ser este, despues del Hijo de Dios, sino la mesma virtud, que es el árbol que da fructos de sanctidad y de vida? ¿y qué otros fructos mas preciosos que estos que aquí se han declarado? Porque ¿qué mas hermoso fructo que la providencia paternal que Dios tiene de los suyos, y la gracia divina, y la lumbre de la sabiduría, y las consolaciones del Espíritu Sancto, y el alegría de la buena consciencia, y el socorro de la esperanza, y la verdadera libertad del ánima, y la paz interior del corazon, y el ser oido en las oraciones, y socorrido en las tribulaciones, y proveido en las necesidades temporales, y finalmente ayudado y consolado con alegre muerte al fin de la vida? Verdaderamente cada uno destos privilegios es en sí tan grande, que si bien se conosciese, solo él bastaria para hacer á un hombre abrazar la virtud, y mudar la vida, y para que entendiese con cuánta verdad dijo el Salvador [1] que el que por él dejase el mundo, recibiria aquí ciento

[1] Matth. 19.

tanto mas de lo que dejó, y despues la vida eterna, como arriba se declaró.

Cata aquí pues, hermano, cuál sea este bien á que te convidamos: mira si te puedes llamar á engaño, aunque dejases por él todas las cosas del mundo. Un solo inconveniente tiene (si así se puede llamar) por donde no es de los malos tan preciado, que es, no ser dellos conoscido. Por lo cual dijo el Salvador [1] que el reino de los cielos era semejante al tesoro escondido. Porque verdaderamente él es tesoro; mas es tesoro escondido á los otros, no á su poseedor. Porque muy bien conoscia el valor deste tesoro el profeta, cuando decia [2]: Mi secreto para mí, mi secreto para mí. Poco se le daba (por lo que á él tocaba) que supiesen los otros parte deste su bien; porque no es este como los otros bienes, que no son bienes si no son conoscidos; porque como no son bienes por sí, sino por la opinion del mundo, es menester que sean conoscidos del mundo para que se llamen bienes. Mas este bien hace bueno y bienaventurado al que lo posee, y no ménos calienta el cora-

[1] Matth. 13. — [2] Isai. 24.

zon de su poseedor, sabiéndolo él solo, que si lo supiese todo el mundo.

Mas la llave deste secreto no es mi lengua, ni todo lo que aquí habemos dicho; porque todo lo que se puede declarar con lengua mortal queda bajo, para lo que él es. La llave es la luz divina, y la experiencia y uso de la virtud. Esta pide tú al Señor, y luego hallarás este tesoro; y hallarás al mesmo Dios, en quien todas las cosas hallarás, y verás con cuánta razon dijo el profeta [1]: Bienaventurado el pueblo que tiene al Señor por su Dios, porque ¿qué puede faltar á quien este bien posee? Escríbese en el libro de los Reyes [2] que dijo Helcana, padre de Samuel, á su mujer Anna, viéndola llorar porque no tenia hijos: Anna, ¿por qué lloras, y por qué se aflige tu corazon? ¿Por ventura no te valgo yo mas que diez hijos? Pues si un buen marido (que hoy es y mañana no) vale mas á la mujer que diez hijos, ¿cuánto te paresce que valdrá mas Dios al ánima que de verdad le posee? ¿Qué haceis, hombres? ¿en qué andais? ¿qué buscais? ¿por qué dejais la fuen-

[1] Ps. 143. — [2] I Reg. 1.

te del paraíso por los charquillos turbios del mundo [1]? ¿Por qué no tomais aquel tan sano consejo que os da el profeta, diciendo [2]: Probad y ved cuán suave es el Señor? ¿Por qué no tentaréis algunas veces este vado? ¿Por qué no probaréis este manjar? Fiáos de la palabra deste Señor y comenzad, que despues el mesmo camino y el negocio os desengañarán. Espantosa parescia aquella serpiente hecha de la vara de Moysen, cuando se miraba de léjos; mas tomada en la mano, le hizo vara inocente como lo era de ántes. No sin causa dijo Salomon [3]: Caro es, caro es, dice el comprador: mas despues que tiene la mercaduría en la mano, vase gloriando. Pues así acaesce cada dia á los hombres en este trato: que como al principio no conoscen la cualidad desta mercaduría, porque no son espirituales, y sienten lo que les piden por ella, porque son carnales; háceseles muy caro lo que les piden, por lo que les dan. Mas despues que comienzan á gustar cuán suave es el Señor, luego se glorían en su mercaduría, y conoscen que por ningun precio es caro

[1] Hier. 2. — [2] Ps. 33 — [3] Prov. 20.

tan grande bien. ¡Cuán alegremente vendió aquel hombre del Evangelio todo lo que tenia, por comprar aquella heredad en que habia hallado el tesoro [1]! ¿Pues por qué el cristiano, oido este nombre, no querrá saber lo que esto es? Cosa es por cierto maravillosa, que si un burlador te certificase que dentro de tu casa en tal parte habia un gran tesoro, no dejarias de cavar y probar si esto era verdad; y certificándote aquí la palabra de Dios que dentro de tí puedes hallar un incomparable tesoro [2], ¡que no se te levante el corazon para quererlo buscar! ¡Oh si supieses cuánto son mas ciertas estas nuevas, y cuánto mayor este tesoro! ¡Oh si supieses á cuán pocas azadadas encontrarias con él! ¡Oh si entendieses cuán cerca está el Señor de los que le llaman si le llaman de verdad [3]! ¿Cuántos hombres habrá habido en el mundo, que arrepintiéndose de sus pecados, y perseverando en pedir perdon dellos, en ménos que una semana de camino, descubrieron tierra, ó por mejor decir, hallaron cielo nuevo y tierra nueva, y comenzaron á barruntar dentro de

[1] Matth. 13. — [2] Luc. 17. — [3] Ps. 144.

sí el reino de Dios? ¿Qué mucho es hacer esto aquel Señor que dijo [1]: En cualquier hora que el pecador gimiere su pecado, no tendré mas memoria dél? ¿Qué mucho es hacer esto aquel que apénas dejó acabar al hijo pródigo aquella breve oracion que traia pensada, cuando le echó los brazos encima, y le recibió con tanta fiesta [2]? Vuélvete pues agora, hermano, á este piadoso padre, y madruga un poco por la mañana, y persevera algunos dias en llamar á las puertas de su misericordia; y ten por cierto que si humildemente perseverares, en cabo te responderá, y descubrirá el tesoro secreto de su amor; y cuando lo hayas probado, dirás luego con la Esposa en los cantares: Si diere el hombre toda su hacienda por la caridad, como nada la despreciará.

[1] Ezech. 18 et 33. — [2] Luc. 15.

FIN DEL TOMO PRIMERO.

Nota. *La aprobacion se hallará en el tomo segundo.*

ÍNDICE.

PRÓLOGO. PÁG. V
ARGUMENTO deste primero libro. XV

LIBRO PRIMERO.

CAPÍTULO I. Del primero título que nos obliga á la virtud y servicio de Dios, que es ser él quien es; donde se trata de la excelencia de las perfecciones divinas. 19
CAP. II. Del segundo título que nos obliga á la virtud y servicio de nuestro Señor, por razon del beneficio de la creacion. 42
§ II. De otra razon por donde estamos obligados al servicio de nuestro Señor, por ser él nuestro Criador. 51
CAP. III. Del tercero título por que estamos obligados á Dios, que es el beneficio de la conservacion y gobernacion. 55
§ I. Colige de lo dicho cuán indigna cosa sea no servir á nuestro Señor. 62
CAP. IV. Del cuarto título por donde estamos obligados á la virtud, que es el beneficio inestimable de nuestra redempcion. 72
§ I. Colige de lo dicho cuán gran mal sea ofender á nuestro Señor. 84
CAP. V. Del quinto título por do estamos obligados á la virtud, que es el beneficio de nuestra justificacion. 91
§ II. De los otros efectos que el Espíritu Sancto obra en el ánima del justificado, y del Sacramento de la Eucaristía. 108
CAP. VI. Del sexto título por donde estamos obligados á la virtud, que es el beneficio inestimable de la divina predestinacion. 117
CAP. VII. Del séptimo título por donde el hombre está obligado á la virtud, por razon de la primera de sus cuatro postrimerías, que es la muerte. 127
CAP. VIII. Del octavo título por donde el hombre

está obligado á virtud, por causa de la segunda postrimería, que es el juicio final.
CAP. IX. Del noveno título que nos obliga á la virtud, que es la tercera de nuestras postrimerías, la cual es la gloria del paraíso. 165
CAP. X. Del décimo título por el cual estamos obligados á la virtud, que es la cuarta postrimería del hombre, donde se trata de las penas del infierno.
§ I. De la duracion destas penas. 188
209

SEGUNDA PARTE
DESTE PRIMERO LIBRO.

CAP. XI. Título onceno por el cual estamos obligados á seguir la virtud, por causa de los bienes inestimables que de presente se le prometen en esta vida.
§ I. Confirma lo dicho con una autoridad muy notable del Evangelio. 216
CAP. XII. Del doceno título por donde estamos obligados á la virtud, por razon del primer privilegio della, que es la providencia especial que Dios tiene de los buenos para encaminarlos á todo bien, y de la que tiene de los malos para castigo de su maldad. 229
§ I. De los nombres que en la Escriptura divina se atribuyen á nuestro Señor por razon desta providencia. 237
§ II. De la manera de la providencia que tiene Dios de los malos para castigo de sus maldades. 246
CAP. XIV. Del segundo privilegio de la virtud, que es la gracia del Espíritu Sancto que se da á los virtuosos. 260
CAP. XV. Del tercero privilegio de la virtud, que es la lumbre y conoscimiento sobrenatural que da nuestro Señor á los virtuosos. 269
CAP. XVI. Del cuarto privilegio de la virtud, que son las consolaciones del Espíritu Sancto que se dan á los buenos. 276
§ I. De cómo en la oracion señaladamente gozan los virtuosos destas consolaciones divinas. 296
§ II. De las consolaciones de los que comienzan á servir á Dios. 311
CAP. XVII. Del quinto privilegio de la virtud, 316

que es el alegria de la buena consciencia de que gozan los buenos, y del tormento y remordimiento interior que padescen los malos. 326
§ I. De la alegria de la buena consciencia de que gozan los buenos. 338
CAP. XVIII. Del sexto privilegio de la virtud, que es la confianza y esperanza en la divina misericordia de que gozan los buenos; y de la vana y miserable confianza en que viven los malos. 344
§ I. De la esperanza vana de los malos. 353
CAP. XIX. Del séptimo privilegio de la virtud, que es la verdadera libertad de que gozan los buenos; y de la miserable y no conoscida servidumbre en que viven los malos. 356
§ I. De la servidumbre en que viven los malos. 368
§ III. De la libertad en que viven los buenos. 390
§ IV. De las causas de do procede esta libertad. 394
CAP. XX. Del octavo privilegio de la virtud, que es la bienaventurada paz y quietud interior de que gozan los buenos, y de la miserable guerra y desasosiego que dentro de si padescen los malos. 404
§ I. De la guerra y desasosiego interior de los malos. 406
§ II. De la paz y sosiego interior en que viven los buenos. 420
CAP. XXI. Del nono privilegio de la virtud, que es de como oye Dios las oraciones de los buenos, y desecha las de los malos. 430
CAP. XXII. Décimo privilegio de la virtud, que es el ayuda y favor de Dios que los buenos reciben en sus tribulaciones; y por el contrario la impaciencia y tormento con que los malos padescen las suyas. 442
§ II. De la impaciencia y furor de los malos en sus trabajos. 454
CAP. XXIII. Undécimo privilegio de la virtud, que es como nuestro Señor provee á los virtuosos de lo temporal. 460
§ I. De las necesidades y pobreza de los malos. 469
CAP. XXIV. Duodécimo privilegio de la virtud, que es: cuán alegre y quieta sea la muerte de los buenos, y por el contrario, cuán miserable y congojosa la de los malos. 476
§ I. De la muerte de los justos. 483
§ II. Prueba lo dicho por ejemplos. 489
§ III. Conclusion de la segunda parte. 503